

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

- I-II.—*Memorias de O'Leary*: Bolívar y la emancipación de Sur-América.—7,50 pesetas cada vol.
III.—*Memorias de O'Connor*: Independencia Americana.—5 pesetas.
IV.—*Memorias del general José Antonio Páez: Autobiografía*.—7,50 ptas.
V.—*Memorias de un capitán del Ejército Español*, por el capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.
VI-VII.—*Memorias del general García Camba*. Para escribir la historia de las armas españolas en el Perú.—7,50 pesetas cada vol.
VIII.—*Memorias de un oficial de la Legión británica*.—4 pesetas.
IX.—*Memorias del general O'Leary*.—7,50 pesetas.
X.—*María Graham*.—Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823).—Trata de San Martín.—Cochrane. O'Higgins.—7,50 pesetas.
XI.—*Memorias del regente Heredia*.—4,50 pesetas.
XII.—*Memorias del general Rafael Urdaneta*.—7,50 pesetas.
XIII.—*Memorias de lord Cochrane*.—6 pesetas.
XIV.—*Memorias de Urquiza*.—7 pesetas.
XV.—*Memorias de William Bennet Stevenson*.—5,50 pesetas.
XVI.—*Memorias póstumas del general José María Paz*.—8 pesetas.
XVII.—*Memorias de fray Servando Teresa de Mier*.—8 pesetas.
XVIII.—*La creación de Bolivia*, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.
XIX.—*La Dictadura de O'Higgins*, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.
XX.—*Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela. (Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo)*, por Lino Duarte Level.—8 pesetas.
XXI.—*Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran mariscal de Ayacucho*, por Antonio José de Irisarri.—8 pesetas.
XXII-XXIII.—*Vida de don Francisco de Miranda, general de los ejércitos de la primera República francesa y generalísimo de los de Venezuela*, por Ricardo Becerra.—Dos volúmenes a 8 pesetas cada uno.
XXIV.—*Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra a muerte)*, por J. V. González.—5 ptas.
XXV.—*El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina*, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.
XXVI-XXVII.—*Memorias del general Miller*.—Cada tomo 8,50 pesetas.
XXVIII-XXX.—*Vida del Libertador Simón Bolívar*, por Felipe Larrazábal.—8,50 pesetas cada vol.
XXXI-XXXII.—*Noticias secretas de América*, por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas cada vol.
XXXIII.—*Historia de la independencia de México*, por M. Torrente.—8,50 ptas.
XXXIV.—*Los Estados Unidos de América y las Repúblicas hispanoamericanas de 1810 a 1830. (Páginas de historia diplomática)*, por F. J. Urrutia.—8,50 ptas.
XXXV.—*Formación histórica de la nacionalidad brasileña*, por M. de Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pereyra.—6,50 pesetas.
XXXVI-XXXVII.—*Cartas de Sucre al Libertador*, coleccionadas por D. F. O'Leary.—8,50 pesetas tomo.
XXXVIII.—*Vida y Memorias de Agustín de Iturbide*, por Carlos Navarro y Rodrigo.—8 pesetas.
XXXIX.—*Su correspondencia (1823-1850)*, por San Martín.—8 pesetas.
XL.—*La emancipación del Perú*.—Según la correspondencia del general Heres con el Libertador (1821-1830), por Daniel Florencio O'Leary.—8,50 pesetas.
XLI-XLII.—*Bolívar en el Perú*, por Gonzalo Bulnes.—8,50 pesetas tomo.
XLIII-XLIV.—*Historia del Perú independiente*, por Mariano Felipe Paz Soldán.—8,50 pesetas tomo.
XLV.—*La evolución republicana durante la revolución argentina*, por Adolfo Saldías.—8,50 pesetas.
XLVI.—*Memorias de Gervasio A. Posadas* (Director de las Provincias argentinas en 1814) y *Memorias de un abanderado*. (Nueva Granada: 1810-1819). Dos obras en un tomo.—8,50 pesetas.
XLVII.—*La Evolución del principio del Arbitraje en América. La Sociedad de las Naciones*. (Dos obras), por F. J. Urrutia.—7 pesetas.
XLVIII-LXIX.—*Papeles de Bolívar*, publicados por Vicente Lecema.—Primer tomo, 7 pesetas; segundo tomo, 7,50 pesetas.
L-LI.—*Correspondencia de extranjeros notables con el Libertador*.—Primer tomo, 8 pesetas; segundo tomo, 8,50 pesetas.
LII-LIII.—*El teniente general Don Pablo Morillo, conde de Cartagena, marqués de La Puerta*, por A. Rodríguez Villa.—Dos vols., a 8,50 pesetas cada uno.
LIV-LV.—*Epistolario de D. Bernardo O'Higgins*, anotado por E. de la Cruz.—Dos vols., a 7,50 pesetas cada uno.
LVI-LVII-LVIII.—*Memorias Histórico-Políticas. Últimos días de la Gran Colombia y del Libertador*, por Joaquín Posadas Gutiérrez.—8,50 el primer tomo; 9,05 el segundo, y 9,60 el tercero.
LIX.—*Cartas de Bolívar (1823-1824-1825)*. (Con un apéndice que contiene cartas de 1801-1822).—Notas de R. Blanco-Fombona.—11,10 pesetas.
LX.—*Memorias del general Gregorio Araoz de La Madrid*.—10,20 pesetas.
LXI.—*Historia de Bolivia: La fundación de la república*, por Alcides Arguedas.—9,50 pesetas.

ALCIDES ARGUEDAS

HISTORIA DE BOLIVIA

LA FUNDACIÓN
DE LA REPÚBLICA

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

ALCIDES ARGUEDAS

HISTORIA DE BOLIVIA

LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA

MADRID

EDITORIAL-AMÉRICA

Martin de los Heros, 83.

UEX

BICC

TS-6024

CEXECI

R. 224



PUBLICACIONES:

Biblioteca Andrés Bello (literaria)

Biblioteca Ayacucho (historia)

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispanoamericana

V

Biblioteca de varias (españolas e hispano-americanas)



VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

VIII

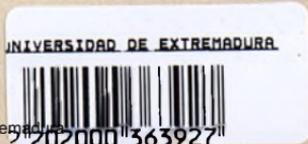
Biblioteca Porvenir.

IX

La Novela para todos.

Las buenas librerías de España y América

210513518
210512518



EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

Apartado de Correos 117, Madrid (España).

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispanoamericana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles e hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

VIII

Biblioteca Porvenir.

IX

La Novela para todos.

De venta en todas las buenas librerías de España y América

EDITORIAL AMERICA

BOULEVARD PROSPERIDAD, D. N. BLANCO-ALBONOS

Historia de la República

HISTORIA DE BOLIVIA

—

LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA

EDITORIAL AMÉRICA

DIRECTOR PROPIETARIO: D. R. BLANCO-FOMBONA

Ultimos libros publicados.

- CANSINOS-ASSENS (R.).—*Ética y estética de los sexos*.—4,60 pesetas.
- BERTRAND (L.).—*Gaspar de la Noche*. (Caprichos a la manera de Rembrandt y de Callot).—Versión castellana y prólogo de José A. Luengo.—Obra inédita en castellano.—3,70 pesetas.
- ROD (E.).—*El silencio*. (Novela).—Versión castellana de César A. Comet.—3,70 pesetas.
- LAMADRID (*Memorias del general Gregorio Araoz de*).—10,20 pesetas.
- DOSTOIEVSKY (F.).—*Tragedias oscuras*.—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—Obra inédita en castellano.—3,80 pesetas.
- RESTIF DE LA BRETONNE.—*Amores y amos del señorito Nicolás*.—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.
- COYPEAU DASSOUY (C.).—*Las aventuras burlescas*. (Novela picaresca y autobiográfica).—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—Obra inédita en castellano.—4,05 pesetas.
- DIEZ CANEDO (E.).—*Conversaciones literarias*.—4,45 pesetas.
- GAYDA (V.).—*La convulsión rusa. Del zarismo al bolchevismo. El antiguo régimen*.—Traducción española de R. Gallego Diaz, Doctor en Derecho.—4,80 pesetas.
- FUGIMOTO (T.).—*En el país de las geichas. Tokyo, Kyoto, Osaka*.—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—3,70 pesetas.
- HAMMSUN (Knut).—*El redactor Lyngge*. (Novela). Traducción de Manuel Pedroso.—4 pesetas.
- SALOF.—*Cocodrilos y ruiseñores*. (Novela).—Traducción de R. Cansinos-Assens 3,70 pesetas.
- BAÜER (Otto).—*El camino hacia el socialismo*, con un estudio preliminar sobre el autor y el comunismo austriaco.—Traducción de A. Béverz.—*Los problemas del poder de los soviets*, por N. Lenin.—Traducción de Gil Rincón.—3,50 pesetas.
- PAX (Paulette).—*Diario de una comedianta francesa bajo el terror bolchevista*.—Traducción de L. Camarillo y Roa.—3,15 pesetas.
- LENIN (N.).—*La Tercera Internacional*.—Traducción de V. Lomov.—3,30 pesetas.
- BOLIVAR CORONADO (R.).—*Memorias de un semibárbaro. La Propia*, por Magón.—Dos obras en un volumen.—4,55 pesetas.
- SAMOSATA (Luciano de).—*El Parásito y Eunuco. Los amores y otros diálogos*. Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—3,80 pesetas.
- GÓMEZ DE LA SERNA (Ramón).—*El drama del palacio deshabitado*.—5,15 ptas.
- HOYOS Y VINENT (Antonio de).—*Las señoritas de la zapatera*.—3,45 pesetas.
- FEDERICO AMIEL ENRIQUE.—*Diario íntimo*.—Dos tomos.—Versión castellana de María Enriqueta C. de Pereyra.—5,15 pesetas.
- RODENBACH (Jorge).—*La ciudad de las aguas muertas*.—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—3,50 pesetas.
- POSADAS GUTIÉRREZ (Joaquín).—*Últimos días de la Gran Colombia* (Memorias histórico-políticas). Tercero y último tomo.—9,60 pesetas.
- HOYOS Y VINENT (Antonio de).—*La pasión, la sangre y el mar*.—4,50 pesetas.
- MAETERLINCK (Mauricio).—*El pájaro azul*. (Segunda edición).—Versión castellana de R. Breñes Mosen.—3,60 pesetas.
- GORKI (Máximo).—*El maleficio de la hembra*.—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—3,70 pesetas.
- TAINE (Hipólito).—*El ideal en el arte*.—Traducción de R. Cansinos-Assens.—3,35 pesetas.
- ASCH (Chalom), ZANWILL (Israel) y otros.—*Cuentos judíos contemporáneos*.—Con estudio preliminar por R. Cansinos-Assens.—5,15 pesetas.
- CASTRO (Cristóbal de).—*La gran duquesa. Luna lunera y Lais de Corinto*.—3,90 pesetas.
- VIGNY (Alfredo de).—*Stello*.—Traducción de César A. Comet. - 4 pesetas.
- WEDEKUND (Frank).—*El espíritu de la tierra*.—Traducción de M. Pedroso.—4,55 pesetas.
- LAMARTINE (Alfonso de).—*Balzac. Su vida y su obra*.—Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—4,45 pesetas.
- NERVAL (Gerardo de).—*La mano embrujada. Aurelia*.—Traducción de Emilio Carrere.—Dos novelas en un volumen.—3,20 pesetas.
- INGENIEROS (José).—*Los tiempos nuevos*.—3,95 pesetas.
- GUILLÉN (Alberto).—*La linterna de Diógenes*.—4,40 pesetas.
- VILLAESPEA (Francisco).—*Panderetas sevillanas. Tierra de encanto y maravilla*.—3,75 pesetas.
- CARTAS DE BOLÍVAR. 1823-1824-1825 (Con un apéndice que contiene cartas de 1801 a 1822). Notas de R. Blanco-Fombona.—11,10 pesetas.

TS-6024

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

ALCIDES ARGUEDAS

HISTORIA DE BOLIVIA

LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA



MADRID
EDITORIAL-AMÉRICA
Martin de los Heros, 83.

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON EUSIBIO BLANCO-TORBOSA

ALCIDES ARGUEDAS

HISTORIA DE BOLIVIA

LA FORTALEZA DE LA REPUBLICA

ES PROPIEDAD



MADRID
EDITORIAL AMERICA

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

Los señores

**Manuel E. Aramayo
Antonio Balanza
José María Baldivia
Claudio Q. Barrios
Manuel Caba
Joaquín Caso
Moisés Carpio
Donato Encinas
Silverio González
Agustín Iturricha
Manuel B. Mariaca
Aristides Moreno.**

**Luis Paz
Rigoberto Paredes
Carlos Romero
Ricardo Rivas
Adán Sánchez
Demetrio Salas Mallo
José Salmón B.
Edelmira L. de Sotomayor
Valdés
José Calasanz Tapia
Pastor Tejada y
José Vázquez**

han contribuído con documentos a la redacción total de esta obra y el autor les presenta aquí su público homenaje de gratitud.

Los señores

Manuel E. Aramayo	Luis Paz
Antonio Balanzo	Rigoberto Paredes
José María Beldola	Carlos Romero
Claudio Q. Barrios	Ricardo Rivas
Manuel Cabo	Adán Sánchez
José María Casco	Demetrio Salas Milla
Alfonso Caspio	José Salmon B.
Donato Encinas	Eduardo L. de Sotomayor
Silvestre González	Valdés
Agustín Martínez	José Calasanz Tapia
Manuel S. Matos	Pastor Tejada y
Arturo Moreno	José Yáñez

han contribuido con documentos a la
reducción total de esta obra y el autor
les presenta aquí su público homenaje
de gratitud.

DEDICATORIA

Para Francisco García Calderón,
Rufino Blanco-Fombona y Hugo
D. Barbagelata.

Amigos míos:

De ustedes es este libro, porque ustedes, atribuyéndome dotes que no poseo y usando el noble lenguaje de la amistad, me empujaron a escribirlo, no sólo contra mi deseo, sino aun contra mis preferencias intelectuales, otrora orientadas con rumbo distinto al que hoy llevan.

De fijo ustedes han olvidado ya las circunstancias que concurrieron para obligarme a emprender una labor desproporcionada a mis facultades y que es labor de muchos años y para muchos hombres; pero yo las recuerdo con esa precisión implacable con que se presentan a nuestra vista el día, el lugar y los motivos que imprimieron mayor impulsión a nuestras energías mentales o torcieron definitivamente a veces el rumbo de nuestra vida moral.

* * *

En aquel año de 1912, que es el de mis recuerdos, circuló en los centros intelectuales y diplomáticos de París el prospecto de una obra titulada Histoire des Nations de l'Amerique Latine, que bajo la dirección del eminente Seignobos iban a redactar varios intelectuales de prestigio naciente, unos y otros ya famosos y aun célebres en el mundo de las letras internacionales.

Quince grandes volúmenes iba a contener la obra, y el undécimo estaba destinado al Perú y a Bolivia. La parte del Perú debía ser redactada por la elegante pluma de

usted, Francisco, y la de Bolivia por la erudita del doctor Humbert, profesor de Historia en el Liceo de Burdeos.

Aún desconozco los motivos por los que el señor Humbert desistió a poco escribir el resumen de la historia de Bolivia y pidió al Comité lo pasase más bien a redactar el volumen relativo a la organización del régimen colonial en América.

Sospecho que el señor Humbert al preparar su trabajo no pudo hallar, como yo no hallé, gran cosa sobre Bolivia en la Biblioteca Nacional de París, y que en esas circunstancias le pareció no sólo difícil sino imposible escribir la historia de ningún pueblo, y desistió consiguientemente, por probidad intelectual, a emprender un trabajo que por fuerza habría de ser deficiente dada la pobreza de documentación sobre mi patria en la gran capital.

En ese entonces era nuestra costumbre reunirnos con bastante frecuencia, y, naturalmente, comentamos la decisión del profesor Humbert. Y el primero de ustedes propuso indicarme al Comité para que se me encomendase la tarea rechazada por el profesor de Burdeos, porque, según él, quien escribió Pueblo Enfermo ya tenía alguna base para realizar trabajos de historia.

Hube de negarme rotundamente. No me sentía capaz del esfuerzo y no conocía gran cosa de la historia de mi patria, como no conocen hoy ni los gobernantes, ni los legisladores y políticos, ni los periodistas, ni siquiera los diplomáticos, porque Bolivia es el pueblo feliz de los ironistas, que no tiene historia, y pues que de conocerla otro sería su criterio y otra su actitud en la vida pública boliviana, hoy desorientada y sin rumbo.

Entonces comenzó una larga lucha entre la generosidad de ustedes y mi honestidad intelectual: ustedes en porfiarme a hacer algo que debía, y yo negándome a hacer lo que no sabía. Y vencieron ustedes, porque a mis reparos supieron oponer un lenguaje imperioso para quien sabe escuchar la profunda llamada del suelo:

—«Es un deber de patriotismo en usted—me dijeron—

aceptar ese trabajo; si usted no lo hace han de llamar a un señor cualquiera y le han de decir que escriba la historia de Bolivia. ¡Y figúrese lo que ha de escribir...!

Y yo acepté. Y se hizo el contrato con la Société d'Histoire de l'Amérique Latine, que aún lo tengo; pero entonces vino la guerra, y el contrato convirtiéndose en... chiffon de papier...

* * *

Pues bien, ahora, después de ocho años de fuerte y silenciosa labor, veo, mis amigos, que habría sido preferible que ese «señor cualquiera» tan temido de ustedes hubiese hecho la historia de mi patria, porque al hurgonear en las tenebrosidades del pasado boliviano no habría sentido lo que yo, y su lenguaje tendría el tono convencional y alegórico de las atenuaciones, o la fría objetividad narrativa del psicólogo, en tanto que el mío ha debido ser de veras torturado para mantener esa impasibilidad obligatoria impuesta a los cronistas y sin la cual no es durable ningún trabajo de reconstrucción histórica.

Aceptado, pues, el compromiso por voluntad de ustedes y no por la mía, fué preciso esforzarse mucho, no únicamente ya para llenarlo con honor, sino para dominar justificadas timideces, porque si en el mismo volumen teníamos que figurar usted, Francisco, y yo, tenía el firme convencimiento de que su labor iba a eclipsar totalmente la mía y aspiraba por lo menos a que la distancia no fuese tan grande que sólo se viese a usted para olvidar al que venía detrás...

Comenzóse la labor allí mismo, con circunspección y tenacidad; mas al ver que eran escasos los materiales de la Biblioteca Nacional de París y del British Museum de Londres, no hubo más recurso que dirigirse a los compatriotas para solicitar de su amistad o de su patriotismo libros, papeles y documentos; mas el silencio descortés de los seres sin cultura social y ordinarios fué la respuesta de muchos, quizá de los más...

Pero no me di por vencido y domé mi orgullo, resuelto a procurarme poco de las gentes y del todo a mi labor aun en medio de duras e inconfesables privaciones y de un aislamiento casi absoluto para resucitar los anales de mi patria, y, con lenguaje llano y circunspecto, reflejar el pasado desconocido y poco explorado del más ignorado de los pueblos para hacer ver, lógicamente, que todo lo que valemos y representamos hoy lo hemos adquirido por nuestra conducta de ayer; que somos genuinos productos del pasado estéril y sin grandeza y que para explicar razonablemente aquello que hoy se nos aparece singular y como extraviado de las corrientes del mundo precisa verse de preferencia la sangre que predomina en nuestras venas, cómo se ha formado y constituido el medio en el que actuamos, de qué manera creyeron cumplir con su deber los gestores de la cosa pública, cuáles eran los ideales o las aspiraciones de los hombres representativos, y, finalmente, cómo nosotros mismos nos comportamos en la vida privada y pública, es decir, en suma, qué es nuestra Historia...

Enardecido con este gran propósito, rompi con mi carrera diplomática, en Bolivia privilegio de familia o gaje a la complacencia política, y volví a mi tierra para estudiar en su pobre, desmantelada y desordenada biblioteca; mas cuando supe que en la British Museum había documentos más valiosos y mejor conservados que en la de esta primera ciudad de Bolivia, me fué forzoso acudir a los archivos privados y buscar a mis conocidos, a quienes hube de rogarles y pedirles su ayuda para mi enorme y terrible labor.

Algo obtuve; y si bien los amigos se mostraron, como de costumbre, demasiado pródigos en promesas, contados fueron los que las cumplieron. También pedí, a quienes tenían y no usaban, los papeles privados de un gobernante rudo y patriota, muerto hace poco; y la promesa formal y solemne del heredero quedó igualmente incumplida...

Los que así tan formal como atolondradamente prome-

fieron para no cumplir, ¿olvidaron de veras la promesa o desconfiaron de la capacidad del narrador? No sé; acaso lo uno y lo otro. Acaso el mal concepto del escritor les hizo olvidar la promesa hecha al caballero. Para los cumplidos y correctos, ahora mi pública palabra de gratitud. Sus nombres constituyen el principal adorno de este libro.

* * *

Y es que, mis queridos amigos, el escritor en Bolivia tiene la desventaja, por hoy irremediable, de trabajar en un medio ya en vías de industrializarse y en el que si se comienza a leer con igual empeño que en otros pueblos calificados de cultos en América, todavía no se conoce la suma de esfuerzos y de paciencia que exige toda labor intelectual honestamente realizada, llegando a confundir a veces y aun a equiparar la tarea del gacetillero despreocupado e ignorantón con la obra del autor, diversa en sus fines.

El libro en Bolivia, y, por desgracia, en la mayor parte de los países de este Continente, es un valor casi negativo, y nada o muy poco significa a los ojos de las gentes semicultas. Antes que adquirirlo o comprarlo—como compran una corbata, una cinta o una pasta para las uñas—se lo piden de obsequio al autor.

Y un hombre que ha consumido su vida en el estudio y la meditación, tiene que regalar su obra para que la lean; y así, a más de gastarse en una labor que no tendrá acaso mañana y haber mermado la herencia de sus hijos, o roído el pan de su vejez, todavía...

Esta no es una queja, mis amigos; tampoco un reproche. Es cuando más un dato que el historiador consigna para fijar un aspecto, quizá el más sugestivo, de la vida boliviana en el primer tercio de este siglo de dolor, y que si lleva el sello de la experiencia personal angustioso acaso para uno mismo, puede quizá ser de positiva utilidad para los cronistas de mañana. Acaso constituya también una advertencia saludable para los estudiosos que, sin

contar con sólidos caudales, cometen la imprudencia de recluirse en el gabinete y dar su cerebro a los otros para no recibir en retorno sino el estudiado despego de los políticos profesionales, la enconada y plebeya odiosidad de los gacetilleros, la inocente indiferencia de las masas sin cultura, y, como resumen de todo, la miseria, sin entrañas para sí y los suyos, sombría, fatal, dura...

* * *

Quiero evocar a este propósito el recuerdo de don Gabriel René Moreno, escritor boliviano de estirpe castiza y uno de los mejores de nuestro Continente hispánico, sin duda.

René Moreno gastó su vida escribiendo sobre cosas de su patria y vivió pobre, desdeñado, obscurecido. Gaceteros de pacotilla y portaliras oficiales aliados a la gentuza de la política militante se confabularon para hacerle la conspiración del silencio, esa gran infamia que sólo se ve cuando en un pueblo medran periodistas de casta inferior o dominan políticos ignorantes y casi iletrados, que se imponen a fuerza de bajezas o de audacia y que para ocultar su nulidad o su ignorancia se ven forzados a fingir desdén por el poder creador del estudioso discreto, que repugna invenciblemente descender a la feria de la plaza, rebosante de payasos con oropeles sonoros o de simuladores enriquecidos de cualquier manera y que en la actuación electoral creen encontrar la culminación de su vida infecunda aunque agitada. Unos y otros, a porfía y con la silenciosa saña de esclavos libertos que aún no han podido ahogar la pesadilla de malos recuerdos, se coaligaron para enterrarle en vivo, no hablando nunca públicamente de sus libros, pero denigrándole en corrillos privados; no mentándole en ninguna ocasión, pero reventando de envidia contra su talento; no llamándole para nada, a él, tan capaz para todo. Sus mismos conterráneos le querían mal. Y todos le llamaban gozosamente traidor porque en un momento terrible para Bolivia supo adelan-

tarse a los tiempos y ver dónde y de qué lado estaba el enemigo tradicional e irreductible de su patria...

En vísperas de morir, no faltaron todavía protervos que le insultaron con el mote vil.

Y ese hombre que durante su larga vida no dejara de pensar un solo momento en su tierra hostil, en su patria ausente, murió pobre, amargado y entristecido. Y sólo después de muerto hubo loas y honores para él, cuando ya no podía hacer sombra a nadie, y nuevas gentes con ansias electorales querían alzar sus figuritas sobre las féculdas cenizas del muerto...

* * *

Lleva todavía otra desventaja el historiador boliviano, y es que para documentarse en el Archivo Nacional de Chuquisaca tiene que hacer un viaje largo y costoso a Sucre, si dispone de medios y de tiempo, y si no, contentarse con las pobres bibliotecas municipales, que carecen no sólo de catálogos impresos y de fichas indicadoras, sino donde los pocos buscadores recurren con aterradora inconsciencia a la navaja para desglosar del libro o de la colección de impresos la página que creen interesarles y de la que rara vez sacan algún provecho, y cuando bibliotecarios sin probidad y sin garantías no han enriquecido con lo mejor sus propias e inútiles bibliotecas.

Todo esto, reunido, contribuye para que Bolivia, de entre todos los pueblos del mundo, ofrezca el caso singular de no tener una verdadera historia escrita por autor nacional, pues los contados estudiosos que se propusieron redactarla para uso de las escuelas y con propósitos manifiestamente industriales, no han hecho sino copiarse rutinariamente unos a otros, sin darse el trabajo de examinar los hechos por cuenta propia, con la curiosa circunstancia de que todos, sin excepción, se han preocupado ya no únicamente de la historia política que abarca múltiples aspectos de la vida colectiva, sino de la militar, hablándonos con preferencia de los cambios en el personal su-

perior del Gobierno, de las revoluciones y movimientos de cuartel, de los encuentros entre los innumerables caudillos, sin cuidarse nunca de mostrarnos la masa misma de la Nación, sin elevarse a considerar los diversos aspectos que ofrece la vida de cualquier grupo humano con sus preocupaciones de orden material, con sus tendencias éticas predominantes y sus ansias del día o eternas, es decir, sin mostrarnos el aspecto mismo de la vida boliviana en todas sus manifestaciones, y que, por razones de diversa índole, expuestas a lo largo de esta obra, tiene ciertas peculiaridades que no se manifiestan en los otros pueblos de nuestro Continente.

* * *

En estos días viene apareciendo, con todo, la obra del doctor Luis Paz, Historia General del Alto Perú, hoy Bolivia, de aspecto monumental.

El doctor Luis Paz es un personaje de larga figuración y un político prominente que en algún momento llegó a figurar como presunto candidato a la presidencia de la República, cuando el partido conservador, al que por educación y temperamento pertenece, jugaba sus últimas cartas en el Poder. Hoy ocupa el más alto cargo en el ramo judicial, como Presidente de la Corte Suprema de Justicia; pero antes que hombre público y probo magistrado es, sobre todo, un estudioso enamorado del pasado histórico de su país, y su laboriosidad intelectual constituirá un ejemplo y una enseñanza para los hombres de mañana, porque los de hoy sienten indomitable despego por las cosas del espíritu y sólo se muestran inclinados a la acción en el terreno político, donde las reputaciones se forman en un día y el éxito electoral conduce primero a las actuaciones en roles preponderantes y después, más temprano que tarde, a la fortuna labrada bajo la sombra de la figuración política.

Pero la obra del doctor Paz sólo aparece de pronto como el acopio cronológico y paciente de los materiales

que seguramente ha de utilizar después para la redacción por propia cuenta de los tormentosos anales de su patria; y si algo hay de lamentable en su trabajo, es la presentación incorrecta de la obra, pues los tipógrafos han olvidado señalar con el signo convenido y usual de las comillas la procedencia y cita de testimonios, de donde resulta que el texto del segundo volumen, relativo todo él a la fundación de la República y que en su integridad pertenece a los historiadores Taborga, Urcullu, Cortés, René Moreno, José María Paz, García Camba y, sobre todo, Mitre, en la forma en que está impreso aparece como original del doctor Luis Paz, y esto, a primera vista, se presta a confusiones que bien pueden mañana redundar en desmedro del sólido prestigio del inteligente escritor, ya que los futuros investigadores han de querer atribuir al señor Paz propósitos que seguramente nunca abrigó.

La obra del doctor Paz, única en su género, es y ha de constituir un instrumento de mucha utilidad para los foliularios de la Prensa; mas su material ha de usarlo con infinitas precauciones el historiador, porque previamente debe tomarse el trabajo de establecer con rigurosidad la procedencia u origen del dato, so pena de caer en inexactitudes o dar a otros la procedencia de una fuente, cosa nada airosa para quien desea ser lo más circunspecto posible en sus informaciones.

* * *

Ahora aparece esta obra, también monumental, como una fervorosa ofrenda a la patria en el primer centenario de su emancipación; pero es de presumir que no aparezca completa, porque a los esfuerzos y a los deseos del estudioso se ha de oponer con fuerza incontrarrestable el natural egoísmo del hombre, no permitiéndole gastar el patrimonio de sus hijos en la edición de una obra costosa y que, por su indole, ha de ser forzosamente de difusión local y limitada, ya que la historia de Bolivia, si bien pintoresca, sólo interesa a los bolivianos y a unos pocos

eruditos de fuera, no los bastantes para costear los subidos gastos de la impresión.

Y pues el deseo y hasta el interés de un escritor estriba principalmente en crearse un nombre, si es joven, o afirmarlo y difundirlo si lo tiene conquistado ya, claro es que siempre ha de preferir ejercitar su ingenio en la novela, el poema o el ensayo, grandes géneros preferidos por los lectores de todos los países donde se habla la bella y sonora lengua de Castilla, y no imponerse duras disciplinas de método para resucitar el pasado muerto de un país en formación, aún desconocido en el mismo Continente y sin ningún atractivo para el resto del mundo, como todavía no es atrayente la historia de los demás pueblos suramericanos, porque no entraña enseñanzas morales ni ha contribuido ninguno con nada saliente al desarrollo de la civilización...

De prever es, pues, que los ocho años de ininterrumpida labor empleados en esta obra, sólo han de producir este primer volumen; pero como el ánimo se resiste a que empresa realizada con tan duro sacrificio personal se anule y pierda aquí donde el esfuerzo de la mente se considera inferior al del músculo, es cosa resuelta ya, no bien se dé fin a la obra, enviar los siete volúmenes restantes a la Bibliothèque National de Paris y a la del British Museum de Londres, en copia, donde quizá no falten algún día estudiosos que deseen conocer en su intimidad, y para deducir lecciones de experiencia, las andanzas de un pueblo privilegiado por sus riquezas naturales, pero mal conducido por sus gentes de gobierno.

* * *

Así, pues, y para concluir, debo yo, mis amigos, volver a René Moreno y asegurar que hoy el escritor de historia en Bolivia, como él hace un cuarto de siglo, está obligado a repetir su queja acerba de trabajar únicamente «por la gana solitaria», alejado de los devaneos y ruidos de la mundanidad sin gracia, o de la política sin nobleza, y

hasta distanciado, por su fatal dedicación al estudio, de las «tareas lucrativas», ya que si no llenase su deber de trabajar, no tendría más recurso que emigrar, como emigró él, si puede, o dejarse caer al polvo de la vera para evitar las pisadas de bestia de los inquietos y el gesto desdeñoso pero estúpido de los despreocupados.

Y se trabaja.

Se trabaja oculta y pacientemente murado en un silencio que nada turba, allá, lejos de la urbe pero dominándola, solo, solo, solo, cual si ya en torno rondasen las sombras que no tienen día, o algo implacable y férreo hubiese roto por siempre recuerdos de infancia y juventud, aventado amores, destruido nidos de ensueño y esperanza.

Será la suerte, el destino, la fatalidad, o lo que se quiere; pero eso es.

Sólo que resta algo que en veces quisiera ser consuelo y es, quizá, en el fondo, no más que una frase: ninguna cosa que se edifica se alza sobre el suelo raso. Preciso es cavar, echar cimientos, irse dentro.

Pues bien, allí, en lo hondo, está mi sillar. Pulido o tosco, no sé, ni me importa; pero firme, de puro granito, porque está formado con la trama de hechos vivos y fatalmente indestructibles.

ALCIDES ARGUEDAS.

Hacienda La Portada, abril de 1920.

CAPÍTULO PRIMERO

Consternación que causa en Chuquisaca el cautiverio de Fernando VII.—Chuquisaca y su Universidad de San Xavier.—Causas generadoras del odio entre españoles y criollos, según Ulloa.—Aspecto de Chuquisaca.—Vida social y económica.—Pobreza y corrupción del clero altopperuano.—Goyeneche llega a Chuquisaca.—Conflicto con Boeto, presidente de la Academia Carolina.—Rumores de descontento que se propalan.—Los doctores traman la revolución.—Revolución del 25 de mayo de 1809.

La noticia del cautiverio del rey español por los franceses, de su abdicación de la corona y detención en Francia llegó a Chuquisaca en la tarde del 17 de septiembre de 1808, y fué tan grande el consternado estupor que produjo en los círculos oficiales, únicos poseedores del terrible secreto, que en un principio pocos fueron los funcionarios que se inclinaban a dar crédito a lo que de fuentes autorizadas les venía, pues parecían aquello algo fuera del orden natural de las cosas. Representaba para muchos el poder de España una fortaleza inatacable por el poder de los hombres y sólo sujeta a los designios invariables de Dios; y tal determinismo, base de la educación y de los sentimientos de los hombres de aquellos tiempos, ponía en la generalidad una confianza sin límites por los destinos de un pueblo grande en la Historia y entonces entregado a la protección del Santo Padre, genuino representante de Dios en la tierra.

El 18, después de mediodía, se reunieron los oidores para tomar conocimiento de los pliegos portadores de tan infaustas noticias, y no hubo más remedio que conformarse a la evidencia aplastante de los hechos, los cuales tuvieron plena confirmación en los primeros días de

octubre. Y se supo que José Bonaparte había sido exaltado al trono de España, con apoyo de una parte del pueblo, y que el amado Fernando VII yacía secuestrado y en prisión. Entonces, a la confianza ilimitada de los ilusos, sucedió un período de franco abatimiento y no faltaron muchos que creyesen que el andamiaje institucional de España se venía abajo, carcomido desde su base por el tiempo y las nuevas ideas.

Hubo tácito acuerdo entre los oidores, el arzobispo, el presidente de la Audiencia y demás altos dignatarios para ocultar al pueblo la gravedad suma de estas noticias hasta que llegasen detalles completos de la misma península. Pensaban algunos que todavía pudiese operarse cambios de mudanza y reacción en España, y no era prudente estimular con noticias de tanto bulto la manía murmuradora de la ciudad académica sin antes no estar profundamente enterados de los detalles, los cuales fueron llegando, uno a uno, todos terribles, y, cual si su gravedad tuviese la virtud de encender los ánimos, a medida que se les conocía iban tomando tono más elevado las disputas que por celos y rivalidades se suscitasen, de tiempo atrás, y sucesivamente, entre el presidente gobernador y la Audiencia, entre el arzobispo Moxó y el Cabildo Eclesiástico, es decir, entre los poderes juntos realistas, disputas que trascendían a las clases letradas y que unidas ahora a la sospecha y conocimiento vago que tenían de los trascendentales sucesos de la madre patria, generaba en su espíritu la sospecha de poder realizar en aquella coyuntura las ideas firmes de independencia que muchos acariciaban desde hacia poco.

Muchas y complejas causas concurrían para predisponer las voluntades hacia una nueva y radical orientación política en la estructura de la Audiencia: causas intelectuales, políticas, morales y económicas, entre las de primera categoría, sin desdeñar otras de carácter acaso más secundario pero no menos eficaces, como la desigualdad de castas, el acaparamiento de los empleos públicos y los

abusos que cometían las autoridades peninsulares, quienes, al verse alejadas del poder central, creían que les era permitido tratar esos países semicivilizados con toda la rudeza de su carácter autoritario y atropellador.

Intelectualmente, la Universidad hizo la Revolución en el Alto Perú.

Era Chuquisaca por aquellos tiempos uno de los centros más intelectuales del Continente, y su Universidad, «reputada como la mejor del Nuevo Mundo»—según Muñoz Cabrera—, proyectaba luces a los cuatro costados del gran Virreinato y atraía a los mozos de los países vecinos, que iban a adquirir en ella ciencia y saber, no siendo raro encontrar entre los estudiantes hijos de las capitales de Lima, Cuzco, Córdoba o Buenos Aires, ricos los más, pertenecientes a buenas familias y que tomaban calor y consejo en el seno de las familias chuquisaqueñas, como pupilos pagos o impagos, o a la sombra venerable de las casas curales y canojiles, como sucedía con don Mariano Moreno, «el más ilustre bonaerense entre los alumnos de Chuquisaca» (*) (7), recomendado por su padre al canónigo Terrazas, rico en bienes de fortuna, servicial y bondadoso. Aseguraba el excelente tonsurado sentir especial predilección por los bonaerenses «porque encontraba en ellos un carácter más elevado y más ingenuo que en los naturales del país, sindicados del gusto de la intriga y poquedad de sus ideas» (10).

«No titubeamos en manifestar que de allí (de la Universidad de Chuquisaca) salieron los más talentosos, los más decididos y los más enérgicos revolucionarios de la mayor porción territorial de Sud América»—dice don

(*) Para no atiborrar con citas el texto he adoptado el sistema de numerar los autores en el orden en que fueron consultados y poner la lista al final de la obra; de manera que cada número cerrado entre paréntesis indica el nombre de un autor, así como cada letra mayúscula la categoría del documento, o la fuente a que se recurrió para probar la autenticidad de un hecho.

Adolfo P. Carranza, moderno escritor argentino, en el prólogo a las *Memorias* de don Mariano Moreno. Y añade: «Allí, en el centro del continente, se elaboraba con más actividad esa aspiración vaga de libertad.»

Manuel Moreno, al trazar la biografía de su hermano Mariano, el revolucionario argentino, dice que «todos los mejores autores de Europa sobre política, moral, religión», etc., «han ido a parar (por entre el despotismo y la policía inquisitoriales) al Perú», «siendo los que están encargados de estorbar la circulación de semejantes obras los mismos que las solicitan y colocan con preferencia en sus estantes».

De las manos de los estudiosos salían a circular, aunque veladamente, en las de los estudiantes que en Montesquieu se aferraban a saber que en los hechos políticos y sociales hay que buscar la causa, no en la Providencia, como hacían los teólogos entonces, sino en los hechos mismos relacionados con sus antecedentes y consecuentes; que los más son productos del medio físico y moral, y que todo se determina y produce por agentes externos sin ninguna intervención de sobrenaturales potencias; que las leyes son el resultado de una serie de condiciones naturales sin deber nada o muy poco a la razón pura, y otras tantas ideas generales de esta laya que estaban en contraposición violenta con todo lo adquirido en la Universidad. En Raynal aprendían a declamar contra las instituciones religiosas y los Gobiernos monárquicos, y a poner o sacar todo de la voluntad del pueblo, al que se le conceden atributos casi divinos. En D'Agneau holgaban discurrir con ligereza por entre el cúmulo de los códigos, y era el que, a su natural ocupación, añadía combustible inflamable de polémica y discurso con sus argumentos de orden lógico y jurídico.

Porque si alguna ocupación tenían los doctores y los estudiantes de la Universidad, era discutir con todo, por todo y sobre todo.

«En Chuquisaca—dice su inimitable historiador René

Moreno (10)—se disertaba en el pro y en el contra, de palabra y por escrito todos los días; se argüía y redargüía, de grado o por fuerza, entre sustentantes y replicantes, a lo largo de los corredores, dentro del aula, en torno a la cátedra solemne, ante las mesas examinadoras y desde los bancos semiparlamentarios de la Academia Carolina. Disputar y disputar. Dondequiera que se juntaban dos o tres estudiantes se armaba al punto la controversia por activa y pasiva en todas las formas de la argumentación escolástica—y así semejaban al argumentador novelesco de Palacio Valdés en su afán de «recoger una idea vertida por cualquiera en la conversación, examinarla en todos sus aspectos, darle vueltas, tirarla al alto, jugar con ella a la pelota y luego arrojarla a las narices del que la había soltado».

Aquello, ya se ve, era poco menos que un infierno. Las discusiones provocaban querellas y las querellas estallaban con fragor en medio de la vida apacible y conventual de la villa universitaria, dormida y monótona, sin distracciones, cotidianamente igual. Cosa de cien doctores y una infinidad de eclesiásticos celosos de sus prerrogativas y agriados por la dura disciplina con la que se pretendía sujetarlos, mantenían un ambiente de efervescencia propicio a las exaltaciones del vagabundaje intelectual, que tanto seduce al espíritu criollo.

Nadie como los hermanos Jorge Juan y Antonio Ulloa, que, en el segundo tercio del siglo XVIII, hicieron un viaje de exploración científica por el continente Sud de América, supieron exponer con más claridad, aunque sin intención, las causas políticas por las que había cundido de manera incontenible en los espíritus el deseo de total emancipación que tan vivo ardía en todo el Alto Perú hacia los comienzos del siglo XIX. Por la relación circunstanciada y verídica de esos viajeros se ve que era no solamente grande sino invencible el distanciamiento existente entre la raza conquistadora y la que había surgido de su efusivo abrazo con la conquistada, esto es, la

raza mestiza o criolla, ávida de poder, vanidosa hasta el exceso, igualmente levantisca y no menos valerosa que la progenitora.

El odio entre criollos y españoles, nacido por el concepto de absoluta superioridad que creían tener éstos sobre aquéllos, era incolmable y se manifestaba en toda circunstancia y con cualesquier motivo, dando origen a ese malestar general que ya tuvieron ocasión de revelarlo con ruda franqueza los hermanos Ulloa:

«Basta ser europeo o chapetón, como le llaman en el Perú, para declararse inmediatamente contrario a los criollos, y es suficiente el haber nacido en las Indias para aborrecer a los europeos» —dicen al revelar ese odio que se hacía mucho más intenso en los núcleos de población interiores por causas que después han de servir para explicar muchas otras anomalías, ya no sólo del carácter indígena, sino de sus manifestaciones a través de la vida social y política altoperuana.

«Las ciudades y poblaciones donde sobresalen más los escándalos de estas parcialidades—siguen diciendo los Ulloa—son las de la serranía; lo cual proviene—explican con penetración—, sin duda, del ningún comercio de forasteros que hay en ellas; porque en las ciudades de valles, donde es más extensivo el trato con extranjeros del país, aunque sus habitantes no dejen de alimentar interiormente alguna displicencia unos con otros, no la hacen tan pública como en aquéllos, donde no se puede divertirse con otros asuntos el de la parcialidad» (373).

Esta rivalidad se explica todavía más cuando se considera que la masa emigrante de los españoles provenía de capas sociales inferiores, circunstancia que no escapaba a la penetración de los criollos, quienes, ante la desenvoltura con que obraban los peninsulares, hacían consistir como una especie de honor inigualable el descender del limpio linaje de los señores vencidos, sin duda en mucho superior al de los amos.

«Los europeos o chapetones que llegan a aquellos pai-

ses—aseveran los autores citados—son, por lo general, de un nacimiento bajo en España, o de linaje poco conocido» (373). Y los que traen esta marca de distinción no valen mucho más que aquéllos, moral o intelectualmente, según el mismo testimonio, pues «si en la familia de algún grande había un oficial indigno del uniforme, por cobardía o vileza, luego era enviado a las Indias con grado de general, inspector o gobernador de alguna plaza; si había un eclesiástico estúpido, era señalado para un obispado, o a lo menos deán de una catedral, y si alguno incorregible y la desgracia de su familia, era enviado a la América con algún empleo de distinción» (373).

Es esto de la distribución de empleos y honores una de las causas más graves del resentimiento y odiosidad entre las dos castas, ya que los criollos eran sistemáticamente excluidos de ellos con manifiesta injusticia y no obstante la disposición que manifestaban por los estudios jurídicos y otras ramas del saber humano.

Ya en 1706 la Audiencia de Lima había publicado un bando infamatorio «mandando que ningún negro, zambo, mulato ni indio neto pudiese comerciar, traficar, tener tiendas, ni aun vender géneros por las calles» «en atención, reza el bando, a que dicha gente tiene poca fe y llaneza en lo que venden, y no ser decente que se la deen con los que tienen este ejercicio, y que se ocupe cada cual de ellos en el ejercicio de oficios mecánicos, pues solamente son a propósito para estos ministerios. Y si alguno se atreviere a contravenir a esta orden, que sea preso y desterrado a Valdivia» (373).

A esta irritante limitación se añadía, como se dijo, la exclusión que intencionalmente se operaba con los criollos en los puestos públicos de categoría, como lo prueba el hecho de que «de los 170 virreyes que hubo en América hasta el año 1813, sólo cuatro habían nacido en ella.» «De los 602 capitanes generales, presidentes y gobernadores, sólo 14 fueron criollos hasta el referido año. En el

mismo espacio, de los 706 obispos, sólo 105 han sido hijos de América...», dice René Moreno (7).

Y añade, ya circunscribiendo a la Audiencia de Charcas y hasta el mismo Chuquisaca, esto que explica el carácter económico que se puede señalar como otra de las causas determinantes del movimiento emancipador del Alto Perú, que es de donde surgió la primera chispa francamente revolucionaria:

«Baste ahora considerar que los doctores, tanto o más bien preparados que los peninsulares venidos al goce de todos los oficios, beneficios y honores de administración, de iglesia y de magistratura, se veían excluidos todos sistemáticamente de estos destinos, y muy en particular de los bienes rentados. Vivían como parias en su propio país. Unos pocos se dedicaban al ejercicio de la abogacía. Donde esto más convenía era en Chuquisaca, y ello, sin embargo, para padecer vejámenes de parte de los oidores. Los más pasaban su tiempo en esta ciudad y en las de provincia mano sobre mano, y, según testimonio vulgar, discutiéndolo y revolviéndolo todo. Otros, con malogro lastimoso de sus estudios y desmedro de la gran consideración social que a un doctor seguía a todas partes, buscaban su vida en las minas, o en el comercio, o en los trabajos rurales» (10).

Eran los pocos. El vivir ordinario de las gentes era la inactividad. Los que gozaban de herencia o habían adquirido fortuna de cualquier modo, ostentaban boato haciendo traer sus vestidos o las finas lanas de Lima, mercado de donde los criollos tomaban las modas (120), telas «que costaban hasta 80 pesos la vara, y pasaban por herencia de una generación a otra»; pero esto constituía la excepción, ya que la pobreza o la mediocridad era la situación ordinaria de los criollos y clases directoras, y sólo quedaba el áureo recuerdo de esas fortunas enormes labradas en poco tiempo en las entrañas del Potosí famoso. «El capitán don Joaquín Artachu era reputado como el más rico de Chuqui-

saca, y todos sus bienes ascendían a 200.000 pesos» (120).

La controversia y la discusión eran, pues, la ocupación socorrida de los doctores; pero las querellas encendidas sólo quedaban en lo alto, sin llegar apenas a las masas que permanecían sumisas, indiferentes a las cosas, dormidas también, ni sacudir en lo hondo la modorra convencional del pueblo.

«No deja de ser un pueblo triste y miserable—dice el citado Moreno refiriéndose a la capital—. Un solo árbol no alcanza a ver la vista por entre los cerros elevados que la afligen con su desnudez, y hasta las provisiones más comunes es necesario recibirlas de 10 ó 20 leguas de distancia.»

Exagerada es la pintura, aunque con fondo de verdad; porque las condiciones en que se desenvolvía la vida de la docta ciudad no permitían el desarrollo de la agricultura y las industrias, y esto hasta el punto de que, treinta años más tarde, Dalence, el primer boliviano que ensayó revelar con datos estadísticos la potencia económica del país, se dolía de que, siendo la provincia tan bien dotada de clima y demás condiciones telúricas, no se hubiesen preocupado los hijos del país de constituir haciendas «de coca, caña, olivos y viña», y se admiraba de que para el consumo se llevasen los ganados de las provincias argentinas y aun de Montevideo.

Es que los tiempos no estaban todavía para pensar en esas cosas ni las circunstancias eran favorables; porque el precio en que se cotizaban los productos del suelo, irrisorio por lo bajo, y las facilidades materiales de la vida, no eran estimulantes muy poderosos para incitar a las gentes en el esfuerzo del campo o de las industrias. «Con 400 pesos *anuales* vivía entonces una familia *decente*»—dice René Moreno (10)—, y el pueblo casi de balde, dada su parquedad incomparable.

Y, sin grandes apremios materiales, transcurría la vida lentamente para todos, vacía, siempre igual. Entonces no

se conocían teatros, y las únicas fiestas que con alborozo se celebraban eran las religiosas; la sociabilidad, aunque afectuosa, era poco activa, y no había periódicos que diesen a conocer lo que en el resto del mundo acontecía. Vivíase en santa ignorancia de lo que pasa más allá de las lindes del terruño, y sólo preocupaba las noticias relacionadas con la gloria de nuestro señor el rey y su familia; porque, se tiene por averiguado, los pueblos del Alto Perú, y Chuquisaca en particular, estaban contentos con servir al rey, no tenían quejas graves contra sus autoridades y no echaban de menos otro género de vida, acaso porque era cerrado el horizonte de sus ambiciones políticas y sociales.

Una palpable prueba de la apacible vida de aquellas regiones y ciudades y del patente desconocimiento en que vivía la gente respecto a ciertos adelantos y conocimientos nos la da René Moreno en la siguiente significativa, graciosa e ingenua anécdota:

Elegido el reverendo Maxó para dirigir el arzobispado de La Plata, a la muerte del virtuoso San Alberto, escribió a sus subordinados de Chuquisaca que le preparasen con esmero su vivienda en el episcopal palacio, y les anunciaba el envío de su museo, «para que se lo acomodasen en un local adecuado».

El arzobispo Maxó era un señor muy erudito, en extremo leído y muy dado a reunir colecciones de cachivaches y objetos curiosos. Le gustaba vivir con holgura, darse tono, comer bien y prestigiar de todos modos la dignidad de su rango. Nunca faltaban comensales a su espléndida mesa, donde ordinariamente se servían hasta «veinte manjares», preparados por sus cocineros, especialistas en el arte culinario.

Al leer las recomendaciones contenidas en su carta, los chuquisaqueños se pusieron en grandes conflictos, pues «no había en la ciudad carpinteros ni ebanistas competentes», y hubo que recurrir a Cochabamba para proveerse de varios artículos, que luego resultaron del

desagrado del refinado pastor de almas; pero lo que más consternación les produjo fué eso del «museo». No sabían los excelentes palaciegos lo que la palabreja significaba, y hubieron de recurrir a los auxilios de un diccionario para enterarse de su significado.

Figúrese, pues, en una sociedad así constituida y entre gentes de tan plácido e inocente vivir, el estupor y la consternación que causarían las tan grandes noticias del cautiverio del monarca español, de su prisión en tierra extraña y del usurpamiento de su corona por un intruso. Aquello no es para descrito.

Conociéronse estas noticias, como se dijo, la tarde del 17 de septiembre, y dos días después se resolvió sacar en procesión el retrato de nuestro señor el rey; y esa misma tarde, seis académicos, que llevaban en las manos los cordones rojos de seda, conducían por las calles el retrato de Fernando VII, que lo representaba niño, en un carrico profusamente engalanado, bajo un dosel.

A ésta se sucedieron otras ceremonias y fiestas. La de la solemne proclamación del monarca destronado se efectuó el 25 y en un ambiente de marcada frialdad, porque se había suscitado una profunda divergencia entre el arzobispo y los oidores respecto a la conducta a observarse frente a la gravedad de las noticias peninsulares. La política del arzobispo consistía en ocultar a los ojos del pueblo lo que venía sucediendo en España, y los oidores hallaban imprudente la táctica del mitrado y eran de opinión que más bien se revelase todo lo ocurrido, ya que ciertos actos del mismo mandatario religioso daban suficientes indicios para enterarse de lo que iba sucediendo en la metrópoli, como el edicto que hiciera fijar en las parroquias pidiendo a los fieles oraciones en pro de las «urgentes necesidades de la patria»; las rogativas públicas que se venían haciendo en todo el territorio de la Audiencia; las largas y solemnes procesiones que desfilaron por las calles, y las palabras llenas de recelo del jefe de la Iglesia, que no cesaba de pedir preces por el rey, su

familia y la patria, aunque sin traslucir nunca el real motivo de sus inquietudes.

Pero varios eran los dueños del secreto y mucha la ansiedad que sin quererlo se traslucía en la actitud de los más grandes funcionarios, para que no se divulgase parte de las noticias entre la gente acomodada de la ciudad y los magnates y señores nobles que en ella moraban, los cuales, no bien se enteraron de los graves sucesos, fueron los primeros en manifestar su adhesión a la pérdida causa del rey.

No pasó lo mismo con los doctores de la Universidad. Entre ellos germinaba de tiempo atrás la idea de la revolución y emancipación americanas, y esta fué la hora en que al conocer el nuevo estado de cosas en España hallasen una propicia ocasión para, como de costumbre, entregarse, con calor, a ver esos asuntos con un nuevo criterio.

Y este nuevo criterio se planteaba así: todo poder, para ser legítimo, tiene que emanar del pueblo. Había sido destruído el cetro de los reyes españoles por la fuerza de los acontecimientos, luego era llegado el momento de que el soberano pueblo asumiese su verdadero rol para organizarse.

Y en tanto que los doctores, en secretos conciliábulos, no cesaban de darle vueltas al argumento y a recordar, como cosa de quemante actualidad, las proposiciones de Raynal, el primero que, después de los ingleses, abogara por los derechos imprescriptibles del *pueblo soberano*, el arzobispo Moxó se agitaba en otra suerte de andanzas y promovía una colecta de fondos entre los frailes de su dependencia para socorrer a la madre patria en su guerra santa contra los franceses invasores, colecta que levantaba la resistencia de los tonsurados y agriaba aún más el encono que sentían contra la rígida autoridad del arzobispo y la dura inclemencia de los tiempos.

Porque en verdad por aquel entonces rondaba la pobreza por el hogar del clero alto peruano. Años hacía que

las cosechas eran malas, y el de 1805 fué fatal, como que entonces llegó a pagarse un real por un panecillo, «cuando de ordinario se daban cuatro por un cuartillo» (10); las minas iban en decadencia; apenas existían los negocios, y no eran virtudes del clero criollo la economía y la temperancia. Mostrábanse alegres y botarates quienes poseían casas en la ciudad y disponían «de tierras en los partidos, de alhajas en sus personas y de vajillas en sus habitaciones, mas no así tanto de numerario en sus bolsillos»; pero los pobres vivían con miseria y en medio de duras privaciones.

Sobre todo los curas del partido de Cochabamba, los más cerrados de bolsa aunque no los más puros de costumbres, sentían un odio implacable por el arzobispo. «El amancebamiento y la bebida eran sus vicios habituales; su distintivo fisionómico, como en cierta laya de soldados veteranos en guarnición, era el estigma de cierto morbo de especie inmunda y acusadora. Pero era la codicia la que más resaltaba en estos sacerdotes, y lo que de su parte fomentaba, mayormente entre los indios y los cholos de la ciudad, el fanatismo y la superstición más degradantes», asevera René Moreno (10).

Estos y otros muchos signos de decadencia, revelados al desnudo ante la mirada escudriñadora de Moxó en el clero altooperuano, le hicieron entrar en deseos de arreglar tamaña descompostura. Comenzó, pues, por obligar a los curas a rendir un examen de suficiencia ante un tribunal especial que, no obstante su misión de poner grado y medida a la competencia del postulante, estaba instruído, secretamente, para que revelase, tras discretas investigaciones, «sobre la vida y costumbres de los individuos».

Impunemente, empero, no se toman medidas de la indole que tienden a restringir el libre ejercicio de las profesiones lucrativas, y los curas se coaligaron contra el arzobispo; y en el espíritu de solidaridad que los unió entraron ya no sólo los curas de Cochabamba, contra

quienes iba principalmente la medida, sino los de la Audiencia toda, siendo mucho de temer que la orden de insubordinación y resistencia que fué el santo y seña del gremio, «partió misteriosamente de Chuquisaca y de propio lado del arzobispo» (10). Semejante coalición, cual se verá después, sirvió de fuerte apoyo a la causa de la independencia, porque bueno será adelantar que muchos de los curas y frailes que abrazaron con ardor esa causa, más que por amor puro de ella fué por odio al estricto, orgulloso y culto arzobispo, de chillona voz, elegantes maneras y bolsa repleta y de ancha boca.

A la expectativa ansiosa de estos días vino a sumarse la noticia de la llegada a Chuquisaca de don José Manuel Goyeneche, personaje de muchas campanillas, americano de nacimiento (arequipeño) y de quien se sabía que era portador de un pliego de instrucciones que le había dado la Junta de Sevilla, aunque todos ignorasen, en su buena fe, que Goyeneche, falso y traidor por temperamento, venía también como personero de doña Carlota Joaquina de Borbón, reina de Portugal, con quien, al pasar por el Brasil, donde se encontraba con su esposo y conspirando contra él, había tenido una larga conferencia, en la que se comprometió a sostener sus pretensiones a las posesiones españolas, jugando así el doble rol de traidor y falaz con que lo pinta la Historia para escarmiento de los de su laya.

Goyeneche llegó a Chuquisaca la tarde del 11 de noviembre de 1808 y fué recibido con muestras de consideración y entusiasmo por parte de los señores que en la villa moraban y de perfecta cortesía por las altas autoridades de la Audiencia, en especial por el arzobispo Moxó y don Ramón García Pizarro, presidente de la Audiencia y descendiente legítimo y en línea recta del conquistador, y con quienes tuvo Goyeneche largas y repetidas conferencias, en el curso de las cuales el astuto y falaz personaje arequipeño llegó a ganar el apoyo de sus interlocutores a la causa de doña Carlota, disponiendo todos

tres que para abrir los pliegos de que era portador el triste personaje se convocase a los amigos de confianza y altos funcionarios a una solemne reunión.

La cual llevóse a cabo al día siguiente mismo de la llegada de Goyeneche, es decir, el 12 de noviembre por la tarde. Dijo Goyeneche al comenzar que venía en representación de la Junta de Sevilla, y en prueba de su aserto puso a la vista los pliegos que portaba, abiertos los cuales fueron pasados a Boeto, presidente de la Academia Carolina, quien, al enterarse de su contenido, declaró que los pliegos venían en forma cabal, pero que su fondo entrañaba marcada incorrección puesto que provenían de un cuerpo que no tenía derecho de sustituirse al rey...

Todo lo esperaba Goyeneche menos una observación de esta índole, que ponía en mal pie su representación, y hubo de replicar todo colérico y con palabras gordas, manifestando que era infidencia argumentar de esa suerte y que pecaba de traidor quien presentaba objeciones de tal naturaleza; repuso Boeto destempladamente y «de pie increpó a voces a Goyeneche la sinrazón y atrevimiento de semejantes palabras: «¡Yo traidor! ¡Yo traidor! ¡Yo traidor!», exclamaba el hombre de bien sin poder concebirlo» (10).

Hubo escándalo. Declaró Goyeneche en tono amenazador que si no se reconocía al punto la Junta de Sevilla «tenía órdenes reservadas para enviar a Buenos Aires, preso», a quienquiera osase poner en duda su potestad; Boeto, que era enérgico y de duro temple, llenó, en el colmo de la excitación, de denuestos a Goyeneche, llamándole brigadier de cartón y cosas por el estilo, y fué tanto su despecho que, según las crónicas, cayó enfermo ese mismo día y poco después entregaba su alma a Dios.

Trascendió fuera el conflicto y al punto dejóse oír un rumor vago de amenaza contra el presidente de la Audiencia, Pizarro, y el arzobispo Moxó, que se hizo francamente hostil cuando fué tomando cuerpo la voz que intencionalmente surgió sin saberse de dónde ni cuándo:

«¡Quieren entregarnos a los portugueses!»—se dijo, y aquello fué mirado como un mal que no querían para sí los chuquisaqueños.

Goyeneche se marchó el 17 con dirección a La Paz, y los dos sindicatos, el presidente y el arzobispo, quedaron solos frente a la hostilidad de las gentes y muy pesados de haberse metido en semejantes negocios, pues ambos eran de índole apacible, particularmente Pizarro, que tenía la sinceridad de confesar su horror a los actos violentos y su deseo de no verse metido en trance de pelea. Cuéntase a este propósito que cuando recibió de España el grado de teniente general con que la Corte premiara sus buenos y leales servicios, una copetuda matrona de Chuquisaca le preguntó que dónde y en qué guerreras hazañas había ganado las insignias que ostentara; a lo que el otro, muy galantemente y llevándose las manos al pecho, repuso: «Muchas y muy terribles han sido las de este corazón» (7).

Era, como se ve, hombre galante, oportuno y discretísimo. Físicamente nos lo pintan «alto, esbelto, bien plantado, enjuto de carnes, rostro oval bastante colorado y para su edad muy fresco, nariz más bien corta que larga, ojos negros redondos, cabellera rizada, larga y empolvada, según la moda» (7). Llano y bonachón, «iba y entraba a todas partes sin gastar tono ni boato. Solía pasar el rato en las tiendas de los comerciantes y aun visitar el taller de los artesanos para mostrar interés en las ocupaciones del pueblo. En general, era muy querido en Chuquisaca, porque todos veían en él a un mandatario bueno y manso. Era, además, muy amigo de las diversiones, gustando de las corridas de toros y de los bailes, que solían darse muy buenos en los salones de la Presidencia» (7).

La voz de los descontentos descendió de las clases altas y fué a la plebe por boca de los agitadores, que eran unos cuantos doctores y jóvenes estudiantes de buenas familias y hasta comerciantes de crédito. Entre los prime-

ros se señalaban los Mercado, Carvajal, Prudencio, Le-moine, el argentino Monteagudo y, sobre todo, los hermanos Sudáñez, fiscal el uno, abogado el otro, ambos dos animosos, influyentes y llenos de un ardiente americanismo, tanto o igual al de Monteagudo, cuya fama provenia, en primer término y sobre todo, de su indiscutible talento y de su natural expansivo, y, luego, porque tenía una bodega o *boliche* según el estilo rioplatense; y si hogaño se ve que la tienda, pulpería o bodega lleva a los asientos del Municipio y a los escaños de la Cámara, antaño daba lustre y dinero, pues era la tienda, como aun es al estilo provincial de España, centro de salados camarillos y de honesto esparcimiento.

Infundían todos estos mozos con sus chismes y enredos la desconfianza y los recelos en la masa. Y los discursos de corrillos, los papeles manuscritos que anónima y secretamente circulaban incitando a la revuelta, las frases intencionadas que habían prendido en la imaginación del pueblo sacadas del *Diálogo de Atahualpa y Fernando VII*, compuesto en esos días por Monteagudo y que «pasaba de mano en mano, afanándose cada cual en sacar una copia» (120); el rumor, cada día más acentuado, de la connivencia del arzobispo y el presidente para favorecer los planes de doña Carlota, y, por último, los manifiestos portugueses que se echaron a circular hacia fines de noviembre (383), traían enfiebrados de esperanza a los doctores agitadores y a los descontentos; pero sólo de esperanza, porque, aun queriéndolo, no se atrevían a abogar abiertamente por la emancipación y la independencia, pues les faltaba coraje, en primer lugar, y luego porque «nadie les hubiera respondido a esta voz; pero no cesaban de hacer creer a las gentes que Pizarro tramaba el plan, o más bien iba a poner en ejecución el plan tramado meses antes con Goyeneche de entregar estas provincias a los portugueses» (7) (383).

Pizarro, arrepentido de su conducta y viendo que se iba explotando maravillosamente el arma en su contra,

quiso cortar por lo sano el mal que se avecinaba y puso en conocimiento de la Universidad y del claustro de doctores los manejos de doña Carlota, y les pidió su parecer.

Reunióse el claustro el 12 de enero de 1809 y, con dictamen de su síndico el doctor Manuel Zudáñez, condenó como subversiva la actitud de la princesa del Brasil, a quien negó sus pretendidos derechos al trono de España, y al efecto redactó un acta por la pluma del doctor Jaime Zudáñez, hermano del anterior, «en términos insultantes al decoro de la señora infanta»; acta que fué firmada el 19 del mismo mes y remitida luego al virrey, al presidente Pizarro y al arzobispo Moxó (383).

El virrey escribió al presidente Pizarro dándole la orden de destruir al punto todos los papeles referentes a este negocio, y Pizarro cumplió la orden el 20 de mayo rasgando del libro de actas de la Universidad los acuerdos que antes se habían tomado, y esto se consideró como una prueba evidente de sus falsos manejos contra el patrimonio español, creciendo, por tanto, la alarma que había cundido en la población.

El 25 se reunieron los oidores en una casa particular, y «después de larga deliberación, pasaron un oficio a Pizarro intimándole la entrega del mando, alegando la ley 36 del título XV, libro 11 de la Recopilación». Pizarro «contestó negando los cargos que le hacían los oidores ilegalmente reunidos fuera de la casa pretorial» (383), y luego dictó la orden de arresto de varios oidores, que sólo pudo cumplirse en la persona del fiscal Zudáñez, porque los otros se dieron prisa en esconderse.

Zudáñez fué cogido preso al entrar la noche del 25 de mayo, una clarísima noche invernal en que la luna llena derrama luz de sol agonizante, y que Zudáñez alborotaba dando voces anunciando que lo conducían al patibulo, y con la manifiesta intención de provocar la explosión que se venía preparando.

Y sucedió lo que quería y esperaba que sucediese;

alborotóse el pueblo, de por sí levantisco, y en la ciudad hubo un gran movimiento de gente que acudía a la plaza principal y a la Audiencia. Muchos se subieron a los campanarios y comenzaron a echar a vuelo las campanas; otros encendían fogatas en las calles principales; se abrieron las ventanas de las casas y aparecieron en ellas grupos de mujeres y de niños; «los balcones de la plaza estuvieron llenos de gente hasta más de media noche, en que cesó el tumulto, y eso que del palacio de la Audiencia disparaban cañonazos y descargas de fusilería para amedrentar al pueblo», cuenta un testigo interrogado por René Moreno.

Pero el pueblo no se dejó amedrentar no obstante de que no disponía de armas y contaba por tales los palos y piedras de que se proveyera: había cundido la voz de que esa noche se efectuarían varios otros arrestos, y—soplaban los malignos revolucionarios—de que al punto serían sacrificados los prisioneros, lo cual llevó al último límite la exasperación de los ánimos. Hubo motín. Los amotinados arrojaron piedras a los jardines de la vivienda pretorial y recorrían las calles pidiendo la libertad de Zudáñez, y como vieses que sus voces no eran atendidas, intentaron forzar la puerta de la Audiencia, y los doce soldados de Pizarro descargaron sus fusiles al aire, porque habían recibido orden de no causar daño a nadie, y sólo hubo, por tanto, y según versión de testigos, un solo cholo levemente herido, y parece que esa fué toda la sangre que se derramó en la sonada revolución chuquisaqueña, aunque fué la bastante para enardecer los ánimos de los actores, que atacaron la Audiencia y, logrando introducirse en ella, tomaron y condujeron preso a Pizarro, a pesar de que éste, alarmado por la poblada y sin hacerse ya ilusiones sobre las tendencias ocultas del movimiento, hacía rato que hiciera poner en libertad a Zudáñez. Salió Pizarro de la Audiencia famosa escoltado por el pueblo y conducido por los revolucionarios, entre los que se distinguía Lemoine, y fué hecho preso en los

salones de la Universidad (120). Daban las doce de la noche, y a esa hora se abría una nueva era, y no de venturas, para el pueblo conquistado, sometido y destruido por otro Pizarro; y el prisionero, ante la gravedad de la hora, frente a los hechos precursores, decía con solemne melancolía: «Con un Pizarro comenzó la dominación de España; con otro Pizarro principia la separación» (7)-(383).

Horas después y «entre hachones se publicaba un bando, haciendo saber al vecindario que estaba bajo la autoridad de la Audiencia Gobernadora. Comenzaba la era de la Independencia» (120).

Al día siguiente, como en todos los movimientos populares, grupos de gente curioseaban los edificios en los que se habían sucedido los hechos de la noche anterior; los revolucionarios emprendieron camino de propaganda a las demás ciudades de la Audiencia, yendo a La Paz los doctores Michel y Mercado; a Cochabamba Pulido y Alcérreca, y Monteagudo a Potosí.

CAPITULO II

Causas del descontento en La Paz.—Revolución del 16 de julio de 1809.—La acción del Cabildo.—Rivalidad entre Murillo e Indaburu.—Personal de la Junta Tuitiva.—Biografía de Murillo.—Proclama de la Junta Tuitiva.—El virrey del Perú encomienda a Goyeneche la misión de sofocar la revolución de La Paz.—Inquietudes y vacilaciones de los revolucionarios.—Se divulga la noticia de que Murillo hace traición a la causa.—Trabajos de la reacción.—Se disuelve la Junta Tuitiva.—Llegan a La Paz los emisarios de Goyeneche.—Capitula la revolución.—Traición de Murillo.—Muerte de Indaburu.—Acción heroica de Chacaltaya.—Retrato de Goyeneche.—El proceso lamentable.—Heroica muerte de Murillo.—Proclama de Goyeneche a La Paz y su viaje al Cuzco.

Muy otra fué la revolución de La Paz y no tuvo, de pronto, epílogo sentimental de romance, porque la sangre corrió a torrentes, y en el patíbulo rodaron las cabezas de los caudillos, brutalmente sacrificados por Goyeneche.

También en La Paz ardía el deseo de emancipación, acaso más agudo que en Chuquisaca, pero por otras causas. La dialéctica chuquisaqueña no tenía ambiente, ni las discusiones académicas echaban raíces en ese medio, no porque fuese herméticamente cerrado a las especulaciones intelectuales, sino porque el carácter de las gentes pedía otra clase de ejercicios para el desarrollo de su actividad.

La causa de la animosidad de los paceños contra el dominio peninsular provenía, fuera de las causas generales ya mencionadas y que idénticos resultados produjeron en todo el continente hispano, al hecho simple de que en la cuenca honda del yermo andino había echado

más hondas raíces que en ninguna otra parte el despotismo y la crueldad españoles, y esto porque el carácter hosco y levantisco de los serranos, ya manifiesto desde los lejanos tiempos de las conquistas incásicas, pedía el que allá fueran a dar mandones de temple duro con preferencia a doctores pulidos y amanerados que pedía la docta y también amanerada y pulida Charcas. E iban soldados endurecidos en recias campañas, bachilleres aventureros y discolos, vagabundos buscavidas ávidos de lucro y no nada escrupulosos para alcanzar su deseo. Y al topar con gente brava y decidida hizose lujo de valor y hombría el extremar los arrestos batalladores de los amos, originándose así una lucha de siglos de que ya estaban hartos los andinos.

El comisionado chuquisaqueño, doctor Michel, llegó el 8 de junio a La Paz y no tuvo necesidad de desplegar grandes esfuerzos ni meterse en comprometidas aventuras para ganar la decisión de los paceños, tiempo ha prevenidos contra los peninsulares y anhelosos de verse libres de la dominación española, todos los días más despótica y menos liberal, para implantar reformas que estuviesen en armonía con los adelantos del tiempo. Únicamente tuvo que presentarse a las Juntas secretas que a menudo se celebraban desde que se conocían los conflictos internos y externos de España y explayar allí lo que sus antecesores de la Universidad de San Xavier de Chuquisaca, desde antes de 1802, venían pregonando, es decir, la emancipación.

Promovió, sin embargo, cinco Juntas secretas reuniendo a los que ya se mostraban como jefes del movimiento libertario, y la última se efectuó la noche del 13 de julio, en la que se tomaron acuerdos sobre la manera de atacar el cuartel y adueñarse de la fuerza pública y quiénes debían desempeñar ciertos roles de importancia. Días antes habían aparecido, pegados en las paredes de los puentes de San Sebastián y San Francisco, pasquines ilustrados con horcas y leyendas en que se advertía que serían

ahorcadas las autoridades que se prestaban a sostener los planes de doña Carlota. La última reunión llevóse a cabo la noche del 15 de julio en casa de don Pedro Domingo Murillo, con asistencia de los más influyentes miembros de la Junta revolucionaria, muchos criollos caracterizados, varios comerciantes de nota y dos o tres artesanos de los sobresalientes. Allí se ultimaron las disposiciones para el levantamiento general que iba a efectuarse al día siguiente, después de pasada la procesión de la Virgen del Carmen, patrona de la urbe, que, cual tradición, se sacaba todos los años en igual día y se la paseaba por las calles de la ciudad en medio de la reverencia de los contritos fieles.

Amaneció el 16 con un sol radioso de invierno y con ruido riente de las campanas de la iglesia, que llamaban con alegre son a los devotos y les recordaba su deber de entregarse a las piadosas prácticas del rito. Y en tanto que los fieles oían la misa en el templo de la Compañía y los bailarines lucían sus galas de oro en la Plaza Mayor y danzaban al monótono compás de sus instrumentos tristes, los conjurados se entregaban, cada uno por su lado y cuenta, a desempeñar lo mejor posible el rol que les había cabido en las deliberaciones de la noche anterior.

Don Juan Pedro Indaburu, jefe de las reales milicias, ganado a la causa de la revolución, había invitado a su casa algunos soldados de confianza, y su hija, una garrida mozueta, les suministraba armas y los elementos necesarios para que convidasen a la tropa y la embriagasen; don Melchor Jiménez, alias el *Pichitanca* (gorrión), apostado en la garita, que, cual atalaya, señorea la ciudad breñosa y de abruptos flancos, avizoraba ansiosamente las cumbres de los cerros que la rodean, listo a dar el grito de alarma a la menor sorpresa; don Pedro Domingo Murillo, según unos, andaba disfrazado entre los grupos de cholos dispersos en la plaza y se entretenía en verlos bailar, o tomaba parte en la danza y les recordaba su

promesa de no cejar en el momento oportuno, y según otros, preparaba armas en ocultos parajes.

Cuenta el general Bilbao La Vieja, testigo de estos acontecimientos, alférez en aquel tiempo por obra y gracia de la Junta Tuitiva, que los directores de la revolución habían logrado ganar a un cabo del Fijo, que era una compañía de veteranos, la mayor parte españoles, el cual cabo el día de la revolución entró de guardia en el cuartel, comunicó a los conjurados el santo y seña, puso en la guardia a los más viejos, y de principal centinela a un tal Bastos, sordo de remate como una pared.

Salió, pues, la procesión de la Virgen del Carmen, como de costumbre, en la tarde; dió una vuelta a la plaza principal y recorrió las calles del itinerario precedida de las comparsas de danzantes indios y bajo la lluvia de flores y papel picado que las criollas y españolas devotas, situadas en los balcones de las casas, arrojaban sobre la santa imagen, que iba descansando al pie de los arcos de plata colgados de trecho en trecho y de balcón a balcón en las calles. Todo parecía y era plácido, y tenía apariencia igual; pero en la plaza, donde a la sombra de toldetas de eneales dispersas en el espacio o bajo los portales de una casa contigua a la Compañía, casa sustituida hoy con el nuevo palacio legislativo, se agitaba un mundo de cholos alrededor de los juegos de azar y otras distracciones permitidas en aquellos días, se echaba de ver escasa concurrencia de mujeres del pueblo y los andares huídos o esquivos de los conjurados confundidos entre las turbas.

Pasó la procesión sin ningún incidente, la tropa ganó su alojamiento, y después de rezar devotamente el rosario, se retiró parte de ella del cuartel para gozar de la hora de libertad que se le daba hasta las siete.

A esa hora, muchos de los conjurados, reunidos en una sala de billar de la esquina de la Merced y tenida por Mariano Graneros, alias el *Challatejeta*, también comprometido, y entre los que se encontraban Murillo, Sa-

gárnaga, Monje, Catacora, Lanza, el cura Medina y otros, salieron y se encaminaron a la plaza, centro de las operaciones.

Don Melchor Jiménez, alias el *Pichitanca*, que en la tarde había abandonado su puesto de garitero y era el designado, acaso por su audacia y su mucha fuerza, para atacar al centinela sordo, llegó, con paso indiferente, adonde estaba el soldado, lo sujetó en sus brazos y dió el convenido silbido, que era la señal establecida. Inmediatamente acudieron los otros, cogieron las armas que estaban en el zaguán, «y cuando el centinela llamó al guardia—dice un testigo—ya estaban tomadas las armas del armario; pero la imaginaria que había quedado en los altos hizo fuego, y a poco rato se rindieron y fueron tomados el comandante y su alférez y puestos en un calabozo» (A).

Al ruido de los disparos acudió la gente a la plaza, plebe en su mayoría, y en ese instante sonaron a rebato las campanas y hubo tropel en las calles. El gobernador Dávila quiso contenerlo yendo a pedir la ayuda de su gente, pero fué detenido y apresado en el cuartel (36-46), donde ya estaban aprisionados los oficiales de guardia, como se dijo. En el asalto murió uno de los promotores de la revolución, Juan Cordero, bordador de oficio, que se presentó en los balcones del cuartel luciendo el uniforme del oficial de guardia que había vencido y que los amotinados tomaron como a jefe realista, y hubo varios muertos y heridos entre los del pueblo.

La algazara en la plaza era enorme y atronaban el espacio los vivas a Fernando VII y los mueras a los traidores, sin que la presencia del obispo fuera suficiente a contener la explosión de alegría que se manifestaba en el pueblo (140), no faltando atrevidos que le endilgasen burlas y hasta groseros ultrajes. Pedían a grandes voces que se hiciese Cabildo abierto, en lo que hubo de accederse a eso de las ocho de la noche, hora en que por aclamación popular fueron elegidos representantes del pueblo

los doctores Lanza, Sagárnaga y Catacora (140), los dos últimos graduados en la Universidad de Chuquisaca e imbuídos, por consiguiente, de ideas francamente revolucionarias. Entretanto los jefes militares, Murillo e Indaburu, enviaban órdenes por medio de un piquete para que los propietarios iluminasen sus casas, y a las que se habían anticipado las mujeres del pueblo encendiendo grandes fogatas en las puertas de sus tiendas, alimentadas con las esteras de eneales con que cubrían sus toldetas y les servía para vender frutas y legumbres en los mercados. Cuando la ciudad ardía por el fuego de los faroles y fogatas, salió Indaburu de la plaza para rondar la ciudad y detener los saqueos a que se había entregado la plebe enardecida, y su nombre fué entusiastamente vitoreado, junto con el del rey.

Abierto, pues, el Cabildo, bajo la mirada muda del busto de Fernando VII, se procedió a redactar el acta de la independencia, donde, entre otras cosas, los conjurados «declaran y juran defender con su sangre y fortuna la independencia de la patria».

Concluida esta diligencia y bajo la iniciativa del doctor Lanza, que en esa noche asumió la personería de las turbas y fué el orador escuchado y obedecido de éstas (377), procedióse a proveer a las peticiones que el pueblo hacía a la voz de ¡viva Fernando VII!, y que sus personeros formulaban sin obedecer a ningún plan, al capricho, quizá a los dictados de la ambición o al de la codicia, cosa que es fácil de presumir dada la tendencia de destruir toda clase de documentos que revelasen compromisos o deudas pendientes con los tesoros reales. Y pidió el pueblo, y el Cabildo se apresuró en conceder, que fuesen depuestas las autoridades establecidas por ese rey en cuyo nombre se pedía la destitución. Y el obispo, don Remigio de Santa Ana y Ortega, y el gobernador Dávila, fueron depuestos de sus cargos, como también lo fueron el administrador de Correos, los subdelegados, el administrador de tabacos. El pueblo pidió que se supri-

man las alcabalas, y fué obedecido en su demanda porque se suprimieron «las de los comestibles y manufacturas de los naturales» (140). Por último, el pueblo, obediendo a sus simpatías y preferencias y a una sola voz, aclamó a don Pedro Domingo Murillo como jefe de armas, anteponiéndolo al coronel don Juan Pedro de Indaburu, jefe de las milicias reales, español neto, y cuya acción había sido tan eficaz para ese primer éxito revolucionario.

La imprudente política tuvo desastrosos resultados un poco más tarde. Irritóse el amor propio de Indaburu, caudillo principal, al verse subordinado a Murillo, hijo del pueblo, mestizo puro también, y se le hacía pesado consentir que él, de pura estirpe castellana, tuviese que obedecer a un bastardo de casta inferior como entonces se pensaba de la mestiza propia para vegetar perpetuamente bajo la dura y necesaria opresión de los señores. De no haberse sentido poseídos de desbordante alegría los directores de la revolución al ver la relativa facilidad con que daban comienzo a sus planes, bien pudieron haber columbrado esa misma noche que Indaburu no permanecería fiel a la causa independiente porque se herían sus prejuicios de raza y sangre, seguramente más fuertes en él que cualquier otro sentimiento vago de libertad.

La deliberación del pueblo duró casi hasta el amanecer y «la Plaza permaneció llena de chusma toda la noche, habiendo cesado el continuado toque de rebato a cosa de las diez, como también las fogatas que hacían con las esteras de los puestos de las revendonas, de las que no les dejaron ni una que no quemasen» (140). A las tres de la mañana los miembros del Cabildo pidieron licencia para retirarse, como lo hicieron después de haber dispuesto, según lo anotado, por unánime aclamación, la abrogación de las alcabalas, el perdón de todos los deudores al fisco, la suspensión de los monopolios de sal, carbón y otros artículos, la liberación de los presos y al-

gunas medidas más, todas en favor de los naturales del país y en daño de las rentas fiscales de la Corona.

Al día siguiente lucieron al sol las horcas que Murillo había hecho colocar frente al Cabildo para arredrar a los europeos que no acatasen las disposiciones tomadas, y estaban puestas de modo tal que el busto de Fernando VII parecía pender de ellas cual si hubiese pasado por el suplicio (A). Hubo toque de clarines y reunión popular en el Cabildo, dirigida ahora por los doctores Lanza y Catacora, quienes, en nombre de sus representados, pidieron, e igualmente les fué acordado, que, con pena de muerte y confiscación de fortuna, se llamase bajo filas a los ciudadanos para la defensa de la patria; que se obligase jurar a los europeos «de hacer perpetua alianza con los criollos, no intentar cosa alguna en su daño y defender con ellos la religión y la patria» (36).

A las nueve de la mañana se publicó el bando de estas disposiciones con mucho ruido de músicas y gritos de algazara mezclados con amenazas a los que no acatasen lo dispuesto; y, en la tarde, a las tres, efectuóse el juramento de los europeos en manos de los doctores Gregorio Lanza y Juan Bautista Sagárnaga, pasado el cual se quitaron las horcas y procedióse al solemne entierro del bordador Juan Cordero, la primera víctima de la revolución.

Murillo dióse de lleno a organizar el ejército revolucionario en previsión de los ataques que seguramente iban a producirse, y en la tarea puso la enorme actividad de que estaba poseído, pues era hombre enérgico, empecinado y de firmes resoluciones. No descuidó, por cierto, hacer la necesaria requisa de armas ni de enviar comisionados a buscarlas a las propiedades rústicas de los más acérrimos realistas, como hubo de pasar con don Jorge Ballivián, cuya propiedad, Cebollullo, fué requisada, aunque sin resultados.

Solemne fué la misa de gracias que se cantó en la catedral la mañana del 20 de julio, «con mucha asistencia

del partido de revoltosos, y poca devoción por parte de los realistas» (140), que el temor de no aparecer rebeldes al juramento prestado el día antes hacía concurrir a ceremonias que ninguna atingencia tenían con la fe jurada. Poco después se quemaban en plena plaza, y con harta satisfacción de muchos, los libros y papeles de acreedores al Tesoro público, rezagados hasta 1807, irrogándose a las arcas públicas un quebranto de cosa de millón y medio de pesos, y borrándose toda huella de los deudores, lo que hubo de producir grande contento a mucha gente, y no de la peor, contento que se transparentó en la retreta de esa noche, que estuvo muy concurrida.

El 21 de julio, los representantes del pueblo, Lanza, Catacora y Bueno, presentaron al Cabildo un plan de gobierno bajo el sistema democrático y con ideas relativamente avanzadas, el que obtuvo algunos reparos del doctor Sagárnaga, quien no pudo conseguir, cual se proponía, ningún resultado de reacción en las masas, que habían abrazado con ardor la causa de la independencia.

El 22 de julio apareció la primera señal reaccionaria en un cartel secretamente fijado durante la noche con tres horcas dibujadas, «una para el mismo Murillo, otra para Indaburu y otra para el clérigo Patiño» (214); señal bastante significativa si se tiene en cuenta el estado de efervescencia popular, que no se detenía ante ninguna consideración, y que ya había dado muestras, la noche del 16, de castigar en sus bienes y personas a quienquiera que se mostrase adverso a sus planes, o más bien, a los de sus conductores. Ese mismo día se fijó a Murillo un sueldo mensual de tres mil pesos, sumamente crecido, en atención a la mediocridad de la vida económica y a los emolumentos que gozaban los empleados oficiales de la Corona, por lo común bajos; se arrojó dinero al populacho, «con muchas aclamaciones», para prevenirlo en contra de los europeos, muchos de los cuales abandonaron la ciudad a ocultas, siguiendo el ejemplo del obispo que en la noche del 23 salió a una hacienda del

valle, en el Río Abajo. Este éxodo hubo de prohibirse mediante un bando que se dictó el 24, después de haber tomado posesión la Junta Tuitiva, que así dió en llamarse el cuerpo revolucionario, ante el que desfilaron las tropas con mucho aparato al mando de don Juan Pedro Indaburu, que en este día fué reconocido por jefe de ellas. La Junta estaba compuesta por el presidente, don Pedro Domingo Murillo, y de quince vocales y tres indios de noble estirpe, y eran:

Presidente de la Junta, coronel comandante Pedro Domingo Murillo.

Vocales: doctor Melchor León de la Barra, cura de Caquiaviri.

Doctor José Antonio de Medina, cura de Sicasica.

Doctor Gregorio García Lanza, auditor de guerra.

Doctor Juan Basilio Catacora.

Doctor Juan de la Cruz Monje, asesor.

Doctor Juan Manuel Mercado, presbítero.

Don Francisco Xavier Iturri Patiño, ex mercedario.

Don Sebastián Arrieta, tesorero de la Real Hacienda.

Don Buenaventura Bueno.

Don Francisco Diego Palacios.

Don Sebastián Aparicio, secretario.

Don Juan Manuel Cáceres, escribano.

Don Francisco Figueredo Incacollo y Catari; y

Don Gregorio Rojas; estos dos últimos en representación de los partidos de Yungas e Inquisivi.

Los más de los curas y doctores fueron graduados en la Universidad de Chuquisaca, como don Juan de la Cruz Monje, don Juan Basilio Catacora, don Juan Bautista Sargánaga, el presbítero don José Antonio Medina, etc.; y aunque los más flaquearon en un momento de su gesto heroico, todos murieron ejemplarmente en el patíbulo.

Del presbítero José Antonio Medina, el cerebro conductor de la revolución, nos dice René Moreno: «Excedía a todos en vehemencia. Nadie le sobrepasó en fuego cuando condenaba la célebre fórmula de las reales órde-

nes al derogar lo más sagrado y secular: «no obstante de lo que prescriben las leyes en el particular, *pues tal es mi voluntad*». «He aquí, exclamaba, el déspota insolente que hace alarde de arbitrariedad. No dice: porque así es justo, porque así es necesario, ni siquiera porque así lo creo y me parece conveniente. Lo que dice es: mando lo contrario a las leyes, porque así lo quiero, porque así se me antoja, *porque tal es mi voluntad*. Pero la hora de la reforma está por sonar, y la revolución se acerca» (10).

Poco y mal se conoce de Murillo, el jefe, el corazón y el brazo de la revuelta.

Físicamente se acostumbra pintarlo de regular estatura, muy moreno, cabello negrísimo «y un tanto áspero», ojos oscuros, «boca de tamaño regular sin expresión y más bien deforme», de labios gruesos y sensuales, bigote poco poblado y corto, anchas orejas y actitud resuelta y desembozada. Esmeroso en el vestir, gustábale usar prendas de fina hechura (A-15), y seguir, según el retratista, «siempre la moda de la época con elegancia», cosa no muy verosímil, porque se sabe que Murillo, a más de estar cargado de familia, era pobre en bienes de fortuna, y de muy modesta condición social, y en aquel entonces las marcadas diferencias sociales no sólo se median por el rango, la ascendencia, la fortuna, los servicios prestados y otras causas más o menos considerables, si que también por la vivienda, las relaciones de sociedad y, en suma, por la exterior apariencia. Señores y plebeyos, aún más, criollos y chapetones, no usaban parecida vestimenta, y por espíritu de selección formaban grupos opuestos y antagónicos, que fué una de las causas de la revuelta contra el dominio peninsular, como ya se tiene dicho.

Aún se ignora de un modo exacto la fecha de su nacimiento; mas está probado que comenzó a señalarse desde 1779 como hombre de ideas avanzadas y, por tal, peligroso. Cuéntase que, «descubierta en el Cuzco la conspiración de Aguilar en 1805, Murillo fué hecho

preso y sumariado como uno de los principales sindicados. Con una serenidad imperturbable y audacia asombrosa confesó su delito; pero señaló como a cómplices a todos los vecinos de La Paz, empezando por designar al gobernador intendente y al juez que organizaba el proceso. Ya fuese cierta o maliciosa esta declaración, Murillo fué puesto en libertad» (B) (34) (160).

Tampoco se sabe de fijo dónde y en qué Universidad o bufete de abogado adquirió los conocimientos abogadiles y jurídicos que poseía; pero sí es seguro que por aquel año era Murillo uno de los más tenaces propagandistas de los carteles sediciosos que circulaban en el pueblo incitándole a la revuelta, todos manuscritos, pues entonces no se conocía en el Alto Perú la imprenta, que, según unos, fué introducida mucho después, en 1813, con Goyeneche, y según otros, en 1811, con Castelli. La propaganda se hacía por papeles anónimos escritos a pulso, que se fijaban de noche y a ocultas en las esquinas más frecuentadas de las calles jamás iluminadas artificialmente, o circulaban de mano en mano entre los amigos afiliados a las muchas logias secretas existentes en casi todas las ciudades del Alto Perú; y era Murillo el autor de las más atrevidas, o a lo menos así lo creía el pueblo, entre el que gozaba de grandes simpatías y el que nunca le apeaba el título de doctor, con que, aun hoy, distingue a todo el que representa o significa algo en los círculos políticos o sociales.

Casado en 1778 con María Josefa Olmedo y separado después por el espacio de treinta años, hasta su muerte, fué padre de cuatro hijos lo menos, pues era muy mujeriego, y para mantener la prole se vió obligado a ejercer diversos oficios, siendo minero por algún tiempo y después, y con preferencia, tinterillo de pleitos. «Se ha mantenido—reza él mismo en el expediente de su proceso— con varios oficios de minero, dirigiendo ingenios, y cuando han pasado estas giras, se ha mantenido con la pluma por no estar ocioso y mal entretenido» (A).

Era, cual se colige, hombre listo, audaz, emprendedor. Nada lo arredraba ni le detenía; y esto, a no dudarlo, unido a su carácter algo huraño en la intimidad, pero abierto frente a las aglomeraciones de pueblo, indujo a éste a proclamarlo, como se ha visto, presidente de la Junta Tuitiva y jefe militar de la provincia, anteponiéndolo a militares de mérito y grandísimo prestigio como Indaburu, a doctores ilustres como el animoso y talentoso presbítero discutidor José Antonio Medina; a don Gregorio Lanza, el enérgico; al doctor Catacora, el sufrido, y a otros, todos descollantes en la ciudad.

Y es que Murillo pertenecía a la casta de los agitadores populacheros que en la vida privada y dentro de la intimidad del hogar suelen presentar profundas, asquerosas, incurables taras morales, y ser indelicados, egoistas, groseros, vanidosos, mentecatos y mentirosos, y aparentar ante el público, en discursos y con gestos teatrales, justamente lo contrario de lo que son; tipo divulgado y mantenido en el Alto Perú con más persistencia que en ningún otro país, acaso porque su encerramiento dentro del continente y su falta de actividad industrial sólo ofrece en la política campo suficientemente amplio para conseguir prestigios locales y pasable modo de vivir.

Murillo era déspota, dominador, absorbente y algo pérfido. Son las declaraciones de sus colegas mismos que lo pintan así. Y una prueba de su despotismo hubo de ofrecer la tarde de su exaltación a la presidencia de la Junta al ordenar con algún imperio al jefe de las milicias, Indaburu, que condujese sus tropas al cuartel. Indaburu quiso oponerse y aun objetó la orden, mas hubo de obedecer, pero lleno de odio y despecho, que en vez de aplacarse fueron creciendo más todos los días hasta la hora de la tragedia inevitable.

El primer paso de la Junta Tuitiva fué anunciar a la Junta de Chuquisaca el movimiento que acababa de producirse en La Paz y en dirigir, engañosamente, un oficio al virrey de Lima protestando adhesión al monarca, oficio



desmentido tácitamente con la proclama que en seguida se lanzó al pueblo, en absoluto revolucionaria:

«Compatriotas:

»Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria; hemos visto con indiferencia por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que, degradándonos de la especie humana, nos ha mirado como a esclavos; hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido siempre un presagio de humillación y ruina. Ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto a nuestra felicidad como favorable al orgullo nacional español. Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno fundado en los intereses de nuestra patria, altamente deprimida por la bastarda política de Madrid. Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía. Valerosos habitantes de La Paz y de todo el Imperio del Perú, revelad vuestros proyectos para la ejecución; aprovechaos de las circunstancias en que estamos; no miréis con desdén la felicidad de nuestro suelo, ni perdáis jamás de vista la unión que debe reinar en todos, para ser en adelante tan felices como desgraciados hasta el presente.

»En la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, a los 17 días del mes de julio de 1809.»—(*Firmas.*)

Este documento, el primero netamente revolucionario en la América Española, contiene, en síntesis, todo el pliego de cargos levantado por los americanos contra la dominación española y encierra el anhelo que existía en todo el continente para libertarse de esa dominación.

Lanzado el reto con tan singular audacia y sin poner

ningún velo a las intenciones que perseguían los revolucionarios de independizarse completamente del «usurpador injusto», Murillo, obedeciendo a su temperamento enérgico y organizador, se preocupó exclusivamente de reunir tropas, uniformarlas y alistarlas; pero hubo de tropezar con el grave inconveniente de no poder encontrar instructores. El testigo realista de estos sucesos consigna en su diario, con harta complacencia, esta frase reveladora: «Pero tenemos la felicidad que no hay aquí un militar de profesión que las pueda enseñar.» Esto no obstante, Murillo no cejaba en su propósito de levantar un ejército disciplinado y, sobre todo, de atraer a la causa independiente el concurso preciso y eficaz de la masa indígena, que entonces era casi la totalidad de la sección alto peruana, como es hoy, al cabo de un siglo, la inmensa mayoría de la nación boliviana. Para conseguir su objeto echó mano del concurso de las más prestigiosas autoridades indígenas, las sedujo, las adoctrinó, las hizo penetrarse de sus intenciones y luego las lanzó por los valles y llanos para que fuesen a pregonar la nueva doctrina fundada en la igualdad de todos los hombres y en la abolición absoluta de privilegios y contribuciones.

Él mismo trató de infundir en el confuso ánimo de sus soldados las nociones claras del acto que perseguía, y sólo consiguió captarse la adhesión leal pero inconsciente del *cholo* burdo, que sigue ciegamente a los agitadores sin preguntarles nunca por dónde las conducen, por qué las manejan ni pedirles cuentas de sus desaciertos o reparaciones en los fracasos.

Entretanto la agitación en el resto de la Audiencia era extrema. El gobernador de Potosí, don Francisco de Paula Sáenz, francamente hostil, como no podía menos de ser, a los movimientos de Chuquisaca y La Paz, hizo poner en prisión a los que manifestaran simpatías por aquellos sucesos; separó de sus tropas a los contados oficiales criollos y los reemplazó «por españoles europeos, sin respetar para ello ni los despachos y nombramientos

expedidos por el rey» (36), y finalmente se apresuró en comunicar todo lo ocurrido al virrey de Lima, don José Fernández de Abascal, quien, temiendo que la vecindad de sus dominios al foco revolucionario ofreciese fácil pasto a la voracidad de la llama encendida, resolvió extender sus dominios a toda la jurisdicción del antiguo virreinato segregado en 1778, para formar el de Buenos Aires, tomando como pretexto una de las principales instrucciones de la Junta de Sevilla a los virreyes para «no consentir gobierno alguno popular» (383) y destruir al punto los que se formasen.

Con este objeto, y para llenar esos propósitos, se fijó el virrey en don José Manuel Goyeneche, a la sazón presidente del Cuzco, y cuyo carácter audaz y hosco, unido a su profunda aversión por el espíritu independiente, ya manifestado en sus conciudadanos, le hacía el más a propósito para develar todo movimiento que tuviese por fin la libertad, y sus gestores fuesen americanos. Goyeneche se dió prisa en reunir, concentrar y adiestrar sus tropas dispersas en el Cuzco, Puno y Arequipa, formando un total de 5.000 hombres, número suficiente para ahogar desde raíz cualquier movimiento subversivo que en esos días se presentase ganando la conciencia popular.

Estos preparativos los conoció la Junta Tuitiva hacia el 23 de agosto, de una manera segura y positiva, pues hasta entonces sólo por rumores se conocía el encargo que había recibido Goyeneche del virrey Abascal, y la noticia, no obstante de alarmar grandemente a los jefes, a quienes se veía recelosos y un sí es no es inquietos, les sirvió también para concertar sus planes y activar la preparación de sus soldados con ejercicios diarios, que se hacían en las calles y los alrededores de la ciudad. La Junta había uniformado al ejército con los paños decomisados en las casas de comercio, a crédito, y sus mismos miembros se dieron al lujo de gastar uniforme con bordados de oro en el cuello y las bocamangas.

Ante la certeza del ya inminente ataque, los jefes decla-

raron en campaña el diminuto ejército patriota, compuesto de 800 hombres y 11 descuajeringadas piezas de artillería; y el 24, después de saberse que Goyeneche se movía en dirección a La Paz, al frente de las tropas realistas, dispuso Murillo que los patriotas saliesen en dirección al Desaguadero, la frontera con el Bajo Perú, para combatir las vanguardias del ejército expedicionario. Luego, y para no sufrir descalabros por falta de precauciones, envió emisarios secretos al Cuzco y Arequipa para que se informasen del estado de opinión de aquellas localidades y de los preparativos que en ellas se venían haciendo.

La salida de las tropas alentó el caído entusiasmo de los realistas, que al punto se dieron a propalar alarmantes rumores con el intencionado propósito de provocar un movimiento de reacción en el pueblo; pero si bien sus cálculos se vieron cumplidos en lo de atemorizar a las turbas, mal trato hubieron de sufrir sus intereses, porque el odio popular, fuertemente estimulado con las perspectivas del inútil esfuerzo, se estrelló furiosamente contra los españoles acaudalados, cuyas casas de comercio y viviendas particulares fueron asaltadas por las turbas, resultando impotentes los esfuerzos desplegados por algunos jefes para contenerlas.

El 31 de agosto en la noche reunióse el Cabildo, y allí el alcalde, don José Antonio Díez de Medina, de carácter timorato e indeseado, propuso, en vista de la inquietud que se notaba en la población, que las cosas tornasen a su primitivo estado, y tuvo frases de mesurada condena para los ejecutores de la revolución, a quienes calificó de «alzados» (140).

La palabra disgustó a los de la Junta, más que la mente, y suscitóse al punto una acalorada discusión, como resultado de la cual obligaron al proyectista a dejar la vara de alcalde y que «se desdijese por escrito de cuanto acababa de exponer» (140).

«Pero esto era aparente. La verdad es que muchos de los revolucionarios se hallaban arrepentidos y pesarosos

de haberse mezclado en un asunto que todos los días iba adquiriendo caracteres de alarmante gravedad, y de esta situación de ánimo participaba, no en menor grado, el mismo Murillo al notar que no era tan grande el entusiasmo de las masas por la revolución, y ver, sobre todo, que eran en extremo deficientes los elementos de resistencia con que podía contar en el caso, ya irremediable, de tener que afrontarse a las tropas de Goyeneche, superiormente disciplinadas, más numerosas y, ante todo, mejor armadas que las suyas.

Y acobardado por su propia audacia, quizá desprovisto de fe en su propia iniciativa, pensó, como Díez de Medina, que aún era tiempo de retrotraer las cosas al punto en que estaban antes, sin peligro para él ni daño para sus parciales. En consecuencia, intentó ponerse de acuerdo con el jefe de las tropas realistas, pero de modo velado para evitar el descontento popular, que en la revolución sólo veía los medios de nivelar las desigualdades de que era víctima, y sin ánimo suficiente o con el bastante pudor para no declararse de un modo categórico por la contrarrevolución.

El día 4 de septiembre llegó de Arequipa Lecaros, el espía secreto enviado a esa localidad, y dos días después, Humeres, del Cuzco (140); y las noticias de ambos emisarios debieron de ser particularmente alarmantes, porque a los dos se les hizo jurar solemnemente que no revelarían al pueblo las disposiciones que en aquellas ciudades se iban tomando contra la revolución; pero los malos augurios parecían flotar en el aire, porque era evidente el desmayo de los de la Junta, y el pueblo, convencido de su irresponsabilidad, seguía alimentando al deseo de consumir un saqueo general en las casas de los europeos, lo que previno Murillo haciendo saber al pueblo, por edictos, que extremaría las penas para quienes intentasen llevar a cabo su plan.

Pero los realistas no se dejaban atemorizar por estos alarmantes rumores, y más bien, alentados por el giro

que iban tomando los asuntos y por el estado de espíritu de Murillo, echaron a correr la voz de que el jefe revolucionario se había puesto en inteligencia con los leales y traicionaba la causa de sus amigos, con la fundada intención, dado el estado de ánimo general, de provocar un movimiento de reacción en los miembros de la Junta, movimiento al que forzosamente tendría que plegarse la masa popular. Sólo que así como había caracteres indecisos y fluctuantes en la Junta como los de Díez de Medina y aun el del mismo Murillo, también se manifestaban otros recios y de una pieza, como el del cura José Antonio Medina, que tan grande predicamento gozaba entre las clases bajas, no sólo por su carácter sacerdotal como por la fe de sus convicciones y la vehemencia de su palabra conductora.

No es para descrita la alarma que causó el rumor. Tanta fué, que Murillo se vió precisado a hacer circular entre sus amigos y parciales una proclama ardorosa e ingenua, en que hacía protestas de la buena fe de sus intenciones, de la sinceridad de sus sentimientos y de su deseo de «derramar hasta la última gota de sangre, con el más grande heroísmo». Al concluir exclamaba enfática y proféticamente: «... Nuestras sienas serán gloriosamente coronadas con laureles del triunfo y de la inmortalidad» (140) (A).

Esto sucedía el 11 de septiembre. El 12 aparecieron en la ciudad varios pasquines ilustrados con una horca, en que se presentaba colgado al alcalde Francisco Yanguas Pérez, a quien se sindicaba de traicionar a la causa independiente; y como el rumor tomara cuerpo durante el día, en la noche, a las ocho, se ordenó iluminar la ciudad y se convocó al pueblo a la plaza principal, donde se reunió en número bastante crecido, como en la noche del 16.

El Cabildo estaba alumbrado exterior e interiormente con velas de sebo, y en los balcones se veía a Murillo, a Indaburu, al capitán Rodríguez y a casi todos los miem-

bros de la Junta Tuitiva (377), (140). El pueblo ocupaba el arroyo de la plaza y aparecía compacto al pie del Cabildo, junto a las galerías de los bajos. Rumores y gritos se elevaban de la masa, pidiendo provisiones; y hubo de nombrarse a seis personeros que en su nombre formularan lo que deseaba, los cuales, puestos de acuerdo, pidieron en primer lugar que se depusiese al alcalde Yanguas y se les entregase su cabeza; luego, que se declarase la guerra a la provincia de Puno, cuyas tropas habían ocupado el pueblo de Copacabana, perteneciente al Alto Perú; después, que saliesen todas las tropas al Alto para defender la ciudad en caso de ataque; petición a la que respondió el propio Murillo prometiendo que al día siguiente las tropas dejarían sus cuarteles urbanos; y, por último, pidieron los representantes del pueblo, con unánime aprobación, que los miembros del propio Cabildo y los de la Junta Tuitiva jurasen «defender al pueblo y que no le harían mal alguno» (377); petición extraña, al parecer, y que explica los alcances de la proclama de Murillo del día anterior, el fundamento de los rumores lanzados a circular este día respecto a la actitud del alcalde corregidor Yanguas y hasta la presencia de Murillo en los balcones del Cabildo, contra quien profiriera en la tarde amenazas de muerte el pueblo allí reunido en la noche. Era, pues, por él, es decir, por Murillo que pedía ese juramento, donde se trasluce el temor y la desconfianza populares.

El 15 de septiembre se recibieron en la ciudad algunos pliegos del virrey de Lima, por los que ordenaba el inmediato restablecimiento de las autoridades españolas depuestas. Esta categórica conminatoria, sostenida por la proximidad de las fuerzas de Goyeneche, indujo a Murillo a definir su actitud reaccionaria, así como determinó una actitud más resuelta y desembozada en los partidarios de la causa realista, que desde ese momento comenzaron a trabajar casi ostensiblemente en el ánimo de las tropas y de algunos de sus jefes, poniendo

en circulación el dinero con que muchos se habían acuotado; pero su acción fué eficazmente neutralizada por la actitud combativa del incansable cura Medina, que al notar los síntomas de relajación en las tropas se multiplicaba con discursos y pláticas arrebatados en favor de la causa revolucionaria.

Por fin las tropas independientes dejaron la ciudad el 24 de septiembre en la mañana, y el 25 fueron a su alcance los que las comandaban, es decir, don Juan Bautista Sagárnaga y don Pedro Rodríguez, jefe de la expedición; mas no bien hubieron subido la cuesta del Alto y hundidose en las lejanías de la llanura estéril, que los realistas se pasaron la voz de atacar en la noche los cuarteles donde habían quedado algunas tropas, la mayoría ganada a los españoles, intento abortado por la precipitación y premura con que los realistas quisieron consumir la contrarrevolución. Hiciéronse varios arrestos, pero no pudo imponerse pena alguna, por haberse opuesto el cabildante Loayza, quien arrogantemente hizo prever muchos males si se llevaba a cabo la ejecución capital que se deseaba para los presos (140).

Sea que la actitud de los realistas les causase algún sobresalto o que sintiesen miedo por la vecindad de las tropas de Goyeneche, el hecho es que el 30 de septiembre se disolvió la Junta Tuitiva por renuncia de la mayor parte de sus miembros y abandono que varios hicieron del cargo.

Los que se resistieron a dejar su mandato popular, como don Clemente Díez de Medina, el doctor Barra, el cura Medina y el presbítero Mercado, fueron presionados por el mismo Murillo, quien, con ruegos y amenazas, logró, por fin, desligar al Cabildo de la Junta Tuitiva, que era la que, sin duda, sostenía el movimiento revolucionario y lo alentaba con la propaganda incesante y valiente del cura Medina, la obstinación del doctor Lanza y el entusiasmo del presbítero Mercado.

Libre ya del control tenaz y vigilante de los más exal-

tados miembros de la Junta, Murillo quedó solo frente a la rivalidad y al odio de Indaburu, frente a los soldados que con su actitud y su palabra arrastrara en acto de abierta insubordinación contra el secular poderío español. Y, entonces, alucinado quizá por quién sabe qué clase de intenciones; acaso miedoso, con miedo vulgar, de haber tenido audacia para rebelarse; sin quizá arrepentido de no medir la hora madura para las inevitables reparaciones; en todo caso insincero consigo mismo y falaz con los otros, escribió el primero de octubre una carta a Goyeneche, «ofreciéndole—dice Murillo en su propia declaración—su persona y milicias, y que le comunicase sus órdenes para verificarlas al momento...» (377).

El 3 de octubre fué apresado el cura don Sebastián Figueroa por haber sido sorprendido distribuyendo «de casa en casa y por las calles» (140) una cálida y entusiasta apología del movimiento del 16 de julio en que se decía que el americano, torcidamente juzgado por los españoles por un ser inculto por naturaleza, «servil por carácter, esclavo por naturaleza», era un ser inteligente, generoso, altivo, y que si antes no se había lanzado por el camino de la libertad no fué por falta de conocimiento o de ilustración, «sino por exceso de fidelidad»; que los americanos eran «hombres libres y de un carácter magnánimo, que bajo de un exterior humilde ocultan un alma elevada, que conocen sus derechos imprescriptibles, y también la usurpación que han tolerado y que trataban ya de restaurar»; que era una flagrante injusticia que un solo hombre, llamado soberano, manejase a su antojo a otros hombres a quienes llamaba vasallos y que se acordase de ellos únicamente para abrumarlos con contribuciones y oprimirlos con leyes arbitrarias; que todos los pueblos de la América debían imitar el «heroico» ejemplo de La Paz, sin temor a los «desoladores monstruos de Europa», etc., etcétera.

Poner en prisión al hombre que hacía propaganda de estas ideas contenidas en la proclama lanzada por la Jun-

ta Tuitiva y negar, sobre todo, rotundamente, como se negó, la libertad pedida para él por muchos oficiales del ejército independiente, era proclamar sencillamente el triunfo de la reacción en la ciudad. Así lo vieron de fijo los revolucionarios, porque al día siguiente dispusieron que las tropas fuesen a acantonarse al Alto, con la intención de internarse luego a los valles de los Yungas, donde se activaba la propaganda por la causa de la independencia y donde, dada la conformación del terreno montañoso y accidentado, era fácil sostener una campaña de resistencia, con la base de los seis mil hombres manejados por el activo Lanza.

El 5 de octubre se anunció la llegada de los emisarios de Goyeneche, los militares Pablo Astete y Mariano Campero, y en la mañana del 6 salieron hasta la altura del Tejar Murillo «varios oficiales, algunos cabildantes y mucha multitud de vecindario» para recibirlos con toda pompa y conducirlos al Cabildo.

Ya allí, los emisarios pusieron de manifiesto las condiciones exigidas por Goyeneche, prudentes en apariencia pero que en el fondo entrañaban la completa capitulación de los revolucionarios, pues pedía que se librase sin resistencia la ciudad, que se entregasen las armas, que los revolucionarios, perdonados, depusiesen de su actitud y que no se opusiese ninguna resistencia a la entrada del jefe en la ciudad.

Apenas hubo objeción a las condiciones; pero «la palabra perdón, consignada en las piezas oficiales, exasperó a los patriotas». El cura Medina, como intérprete de la mayoría popular, pidió que se modificase el término, y así lo prometió el emisario, coronel Campero, procediéndose luego a firmar el acta, que, según la justa expresión de don Agustín Iturricha, «puede llamarse de capitulación de la revolución».

Menos de dos horas duró la conferencia, y en tan breve tiempo hizose la discusión dicha, se repusieron las autoridades depuestas por los revolucionarios, con el

alcalde Yanguas a la cabeza, y hasta se proveyó la jefatura de las fuerzas reunidas en la persona del mismo Murillo, que depuso el mando de las tropas en manos del coronel Campero; pero como éste no tuviese instrucciones de mezclarse en estos asuntos, autorizó a Murillo «que permaneciese, *en nombre del rey y su general*, en el comando de las armas», lo que aceptó Murillo con agrado «en reconocimiento de tanta generosidad».

Conseguido su objeto, emprendieron camino de retorno los comisionados de Goyeneche, y recién, entonces, avergonzados de defraudar la confianza del pueblo, arrepentidos acaso de no tener firmeza en sus resoluciones, humillados quizá de mostrarse irresolutos y sin fe en lo que se proponían, resolvieron los de la Junta, bajo la impulsión vigorosa y el entusiasmo siempre animoso del cura Medina, cuya firmeza de carácter y resuelta voluntad eran ejemplo de vigor para los demás, pedir la reconsideración del pacto y prepararse consiguientemente para repeler por las armas las tentativas de Goyeneche.

Efectuóse la reunión en el cuartel con la concurrencia de varios cabildantes y numerosos vecinos, y todos criticaron los acuerdos haciéndose pesar de haberse mostrado tan sumisos, y opinaron por que se diese orden de resistir a las tropas que habían abandonado la ciudad.

No aparece clara la actitud de Indaburu ni de Murillo en estas emergencias, no obstante de haber tomado los dos parte en esta reunión del cuartel; pero es de presumir que ambos, por distinto motivo, no vieran con agrado los acuerdos tomados y que venían a romper un pacto solemnemente establecido y autorizado con sus firmas, presunción nada fundada cuando se busca la explicación de los hechos que casi inmediatamente se sucedieron.

Y acaeció que el jefe de las tropas independientes de observación establecidas en Tiahuanacu, capitán Rodríguez, sorprendió, según cuenta el testigo presencial de estos sucesos, general Dámaso Bilbao La Vieja, a un

correo expreso «que mandaba a Goyeneche don Francisco Yanguas con una carta, diciéndole que había quedado con el comandante general don Pedro Domingo Murillo que le entregaría el cuartel y los disidentes». (377).

Se dijo ya que Yanguas había sido repuesto por los comisionados de Goyeneche en su cargo de alcalde de la ciudad, y es él quien vigilaba la urbe con sus patrullas de realistas, asociado a Murillo y algunos vecinos notables; y no es inverosímil que en estas circunstancias haya arrancado de Murillo la promesa de ayudar a desbaratar los planes de los recalcitrantes revolucionarios, y lo comunicara así a su jefe. Tal resulta, por lo menos, de la aseveración que después hizo el abogado don Manuel Mariaca, cuando meses después tomó a su cargo la defensa de los principales acusados de rebelión, de Murillo principalmente, y dijo:

«Concertó Murillo con el alcalde, que era don Francisco Yanguas Pérez, embarazar los destrozos que se anunciaban y aun desarmar al pueblo, que no podía reducirse de otro modo». (377).

El hecho es que, alarmado el capitán Rodríguez por la revelación de la carta enviada a Goyeneche por el alcalde Yanguas, revelación que sólo venía a confirmar las sospechas que ya se tenían de la fidelidad de Murillo, púsose con sus tropas en camino hacia La Paz; pero antes, por otro correo expreso, mandó por delante la carta delatora al capitán Zegarra, quien, obrando de prudente y de acuerdo con Mariano Graneros, alias el *Challatejeta*, resolvió esperar y ver si se confirmaban los rumores que durante ese día del 12 de octubre corrieron, asegurando que Murillo iba a entregar las tropas revolucionarias y que habría desborde de las turbas. Se decía también que Indaburu estaba resuelto a prender a Murillo «y tomar el mando de las armas» (140); que las tropas de Tiahuanacu se aproximaban a la ciudad con intención de escarmentar a los realistas, y todos estos rumores traían en sobresalto a los moradores de la urbe, pues los unos

recelaban de los revolucionarios y los otros de los realistas, y así nadie vivía tranquilo allí donde la paz fuera de común inalterable.

Efectivamente, Murillo, luego de acordar un plan de reacción con el alcalde Yanguas y de haberse entrevistado con Indaburu, se dirigió en la noche al cuartel, y allí, según propia confesión, «el Challa, el oficial de guardia Zegarra, con soldados granaderos lo prendieron, arrancándole el sable para degollarlo, atribuyéndole que, convenido con el alcalde de primer voto, acababa de hacer propio al muy ilustre presidente que sin pérdida de tiempo viniesen sus tropas, y que era un traidor que los había vendido a los edecanes (mensajeros de Goyeneche) y entregado la ciudad, con cuyo motivo fué encerrado en un cuarto con dos centinelas de vista y sin comunicación, permaneciendo por la noche sin cama hasta cosa de las doce de ella». (361).

En tanto que Murillo era encerrado en la prisión, el alcalde Yanguas convocaba a los realistas a su casa, ignorante de lo que había pasado en el cuartel, y al ver que Murillo no aparecía ni comunicaba la seña convenida para la entrega de las tropas, envió dos comisionados, quienes volvieron con la noticia, falsamente suministrada por el capitán Zegarra, de que Murillo no se encontraba en el cuartel. Entonces, y siendo ya cerrada la noche, se fué con su patrulla a rondar la ciudad, porque sus mensajeros le dieron la noticia de estar ya cerca las tropas del capitán Rodríguez, procedentes de Tiahuanacu.

A media noche irrumpieron éstas a la ciudad, y a esa hora, poco más o menos, se supo la prisión de Murillo. Los realistas buscaron refugio en la casa de Yanguas, que fué atacada al amanecer del 13 de octubre y donde cayeron presos todos los que en ella se encontraban, siendo llevados al cuartel en medio de los excesos de la soldadesca, embriagada, que se ensañó particularmente, como era de esperarse, contra Yanguas, cuya vida fué milagrosamente salvada por la intervención del cura Medina.

Desbaratado así el plan de los contrarrevolucionarios, hizose cargo de las tropas don Juan Pedro de Indaburu, y con ayuda de ellas pudo mantener el orden en la ciudad y evitar que la plebe se entregara a los excesos del saqueo y de la embriaguez; pero la negativa de los oficiales Castro y Rodríguez, que se resistieron a entregarle las tropas de su mando, hizo que el reducido ejército se dividiese en dos fracciones: una adicta a Indaburu, y otra que salió ese mismo día a acantonarse al alto de Chacaltaya, comandada por los dos oficiales insurgentes, que eran de los pocos que tenían fe en la revolución y firme deseo de servirla.

En la tarde de ese día se presentaron en la ciudad, en nombre y representación de Goyeneche, su edecán, Miguel Carazas, que iba a recoger las armas, según lo estipulado en el Convenio de 6 de octubre, y a arreglar la entrada de su jefe en la ciudad. Indaburu convocó a una reunión de principales para conocer su opinión, y pocos fueron los que se opusieron a las medidas sugeridas por Carazas, distinguiéndose entre ellos el cura Medina y los militares Castro y Rodríguez, quienes, alarmados por el número de fuerzas que traía consigo Goyeneche, opusieron, con bastante fundamento, que sus intenciones no eran otras que castigar el movimiento revolucionario, y opinaron por que, en consecuencia, sólo se le permitiera hacer su entrada con una escolta de doscientos hombres a lo sumo. Repuso el edecán que se atribuían falsos sentimientos a su jefe, y que su deseo no era otro que el de restituir la calma en los hogares y la tranquilidad en la ciudad; y como no se llegase a ningún acuerdo definitivo, resolvióse comunicar a Goyeneche los resultados de esta discusión.

Es a raíz de esto que los citados oficiales revolucionarios dejaron la ciudad y fueron con sus tropas a instalarse en los altos de Chacaltaya, donde debía librarse la primera batalla de la independencia.

Inmediatamente Indaburu se ocupó de recolectar gen-

te y «llamó a las armas a la plebe que quiso enrolarse en las filas de la reacción». (377).

Descubiertas así las intenciones aviesas de Indaburu, los adictos a la revolución se pusieron en guardia, optando por seguir cuidadosamente los pasos del militar; pero éste, anticipándose a tomar resoluciones radicales, hizo apresar con sus soldados, a eso de las diez de la noche del 18 de octubre, a los principales cabecillas que permanecían en la ciudad, como eran los capitanes Rodríguez y Cossío, el cura Medina, Mazamorra, Pichitanka y otros; los hizo conducir al cuartel donde permanecía preso Murillo, mandó que se les colocasen grillos en las manos, y luego fué a rondar la ciudad, donde los realistas, colmados de júbilo, vitoreaban al «reconquistador» Indaburu. A pesar de lo avanzado de la hora, había aglomeración de gente en las oscuras calles, atraída por las descargas de fusilería que habían precedido al arresto de los revolucionarios, y que siguieron haciéndose desde las torres del convento de las Concebidas, donde fueron a presentarse muchos realistas.

La noticia del arresto de los revolucionarios llegó al campamento de Chacaltaya a eso de la media noche, llevada por dos sujetos de la ciudad, un Dorado y un tal Félix Illanes; y al punto Mariano Graneros, alias el *Challatejeta*, ordenó el toque de generala llamando a concentración a las tropas, pues se sintió lastimado al saber que esa noche Indaburu había ofrecido una prima de 2.000 pesos a quien le presentase su cabeza, y deseaba correr en socorro de sus amigos; mas como la noche fuese oscura, aplazóse hasta el día siguiente el viaje de las tropas. A las seis de la mañana se dió orden de partida, y en tanto que los soldados independientes se descolgaban por los cerros del Alto con la rabia y el despecho encendidos en sus corazones, escenas de sangre y de violencia se iban desenvolviendo en el cuartel donde estaban aherrojados los prisioneros de la noche precedente.

Indaburu se presentó temprano en la plaza para ver si se habían levantado las horcas que ordenara levantar en la noche, y que se presentaron plantadas en línea en las proximidades del cuartel, y luego se dirigió donde estaba encerrado el capitán Rodríguez, contra quien sentía un odio implacable por haberle encontrado siempre obstruyendo sus planes y propósitos, y le ordenó que se dispusiese para morir. Repuso el capitán con acento duro alegando que se estaba cometiendo un abuso con él, y dijo que debía esperarse al presidente Goyeneche, ya vecino y por llegar, y el único que tenía la facultad de condenarle y juzgarle. Irritado Indaburu con la altiva y amenazadora respuesta, ordenó que allí mismo, en el cuartel, fuese arcabuceado Rodríguez, cosa que se hizo sin demora, y su cadáver fué sacado y pendido en la horca.

Pero no tuvo tiempo para más, porque a poco, a eso de las diez y media de la mañana, se oyeron tiros de cañón en las calles y se vió correr en grupos a la gente hacia la plaza. Indaburu montó a caballo, y quiso contener a sus tropas desbandadas; pero era mucho el ímpetu de los revolucionarios y hubieron de ceder ante el empuje de los soldados de la revolución, ebrios de alcohol y de sangre.

Indaburu, herido, buscó refugio en el cuartel, donde pensó defenderse; pero allí fué atacado por los soldados y la plebe, que en dos horas de combate habían sufrido grandes pérdidas y se hallaban en el colmo de la exasperación. Cogiéronle a las voces de *¿dónde está el pícaro?*, y arrastrado al patio, fué muerto allí a palos y cuchilladas, «a la una y cuarto del día, tres horas cabales de la muerte de Rodríguez». (214). Los furiosos se ensañaron con el cadáver innoblemente, pues lo desnudaron del todo, escupieron sus carnes y, «por fin, lo colgaron en una de las horcas que había puesto, en cueros, cubriéndole sólo las partes verendas». (377).

Luego dieron libertad a los presos, menos a Murillo, contra quien quisieron también ensañarse los revoltosos,

especialmente los soldados que intentaron balearlo «expresándole que él era culpable de todos estos acontecimientos por haberse convenido con los europeos para decapitar a los patricios» (377), según expusiera el cura Medina en su indagatoria.

Los españoles y europeos, aterrorizados, buscaron refugio en los templos y conventos, porque los soldados, unidos a la plebe y a los presos que Indaburu ordenara soltar de la cárcel para utilizar sus servicios, se entregaron descaradamente al robo y al saqueo de las casas de los principales realistas. A los asaltadores vinieron a unirse los indios de San Pedro; el suburbio urbano, y todos, ebrios de vino y de angurria, extremaron sus abusos durante ese día del 19 de octubre y parte del 20. En la tarde, y noticiados los revolucionarios de la proximidad de las tropas de Goyeneche, volvieron a su campamento de Chacaltaya, llevando consigo a Murillo, «con una platina en un pie». (361). Los soldados, agrega Iturricha por su parte, le miraban con un encono tan grande que, a no mediar la autoridad de los jefes, muchas veces hubieran descargado sus armas sobre él. El granadero Pérez le dió de bofetadas el día de la acción contra Indaburu. En el viaje al Alto apenas le otorgaron la gracia de montar en una mula, pero rodeado de centinelas. En el camino no cesaban de apodarle con el mote de traidor a la patria. Castro mismo le calificó de entregado a Goyeneche, de espía del gobernador de Potosí. En el campamento le guardaba un centinela de vista, y se le vigilaba «para que no fugase a lo de Goyeneche». (379).

Llegados a Chacaltaya y ante la gravedad de la hora por la inminente aproximación de Goyeneche, que venía a la cabeza de un ejército de 5.000 hombres bien equipados y disciplinados, forzoso les fué consultar la situación y ver las medidas que habían de adoptarse para conjurar el peligro. Hubo quien aconsejase la rendición sin condiciones frente a la imposibilidad de oponer ninguna resistencia; pero el consejo fué desechado con en-

cono por parte de los más exaltados. Y como era inútil pensar en la resistencia armada, se resolvió, casi por unanimidad, levantar el campo para trasladarse a Yungas y organizar entre las quiebras y la espesura de los bosques la agotadora lucha de guerrillas.

Hízose así, el 25 de octubre, casi frente a las tropas de Goyeneche, que se anunciaron en el horizonte de la llanura del yermo, haciendo lucir al sol la pátina de sus armas, y sólo quedaron en la altura, desamparados, unos pocos hombres, indios los más, y unas cuantas *rabonas*, mujeres de recia fibra, pacientes, abnegadas, heroicas, al mando de un español, Juan Antonio Figueroa, de quien sus émulos hubieron de confesar después que con un puñado de semejantes hombres se podría conquistar la América..., que con esos mismos hombres se había dominado por más de trescientos años...

Y hubo combate, aunque breve. «Y Goyeneche pudo vanagloriarse de haber vencido al teniente de artillería Figueroa y a las pocas mujeres que compartieron con éste la gloria de fecundar, con el martirio, el suelo de la patria», al decir apropiado de Iturricha.

A las once de la mañana comenzaron a desfilar por la ciudad las tropas del vencedor en medio del repique de campanas; y a la una, rodeado de todos los españoles que salieran a su encuentro hasta el Alto, por entre calles de gente embriagada de gozo al sentirse libre de toda zozobra, el brigadier Goyeneche hizo su entrada a la ciudad de los rotos paisajes; mas el pueblo se abstuvo de hacer manifestaciones. Recogido en grave silencio, vió desfilar por las calles regocijadas a los vencedores de esa contienda que, desde ese punto y hora, debía alargarse terrible, implacable, en los yermos y en las vegas de las provincias altoperuanas, durante quince años, hasta el día memorable de Ayacucho, sin cejar un momento, sin desfallecer ni una hora, con una energía jamás superada...

El hombre que traía la misión de reprimir el primer

grito de libertad en el continente hispano, nació en el último tercio del siglo XVIII, de familia rica e influyente, en Arequipa y desde muy mozo se dedicó a la carrera de las armas en los ejércitos españoles del Perú. Apenas cumplidos los veinte años, en 1795, fué enviado a España para seguir la carrera y allí obtuvo el grado de capitán y completó su instrucción viajando por algunos países de Europa.

A su vuelta a España, fué testigo de la invasión de la Península por Napoleón y del establecimiento de la Junta de Sevilla, de la que obtuvo, por intermedio de un pariente miembro de la Junta, el título de brigadier y la autorización de trabajar en América para el reconocimiento de esa autoridad suprema.

Era hombre de índole perversa, cruel por temperamento, vanidoso de su persona, fanfarrón y cobarde. Tenía facciones bien modeladas, era alto y a rosado, y se placía en gastar prendas valiosas y de lujo. Los títulos le encantaban, y al hablar con tono solemne y desembarazado, lo hacía para enaltecer los méritos de que se creía favorecido. Gastaba sombrero con plumas, botas ricas de gamuza, uniforme bordado de oro y guantes de impecable blancura.

«Este obcecado americano—dice Paz en sus *Memorias*, pintándole—ha hecho más mal a su país que lo que se cree generalmente. Él, más que otro alguno, como que era americano, contribuyó a cortar el vuelo de la revolución y a debilitar ese patriotismo puro y entusiástico de los primeros tiempos; él, haciendo valer para sus fines las locuras de algunos oficiales jóvenes y las imprudencias de algunos viejos, nos calificó de impíos e incrédulos, desnaturalizando así la guerra y haciéndola semirreligiosa... Ninguno de los generales españoles le ha excedido en crueldad; y si respetó a los prisioneros de nuestro ejército fué porque temió represalias...» (255).

Al día siguiente mismo de su llegada a La Paz comenzaron las persecuciones de los pocos revolucionarios que

no tuvieran la diligencia de abandonar la ciudad. Don Melchor Jiménez, alias el *Pichitanka*, fué arrestado el 26 de octubre, y el 27 don Gregorio Lanza, miembro de la Junta Tuitiva; el 30 salió de La Paz, a la cabeza de 500 hombres, el coronel Domingo Tristán a Yungas, en persecución de los revolucionarios, batiéndolos en reñida acción, el 11 de noviembre, en el pueblo de Irupana. Hubo más de cien muertos, y muchos oficiales cayeron en manos de los vencedores. Los cabecillas Manuel Victorio Lanza y Gabriel Antonio Castro huyeron después de la derrota hasta el pueblo de Chulumani, corriendo durante cinco días por entre la maraña de los bosques, y fueron cogidos a mediodía del 16 junto al río Totorani, después de haberse defendido heroicamente de la nube de sus perseguidores indios y soldados, y degollados, «a pesar de estar casi exánimes por falta de alimento en tantos días». (214).

No menos movida y dramática fué la persecución y la captura de Murillo en Zongo, adonde había logrado fugar con dos de sus partidarios y, según se asegura, su hija mayor, Tomasa, mozuela de pocos abriles. Cinco días también anduvo por entre breñas y pajonales, voluntariamente extraviado por el indio que le servía de guía y que le fuera proporcionado por uno de sus compadres, un tal Isidoro Zegarra, quien no sólo cometió la mala acción de delatarle a sus perseguidores e instruir en malas artes al indio conductor, sino que guió a los agentes en su pesquisa y fué divisado en el flanco de una lomada al tratar de esconderse de sus perseguidores. Corrieron allí y no le encontraron. Entonces, cual jauría en pos de perdida presa, fueron siguiendo el rastro y dieron con él a la mañana siguiente, en las lindes de una propiedad llamada Cañaviri, y, «atado a la cola de una mula», fué llevado a Zongo y de allí a la ciudad, donde, apenas llegado, fué conducido en la tarde del 11 de noviembre al palacio episcopal y puesto en presencia de Goyeneche.

Estos dos hombres ya se conocían, y el militar era acreedor del caudillo: debíale respuesta a dos cartas, la una en que el caudillo le ofrecía someter las fuerzas de la revolución a su mando, y se pintaba felón; la otra, de reciente data y en que, fugitivo, quizá arrepentido de su pasado, acaso le pedía clemencia y se mostraba cobarde... ¿Qué se dijeron, cómo se hablaron estos dos hombres que al parecer se valían moralmente? Nadie lo sabe. «Tal vez más tarde—dice un arbitrario ensayista, el clérigo Aranzáes—, alguna anotación de su secretario, Pedro Leño, sus amanuenses Francisco Inojosa y Romualdo Herrera, nos haga saber algo de esa conferencia» (160).

Casi toda la noche duró la entrevista, y al día siguiente, al mediar el sol, «sacaron a Murillo del palacio, en cuerpo, arrastrando una carlanca con tropa armada, y por medio de la plaza lo llevaron a la cárcel a vista de todo el pueblo». (214).

Lo encerraron en «Las Cajas», hoy dirección de Telégrafos, pequeño edificio de macizas paredes y cuyos sótanos húmedos y ófricos servían de prisión a toda laya de delincuentes. Cada uno de ellos llevaba el nombre de algún santo del calendario, menos uno que se conocía con el nombre de *infernillo*, sin duda porque era el peor de todos. En él fué encerrado Murillo, cargado de cadenas, y como sola gracia se le permitió que fuese visitado por sus hijos, quienes dormían pegados al prisionero para comunicarle la tibieza de sus cuerpos.

Que Goyeneche iba particularmente enconado contra Murillo y resuelto a hacer rodar su cabeza en el patíbulo, lo revela un oficio suyo fechado el 20 de diciembre de ese año de 1809 y dirigido a Nieto. Allí manifestaba sus propósitos de aplicar un duro castigo a los promotores de la revolución de julio para escarmiento de esas poblaciones contaminadas por la mala simiente arrojada desde el Tribunal de Charcas, y el cual castigo, en su concepto, no podía ser otro que la horca y el destierro «de por vida a un presidio, que debe ser el de la costa Patagó-

nica». Y citaba a Murillo y a Jiménez, alias el *Pichitanka*, como mercedores de la pena capital.

El 13 de noviembre se dió comienzo al lamentable proceso de los revolucionarios con la indagatoria de Murillo, que es una pesada losa a su prestigio de hombre de bien y a su temple de caudillo, porque allí se revela cobarde y sin nobleza y se le ve claudicar, encogerse, envilecerse. No tiene Murillo el coraje de confesar la intención de sus actos, ni la hidalguía de mostrarse el autor de ellos. Carece de alma heroica y únicamente es un populachero que obra a discreción cuando no le vencen los contratiempos y se siente apoyado por el fervor popular, tornadizo, inestable; pero que ante la amenaza del peligro tiembla y se encoge sobrecogido de espanto, como un niño enfermo ante la lobreguez de una sima. Sólo al momento de morir volverá a mostrarse grande; pero ya su gesto no tendrá la virtud de rehabilitarlo para la eternidad de la gloria: es un gesto estéril; sólo una mueca a la muerte...

Todo negó Murillo; de todo se desdijo. Quiso presentarse juguete de los hombres y de los hechos. Aun más, condenó a sus amigos, malhayó de sus ideas, y se declaró cómplice de todas las traiciones...

Tampoco se mostraron más grandes sus amigos.

El 17 de noviembre se presentó voluntariamente Manuel Cossio, alias el *Mazamorra*, y fué pasado a la cárcel; el 27 fueron traídos de Yungas, presos, el cura José Antonio Medina, Juan Bautista Sagárnaga, Ventura Bueno, Apolinar Jaén y otros; el 7 de diciembre, desde Chucuito, don Basilio Catacora. Y a medida que iban llegando pasaban a manos de los jueces para mostrar la poquedad de su carácter y el indefinible terror por los resultados de sus propias acciones.

Todos, con intenciones más o menos aviesas, eludieron asumir responsabilidades, y negaron los hechos. Cogiólos con sus garras el miedo, y en ese momento hasta olvidaron sus propósitos de vivir libres. Y, tristemente,

condenáronse unos a otros, se delataron con traición, tratando de aparecer sin mancha a costa del amigo y compañero de ayer. Y así, sin quererlo, mostraron la mancha de su origen, absolutamente distinto al de esos girondinos que iban al patíbulo cantando la *Marsellesa*...

Es que son setecientos años de servidumbre y esclavitud que pesan sobre la raza; y, en siete siglos, es la herencia de veintiocho generaciones que ahora cargan sobre sí los mestizos del continente. Cuatrocientos años impusieron los Incas el blando peso de su yugo y moldearon la raza para la servidumbre; tres siglos los iberos asentaron la planta férrea en la nuca de los siervos, violaron sus mujeres, y apareció la casta de los mestizos con las taras y las cualidades de sus padres, a ratos fiera, temerosa en veces, nunca del todo libre...

No fué de larga duración el proceso seguido a los detenidos, porque Goyeneche mostrábase anheloso de partir, y la sentencia pronunciada por el militar fué ejecutada sin apelación. Se calificaba en ella a los prisioneros, «reos de alta traición, infames, alevos y subversores del orden público». Y decía en el fallo: «En su consecuencia, los condeno a la pena ordinaria de horca, a la que serán conducidos arrastrados a la cola de una bestia de albarda, y suspendidos por mano del verdugo hasta que naturalmente hayan perdido la vida». «Después de seis horas de su ejecución se les cortarán las cabezas a Murillo y a Jaén y se colocarán en sus respectivas escarpías construidas a este fin, la primera en la entrada del Alto de Potosí y la segunda en el pueblo de Coroico, para que sirva de satisfacción a la Majestad ofendida, a la vindicta pública del Reino, y de escarmiento su memoria.» «Igualmente condeno a todos los comprendidos en esta sentencia al perdimiento de todos sus bienes, aplicándolos, como desde luego los aplicó, al Real Erario», etcétera, etc. (A).

El ignorante militar se muestra cruel y sanguinario. No sólo mata fríamente, sino que se venga de los vivos

sumiéndolos en la miseria; hace pagar en los hijos la falta de los padres. Y cuando mata, lleva su saña hasta rodear de befa el acto del suplicio. Viste a los condenados de sayal burdo, los ata al rabo de una bestia y quiere que el espectáculo del ridículo mate en las almas el horror a la muerte. Piensa que la sangre ahoga el sentimiento y barre de raíz la idea, y olvida que ha sido, es y será abono donde fecundan la libertad y el heroísmo humanos...

La víspera de la ejecución leyóseles la sentencia a los presos y se les condujo al Seminario para ponerlos en capilla. En el Seminario recibieron con unción los últimos Sacramentos de la Iglesia, y a la mañana siguiente, mañana del 29 de enero de 1810, a eso de las siete, tropas de caballería e infantería ocuparon las calles del trayecto hasta la plaza y en medio de ellas fueron conducidos los reos a la Plaza Principal, en cuyo centro se habían armado las horcas y un tablado, a la vera del cual uno de los reos, penado a diez años de presidio, don Manuel Cossío, debía presenciar la ejecución, «montado en un burro de albarda», como quería la sentencia. Las cuatro bocacalles de la plaza estaban ocupadas por tropas y defendidas cada una por dos cañones; y entre la turba aglomerada en ellas, silenciosa y recogida, circulaban Hermanos de la Caridad pidiendo limosnas y rezando oraciones. Algunos frailes acompañaban a los reos y dos o tres llevaban bandejas con algunos comestibles y copas de vino para ofrecer a los condenados. Vestía Murillo un burdo sayal blanco de tela del país y una capucha de lo mismo cubría su rostro pálido y ahora sereno y en el que los ojos tenían una indefinible expresión de calma triste y resignada. Iba en pos del verdugo, arrastrado por la cola de un asno, y su actitud era severa y digna, (B).

Subió al tablado, y antes de que la mano del verdugo se posase en sus hombros irguió el busto, echó atrás la capucha con gesto leve y levantando el brazo lanzó a la posteridad sus proféticas palabras de vidente:

«— ¡No apagarán la tea que he encendido...!» (9).
Y murió.

Tocóle luego el turno a Antonio Figueroa, y no pudo ser pendido por haber reventado la cuerda, y fué degollado, y sólo después se suspendió su cabeza de la horca. Para que no sucediese lo mismo con los demás, decidióse darles garrote a todos, y así se hizo con Melchor Jiménez, Ventura Bueno, Juan Basilio Catacora, Mariano Graneros, Apolinar Jaén, Gregorio Lanza y, por último, Juan Bautista Sagárnaga, a quien se degradó previamente: eran a esa hora las once de la mañana.

Concluída la matanza, apartaron a Cossío, alias el *Mazamorra*, de junto a la pila cabe a la que había presenciado toda la terrible ceremonia, y, pasándolo por debajo de los cadáveres de sus compañeros, que pendían en sus horcas, fué devuelto a su prisión.

Crejóse con todo ese aparato haber extinguido el foco de la revuelta en el Alto Perú, y lo único que se hizo fué avivar en muchas almas y encender en todas el deseo de dar fin con un sistema político que de semejantes recursos usaba para prolongar su dominación, ya condenada por la corriente de los tiempos con su caudal de nuevas ideas, costumbres y preocupaciones.

Esos meses de enero, febrero y marzo de 1810 fueron de persecución, muerte y condena. Cerca de 100 sujetos sufrieron las penas de horca, garrote y destierro; hubo confiscación de bienes, censura, interdicción.

El 28 de febrero lanzó Goyeneche de su cuartel general una proclama a la ciudad herida, pero no escarmentada:

«La Paz tranquila, subordinada y purgada de los desastres y sus autores, no necesita por más tiempo la presencia de un compatriota que cree haber llenado sus deberes en beneficio de los sagrados intereses del rey y de la felicidad pública cimentando el orden y su conservación: estos han sido mis deseos; y al retirarme a mi capital del Cuzco dejo con sentimiento un pueblo cuya

lealtad, noble carácter y particulares prendas ha esclarecido dejando ileso su bien fundado crédito, para cuya conservación cedo todas las armas y artillería cogidas a los insurgentes en diferentes puntos, con porción considerable de municiones de las del ejército, a fin de que en lo sucesivo su custodia sea para sostener sus no marchitos timbres, bajo el auspicio de la buena conducta, de la respetuosa sumisión a las legítimas autoridades y del verdadero amor a nuestro amado rey Fernando VII: estos son mis votos para este noble vecindario, cuya elevación, prosperidades y gloria será inseparable de mi corazón, y jamás dejaré de recordar que La Paz y sus moradores han sido el objeto de mis desvelos». (140), (18), (383).

El 3 de marzo se dió la última sentencia de destierro a los condenados de la revolución, y el 7 dejaba Goyeneche la ciudad con rumbo al Cuzco, «después de despachar muy temprano a los presos con arreglo a la sentencia». (214).

CAPÍTULO III

El gobernador Nieto entra a Potosí.—Sus medidas en Chuquisaca.—Primera expedición argentina.—Crueldad de Castelli.—Revolución de Cochabamba el 14 de septiembre de 1810.—Acción de los caudillos Rivero, Arce y Quintón.—Revoluciones de Oruro y Santa Cruz de la Sierra.—Las fuerzas cochabambinas.—Acción de Cotagaita.—Segunda revolución de Chuquisaca.—Batalla de Aroma.—Es reconocida la Junta de Buenos Aires en todo el territorio de la Audiencia de Charcas.—Felonia de Castelli y su retrato moral.—Firma un armisticio con Goyeneche.—Es derrotado en Guaquí.—Abusos de las tropas argentinas.—Invasión de Pumakaua.—Nueva revolución en Cochabamba.—Combate del Queñihual.—Abusos de Goyeneche en Cochabamba.—Se reorganiza el ejército argentino bajo las órdenes de Belgrano.—Capitulación de Saita.—Belgrano en Potosí.—Rusticidad e ignorancia de la vida campestre.—Combate de Vilcapugio.—Penalidades de los ejércitos beligerantes.—Combate de Ayohuma.—En el Alto Perú se pierde el sentimiento de la solidaridad americana.

Casi al mismo tiempo que el virrey de Lima encomendaba al implacable Goyeneche la misión de sofocar los movimientos de mayo y julio en las provincias altoperuanas, el de Buenos Aires hacía, por su parte, otro tanto y enviaba al mando de una tropa respetable al coronel de marina don José Córdova, invistiendo con el título de gobernador y presidente de Charcas a don Vicente Nieto, anciano ya algo agobiado por la edad, pero enérgico, probo y de bastante iniciativa.

Entraron estos personajes a Potosí el 14 de diciembre de 1809, y allí fueron aparatosamente recibidos por la diputación especial que la Audiencia de Charcas, horrorizada por la sangrienta represión de La Paz, había enviado, creyendo imposible ofrecer de pronto ningún apoyo de solidez a la causa de la revolución; pero antes,

y ya en las vías de la reparación, hubo de apresurarse en reconocer la autoridad del nuevo presidente y en restituir su libertad al antiguo.

Sólo tres días permaneció Nieto en la villa del cerro de plata, y el 17, acompañado del arzobispo Moxó, expresamente venido a su encuentro, se puso en camino hacia la ciudad de los tres nombres, donde llegó el 24.

«Cuando Nieto se acercaba a Chuquisaca en actitud amenazante—cuenta oportunamente René Moreno—, el miedo de los oidores, capitulares y revolucionarios fué grande. Entonces se vió que todos ellos competían en dar satisfacciones al pobre Pizarro, a quien sacaron de su prisión tres días antes de la llegada de Nieto. El antiguo presidente se había dejado crecer la barba, la cual le daba un aspecto tanto más venerable cuanto el uso invariable entonces era no dejarse pelo de barba ni bigote. Él contestaba: «Esta barba ha de salir con honor», a los que le decían que se afeitase. (7).

No era infundado el miedo de los oidores, porque a poco de llegar y habiendo recibido de La Paz el oficio de Goyeneche en que le daba cuenta del castigo impuesto a los revolucionarios paceños y de las persecuciones ejercitadas contra los menos culpables, Nieto, sea por vengar el ultraje inferido a su antecesor, o por no dejar impune el acto sedicioso del 25 de mayo, hizo prender y procesar a los oidores e individuos descollantes, como a los hermanos Zudáñez, uno de los cuales, Manuel, murió en prisión; al doctor Bernardo Monteagudo, a don Antonio Alvarez de Arenales, a don Joaquín Lemoine y a otros de menor importancia, que se evadieron después.

Cumplido este acto creyó el prevecto gobernador haber secundado eficazmente, aunque sin estéril derramamiento de sangre, la política de represiones de Goyeneche y puesto incommovibles cimientos a la paz de la Audiencia, pero indecible fué su estupor y grande su inquietud cuando días después, no mucho ni largos, supo, por despacho del gobernador intendente de Potosí, Pau-

la Sanz, exactamente el 20 de junio, la alarmante noticia de la revolución del 25 de mayo en Buenos Aires, traída por los correos despachados desde Córdoba por los revolucionarios.

La primera medida que tomó el presidente Nieto fué desarmar en la mañana del 26 de junio a las tropas de patricios que con él trajera de Buenos Aires al recibir el título de presidente de la Audiencia, porque supo que oficiales y tropa, al conocer la noticia del movimiento de Buenos Aires, «habían brindado dentro de su cuartel—dice Urcullu—por el general don Cornelio Saavedra, su jefe, y a cuyas órdenes combatieron con los ingleses», y que en ese momento ocupaba la presidencia de la Junta de Gobierno de Buenos Aires; cosa que indicaba a las claras que los soldados argentinos abrazaban la causa de los suyos. Hizo más Nieto, según el mismo testimonio: envió a los soldados quintados a la suerte y entre los comprometidos en el brindis a las minas de Potosí, donde fueron utilizados en la extracción de los metales; pero puso en libertad a algunos de los revolucionarios detenidos, mandó desterrados a otros y, por último, asociado con el gobernador intendente de Potosí, Paula Sanz, dirigieron ambos al virrey de Lima dándole cuenta de lo sucedido en Buenos Aires y pidiendo su apoyo para organizar tropas de defensa, pues se supo que pronto enviarían los revolucionarios del Río de la Plata tropas porteñas para secundar los movimientos del Alto Perú, y, finalmente, se pusieron los dos a las órdenes del virrey de Lima.

Aún no satisfecho de estas medidas, quiso Nieto sustraer a las regiones de su mando del ejemplo argentino, y convocó a una Junta de gobernadores de provincia o sus representantes, para que deliberasen sobre la suerte del Alto Perú, y aunque pocos acudieron a la cita, resolvióse, por unanimidad de votos, la incorporación del Alto Perú al virreinato de Lima.

Vió el virrey con grande complacencia esta decisión,

que le permitía reintegrar su antiguo dominio, disgregado en 1778, y decidió prestarles el apoyo solicitado por Sanz y Nieto, para lo cual destinó las tropas de Lima al interior del país, hizo que se levantasen otras en distintos puntos, volvió a llamar a Goyeneche para confiarle el mando de estas tropas, y, por último, lanzó, lleno de inquietud y de despecho, una insolente proclama en que, tratando duramente a los americanos revoltosos, sostuvo que sólo habían nacido «para ser esclavos y para vegetar en la obscuridad y el abatimiento». (36).

No bien Goyeneche recibiera por segunda vez el encargo de sofocar los anhelos libertarios de esta parte del Continente, dedicóse a agrupar sus tropas, con las que se fué a Puno, y luego al Desaguadero, límite de los dos virreinos, y acampó en ese punto estratégico, donde se quedó instruyendo y disciplinando a sus soldados peruanos, que también por la segunda y ya desde esa hora, por el espacio de quince años, asolarían duramente ese suelo mirado por ellos con ambición e inquina, acaso porque la raza había encontrado otros moldes para formarse...

Entretanto la expedición anunciada de soldados rioplatenses había salido de Buenos Aires el 7 de julio, al mando del coronel Antonio González Balcarce, la que hubo de tropezar en el camino, cerca de Córdoba, con las tropas que el virrey Liniers, depuesto en Buenos Aires por la revolución del 2 de mayo, llevaba para intentar un movimiento de reacción. Balcarce salió al encuentro, y al ver que retrocedía precipitadamente Liniers, lanzóse en su persecución, y alcanzándole en un punto llamado las Piedritas, hizole preso junto con otros personajes, y desde Córdoba consultó con el Gobierno de Buenos Aires lo que con ellos iba a hacer, a lo que el Gobierno respondió ordenando la eliminación inmediata de los presos.

Fué ejecutada la orden por el doctor Juan José Castelli, que venía a reemplazar a Balcarce, y así, dice monse-

ñor Taborga, murió, «sin forma ni figura de juicio, y como se mata a una bestia bravía, en el lugar en que se la encuentra, Liniers, el ex virrey a quien se tituló el héroe de la defensa de Buenos Aires contra la invasión inglesa». (120).

El presidente de la Audiencia de Charcas, Nieto, supo la prisión de Liniers y se dirigió al Ayuntamiento ordenándole, puede decirse, para que se dirigiese el jefe de la expedición libertadora, haciéndole presente la ninguna necesidad que se tenía de su ayuda, ya que la provincia quedaba fiel al soberano español y en perfecta calma, orden que obedeció el Cabildo, sin oponer ningún reparo de su parte, el 9 de septiembre.

Ni por entendido se dió el jefe expedicionario, y siguió avanzando en territorio altoperuano, donde, lo contrario de lo que sostenían los cabildantes, la brasa encendida en Chuquisaca y La Paz y avivada por las crueldades de Goyeneche, se agitaba por dentro, y únicamente esperaba el momento oportuno para estallar.

Fué en Cochabamba de donde surgió la llama devoradora el 14 de septiembre, «y cuando todo el poder español se hallaba en armas para destruir la Junta gubernativa de Buenos Aires y cuando el ejército auxiliar que salió de esta capital no había llegado aún a Santiago del Estero». (63).

Operóse el movimiento de Cochabamba con los mismos caracteres de los ya habidos, y su influjo fué particularmente provechoso a la causa de la independenciam; pero se caracteriza por el hecho de que, en esa revolución, se mostró una mayor sangre fría y una resolución más firme que en las revueltas de Chuquisaca y La Paz. Y que su influjo puso en desequilibrio los planes y propósitos de los realistas, lo dice un jefe español, acérrimo enemigo de la causa independiente, don Mariano Torrente:

«Los buenos realistas—dice—se entregaban a las más jisonjeras esperanzas, cuando un terrible golpe, la insu-

recepción de Cochabamba, hizo variar totalmente la escena política. Aquella provincia, situada entre la de Charcas, Potosí y La Paz, era la más fuerte, la más feraz y la más poblada, y cuyo influjo, finalmente, había de ser decisivo para el partido que abrazase.» «No podían los cochabambinos—añade—haber elegido una ocasión más propicia para sus infames designios. Aquel atentado trastornó todo el plan de los jefes realistas; fué preciso pedir a Lima nuevos refuerzos y consejos; se paralizaron los movimientos militares, se obstruyó una parte de los bien combinados planes contra el enemigo, y este inesperado golpe aumentó el compromiso del Gobierno e hizo muy crítica la posición de los comandantes que se hallaban organizando nuevas tropas en aquellos partidos». (63).

Gobernaba por ese año de 1810 la provincia don José González Prada, y era secundado por su yerno el coronel Jerónimo Lombera, jefe de armas, y ambos se hallaban intranquilos en sus puestos porque en todas partes notaban inequívocas señales de agitación y descontento. Las revoluciones de mayo y julio habían ganado el entusiasmo siempre pronto de los animosos vallunos, y el triunfo de Buenos Aires acabó por inflamar su índole batalladora y su imaginación abierta igualmente a los campos de la fantasía.

Comenzó Prada sus labores de gobernante haciendo perseguir a los cochabambinos que se hubieran mezclado en aquellos movimientos, o a los que no tenían la prudencia de acallar sus simpatías por ellos, e impartió orden a sus subordinados para que persiguiesen y vigilasen la entrada a la provincia de quienes se hallasen complicados en aquellos negocios.

Eran jefes de las turbas, y por tal se les reconocía, don Francisco Rivero, don Esteban Arce y el alférez Melchor Guzmán Quintón, y los tres, especialmente el primero, tenían gran ascendiente sobre ellas y estaban ganados todos a las ideas liberales, que ya habían cundido en toda

la región altoperuana; lo cual produjo en las autoridades el deseo de libertarse de tan peligrosa vecindad, concibiendo el propósito de enviarlos desterrados a Oruro, «con el pretexto de que allí desempeñarían cargos honrosos y bien dotados». (205).

La proposición, seductora para aquellos tiempos de nepotismo colectivo y para aquellos espíritus alejados de las funciones decorativas del mando, tentó a los caudillos, y así no tuvieron inconveniente en dirigirse a Oruro; pero allí, gracias a la indiscreción de una mujer, esposa de un empleado realista, doña Lucía Ascui, que con engaños llegó a descubrir la intención de las autoridades de Oruro, que no eran otras que las de desterrar a los ilusos así que se presentasen en la ciudad las tropas enviadas del Perú en auxilio de Nieto, llegaron recién a darse cuenta de la burla que habían sufrido, y esa misma noche, escalando las paredes del edificio en que se alojaban, huyeron a sus valles, yendo a parar al de Tarata, y desde donde se pusieron en comunicación con sus amigos y especialmente con los militares del regimiento que servía de guarnición a la ciudad, ganados también a la causa de la revolución.

Sublevaron las poblaciones de ese villorrio y de los vecinos reunieron cerca de mil hombres, y en la mañana del 14 de septiembre se presentaron en la ciudad y en la puerta del cuartel, y sin efusión de sangre rindieron la tropa, «merced a la feliz circunstancia de que el regimiento estaba decidido de antemano por la nueva causa». (205).

Alborotóse el pueblo, de por sí movedizo; las mujeres, que de entonces para adelante se distinguirían en Cochabamba por la causa de la independencia, prestaron el contingente insustituible de su entusiasmo, y todos se dirigieron a la plaza, donde aquéllas, al ver la poca o ninguna defensa con que se presentaron los soldados de la revolución, pues que apenas estaban armados de paños y unos pocos rifles, «distribuyeron generosamente

cuantos cuchillos tenían en sus perchas», y les dieron de comer y aun vestir.

Rivero fué elegido jefe de la revolución el 19 de septiembre en Cabildo abierto.

Era hombre decidido y de alta situación social por su familia, de expresión franca, de palabra ligera y fácil, malicioso de intención, y poseía un sobresaliente talento organizador. Sus proclamas y discursos, inflamados con ese fuego que acostumbran poner los habitantes de esa región en sus palabras, tenían la virtud de provocar el delirio patriótico de las masas.

«La provincia de Cochabamba—les decía a sus soldados, con estilo pomposo y solemne acento en una proclama—ha mostrado la facilidad de reunir en veinticuatro horas cuarenta mil hombres de guerra, idénticos en su valor y patriotismo a los inmortales espartanos que, en número de trescientos, disputaron el paso de las Termópilas a los inmensos ejércitos de Jerges». (205).

El 23 de septiembre se hizo el reconocimiento solemne y la jura del gobierno de Buenos Aires. Hubo misa, procesión cívica y solemnísimos sermones del presbítero Juan Bautista Oquendo, capellán del Cabildo y uno de los miembros más entusiastas de la revolución, no obstante su carácter sacerdotal. Su palabra tenía la virtud de persuadir a las masas, impresionándolas con la evocación de los contrastes que ofrecía la esplendidez de la vida de los españoles usurpadores y la miseria horrible de los usurpados. «El orador ponía—dice el historiador Cortés—en contraste las casas suntuosas, los espléndidos banquetes, los costosos vestidos de los españoles, con la miserable choza, el escaso alimento y los andrajos de los indios.» Y las masas le seguían con esa fe de los alucinados, ciega y robusta, que las hace estrellarse ante el peligro y afrontar los trances más difíciles sin desmayos ni vacilaciones.

Entretando, el desconcierto era más grande entre los jefes realistas al tener conocimiento de estos sucesos, y

Goyeneche se apresuraba en disponer sus tropas y alistarlas para la campaña que pronto habrían de emprender para detener el avance de las tropas auxiliares argentinas.

Rivero y los demás miembros de la Junta revolucionaria se vieron obligados a solicitar préstamos y donativos de las poblaciones para sostener las tropas de su mando, y a su llamada acudieron con esplendidez los pueblos cercanos a la capital. El mismo don Esteban Arce, jefe de dichas tropas, les hizo proveer de artículos de primera necesidad, mandándoles traer de sus haciendas del valle de Cliza, que en aquellos tiempos se vendían casi por nada.

Tan subido fué el entusiasmo por la revolución en Cochabamba, que al mes de estallar pudo el jefe de ella escribir una carta al comandante del primer ejército auxiliar argentino, en que le decía con fecha 19 de octubre:

«El entusiasmo y la generosidad han suplido la falta de armas y de caudales, viéndose en pocos días once mil seiscientos montados a su propia costa que, con denuedo y emulación de unos a otros, se convidan a salir hoy mismo, como que lo verifican en número de mil a la villa de Oruro, a acudir de la seguridad de los caudales de la Real Hacienda». (205).

La villa de Oruro, famosa por sus minerales y el espíritu resuelto de sus hijos, se había levantado también a fines del mes de septiembre contra las autoridades establecidas por el cetro peninsular y obedeciendo a las inspiraciones de don Tomás Barrón, quien atacó al administrador de caudales del rey, que hubo de buscar refugio en el edificio de su dirección junto a las pocas fuerzas de su mando, y huir después, llevándose los tesoros reales, hasta un punto denominado la Barca, donde fué cogido y vuelto a Oruro, junto con sus caudales.

Casi en la misma fecha, el 24 de septiembre, Santa Cruz de la Sierra alzaba por su parte el pendón de la

libertad, siguiendo a sus próceres, los Seoni, Salvatierra y otros, y así respondía generosamente al llamado de las otras provincias hermanas, mostrando que en todas partes era común y vehemente el anhelo de sacudir la tiranía del dominio español, que no supo crearse afectos en ningún sitio donde asentó sus plantas.

Habiendo salido, pues, el ejército patriota, al mando de don Esteban Arce, el 19 de octubre, el 22 llegó a Oruro para recibir el valioso contingente de las tropas orureñas, aguerridas, fuertes en la marcha, sobrias en extremo, curtidas a las intemperies de esos páramos donde el viento de las cordilleras nevadas sopla perennemente arrancando largos lamentos de los hirsutos pajonales de la pampa estéril.

En Oruro supieron los revolucionarios que el gobernador Ramírez de la Paz, dejado por Goyeneche el año anterior, enviaba al coronel Piérola una división de 800 hombres de línea y dos cañones, y resolvieron al punto atacarla.

Desgarbadas y pobres eran las fuerzas patriotas. Formadas en un momento de entusiasmo, no tenían siquiera sospechas de la disciplina militar, y sólo es dable considerarlas como perfectas turbas animadas por el ejemplo vigoroso de los caudillos, llenas de odio y resentimiento contra los españoles, acumulados en tres siglos de rigor y despotismo, ignorantes a las nociones de honor, deber y religión, y anhelosas únicamente de bienes y goces materiales. Andrajosas, mal alimentadas, contando apenas con unos pocos fusiles, 150 entre escopetas, mosqueteros, trabucos y otras antiguallas, molestados por el frío de las altas estepas los de los valles y por la deficiente alimentación los de la puna, era un conjunto abigarrado incoherente y bárbaro si se quiere, y al cual el patriotismo lo lanzaba a estrellarse contra las tropas veteranas y engreídas de los realistas.

Y en tanto que marchaban en pos de la más espléndida victoria alcanzada por turbas así dispuestas, otros

acontecimientos de gravedad se consumaban en otros puntos distantes del territorio altoperuano.

Dijose que ya las tropas argentinas, al mando de Balcarce, seguían avanzando en territorio de su jurisdicción sin hacer aprecio de la conminatoria que por orden de Nieto le enviara el Cabildo de Chuquisaca, y esta actitud determinó la salida del presidente Nieto, que, a la cabeza de 200 hombres, dejó la ciudad de su residencia el 20 de octubre, pasó por Potosí para reforzar sus tropas y fué, por último, hasta Cotagaita, donde se hallaba el realista general Córdova, fuertemente atrincherado en sus fortificaciones.

El 27 de octubre se avistaron los dos ejércitos, ambos reducidos en número, a orillas del río de Cotagaita. El jefe argentino intimó rendición al realista, y como fuera negativa su respuesta, dióse principio al ataque y se combatió por el espacio de cuatro horas sin resultado apreciable para ninguno de los adversarios; pero los argentinos optaron por retirarse del campo en dirección de Suipacha y sin ser perseguidos por los realistas, que la noche anterior habían perdido casi toda su caballada, robada por los arrieros encargados de su vigilancia.

El general español Córdova no supo aprovecharse del éxito y se quedó en Cotagaita, donde vino a incorporársele el presidente Nieto; y sólo entonces, a los dos días, envió una pequeña columna de 150 hombres, que se detuvo en Tupiza. Los patriotas habianse detenido por su parte en Suipacha y Nazareno, y allí recibieron un refuerzo de tropas de la Argentina, algo de municiones, dos piezas de artillería, y se preocuparon de recolectar gente de los alrededores en reemplazo de la que habían perdido o se pasó al enemigo, aunque poca.

Córdova dió alcance a su columna en Tupiza, y desde allí, con fecha 6 de noviembre, dirigió la siguiente significativa proclama a las fuerzas de la revolución:

«Soldados del ejército de Buenos Aires: El Mayor General del Perú, Comandante de las tropas de operaciones,

está a la vista y os habla por este papel, para deciros que teniendo a su mando las tropas aguerridas que os vencieron el 27 del pasado, y la fuerte guarnición veterana de Charcas, que se le ha unido posteriormente, os va a atacar de firme y en término que no podéis dejar de ser envueltos: si queréis disfrutar de los bienes que están gozando vuestros compañeros pasados a mis banderas en el acto de la acción, venid a mí. El que me traiga fusil percibirá en el acto 30 pesos; el que venga sin él, 15, y el que me conduzca un oficial le daré 500; el que despreciare mis consejos sufrirá la muerte irremisiblemente.

»Voy a levantar dos banderas, luego que esté a vuestra vista: la una será blanca, y señal de paz; la otra es roja, indicando guerra; elegid y tened entendido que, si antes de recogerlas no os presentáis, arbolaré la negra, que es la señal de ataque, sin dar ni admitir cuartel; vuestra suerte pende de vosotros mismos, y luego que veniéndoos estéis en mi poder, como lo espero, no os quejéis, pues cierro los ojos al perdón.»

Fallaron del todo las previsiones del jefe realista, y sus amenazas quedaron sin efecto, porque fué completa y absoluta la derrota de sus tropas en los campos de Suipacha, la tarde del 7 de noviembre de 1810. Él mismo se entregó prisionero con más 150 de sus subordinados, y quedaron en poder del vencedor su artillería, sus municiones y su parque.

El efecto de la victoria argentina fué dar nuevos bríos a la causa de la independencia altoperuana y de exaltar hasta la fanfarronería la vanidad de los jefes porteños, que al día siguiente de la victoria pasaron una circular a las provincias, en que decía Castelli:

«... Se han tomado las avenidas a la fuga de los jefes revolucionarios y avanzan nuestras tropas a franquearse el paso para Potosí, Plata y Paz—y, si es preciso, hasta dar con el virrey Abascal—, dado caso que espere, porque no hay quien se pueda oponer con efecto al ejército

de la capital y sus provincias aliadas, lleno de honor, patriotismo y virtudes». (40).

Nieto supo el desastre en Cotagaita, donde había quedado, y emprendió la fuga; Córdova llegó allí al día siguiente con sus dispersos y, apresurándose en reconocer su derrota, pidió capitulación, ofreciendo reconocer a la Junta de Buenos Aires y comprometiéndose a servir la causa de los patriotas a la vez que recuperar de manos de Nieto los caudales reales que éste se llevaba en su fuga.

Castelli respondió el 9 de noviembre, imponiendo como condición la entrega inmediata de Nieto, Paula Sanz y José González Prada, que se habían fugado y se encontraban muy distantes del campo de operaciones.

Ese mismo día del 9 de noviembre entraban a Potosí los derrotados de Suipacha, rendidos por una caminata de sesenta leguas en dos días. Al saber los potosinos el desastre de las armas realistas, alzaron esa noche contra las autoridades peninsulares, dieron libertad a los presos políticos guardados en las prisiones desde el año anterior y celebraron con grande algazara el triunfo independiente.

Al otro día, reunido con solemnidad el Cabildo, depuso al gobernador intendente Paula Sanz, a quien días después aseguró en una prisión porque se descubrieron sus intenciones de fuga, y, en una nota al representante Castelli, reconocía la autoridad de Buenos Aires y se sometía a la jurisdicción, consumando de este modo Potosí, centro activo del realismo español y mediante la oportunidad de las circunstancias, su revolución política por la causa de la emancipación.

Las mismas circunstancias determinaron esta vez el pronunciamiento decidido de Charcas. El 14 de noviembre se hizo Cabildo abierto con la concurrencia de lo más florido del vecindario, y por unanimidad se reconoció la Junta de Buenos Aires, se dió por nulo el anterior sometimiento al virreinato de Lima «y se determinó officiar—dice Taborga—a Goyeneche y Ramírez para que se abs-

tuviesen de todo acto hostil y respetasen el territorio del virreinato de Buenos Aires». (120).

Hízose más: nombróse una Comisión para que fuese a Buenos Aires a expresar estas ideas, y otra que saliese al alcance de Castelli a felicitarlo por su acción de armas. Todos estos acuerdos fueron consignados en acta firmada por todos los circunstantes, entre los que se hallaban el arzobispo Moxó, el ex presidente Pizarro, el deán Terrazas, los miembros del Cabildo eclesiástico, el claustro de la Universidad, todo el Ayuntamiento, sin contar las personalidades sobresalientes de la villa.

Ese mismo día, en otra parte, se daba la segunda batalla victoriosa de la independencia obtenida por las fuerzas cochabambinas de don Esteban Arce, a las que dejamos ir al encuentro de la división realista procedente de La Paz con dirección a Oruro para incorporarse a las tropas del general Córdova, perdidoso en Suipacha.

Salieron esas fuerzas de Oruro el 12 de noviembre, y este día del 14 caminaban por las llanuras de Panduro, frías, estériles, silenciosas y de anchísimos horizontes, donde saltan espejismos que fingen ya ciudades de aspecto musulmán con torres y cúpulas gigantes, o ya lagos quietos de cristal, que elevadas trombas de polvo borran y barren sin dejar que se fijen con precisión en las retinas de los fatigados caminantes. Iban ansiosas de probar el temple de su coraje; pero el aspecto de ese suelo yermo y gris, tan diferente del suyo lleno de verdura y de rumores campestres, las traía silenciosas y nostálgicas.

A mediodía entraron a la hondonada de Aroma, cruzada en medio por un arroyo sin caudal en la seca estación invernal, y alegrada por el marchito verdor de un arbusto llamado *tola*, que, con abundancia, crece en esa región donde se alzan oteros y altozanos, al pie de los cuales reposan las miserables chozas de los indios aimaraes, pobladores de esos desolados parajes.

Por la falda de ellos avanzaba la división de Piérola.

Al descubrirla se aprestaron al combate los soldados de la revolución enardecidos por las palabras de su jefe. Púsose a la vanguardia la infantería, y detrás extendió su frente la caballería, si es que tales nombres pueden darse a esos soldados sin uniforme, armados los más de palos rematados por cuchillos, y que avanzaban sobre el enemigo ocultándose entre los matorrales o las hondas madrigueras de viscachas que, por miles, pululaban en esos campos, sin arredrarse por el fuego de fusilería enemigo y caer sobre el adversario para luchar cuerpo a cuerpo, haciendo recién uso de sus armas primitivas, aprovechando de los fusiles que abandonaban los heridos y poniendo a prueba la reciedumbre de sus músculos, ejercitados en las duras faenas campestres.

Una hora duró el desigual combate, y fué completa la derrota infligida por los cochabambinos a los realistas, quienes huyeron, sin desbandarse, y ofreciendo seria resistencia a la caballería de Guzmán Quintón hasta dar en Viacha, donde, en previsión de graves acontecimientos, habían ido a instalarse el gobernador Ramírez y el obispo La Santa de La Paz, y que era una aldehuela de unas cuantas casuchas, al pie de unas colinas bajas, en plena pampa.

Si total fué la victoria de los independientes, su indisciplina y su avidez de rapiña malograron los frutos que en cualquier otra circunstancia se habrían podido obtener, porque los vencedores, en lugar de perseguir a los furtivos, entregáronse con ardor al despojo de heridos y prisioneros obedeciendo a las inclinaciones de su temperamento y educación, que entonces no se refrenaba con sanos principios morales...

La noticia de esta victoria se recibió en Cochabamba el 17 de noviembre, y fué incontenible la explosión de alegría. Se celebraron como nunca grandes festejos y las campanas fueron echadas a vuelo durante setenta y dos horas seguidas, y sin descanso.

En La Paz, ante las noticias de las victorias de Suipa-

cha y Aroma, hubo efervescencia popular, y en Cabildo abierto, por voto secreto y unánime, se decidió reconocer la Junta del Río de la Plata, realizándose de este modo el deseo del Alto Perú de verse libre de la dominación española.

Pero sólo tuvo la ilusión de su independencia, porque los acontecimientos políticos, en lugar de acabar con la relativa llaneza con que venían sucediéndose, apenas significaban el comienzo de una era de odios seculares y de luchas incruentas, que tampoco acabarían, desgraciadamente, con la solemne declaratoria de independencia el 6 de agosto de 1825.

Reconocida, pues, la Junta de Buenos Aires en todo el territorio de la Audiencia de Charcas, su representante, Castelli, viajaba recibiendo ovaciones calurosas de todos los pueblos, y él mismo se creía predestinado a eclipsar la gloria de los más grandes capitanes con sus hazañas guerreras y el sobrenatural valor de sus soldados.

«No hay ejército en el mundo—escribía el 10 de diciembre al Gobierno de su país—que presente el pecho al enemigo y se sostenga con más gallardía y serenidad en el fervor de su acción y avance a la vez con más intrepidez que el nuestro. Yo sé que esta columna de la vanguardia bastará para el ejército que dicen prepara el virrey Abascal y mandará Goyeneche; y ¿qué será uniéndosele la del centro, que ya llega a este cuartel, la de retaguardia, que ya sale de Jujuy, y el cuerpo de reserva que queda en la garganta de la sierra...?» (120).

Y con ese ejército y con sus refuerzos, será derrotado pocos meses después en la acción de Guaqui...

A su aproximación a Potosí fué recibido Castelli por una diputación de vecinos notables, y las fiestas que se dieron en su honor vinieron a borrar en parte los recuerdos que había dejado esa época de zozobras; pero bien pronto se dispó la confianza en el jefe porteño, porque a los pocos días de su llegada presentó un cuadro de terror que nunca nadie supo explicar y menos disculpar.

Le esperaban en Potosí como prisioneros sometidos a su calidad de vencedor tres altos personajes de la corona: el presidente Nieto, el gobernador Paula Sanz y el general Córdova, vencido en Suipacha.

Acusados por haber levantado armas contra el Poder de la Junta de Buenos Aires, obligóles Castelli a jurar obediencia y reconocimiento a ese Poder, y los otros se negaron. Entonces Castelli los declaró reos de alta traición, perturbadores y usurpadores, y lo hizo con Paula Sanz rompiendo con su pasado de gratitud, ya que, según asevera el general español don Andrés García Camba, «cuando don Francisco de Paula Sanz pasó por Buenos Aires para ir a servir el gobierno intendencia de Potosí, conoció en aquella capital en la mayor humildad, en suma indignidad y en total desamparado, al expresado Castelli, todavía muy joven: agradóle su disposición, lo recogió compadecido, llevólo en su compañía a Potosí, cuidó de que recibiera una educación esmerada, lo sostuvo con decencia en la Universidad de Chuquisaca y en ella le costeó sus grados literarios hasta el de doctor en leyes».

Y es que Castelli, a más de poseer un carácter rígido hasta la crueldad, cambiabile, se dejaba obsesionar fácilmente por las ideas fijas, y en aquel tiempo, frescas aún sus lecturas de la Revolución francesa, quería imitar en sus detalles algunos de sus actos sangrientos, y partía del error de pensar, como Goyeneche, que los actos de fría crueldad son necesarios para implantar un sistema y útiles para defender una causa. Además, acaso entraban en sus cálculos el deseo de vengar debidamente la sangre vertida de los promotores de la revolución de julio y hacer ver a los realistas que si tomaban el recurso de las represiones sangrientas estaba en su poder el imitarles y aun sobrepasarles.

Dictóse, pues, la sentencia el 14 de diciembre, y el 15 fueron ejecutados en la plaza principal de Potosí, con grande aparato. «Cuando Paula Sanz—cuenta Taborga—iba a sentarse en el banquillo, se quitó la venda y

exclamó: Quiero ver bajo qué banderas muero: son las del rey, muero contento.»

Así, con este acto de inútil barbarie, se cerró este año de 1810, que había comenzado con la inhumana ejecución de los protomártires en La Paz.

Pocos días estuvo Castelli en Potosí, los suficientes para posesionar nuevas autoridades, levantar empréstitos y dejar parte de su ejército al mando de su segundo, Díaz Vélez, y solazarse con los vistosos festejos que se realizaron en su honor. Partió con Balcarce en dirección a Chuquisaca, donde estuvo el 27 de diciembre, y allí recibió el refuerzo de las tropas cochabambinas, nuevamente organizadas por Arce y Rivero, compuestas de cerca de mil hombres, y con las que hizo toda esa su memorable campaña.

En Chuquisaca la vida de Castelli fué una vida de continuado regocijo y de intrigas más o menos hábilmente tejidas. Como poseía el don de la palabra y sus discursos estaban siempre animados de giros vistosos y no pocas veces elegantes, fácilmente se hacía dueño de todas las voluntades y hacía aceptar sus ideas, aunque fuesen en oposición a las corrientes tradicionales de esa sociedad refinada y culta que hubo de hacerse alguna violencia para honrar y festejar los ademanes demasiado libres del jefe porteño, su despreocupación, estudiada o sincera, de las cuestiones religiosas, su democratismo a base de declamaciones verbales y sin ninguna realidad en el medio donde quería aplicarlo, su descaro en su anhelo incansable de divertirse y holgar.

Tuvo la particularidad de querer singularizarse declarándose amigo y protector del indio, a quien proclamó merecedor de empleos, cargos y oficios al igual del blanco; y el indio le pagó la bondad de sus intenciones siguiéndole en toda su campaña, sirviéndole para transportar las vituallas de su ejército y como guía en las asperosidades de las montañas o al través de la llanura andina.

Entre sus actos de brusca arbitrariedad cabe citar la resolución que hizo patente el 8 de febrero de 1811, declarando que quedarían libres de castigo y censura quienes castigasen o reprimiesen a los que se tomaban la licencia de criticar o censurar los actos del nuevo Gobierno, reservándose ese Gobierno el derecho de castigar y penar a los que se hubiesen mostrado tolerantes con la crítica u ocultaren a los propaladores de rumores, a quienes se calificaba de traidores...

Al fin, abandonando su vida de festejos y copiosos esparcimientos, salió Castelli de Chuquisaca al mediar el mes de marzo de 1811; pero ya su fama de licencioso y cruel se había extendido por los demás centros de la Audiencia y no se notaba en ellos buenas disposiciones para recibirlo. Lo prueba el hecho de que no bien se supo en La Paz la aproximación del caudillo porteño muchas familias de las principales emigraron al Perú, algunas para ya no más tornar, familias de origen español, y otras buscaron refugio en sus haciendas del valle, donde la vida era regalona por la abundancia de frutas sazonadas, de legumbres variadas y del clima suave comparado con el de la ciudad, áspero siempre, invariablemente frío.

Hizo su entrada Castelli a La Paz en plena Cuaresma, exactamente el Miércoles Santo, que caía en el 10 de abril, y lo hizo rompiendo con música, ruido de cornetas, tambores y clarines, el recogimiento grave y doloroso de esos días, en que las gentes, penetradas por el misterio sublime de la Pasión, se abstendían de todo esparcimiento y hasta las esposas negaban el débito conyugal: lo hizo ostentosamente, para mostrar su despreocupación por las creencias populares, y fué, cuenta Camba, «a apearse en el palacio episcopal que le estaba preparado, y en sus salones se reunieron por las noches la mayor parte de las señoras de la población con sus padres, esposos, hermanos, parientes y amigos para procurar en espléndidos saraos esparcimiento al nuevo jefe, total-

mente desvanecido con el humo de tanta lisonja». (189).

Es de La Paz que con fecha 11 de mayo se dirigió al Ayuntamiento de Lima deseoso de que esta capital, a imitación de las del Alto Perú, depusiese a sus autoridades realistas y entrase por las vías de la revolución. Le compelia a manifestar si su voluntad de estar sometido al poder del virrey Abascal era libremente consentida, poniendo así en duda la legitimidad de una autoridad sobre la que no tenía ningún poder como representante de una ajena repartición jurisdiccional.

Tres días después, el 14 de mayo, firmó con Goyeneche el armisticio que solicitara creyendo recibir una respuesta favorable del Ayuntamiento de Lima y del mismo virrey Abascal, al que también se había dirigido mostrando la necesidad de sustraer la América española del dominio francés; pero sus intenciones no eran otras que buscar el momento oportuno para caer sobre las fuerzas de Goyeneche, escalonadas a lo largo del río Desaguadero y coincidían con las del jefe realista, que por su parte tenía la decisión de romper el pacto tan luego como se le presentase una ventajosa coyuntura.

El 17 de mayo atacaron los porteños por sorpresa un destacamento realista en Pisacoma y no fueron atendidos los reclamos interpuestos por Goyeneche, quien seguía recibiendo del virrey toda clase de elementos bélicos, transgrediendo así los principios de todo armisticio; el 16 de junio prodújose otro ataque por las fuerzas de caballería cochabambina comandadas por Rivero, y el 20, tres días antes de terminarse el armisticio, caía Goyeneche sobre el ejército porteño, de 6.000 hombres, con el suyo, no mucho más numeroso, e introducía la confusión, precursora de la derrota en la generalidad de los casos.

En el mes de junio los fríos de invierno son durante la noche extremadamente intensos en la meseta andina, así como tuesta y requema el candente sol de mediodía, casi nunca velado en ese cielo profundo de añil. Al amanecer o durante las primeras claridades de la aurora, tórnanse

hielo los arroyos y el agua se congela hasta en el interior de las habitaciones, y no hay organismo viviente que pueda resistir en la inmovilidad o con poco abrigo la temperatura extrema del yermo, pues los miembros se entumescen hasta perder sus movimientos o caen en la inercia de lo inanimado. Aprovecharon de esto los soldados de Goyeneche, pues los más eran naturales de esas regiones y estaban acostumbrados a soportar grandes frios, y cayeron con furia sobre los porteños y vallunos, que se vieron imposibilitados casi de hacer uso de sus armas. Y, relativamente indefensos, soportaron la impetuosa acometida esperando que a la salida del sol cambiaría la faz de las cosas; pero cuando apareció el astro ya la derrota se pronunciaba incontenible, con harta sorpresa de los independientes y hasta del jefe Balcarce, que, sin tiempo ni ánimo de señalar puntos de concentración, emprendió una retirada desordenada a través de los desolados campos del altiplano.

Castelli, para disculpar después su incapacidad de jefe y su imprevisión de militar, pasó un oficio a la Junta gubernativa de Buenos Aires echando todo el peso de su derrota a los voluntarios altoperuanos, singularmente a los de La Paz, de quienes dijo:

«La división tercera se componía del regimiento de patricios de La Paz y tres compañías de fusileros de Cochabamba. Sin esperar el fuego de fusilería, tres de nuestros cañones falsearon por sus montajes, sin que por eso decayese el fuego, ni ver caer ninguno de la línea; se salían de ella, siendo los primeros sus oficiales. Más remisos y cobardes se mostraron cuando se trabó el fuego de fusil, sin que bastase el esfuerzo con que se les alentaba, procurándoles sacar tras las peñas, haciéndoles ver la próxima derrota del enemigo. Nuestras fatigas, persuasiones y esfuerzos hasta el extremo del rigor, fueron inútiles. A pretexto de que les dolía el pie, o de que no tenían cartuchos (que yo vi tirar y ocultar), o de que se descompuso la llave, viéndoles yo mismo sacar el torni-»

llo pedrero a dos, se paraban. El enemigo cargó, y ellos, sin esperar disposición del general ni del jefe de la división, se pasaron al enemigo algunas de las compañías, haciéndonos fuego, y los demás emprendieron una retirada en desorden, tal como fuga vergonzosa y maliciosa, tomando los caballos de los desmontados». (36).

Los resultados de esta acción irregular y artera satisficieron el ansia de dominación de los Poderes públicos peninsulares, quienes premiaron a Goyeneche con el rimbombante y simbólico título de *Conde de Guaqui*, nombre arrancado del punto donde concentró personalmente su ataque el jefe realista.

Urge anotar en este punto como el arranque de la odiosidad latente después contra los argentinos, en veces superior al despertado por los españoles, que el ejército porteño, abandonado a su suerte, convirtió la retirada en un desvergonzado merodeo, que no respetó ni honras, ni vidas, ni haciendas.

Los soldados, desprovistos de provisiones, sin saber cómo organizarse, iban a la desbandada, robando lo que habían menester, haciendo uso de la fuerza para procurarse lo necesario, ultrajando a las mujeres y batiéndose abiertamente con los expoliados que salían en defensa de su honor o fortuna. Los mismos oficiales, acaso siguiendo el ejemplo de su jefe, no sentían escrúpulos en herir el sentimiento religioso de la masa, burlándose de sus creencias, arrastrando por el arroyo de las calles las imágenes de su culto, como sucedió en Chuquisaca cuando llegó allí en su huida Castelli. En La Paz se entregaron al saqueo de la ciudad a cara descubierta, y en Potosí las cosas llegaron al punto de que fué preciso hacer uso de la violencia, de una manera bárbara también, para moderar su ímpetu destructivo.

Según testimonio de don Modesto Omiste, llegaron a aquella ciudad los porteños «como bandadas de buitres sorprendidos en sus madrigueras, jadeantes de cansancio, despavoridos de terror, sembrando la desolación y

el espanto en todos los lugares de tránsito». «El cinismo de esos hombres—añade—llegó al extremo de venir haciendo ostentación de sus maldades por todo el camino. Se vió llegar a esta villa a uno de ellos a caballo, conocido de ajena propiedad, enjaezado con una casulla morada, ni siquiera despojada de sus galones para encubrir su apariencia; y no fué extraño verles usar más de una vez los vasos sagrados en sus inmundas orgías». (273).

Y cuenta que habiéndose impartido a las tropas la orden de no salir de noche del cuartel con objeto de evitar sus excesos y las consiguientes quejas del vecindario, muchos soldados la desobedecieron y se quedaron en las pulperías y chicherías la tarde del 5 de agosto de 1811 bebiendo como tenían por costumbre. Uno de ellos, al cruzar por la plaza principal, llena de gente del pueblo que también se divertía festejando el *San Lunes*, hasta hace poco fiesta convencional y de honor en el bajo pueblo, atropelló brutalmente a un grupo haciendo uso de su cuchillo e hiriendo de alguna gravedad a un cholo. Alzáronse los otros en su defensa; a la del soldado acudieron sus compañeros, y trabóse al punto la pelea, con rifles los soldados, a piedra los civicos, y la pelea tornóse rabioso combate que duró toda la noche, con furor ya incontenible por parte del pueblo. Aterrorizados los porteños ganaron el cuartel o se refugiaron en las casas; pero de allí fueron sacados a la fuerza y cruelmente machucados a piedra y palo. Amaneció el 6 de agosto y continuaba la matanza. Entonces los frailes corrieron a los templos a sacar las imágenes santas y sólo así pudo apaciguarse el odio popular, tan imprudentemente excitado.

«Se contaron, concluye Omiste, 145 cadáveres de porteños y 7 de criollos y otros tantos heridos, de los que sólo tres sobrevivieron. Los cadáveres fueron recogidos en todo el día y conducidos, arrastrados de los pies, al cementerio de la Misericordia, donde se les dió sepultura». (273).

Entretanto Goyeneche, enorgullecido de su éxito en Guaqui, había vuelto a su cuartel general de Zepita para seguir instruyendo su ejército, con el que pensaba aniquilar el espíritu independiente de los altoperuanos, y, si posible, devolver al dominio español las provincias argentinas del Río de la Plata, ya independientes; pero antes se vió precisado a abrir campaña contra el indómito pueblo de Cochabamba, que, sin arredrarse por el desastre de Guaqui y animado por el ejemplo heroico de sus caudillos Rivera, Arce, Guzmán Quinton, estaba resuelto a seguir luchando contra el poder peninsular.

Se presentó primero en La Paz y de allí se lanzó a Oruro. De Oruro, el 5 de agosto, a Cochabamba, donde el 12 de ese mes, en Amiraya, inflingió una seria derrota a los cochabambinos, que dejaron en el campo 600 muertos.

El 15 hizo su entrada a la ciudad, y sea que quisiese borrar el recuerdo de sus crueldades en La Paz, o que le impresionase la carta llena de sanos consejos que le dirigiera el jefe de la revolución cochabambina Rivero, el 18 de julio de ese año, el hecho es que se mostró clemente observando una política de conciliación con los cabecillas de la revuelta, particularmente con Rivero, con quien entabló cordiales relaciones, que después empañaron el renombre del caudillo porque llegó a aceptar del mismo Goyeneche el título de gobernador intendente, un poco más tarde.

Esta política del vencedor de Guaqui tenía su anverso en la desarrollada por el argentino Pueyrredón, que había quedado en Potosí después del *masacre* del 5 de agosto, con la intención, revelada más tarde, de cargar con los fondos encerrados en las cajas fiscales, y para lo que había pedido del Ayuntamiento una regular cantidad de bestias de carga. Cuando las tuvo listas, hizolas conducir a la Casa de Moneda, en la noche, y ordenó se cargasen en ellas los talegos de oro de los depósitos. Cumplióse la orden; pero la voz de que los porteños se llevaban los te-

Soros de la ciudad condujo al pueblo a la Casa de Moneda en la mañana del 25 de agosto. Era ya tarde, pues al amanecer había partido el cargamento codiciado, con la custodia de una compañía de soldados. Corrieron los habitantes en alcance de los fugitivos al toque de rebato de sus campanas, y únicamente lograron empeñar un combate sin resultados, porque iban sin armas y Pueyrredón hacía maniobrar con destreza a su gente.

Pero nadie mejor que el mismo Pueyrredón ha contado con ciertos detalles esta sustracción, y es preciso dejarle hablar en este punto:

«Resolví — le comunica al Gobierno — mi salida para el día 26, acupando todo el 25 en comprar o quitar del vecindario las mulas que me faltaban para el completo de sus cargas.» «A las doce de la noche mandé pasar las mulas a la Moneda con la orden a los comisionados que empezasen a cargar, y entre las sombras de una de las más tenebrosas se hizo la operación con mejor suceso que yo esperaba, quedando cargadas a las cuatro de la mañana del 25...» «El populacho dormía descuidado o preparaba tal vez en el silencio de la noche los cordeles con que intentaban atarme al yugo de la infidelidad, pero yo velaba entre los cuidados de salvar el patriotismo de mi madre patria. Serían las cuatro y media de la mañana cuando hice mi salida, ordenando estrechamente el mayor silencio en la tropa, y mandando quitar todos los cencerros a las recuas, para que el ruido no advirtiese de mis movimientos a los que ya miraba como a mis enemigos; mas sin poder evitar la desgracia de que se extraviasen tres cargas de plata al tiempo de salir, y que pudieron haber sido siete, si el celo de don Roque Quiroga no hubiese salvado cuatro más que ya estaban robadas y escondidas en un cuarto de los patios interiores de la Casa de Moneda», etc., etc. (36).

Y fué así cómo, al recuerdo de las crueldades porteñas, vino a unirse el de su rapacidad inagotable...

Pero no concluyó este año de 1811 sin que otros acon-

tecimientos de significación viniesen a conturbar más profundamente la calma de esos pueblos lanzados en la vía tortuosa de sus reivindicaciones.

La semilla arrojada por Castelli en las masas indígenas, a las que hiciera concebir mil proyectos de predominio en sus discursos vistosos y hueros, sus proclamas y sus decretos, había hecho nacer en uno de sus caudillos, en Juan Manuel Cáceres, representante de su raza en la revolución del 16 de julio, la idea, aún no bien definida, de seguir luchando contra el vencedor Goyeneche, acaso con la intención de restaurar, si le favorecía la fortuna, el trono de su mayores. Sublevó a los indios de las provincias o regiones de Ayoayo, Calamarca y Sicasica, cortó las comunicaciones de los realistas y por último atacó con fortuna a una columna de Lombera en Sicasica destruyéndola casi por completo.

El 7 de octubre estuvo en los altos de La Paz y dirigió una proclama a los paceños, desconocida aún, y puso sitio a la ciudad, gobernada entonces por don Pío Tristán; pero fué libertada a costa de grandes esfuerzos por el teniente coronel don Pedro Benavente, que vino del Desaguadero sosteniendo heroicas luchas con los indios en todo el camino.

Anoticiado el virrey Abascal de estos sucesos, ordenó, sin preocuparse mucho de las consecuencias, que el indio Pumakahua, cacique de chincheros, célebre en todo el territorio del Cuzco por su actuación en la sublevación de Tupac Amaru, marchase contra los asediadores de La Paz.

Pumakahua, a la cabeza de tres mil hombres, se puso en marcha hacia el distrito amenazado por Cáceres, habiendo pedido antes la ayuda del cacique Choquehuanka y de su numerosa gente, y los dos llegaron cuando Cáceres y los suyos se habían disuelto ya; pero esto no fué obstáculo para que, obedientes al odio ancestral de las dos razas rivales, la quechua y la aimara, cometiesen excesos tan grandes en los distritos sublevados por Cá-

ceres, que el recuerdo vivió latente en los aimaraes y los habitantes de La Paz durante muchas generaciones.

La noticia de estos excesos y cierto afán de preponderancia en los jefes cochabambinos, hizo que volviese a estallar la revolución en ese distrito, echando por tierra los planes concebidos en su cuartel de Potosí por Goyeneche, quien, anheloso por acabar de una vez con esas revueltas que dificultaban sus planes, envió a Rivero, ahora buen amigo suyo y hasta su partidario, a predicar la paz entre sus paisanos; pero ya la influencia de este caudillo era nula, y su acción pacificadora sólo sirvió para irritar los ánimos contra él, pues fué cogido preso y encarcelado junto con otros de quienes se tenían sospechas por no mostrarse bastante ardorosos en sus manifestaciones de adhesión a la causa revolucionaria.

Depusieron, pues, las autoridades antiguas y se crearon nuevas; y Esteban Arce, el caudillo, desplegó la inmensa actividad de que estaba dotado para proveer de lo indispensable a ese movimiento surgido casi al azar, cuando no se contaba con ningún elemento preparado, ni con armas, ni con municiones y sólo con el entusiasmo cálido de las gentes. Se enviaron, además, divisiones a Oruro, Sucre y La Paz, que fueron derrotadas; pero el ejemplo de su coraje y de su decisión sirvió de mucho para que en poco tiempo surgiesen sus imitadores en todos los puntos de la vasta Audiencia.

Comprendiendo Goyeneche que dejar seguir su curso a los acontecimientos era exponerse a ver fallidos todos sus propósitos de fortuna y gloria, tomó la resolución, antes de comenzar su campaña sobre las provincias argentinas, de escarmentar duramente a los cochabambinos, como iba haciendo con los habitantes de Potosí en aquel momento, 62 de los cuales y de entre los mejores estaban presos en la cárcel con esposas y grilletes vendidos por los cholos, a quienes corrompía el militar, arrancando a fuerza de dinero su secreto, dinero que lo tomaba de los fondos de las iglesias, o desnudando de sus

valiosas joyas a las imágenes enriquecidas por la piedad de los fieles.

Cuando con ánimo prevenido se preparaba para esta expedición, supo que las tropas argentinas expulsadas del territorio altoperuano después de la derrota de Guaquí se reorganizaban en la frontera con ánimo de intentar una segunda expedición, y dispuso que los coroneles Barreda y Picoaga fueran a situarse con su gente en el pueblo de Yavi. Atacados el 12 de enero de 1812 por Díaz Vélez, rechazaron el ataque con éxito, y los porteños se retiraron hasta Jujuy, sabiendo que el ejército realista había recibido el refuerzo de una columna.

Desde Jujuy escribió Pueyrredón a Goyeneche con fecha 23 de febrero, invitándole a permitir en esos pueblos la elección de Juntas supremas, a imitación de las de Galicia, Valencia y Granada y a dejarlos en el libre ejercicio de sus derechos. Insinuábale al mismo tiempo la cesación de hostilidades y la orden de evacuar esos territorios ajenos a su jurisdicción.

Repuso Goyeneche el 4 de marzo, haciendo consideraciones sobre las dificultades para la independencia de América y la inseguridad en que estarían los gobiernos si llegaban a constituirse a modo de la Junta de Buenos Aires, que en su concepto carecía de un plan fijo de verdad y hasta de dignidad y decoro, y concluía adhiriéndose a la idea de una conferencia sugerida por Pueyrredón; pero este cambio de papeles no tuvo mayores alcances y los acontecimientos siguieron desarrollándose, según su lógico encadenamiento.

En consecuencia, y deseando Goyeneche acabar de cualquier modo con los guerrilleros de Cochabamba, dejó su cuartel general de Potosí el 5 de mayo a la cabeza de 4.000 hombres, «y al pasar por la ciudad del Plata (Chuquisaca)—cuenta Urcullu—, los formó en la plaza mayor y principales calles, donde se puso a proclamar cuerpo por cuerpo. Todas sus alocuciones se redujeron a

las siguientes palabras, cien veces repetidas: *Sois dueños de vidas y haciendas.*»

Fácil es creer que tales fueran las disposiciones del jefe realista, porque antes de partir de Chuquisaca el 14, envió en la vanguardia de su ejército al coronel don Juan Imas, cuyas hazañas de inútil y torpe crueldad fueron sucintamente referidas por el anónimo autor de la *Manifestación histórica y política de la revolución de América*, etcétera, obra escrita en Lima y publicada en 1818 en Buenos Aires.

Imas, según este autor, iba a la vanguardia de su columna con el exclusivo objeto de encontrar intacto el botín en los pueblos y comarcas invadidos, y en las viviendas de los moradores mestizos e indígenas. Se hacía ofrecer comilonas de ochenta y cien cubiertos con los curas de los pueblos y principales vecinos, y como entonces no había casa, por pobre que fuera, que no tuviese vajilla de plata, desaparecía ésta después de cada banquete.

«Como no había cura que tuviese tanta vajilla, añade, tomaba el arbitrio por mandado del mismo Imas de pedir prestado a los vecinos toda su plata labrada. Así llegó a suceder que, temiendo que se negasen los vecinos de un pueblo a dejarse robar de esa manera, ordenó a sus tropas que luego que al principio de la comida tomase la copa para beber, inmediatamente pasasen a cuchillo a toda la gente de la mesa (excepto los oficiales suyos), empezando por el cura del lugar que tenía a su lado.»

Añadiremos para concluir que Imas fué procesado en Lima en 1816, a denuncia de los mismos realistas, sentenciado y degradado, y que en su defensa sostuvo que los robos y demás iniquidades los cometió por orden y ejemplo de su jefe Goyeneche...

Esteban Arce supo del viaje de Goyeneche cuando se preparaba a un segundo ataque de Oruro, y de pronto hubo de cambiar sus planes para salir al encuentro de su adversario en momentos en que, careciendo absoluta-

mente de fondos para socorrer a la tropa, sólo pudo contentarlas haciéndoles distribuir porciones de maíz cocido, alimento preponderante en los valles de Cochabamba.

El 24 de mayo llegó, saliendo de Cochabamba el 18, a un punto llamado Paredones, cercano a la laguna de Vacas y al pueblo de este nombre, y que es una hoyada en el último contrafuerte de los Andes rodeada de cerros y colinas verdes bañadas por saltos de agua cristalina que van a juntarse en el lago, y es, al decir de don Eufroonio Viscarra, uno de los sitios más pintorescos de la República.

En esa hondonada y en un campo llamado Queñihual tuvo lugar la acción el 24 de mayo, desastrosa para los patriotas, y la noticia del desastre llegó esa misma noche a Cochabamba, produciendo una sorda agitación en el pueblo, que concibió el propósito de no dejar libre el paso al jefe realista.

El gobernador Antezana, sin querer tomar por sí ninguna determinación, convocó a Cabildo abierto, ante el que expuso la situación de las tropas independientes. Un orador popular reprodujo sus palabras en quechua, porque la mayoría de la concurrencia «no había comprendido el discurso» (205), y entonces el furor popular fué a estrellarse contra el gobernador, que había cometido la imprudencia de aconsejar el sometimiento a Goyeneche. Antezana salvó su vida yendo a refugiarse en un convento, y el populacho atacó el cuartel tomando las armas que en él había, saqueó algunas casas de conocidos realistas, y sólo se contuvo al día siguiente cuando sobre el campanario dominante de la ciudad apareció el símbolo de la redención.

Narrando el historiador Mitre este curioso y sintomático detalle de la ejemplar resistencia cochabambina, dice:

«... Resuelto (el pueblo) a perecer antes que rendirse, se reunió en la plaza pública en número de mil hom-

bres, y allí, interrogados por las autoridades si estaban dispuestos a defenderse hasta el último trance, contestaron algunas voces que sí. Entonces las mujeres de la plebe que se hallaban presentes dijeron a grandes gritos que, si no había hombres en Cochabamba para morir por la patria y defender la Junta de Buenos Aires, ellas solas saldrían a recibir al enemigo. Estimulado el coraje de los hombres con esta heroica resolución, juraron morir antes que rendirse, y hombres y mujeres, acudiendo a las armas, se prepararon de nuevo a la resistencia; y tomaron posesión del cerro de San Sebastián, inmediato a la ciudad, donde aglomeraron todas sus fuerzas y el último resto de sus cañones de estaño. Las mujeres cochabambinas, inflamadas de un espíritu varonil, ocupaban los puestos de combate al lado de sus maridos, de sus hijos y de sus hermanos, alentándolos con la palabra y con el ejemplo, y cuando llegó el momento pelearon también y supieron morir por su causa». (206).

Dura, ferozmente, supo castigar Goyeneche este espíritu de abnegación y de coraje del pueblo cochabambino, tenaz entre todos para combatir contra el poder peninsular, pues permitió a sus soldados que realizasen la promesa que les tenía dada en Chuquisaca y que renovó, según Viscarra, en la ciudad vencida. Cometiéronse robos, asesinatos, incendios, violaciones.

«El mismo Goyeneche—si se ha de creer a Muñoz Cabrera—no tuvo inconveniente en penetrar a caballo hasta el mismo templo de Dios, donde se hallaban refugiadas las mujeres, juntamente con los clérigos vestidos de sobrepelliz, y reconociendo entre ellos al doctor Miguel López Andreu», «que había quedado allí, detalla Urcullo, por enfermo, acometió con él a sablazos sin otro motivo que haber dado su dictamen en el asunto de la princesa del Brasil; defendieron la vida de ese buen magistrado y fiel español los sacerdotes puestos de rodillas. Al anochecer pegaron fuego a uno de los cuar-

teles de la ciudad; pero estando alojado en él Goyeneche con sus esbirros, lo mandó apagar». (37-56). «Para cohonestar Goyeneche tanta iniquidad y tanto escándalo dijo al virrey Abascal con fecha 6 de junio: *que el elevado cerro y monte de San Sebastián lo ocupaban gentes a pie y a caballo con un aire guerrero y ofensivo*» (id. 57). «Impostura ridícula, agrega Muñoz Cabrera, que sigue los pasos de Urcullo; San Sebastián es apenas una loma pequeña a la entrada de Cochabamba...» (36).

Tres días duró el saqueo, del 25 al 28 de mayo. Este día hizo publicar un bando prometiendo en nombre del rey indulto para la población insurreccionada; pero como si los hechos se encargasen de revelar la falsedad de su intención, al día siguiente de publicado su bando conoció el oculto paradero del ex gobernador Antezana, que, rasurado de barba y con cerquillo monjil, vivía en el templo de la Recoleta disfrazado de fraile de esa comunidad, y dispuso que fuese conducido por las calles tal como estaba vestido, con una cadena al cuello, desnuda la cabeza, las manos sujetas por detrás.

La orden fué puntualmente ejecutada, y repitióse entonces lo que había pasado con Murillo, pues lo hizo conducir a su presencia y tuvo una entrevista secreta con él, entrevista ignorada entonces; pero ahora, si se ha de aceptar lo aseverado por el prolijo historiador de estos movimientos don Eufonio Viscarra, «en vista de documentos irrecusables y de nuevos esclarecimientos, podemos afirmar que, preguntado Antezana sobre su participación en los últimos sucesos, contestó categóricamente que, obligado por sus convicciones, había abrazado la causa de la independencia, y que la fuerza de esas mismas creencias patrióticas había puesto en sus manos la dirección del movimiento revolucionario. Fué entonces que Goyeneche, a nombre del rey, le dijo que sería indultado si abjuraba públicamente sus errores», a lo que Antezana, con viril hombría, se negó, como probablemente hubo de suceder con Murillo.

Y Antezana también fué ejecutado casi al punto, «y su cuerpo, suspendido sobre enorme pica, estuvo una semana en la plaza principal de la villa».

Cumplido su deseo de castigar con saña la irresistible propensión de Cochabamba a mantener su independencia política, salió Goyeneche de la ciudad el 10 de junio de 1812 con rumbo a la región del Sud, donde se organizaban las huestes argentinas, casi al mismo tiempo que el caudillo Pumakahua, enriquecido por los despojos consumados en las provincias de La Paz, se dirigía al Norte, a su provincia del Cuzco, para ser ascendido a brigadier, y luego, en pago de sus importantes servicios, nombrado presidente interino del Cuzco.

En tanto que estos acontecimientos se desarrollaban en los territorios del Alto Perú, el ejército expedicionario argentino, derrotado el 12 de enero en la acción de Nazareno y que, como se dijo, se había retirado a Jujuy, se organizaba ahora en Yatasto, bajo la dirección de Belgrano, que se había hecho cargo de las tropas el 26 de marzo y tenía la colaboración de Puyrredón, Díaz Vélez y Balcárcel entre los jefes principales.

Al aceptar el insigne varón, insigne por la austeridad de su carácter, la rigidez de sus costumbres, la tenacidad invariable de sus resoluciones y la severa dignidad de su vida, la penosa tarea de reorganizar un ejército desmoralizado por la derrota y las privaciones, llevaba, al decir de Mitre, tres propósitos de gran alcance y cuyos frutos serían la victoria de Tucumán:

«Remontar el personal y la moral de un ejército desorganizado, infundiéndole aliento nuevo; proveer las necesidades imperiosas que reclamaba el miserable estado de su material de guerra, y, lo que era más arduo, levantar el espíritu de los pueblos abatidos o enconados, y atraerlos a la causa de la libertad, comprometiéndolos en la revolución. El hombre, añade Mitre, estaba a la altura de la situación, y gracias a su actividad, a su infatigable perseverancia, a su genio creador y metódico, y a su políti-

ca enérgica y conciliadora, realizó más de lo que humanamente podía esperarse, dadas la mezquindad de los elementos y las circunstancias difícilísimas que le rodearon». (206).

En agosto supo Belgrano que la vanguardia realista, compuesta de más de tres mil hombres, iba camino de las provincias argentinas al mando de Pío Tristán, y como sus tropas apenas alcanzasen a la mitad de aquel número, se retiró de Jujuy el 23 de agosto cuando estaba casi a la vista del adversario, que ocupó esa ciudad el 24.

Alentóse Tristán por la retirada del enemigo y siguió avanzando por el territorio argentino en constante contacto con las vanguardias de Belgrano, a las que infligió una seria derrota el 3 de septiembre en el Río de las Piedras.

Pero no se desalentó Belgrano y seguía retrocediendo hasta Tucumán, donde, no obstante la desautorización del gobierno, que deseaba continuase retirándose hasta Santiago del Estero o Córdoba, formó el plan de esperar al enemigo y presentarle batalla.

Así lo hizo el 24 de septiembre. La lucha fué porfiada y los argentinos combatieron con insuperable heroicidad porque comprendían que de esa acción dependía la independencia de su suelo y el honor de su nombre y no se manifestaban dispuestos a perder ninguno de esos inapreciables bienes.

La victoria fué cabal. El general español vió casi deshecho su fuerte ejército de 6.000 hombres y tuvo que retirarse a favor de las sombras de la noche y desandar, como vencido, la ruta que trajera con aire de vencedor, hasta detenerse en Salta. Allí recibió los refuerzos enviados por Goyeneche, quien, desalentado por la derrota de Tucumán y por los síntomas cada día más inequívocos del descontento popular, escribía al virrey de Lima indicándole la conveniencia de proponer bases de transacción con los patriotas. Belgrano, a su vez, deseoso de buscar algún avenimiento con el principal jefe realista, escribía

a Goyeneche anunciándole el desastre de Tristán en Tucumán e instándole para que, dice Mitre, «dejase en libertad a los pueblos, a fin de nombrar diputados para un Congreso general, que resolviese la cuestión pacíficamente». (206).

Goyeneche respondió el 28 de noviembre a la carta de Belgrano, fechada el 18 de octubre, diciendo que el voto no había que buscarlo en las masas sino en las clases representativas, quienes responderían que el desorden y la guerra no provenían precisamente del lado de los realistas. Entonces Belgrano, convencido de la esterilidad de sus gestiones, cerró la correspondencia con una proposición terminante:

«Retírese V. S.—le decía—con sus bayonetas a la otra parte del Desaguadero, y entonces preguntaré a los Cabildos y corporaciones qué es lo que desean.»

Pero Goyeneche pensaba todo menos en retirarse del territorio incorporado por su virrey al Bajo Perú, y antes impartía órdenes escritas a sus subordinados para que extremasen sus rigores con los que se dejaban ganar a la causa independiente y castigasen sumariamente con la pena capital a los actores en los movimientos de insurrección.

«Tomará—les decía el 26 de diciembre de 1812—las nociones al intento de saber los generales caudillos y los que les han seguido de pura voluntad, aplicando la pena de muerte a verdad sabida sin otra figura de juicio. Difiero a usted todos los medios de purgar ese partido de los restos de la insurrección que si es posible no quede ninguno», etc., etc. (207).

El 12 de enero de 1813 salió de Tucumán el ejército argentino destinado al Alto Perú. Su jefe Belgrano iba acariciando expectativas risueñas por la moral de sus tropas y su espíritu de disciplina y combatividad. En los momentos de ocio dejaba libre el vuelo a sus ansias de intelectual, perfeccionando la traducción de la *Despedida* dirigida por Wáshington a su país y que el capitán

argentino había tomado como libro de cabecera tratando de difundir sus sabias y patrióticas enseñanzas entre sus amigos y subordinados.

Al mes de su salida llegaba al río Pasajes. Allí, en obediencia a una circular de su gobierno que pedía se hiciese jurar a las tropas fidelidad y obediencia a la Asamblea, llenó la orden con un ceremonial solemne y breve e hizo grabar la fecha en el tronco de un árbol y cambió el nombre del río con el del «Río del Juramento» con que hoy se le conoce.

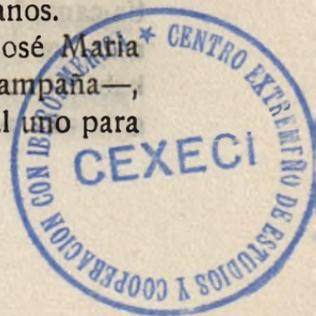
Toda esta marcha la hacía con suma habilidad, tratando de no descubrir sus movimientos al jefe realista, que seguía en Salta confiado en que la estación lluviosa no permitiría el desarrollo de ningún plan de campaña; y grande fué su consternación cuando los soldados de su avanzada le llevaron la noticia de que estaban por las proximidades las tropas de Belgrano.

Se resistió a creer y supuso que fuera alguna partida aislada; pero cuando el 19 de febrero supo que el enemigo aparecía en su retaguardia, después de haber salvado cientos de kilómetros para alcanzarle y de haber usado caminos inverosímiles, y que él no conocía, su estupor fué grande y quiso remediar su confianza organizando e improvisando un plan de combate. Ya era tarde.

Al día siguiente fué atacado enérgica y audazmente y, aunque se defendió no menos enérgicamente, al fin tuvo que ceder el campo, y su ejército, vencido, buscó el refugio de la ciudad (Salta), desordenadamente y hasta el sagrado asilo de los templos.

Belgrano se mostró generoso y desinteresado con el enemigo abatido. Permitió que los perdidosos evacuaran la plaza con los honores militares, pero desarmados, y que jurasen no hacer más armas contra los americanos.

«En la mañana del 21—cuenta el general José Matía Paz, testigo y actor de los principales en esa campaña—, los dos ejércitos estaban sobre las armas. El uno para



desocupar la plaza, el otro para entrar en ella: el uno para entregar las armas, el otro para recibirlas. El tiempo seguía lluvioso. Serían las nueve cuando el ejército realista salió al campo formado en columna, llevando los batallones los jefes a su cabeza batiendo marcha los tambores y sus banderas desplegadas. La tropa nuestra que estaba fuera los recibió con los honores correspondientes. A cierta distancia su columna hizo alto. Desplegando en línea el batallón que llevaba a la cabeza empezó a desfilar por delante del jefe y hombres que estaban apostados para recibir el armamento, que iba entregando hombre por hombre, juntamente con su cartuchera y correa...

«Desarmados enteramente los realistas, prosigue, parecían una cosa muy diversa de lo que eran media hora antes, y volvieron a sus cuarteles, sin formación, en un tropel confuso que se asemejaba a una manada de carneros. Pero lo que más hería la imaginación de los espectadores era ver retratadas en sus semblantes las diferentes pasiones de que estaban animados. El despecho y la rabia en algunos, en otros un furor concentrado y la vergüenza en todos, derramando muchos de ellos lágrimas, que no bastaba toda su fuerza a reprimir.» (206).

No pasaría mucho tiempo sin que Belgrano se arrepintiese de su acto de generosidad, pues sus mismos paisanos vieron había observado una conducta demasiado condescendiente, dada la manera como entendían la guerra los realistas, y fué reprobado en Buenos Aires, al decir de Mitre.

Quien vió en esos hechos un síntoma grave del poder que iba cobrando la revolución fué Abascal, el virrey de Lima. Así lo manifestó en su apresuramiento de reunir tropas para enviarlas a Goyeneche; pero éste ya se sentía cansado con tres años de campaña sostenida, y, además, veía también que el impulso de la revolución ya había tomado grandes vuelos, y no se mostraba muy animoso para seguir luchando, mucho más ahora que

había acrecentado enormemente su fortuna personal y sentía nostalgia por la vida civilizada del viejo mundo.

Con todo, aún tuvo tiempo de cometer un último acto de felonía. Asustado por la derrota infligida a su primo Tristán y por los términos en que se pactara la capitulación, sólo pensó de momento en alejarse lo más posible de la vecindad del enemigo, y a este efecto dejó su cuartel general de Potosí y se internó hasta Oruro, y con tal presteza denunciadora de su miedo, que hubo de inutilizar parte de su parque por falta de medios de locomoción.

En Oruro tuvo conocimiento de que los derrotados de Salta estaban ya para llegar a las inmediaciones, y temeroso de que la abatida moral de los vencidos fuese nefasta a sus tropas, hízolos detener en el pueblo de Sepuluras, y «allí se presentó él con su Estado Mayor y los proclamó con vehemencia, haciéndoles saber estaban absueltos de su juramento por el arzobispo de Charcas y el obispo de La Paz, y los incitó nuevamente a tomar las armas y unirse a sus antiguos compañeros. Sólo siete oficiales y 300 soldados se presentaron a esta sacrílega sugestión, y con ellos organizó un cuerpo separado, que se denominó desde entonces el «Batallón de la Muerte» y vistió con sus fúnebres atributos. Todos los demás se negaron a quebrantar su juramento y siguieron su ruta a La Paz, Puno, el Cuzco, Arequipa, donde contribuyeron directa o indirectamente a preparar el camino de los ejércitos libertadores», dice Mitre.

Al mediar el mes de abril púsose el ejército de Belgrano en camino hacia el Alto Perú y fué a fijar su centro de operaciones en la ciudad abandonada por Goyeneche, en Potosí, adonde entró el jefe porteño el 21 de junio.

Entretanto Goyeneche ponía en ejecución su deseo de separarse del comando de las tropas realistas, y elevaba su renuncia ante el virrey Abascal en ese mes de mayo y en momentos en que las avanzadas del ejército auxiliar tocaban las fronteras del Alto Perú.

El recibimiento que hizo el pueblo de Potosí a las tropas argentinas fué cordial y suntuoso. Se advertía en el pueblo el deseo de borrar con sus halagos el recuerdo de sus fechorías del año anterior. Comenzó a exteriorizar sus simpatías con la llegada de la vanguardia dirigida por el entonces coronel José María Paz y que se presentó en Potosí el 7 de mayo.

A la altura del *Socabón*, cuenta este meritorio militar, «empezaron a encontrarnos las autoridades y mucho vecindario, que cabalgaban en vistosos caballos, pero cuyos aderezos eran rigurosamente a la española. Recuerdo de una escolta de honor, como de 30 hombres, que presentaba la ciudad al jefe de nuestra vanguardia, en que cada soldado parecía un general, según el costo de su uniforme, que era todo galoneado, incluso el sombrero elástico, y la riqueza y bordados del ajuar de sus caballos». (255). Y es que en aquel tiempo aún quedaban en la ciudad del cerro de plata restos de las enormes fortunas acumuladas en el trabajo de las minas, y las más de las cuales emigraron con sus dueños a España o a otras capitales de mayores atractivos en el Continente.

Por su parte Belgrano, deseoso de que no se repitiesen las escenas sangrientas de antaño y de borrar igualmente el mal recuerdo dejado por las tropas de Pueyrredón, hizo dictar medidas severas para reprimir cualquier atentado de la tropa, y publicó antes de su llegada a Potosí un bando militar, en uno de cuyos artículos se decía expresamente: «Se respetará los usos, costumbres y aun preocupaciones de los pueblos: el que se burlare de ellos con acciones, palabras y aun con gestos, será pasado por las armas». (255).

Con tales medidas no es de extrañar fuera grande el entusiasmo y el cariño con que se recibiera al jefe de sabia prudencia y aun a sus subordinados, como Díaz Vélez, a quien, según el mismo testimonio, se ofreció un baile por las gentes de la clase media o de poca fortuna, «porque no era de lo principal».

«Las condesas, marquesas y señoras de categoría habían emigrado, cuenta el testigo, o habían ganado sus haciendas, o estaban enfermas, de modo que en el baile hubo pocas señoras. Recuerdo que las de Usin fueron las principales, tanto por su buen trato cuanto por su sincero patriotismo; según la costumbre del país y en atención a lo extraordinario del motivo que ocasionaba el baile, las señoras dirigieron brindis e hicieron frecuentes y abundantes libaciones, de que resultaron escenas de una belleza cómica inimitable, sin que por ello tuviese de qué ofenderse la moral ni se traspasasen los límites del pudor.» (255).

Tan prudente y moderada fué la conducta de Belgrano en ese primer tiempo de su permanencia en Potosí, tan fuerte la disciplina de su ejército, que los potosinos acabaron por olvidar los desmanes de las tropas de Castelli, los abusos de Pueyrredón, y una nueva atmósfera de simpatía y respeto se hizo para el jefe austero y los soldados con disciplina.

Y es que esos pueblos llanos y sencillos del entonces Alto Perú, por lo mismo que vegetaban aislados del contacto del mundo, eran demasiado sensibles a las manifestaciones de los actos externos, como lo son todavía en algunos puntos, y prestaban mucha significación a todo lo que contrariase la modalidad de su pensamiento o de su sensibilidad.

En las poblaciones se llevaba vida de fiestas religiosas, de chismecillos más mal que bien intencionados; pero había franqueza y largueza en la hospitalidad, se rendía culto a los sentimientos de amistad y amor; no se imponía mucho la codicia desenfrenada, y los gustos estaban limitados por la limitación de las aspiraciones.

En los campos se vivía en plena y absoluta rusticidad, en santa ignorancia de las leyes naturales y humanas. Justamente por esos días hubo un eclipse de sol, y he aquí el cuadro que nos pinta nuestro autor:

«..... En proporción que fué perdiendo su luz el sol,

empezamos a oír un murmullo, que al principio no llamó extraordinariamente nuestra atención; mas como fuese en aumento, fuimos a indagar la causa del alboroto.

»Era a la verdad sorprendente ver la inquietud pintada en el semblante de los indígenas y observar el empeño con que corrían a las gallinas, castigaban a los perros y estropeaban a los niños para que gritasen lamentando la muerte del sol; al mismo tiempo hacían de hojas secas y ramas grandes montones dentro de sus casas, y les daban fuego para que se levantase una gran humareda, con lo que, sin duda, se proponían dar calor al astro, cuyo fuego suponían próximo a extinguirse; últimamente sonaron las campanas en son de plegaria, con el fin, al parecer, de implorar la misericordia divina para que no les privase de la benéfica influencia del gran luminar; esto último parecía menos gentilicio, pero las primeras demostraciones se resentían de las preocupaciones del paganismo.» (255).

Retirado, pues, Goyeneche del mando de las operaciones del ejército realista destinado a mantener la sumisión del Alto Perú a la corona de España y de ahogar la revolución naciente en el virreinato de Buenos Aires, si era posible, yendo a la misma capital, fué nombrado el brigadier don Joaquín de la Pezuela en reemplazo de aquél, en atención a que poseía un carácter audaz, bien que no fuese un cumplido militar ni menos un gran estratega.

El 1 de julio estuvo en el Desaguadero, y poco después en La Paz, desde donde se puso en camino hacia el encuentro de su adversario, al frente de sus tropas, escasamente reforzadas con un pequeño contingente enviado por el virrey de Lima, y cuyo total ascendía a 4.600 hombres.

Entretanto Belgrano, sin descuidar la disciplina de sus tropas, y en su calidad de capitán general, se entregaba a la reorganización y a la administración de los territorios de la Audiencia, desdoblando sus cuatro provincias en las ocho de que actualmente se compone y tratando

de ganar a la causa independiente el concurso, siempre eficaz y a veces decisivo, de la clase indígena, a la que ya Castelli había alentado con esas medidas igualitarias que ni hoy han podido encontrar ambiente en el país.

«La popularidad que adquirió entre los indios—dice su historiador Mitre—fué inmensa, conquistándolos de tal manera a la causa de la revolución que, a pesar del carácter pérfido que es proverbial en ellos y del odio secreto que profesan a la raza española, siempre fueron fieles a su recuerdo.»

«..... Todo el país—agrega en otro lugar—estaba cubierto de indiadas militarizadas, armadas de palos y de hondas y de piqueros de a pie, que obedecían a las órdenes de caudillos que habían adquirido alguna nombredía, y hacían un activo servicio de vigilancia, interceptando las comunicaciones del enemigo y lo mantenían en constante alarma.» (206).

Continuando su movimiento de penetración en el país, Pezuela estuvo el 7 de agosto en Ancacato. Un mes después el jefe porteño daba órdenes para que su ejército se moviese de Potosí, en alcance del realista y lleno de una confianza absoluta en la victoria, por el temple de sus soldados y la eficaz ayuda que recibiría de la indiada sublevada, que pasaba de 5.000 hombres. Contaba con un ejército inferior en número al realista, ya que sólo se componía de 3.500 hombres, mal armado y con peor equipo, pero de una alta moral y de un fuerte espíritu agresivo, que se hizo patente el día de la batalla, provocando la admiración y la envidia de los mismos enemigos.

El 27 de septiembre entraba este ejército en la llanura de Vilcapugio, y se establecía en ella con la confianza de no ser atacada de pronto y en espera de nuevos refuerzos, a más de los que recibiera en Lagunillas; el contrario se hallaba acampado a pocas leguas, en Condo-Condo, y, por su parte, sólo esperaba una buena oportunidad para caer sobre el adversario y destruirlo, pues su situación

era en extremo comprometida, porque se hallaba a más de 320 kilómetros de su base de operaciones, en una región de altas mesetas y sin caminos, careciendo de forraje y de abastecimientos para sus tropas; en país, no sólo hostil, sino francamente su enemigo; rodeado por nubes de indios fuertes y que jamás sienten piedad por el vencido blanco. Y encerrado en el terrible dilema de ser derrotado y fracasar casi completamente, y con su fracaso comprometer irremediabilmente la suerte de esos países, o de vencer y asestar con la victoria un golpe casi mortal a la causa independiente, su resolución y coraje no tenían límites, y no vaciló un solo momento en hacer su elección en el trance señalado.

Vilcapugio es una llanura de la meseta andina, severa y triste, pobre y árida, «como de una legua de extensión, rodeada de altas montañas, interrumpida de trecho en trecho por moles cónicas de granito de un aspecto severo y majestuoso». Y allí, en ese cuadro de tonos grises, casi a 4.000 metros de altura, tuvo lugar el combate entre los adversarios el primero de octubre de 1813, fatal para la causa de la independencia ya que prolongó por once años más la lucha entre los dos poderes irreductibles y que sólo debía tener su remate en las victorias de Junín y Ayacucho en 1824.

El español atacó en la mañana con impetu en que se manifestaba la resolución de vencer o quedar aniquilado en el campo, y el argentino, sereno y arrojado, esperó con ansias de victoria; y así, mutuamente deseosos de ganar, pelearon con bravura heroica, frente al mudo y estoico testimonio de las huestes indias de Belgrano, que habían ganado las cimas de los cerros circundantes para presenciar desde esas solemnes atalayas el duelo de los adversarios y rematar al vencido español caso de que la suerte le fuese esquiva.

Pero falló la táctica del argentino frente a la astucia del español, y la derrota de los porteños se pronunció en la tarde, desastrosa para ellos porque la dispersión fué

general y tuvo que emprender de noche la retirada, una noche fría y despejada, llevando sus heridos sobre las cabalgaduras de los ilesos y deteniéndose de trecho en trecho «para dar descanso a la tropa y recibir el último aliento de algún herido que expiraba». «Más parecía—añade Mitre—aquél un convoy fúnebre que una marcha militar.»

Al día siguiente Belgrano, enfermo y entristecido, dejó los restos de su ejército en poder de uno de sus jefes y tomó la delantera de la retirada. Y cual si sólo la presencia del estoico caudillo mantuviese la disciplina y la prudencia en esos soldados hambrientos y desmoralizados, no bien se vieron solos dieron rienda suelta a sus apetitos y entonces se repitieron como otrora las escenas más odiosas de robo descarado, de violencia sin freno, de astucia exasperada para conseguir el pan y abrigo de que se vieran privados desde el día anterior.

En ese punto el país es pobre y no ofrece abundantes recursos a los viajeros. La inclemencia del clima, en extremo frío, no consiente el cultivo agrícola, y los pastales duros sólo atraen el medido apetito de la frugal llama, que se place en los sitios solitarios y estériles del yermo andino de donde procede.

Pues bien, carne de llama comieron esos hombres torturados por la necesidad, carne de mal sabor y peor olor, carne que «es nauseabunda para los que no están acostumbrados a ella» (206), comenzando por Belgrano, y «hubo oficiales que se tuvieron por felices de hallar un cuero de llama chorreando sangre, en que envolverse», completa el general Paz, actor de aquella jornada. (255).

Cinco días después comenzaron estas tropas a dejar las alturas de la meseta para descender hacia el pueblecillo de Macha, donde esperaba Belgrano para fijar allí su cuartel general, y pedir el refuerzo del grueso de sus tropas dispersas, que a la cabeza de Díaz Vélez habían ido a Potosí, sembrando horrores a su paso y haciendo bendecir a las gentes, con sus crímenes, la hora mil veces

bendita en que las huestes españolas pudiesen arrojar por siempre del territorio gentes de esa calaña, sin freno y sin escrúpulos, violenta y arbitraria...

Y es que la fe de Belgrano en la victoria seguía alentando y el contraste sólo había servido para fortalecer su convencimiento en la victoria. Así escribía el 7 de noviembre al presidente de Charcas, a quien, como a los demás gobernadores, pedía gente y recursos para continuar la lucha.

«Fortaleza, ánimo, constancia (no los comunes) son los que necesita la patria. Ella será libre e independiente si no nos amilanamos. Si en ese pueblo hay cobardes, que vengan a Macha, y sepan que no hemos de abandonar el puesto sino cuando sea imposible sostenerlo. Aun hay sol en las bardas y hay un Dios que nos protege.» (206).

El mismo lenguaje esperanzado y optimista usaba con Warnes, gobernador de Santa Cruz de la Sierra:

«Con el contraste de Vilcapugio han creído que se repetía la escena del Desaguadero; se engañan, el ejército vive, y vive con su general para escarmentar a los enemigos y triunfar de ellos Dios mediante.»

Y en tanto que al aliento de esta esperanza se daba con ardor a reorganizar su ejército vencido, el vencedor, inmovilizado en el sitio de la victoria por falta de elementos, padeciendo privaciones de todo orden, rodeado siempre por las falanges de indios enemigos, hostilizado por los rigores del clima y la desconfianza de los lugareños, apenas pudo moverse el 29 de octubre transportando a lomo de llama y de burro sus provisiones y parque y yendo al tardo paso de sus infantes, que llevaban en brazos la artillería por caminos y sendas destruidas en ese tiempo de lluvias.

El 4 de noviembre estuvo en Ancacato y el 8 en Callampayani, a cinco leguas de su enemigo; para salvar los 70 kilómetros que separan estas dos localidades, había tenido que gastar diez días de viaje, cuando de ordinario se hacía en dos. Belgrano, al saber la proximidad

de su adversario, se alistó para el combate, decidido a no dejar el campo que había elegido, la pampa de Ayohuma, limitada por las cimas de Taqueri y donde se presentó el 14 de noviembre el ejército de Pezuela, por la mañana. Divisáronse de pleno los dos ejércitos, el uno, el realista, desde lo alto de los montes y el otro desde la hondonada de la llanura. Y en tanto que el primero emprendía a las seis de la mañana por la escabrosa cuesta de Taqueri en busca del enemigo, éste, siguiendo sus prácticas piadosas, levantaba un altar en pleno campamento y oía con fervor la misa elevando preces al cielo por el triunfo de sus armas.

El encuentro fué aún más rudo todavía que en Vilcapugio. Atacaron con su acostumbrado brío los españoles, y los argentinos soportaron el choque, «como—dijo el general español Pezuela—si hubiese criado raices en el lugar que ocupaba» (206); pero tanto coraje fué estéril, o por lo menos ineficaz de pronto, porque no pudo evitar la derrota a las tres horas de combate, ni que el ejército, ya francamente escarmentado, se desbandase con más energía que en la acción anterior.

A los tres días llegaba Belgrano a Potosí, frente al resto de sus tropas desbaratadas. La recepción que le hizo el pueblo potosino fué, al decir de José María Paz, «grave, triste, oficiosa y simpática» (255), palabras que repite Mitre y que señalan una superioridad de ese pueblo realista en sus clases dominantes y revolucionario en sus masas. E intentó, por un momento, hacerse fuerte en la ciudad de los tesoros de plata y esperar allí al enemigo para presentarle cara por tercera vez; pero Pezuela no le dió tiempo ni aun para madurar su proyecto, porque, al tercer día de la victoria y siguiéndole los pasos al vencido, se presentó dispuesto a acabar con él.

Entonces, ante la imposibilidad de llevar a cabo su intento, concibió el propósito de causarle daño al enemigo haciendo volar la Casa de la Moneda, el monumento de más arte acaso en el Alto Perú, y que «abastecía, dice

Paz, con abundancia de moneda metálica al comercio, y daba lo bastante al ejército», y además distribuir los elementos comestibles que había acumulado en sus largos meses de permanencia en Potosí, entre las clases pobres, para que no aprovecharan al enemigo. (255).

Así se hizo con beneplácito de los menesterosos, a quienes se distribuyó «piezas de bramante, lotes de algodones, varas de paño y balleta»; pero cuando por los aires misteriosos de los jefes y sus trajines premiosos o por la indiscreción de los locuaces se supo la orden que había impartido Belgrano de hacer volar el venerable monumento para herir al adversario sin importarle nada la belleza de la piedra esculpida, el pueblo se aglomeró en la plaza dispuesto a defender la obra de sus padres y sin inmutarse por las patrullas que se destacaron para desalojarlo, porque si lograban echarlo por una calle presto volvía por otra, ni menos obedecer la orden que se diera para que las familias que moraban en la vecindad del edificio condenado «se retirasen a distancia de veinte cuabras cuando menos». (255).

Nadie hizo caso de la orden, o, como dice el testigo citado, «nada bastó para persuadir al populacho, que se conservó impassible en su puesto. Vi—añade—salir de las casas vecinas una que otra familia desolada que corría sin saber dónde, abandonando cuanto poseía; pero en lo general puedo asegurar que no se movieron de sus casas, y que esperaron el resultado de aquel anuncio terrible. Y a fe que no era un engaño, porque efectivamente se había resuelto en los consejos del general en jefe hacer volar la Casa de la Moneda en la forma siguiente: La sala llamada de la fielatura, porque en ella se pesan las monedas que han de acuñarse, queda al centro del edificio y está más bajo de lo restante de él. En esta sala se había colocado secretamente un número bastante de barriles de pólvora, para cuya inflamación debía dejarse una mecha de duración calculada, para que a los últimos nos dejase el tiempo bastante de retirarnos. Estaba el sol pró-

ximo al ocaso cuando el general Díaz Vélez, cansado de órdenes e intimaciones que no se obedecían, y en que empleó a casi todos los oficiales y tropa que formaban la retaguardia, resolvió llevar a efecto el proyecto, aunque fuese a costa de los incrédulos e inobedientes. Se prendió la mecha, salió el último hombre de la Casa de la Moneda y se cerraron las gruesas y ferradas puertas de la gran casa, cuando se echaron de menos las tremendas llaves que las aseguraban; vi al general en persona agitándose, preguntando por ellas a cuantos le rodeaban, pero las llaves no parecieron. Entretanto el tiempo urgía, la mecha ardía y la explosión podía suceder de un momento a otro. Fué preciso renunciar al empeño de cerrar las puertas, y contentándose el general con emparejarlas, montó en su mula y dió la voz de partir a galope...

«Deseando gozar en su totalidad del terrible espectáculo de ver volar en fracciones un gran edificio y quizá media ciudad (tal era la idea que nos había hecho formar), a consecuencia de una mina que iba a hacer su explosión, durante el camino fuimos violentándonos para volver la vista a la Casa de la Moneda, que dejábamos atrás. Aseguro que por mi parte no la separé ni un momento de la dirección en que quedaba, lo que me originó un dolor en el pescuezo que me molestó dos o tres días.

»Llegamos, como he dicho, al socavón ya desconfiado de que no se realizase la explosión: un cuarto de hora después ya era incertidumbre de que la mecha había sido sustraída o que algún otro inconveniente había impedido su actividad.»

«El general Belgrano, que no estaba lejos de nosotros, debió experimentar las mismas sensaciones, y cuando vió fallida la operación hizo un último esfuerzo para realizarla. El capitán de artillería don Juan P. Luna se presentó en la retaguardia con una orden para que se pusiesen a su disposición 25 hombres de los mejor montados, con los que debía penetrar en la ciudad y Casa de la Moneda

para volver a poner la mecha encendida que la hiciese volar». (255).

El edificio que con tan singular obstinación quería hacer volar el general Belgrano, tanto por privar de un bien a los realistas como quizá por imitar lo que hacían los ejércitos europeos en país enemigo, había sido comenzado a construir en 1753 por el superintendente de Potosí don Ventura Santelices y Venero, y en los veinte años que duró la obra se gastaron 1.148.452 pesos, suma bastante crecida para los tiempos. Es de piedra labrada de cantería, de dos pisos, con techos de cedro y grandes ventanas con rejas de hierro artísticamente labrado y ocupa dos cuadras de circuito.

El capitán Luna no pudo llenar su cometido porque halló la tenaz oposición del pueblo, que, exasperado, hallábase dispuesto a castigar a quien intentase poner en ejecución los planes de Belgrano, y tuvo que volverse sin penetrar hasta la plaza, donde por cierto habría sufrido algún grave contratiempo. Sólo hubo que lamentar, y el recuerdo influiría más tarde para herir de muerte el prestigio argentino, la pérdida de todo el caudal atesorado en la Casa de la Moneda, que fué cogido por Belgrano y sirvió para premiar los servicios de los jefes argentinos que habían actuado en la revolución.

La evacuación de Belgrano se realizó el 18 de noviembre y el 26 ocupaban la ciudad las tropas realistas para salir al siguiente día en persecución de los porteños, que se iban en completa desorganización con el resto de sus tropas, que apenas alcanzaban a ochocientos hombres. Y así concluyó, con dos derrotas, la segunda aventura argentina, que no hizo otra cosa que acentuar en el Alto Perú el mal concepto que se tenía de la política porteña, pues perdióse la fe en el sentimiento de solidaridad americana al verse que esos hombres consideraban a los alto-peruanos no como componentes del territorio nacional y agregados de la gran familia, sino simplemente como cosa digna de servirse y utilizarse, y al país mismo

como un desierto vacante a la merced de los conquistadores.

Y es que, obrando por los impulsos del momento, no llevaban ningún cálculo que delatase en ellos visión de estadistas, ni se daban cuenta que herir el sentimiento regional, innato en el hombre, sólo por conseguir éxitos inmediatos, era despertar más, vigorizar el instinto del terruño, que al agrandarse busca su independización de los poderes que lo oprimen o lo cohiben.

CAPÍTULO IV

Excesos realistas en el Alto Perú.—La enérgica acción de los caudillos.—Pumakahua y sus huestes salvajes.—Matanza de realistas en La Paz.—Güemes y sus gauchos. — Preparativos del ejército realista. — El tercer ejército argentino se mueve con destino al Alto Perú.—Abusos y desmoralización de ese ejército.— Sus desmanes originan la pérdida del Alto Perú para la Argentina.

Derrotado, pues, el ejército patriota y perseguido a través del territorio altoperuano en sus confines y donde había dejado cerca de dos mil muertos, toda la saña de los soldados realistas, peruanos los más, se cebó en los habitantes de la Audiencia de Charcas, que huyeron casi en masa a las provincias argentinas con el ejército de Belgrano, o al Bajo Perú, contándose cosa de 500 familias emigrantes, muchas de las cuales ya no tornaron más al país; otras siguieron al gobernador de Cochabamba, Arenales, que se internó con sus huestes a las montañas de Valle Grande; y las más, imposibilitadas de moverse, quedaron en el país a merced de los vencedores, bajo el dominio de Pezuela, que tampoco supo mostrarse ni tolerante ni clemente, pues siguió el ejemplo de Goyeneche en las medidas de represión, fomentando el odio de los nativos.

«Los pueblos de Chayanta—cuenta Urcullu—, fueron saqueados. Los prisioneros se enviaron a las costas del Perú y se vendieron por esclavos a los dueños de viñas y cañaverales, especialmente los pardos y morenos. Deramados los peruanos por las provincias de Cochabamba, Potosí y la Plata, faltan expresiones capaces de ex-

presar con exactitud la inhumanidad con que trataron a sus habitantes: muchas personas distinguidas fueron ultrajadas por los soldados en calles públicas, donde se les desnudaba de sus vestiduras y conducía arbitrariamente a una prisión. Se confiscaron y vendieron en pública subasta los bienes de los emigrados, y otros se destruyeron por solo el bárbaro placer de hacer daño. Se creó comisiones militares, que bajo el título de tribunales de purificación ejercían todo género de venganzas, sin la menor responsabilidad ni peligro; se llenaron las cárceles y presidios con la gente que creyeron patriota. Un *viva la patria* expresado, un suspiro por las desgracias de ésta, fueron crímenes que se castigaron con grandes multas o con azote, sin distinción de sexo ni edad. Se condenó a penas aflictivas a los padres por sus hijos, a éstos por aquéllos, y a las mujeres por sus maridos.» (37).

Siempre en la mente presidía la idea de que los castigos son más eficaces que la persuasión, y no se echaba de ver que el país, hasta entonces sometido al duro régimen de la censura en materia intelectual, de la policía de libros, del encerramiento espiritual, había recibido una tremenda sacudida con las expediciones argentinas no, por cierto, por la eficacia de sus armas, que fué casi nula, sino porque con ellas habían venido libros y periódicos hasta entonces desconocidos o prohibidos en el Alto Perú, y que con la lectura de los sucesos acaecidos en la península, con la discusión libre en corrillos de porteños y civiles nativos, el espíritu se había abierto a nuevos horizontes espirituales, y, particularmente, había-se hecho campo en las conciencias el sentimiento de la propia individualidad altoperuana y su desvinculación con los intereses, las aspiraciones y el modo de ser, si no fundamental y de conjunto, bastante apreciable, y en los detalles de las otras porciones de los virreinos españoles, es decir, que es entonces, ante las atrocidades de los comienzos de ese nuevo año de 1814, que la idea de emancipación cundió en la masa altoperuana y que desde

entonces sus sufrimientos y sus heroicidades ya tuvieron una causa y una razón de ser.

Prosiguiendo su retirada Belgrano llegó en los primeros días de enero de 1814 a Jujuy. Poco después, presionado por los realistas, que tomaron posesión de esa ciudad el 16 de enero, dirigióse hacia Tucumán, donde se le incorporó el coronel San Martín «con los refuerzos que traía de la capital», y que fué reconocido como segundo jefe de las tropas expedicionarias. (206).

Iba San Martín en calidad de jefe y su destino era una especie de destierro que se le imponía por su preponderancia en el gobierno de Buenos Aires; y aunque se resistiera en un comienzo, bien pronto comprendió que igualmente podría conseguir lo que anhelaba su ambición patriótica en los campos de batalla y partió al Norte al encuentro de Belgrano, de cuyas manos recibió el mando de las tropas el 30 de enero de 1814.

Entretanto la situación de Arenales en las montañas de Valle Grande se hacía insostenible, no obstante de haber atraído a la causa independiente a casi todos los moradores de la región y ser secundado con eficacia en otros puntos del territorio altoperuano por las partidas de insurrectos encabezadas en Laguna por el indomable Manuel Ascencio Padilla, que hubo de sostener un combate de varios días en cerro de las Carretas, sin que esa acción, denodada por el coraje derrochado por los independientes, obstaculizase el envío de tropas al alcance de Arenales, quien las derrotó el 25 de mayo en la sangrienta acción de La Florida, donde el jefe porteño fué dejado por muerto en el campo de batalla.

Este triunfo y el alejamiento de Pezuela, que seguía en pos de las huestes vencidas de Belgrano con la esperanza de llegar al corazón mismo del antiguo virreinato, favoreció el levantamiento casi general de los caudillos altoperuanos en momentos en que el general español, conociendo la derrota de los suyos en La Florida y lo inútil que resultaba pretender llegar a Tucumán «y abrir co-

municaciones con la plaza de Montevideo», pedía autorización al virrey de Lima para replegarse a sus antiguas posiciones, autorización que vino hacia el 23 de julio, y en la que el virrey le facultaba «para disponer el repliegue desde Jujuy hasta Cotagaita, y aun más adelante si era menester, escogiendo todos los parajes más defendibles que presentase el camino de las sierras; pero que en último evento no debería cederse sino palmo a palmo el terreno hasta el Desaguadero, término de ambos virreynatos».

José Miguel Lanza en los valles de Ayopaya, Ramón Rojas en Tarija, José Vicente Camargo en Cinti, Manuel Ascencio de Padilla en Laguna, José Ignacio Zárate en Porco, Miguel Betanzos en Puna, Lira en Inquisivi, Wárnes en Santa Cruz de la Sierra, y otros no tan célebres, pero no menos animosos caudillos, se levantaron en partes distintas del inmenso territorio al solo impulso de su entusiasmo guerrero y de su decisión por la causa de los libres, sin recibir contingente de armas, pobres en toda clase de bienes, y muchas veces hasta sin reunir las cualidades morales que exige el comando de las turbas, y lucharon con pasión, ansiosamente, no tan sólo por conseguir el goce de una libertad que muchos confundían con el libertinaje sin freno, sino por conservar la hacienda y el honor de la familia o aumentar el patrimonio de ésta con las ocasiones que brinda un período cualquiera de luchas sin merced y hasta sin nobleza.

Y allí, en las alturas de los yermos estériles, en el fondo de los valles devastados, en las jocundas praderas del Oriente prodigioso, lucharon todos con salvaje energía, sin arredrarse nunca, recurriendo a toda clase de expedientes, desde el reto caballeresco en pleno sol hasta el asesinato alevé en la noche; y esto día a día, durante diez años, hasta Junín y Ayacucho...

Estos levantamientos y la noticia que tuvo Pezuela de que se notaban síntomas de rebelión en las provincias bajas del sud del Perú le obligaron a precipitar su reti-

rada del norte argentino y dejó su cuartel general de Cobos el 4 de agosto, y fué en camino y hacia el final de ese mes que supo el levantamiento de Mateo Pumakahua en el Cuzco, el cacique amigo del rey de España. La noticia debió producir desastroso efecto en sus tropas, la mayoría de las cuales era peruana, como se dijo, porque, según Miller, «muchos criollos volaban a alistarse en sus banderas; pero la actividad del general Ramírez sujetó los esfuerzos de aquella multitud desarmada».

Las mismas tropas debieron sufrir el contagio de la rebelión, porque hubo, al decir de Urcullu, movimientos subversivos en uno de los cuerpos, y Pezuela ordenó la ejecución de uno de los más empeñosos oficiales.

Pumakahua salió del Cuzco al mediar el mes de agosto en dirección a Arequipa; sus ayudantes Pinelo y el cura Muñecas en la de La Paz, derrotando en camino a la guarnición del Desaguadero el 11 de septiembre. El 22 estuvieron en los altos de la ciudad, adonde había salido a encontrarles el gobernador e intendente marqués de Valde-Hoyos; pero tuvo que retroceder a sus cuarteles, y allí, esperando que los caudillos cuzqueños se alojaran en la casa de gobierno, dispuso que las habitaciones inferiores fuesen minadas con barriles de pólvora.

El 24 entró Pinelo a La Paz, después de sostener fuertes combates en las calles; pero, vencidos los defensores, cogió al gobernador, a los jefes y oficiales y los puso presos en la casa minada. Valde-Hoyos, que esperaba de un momento ser la víctima de su propia maquinación, reveló a la hermana del cura Muñecas la inminencia del peligro en que se encontraban los moradores de la mansión, y la buena mujer se apresuró a cortar la mecha, salvando de una muerte inminente a los que en ella se encontraban.

Los barriles de pólvora fueron conducidos al cuartel, y allí hicieron explosión, causando estragos terribles en el edificio y matando a mucha gente. El estupor del pue-

blo fué grande y no menos su espanto; pero pasado el primer instante de emoción, surgió la voz de que eran los realistas quienes habían preparado y consumado tan nefando crimen.

«*Traición de los realistas... Mina... Traición...*», se dijo. Y la voz fué bastante para que estallase, incontenible y feroz, el odio popular. Valde-Hoyos fué muerto a puñaladas y su cadáver, desnudo, se arrastró por las calles. Asaltaron las casas de los españoles y principales familias europeas a viva fuerza, y, sordos a las súplicas de las mujeres, enloquecidas de terror, al llanto desesperado de los niños indefensos e inocentes, asesinaron a porfía, sin tener en cuenta sexo, edad ni condición, y pendieron a las víctimas en horcas colocadas de ex profeso en la plaza principal, y así, miserable, vil, innoblemente, fué sacrificada—dicen los historiadores Crespo y Ordóñez— «casi toda la aristocracia paceña, incluso 57 presos, contándose entre estas víctimas varias personas que habían cooperado a la revolución del año 9, pero que después se habían apartado». (16) (37).

La matanza sólo concluyó cuando se dijo que se aproximaban las tropas del general Ramírez, y esta alarma indujo a Pinelo y a Muñecas, que de su parte habían hecho lo posible por contener el furor popular, a sacar sus tropas esa misma tarde del 28 de septiembre en dirección al Desaguadero, de donde tornaron el 2 de noviembre reforzadas con gente de Puno para ser derrotadas en los altos de Chacaltaya por las tropas de aquel general.

«Ramírez—cuenta Urcullu—entró en La Paz el 3 por la mañana; mandó fusilar un quinto de ciento ocho prisioneros, e impuso al vecindario grandes contribuciones de dinero. No queriendo quedarse en zaga de la ruda plebe, mandó por orden general que todo individuo de su ejército anduviera armado para castigar con la muerte *cualquier desacato*; los excesos de la plebe se habían cometido en momentos de insania; pero la orden del general se dictó en la calma. Las más culpables de *desacato*

fueron las mujeres que defendieron alguna prenda o su honor». (37).

El 17 de noviembre salió Ramírez de La Paz con dirección a Arequipa, donde continuaban las huestes indígenas de Pumakahua cometiendo toda clase de excesos, pero que huyeron al saber la aproximación del vencedor de La Paz, quien hizo su entrada a la ciudad de los cármenes floridos en medio de la más grande exaltación de alegría.

Entretanto, hechos de vasta trascendencia se sucedían en el Río de la Plata y en la Península Ibérica. Fernando VII había vuelto al trono de España ayudado por la reacción, y en Francia era proclamado Luis XVIII. En la Argentina el caudillo gaucho Güemes iba en el mes de diciembre de 1814 de vanguardia, a la cabeza de las tropas que por tercera vez habrían de invadir para libertar el territorio del Alto Perú, agitado entonces, como se dijo, por el ejemplo de sus caudillos bárbaros y oscuros, que a la cabeza de tropas desorganizadas y sin disciplina, sin nociones siquiera del arte y ciencia militares, luchaban ferozmente y «hostilizaban bárbaramente los pueblos, cometiendo en ellos toda clase de crímenes, y sostenían contra las columnas volantes del ejército choques a veces muy empeñados, no obstante las pérdidas que casi siempre sufrían, porque alimentaba su entusiasmo la esperanza de verse prontamente protegidos y aun vengados, como se les decía, por un poderoso ejército de la *patria*, cuya vanguardia, en efecto, había llegado a Yavi». (189).

En enero de 1815 cayó Padilla sobre los pueblos vecinos de Chuquisaca, y después de hacer destrozos en las columnas realistas destacadas a su paso, volvió a sus montañas para seguir en acecho de su adversario y salirle al encuentro allí donde pudiera vencerle; al mes, en febrero, Camargo barría en Cinti todo el ganado de la rica región reunida con mil abusos por los realistas para alimentar sus tropas y escarmentar a los rebeldes, y ponía en fuga la columna que la conducía. Y, como éstos,

en otros puntos se batían los caudillos a la cabeza de sus legiones de indios fanatizados e iletrados, casi insensibles al dolor e impasibles ante la muerte misma.

Mientras tanto las huestes realistas, vencedoras en todo el Continente, «desde México hasta Arauco» (206), se aprestaban en este año de 1815 para destruir las nuevas organizaciones sólo subsistentes en el Río de la Plata y ásentar así de una vez su dominio definitivo en ese mundo revuelto y en desorden. Y así como en España se hacía acopio de fuerzas expedicionarias y de elementos de guerra, en Lima, el virrey Abascal disponía todo un plan que daría por resultado el sometimiento de las provincias argentinas, y, por consiguiente, la conclusión de ese estado de anarquía en el que naufragaba el poder de la Corona.

Es en este estado que emprendió campaña sobre el territorio del Alto Perú el tercer ejército auxiliar porteño, cuya vanguardia, como se dijo, estaba al mando del teniente coronel don Martín Güemes, hombre de un patriotismo ardiente y fanático, grosero de palabra, audaz como ninguno y con muy elevado concepto del honor y de la dignidad humanas. Tenía el don nada común de atraer y seducir el entusiasmo de las multitudes ignaras, pero con medios propios, es decir, poniéndose al nivel de su cultura y de sus sentimientos, emprestándose las modalidades de su carácter, sabiendo usar los términos que gustan su imaginación y nacen de sus arrestos afectivos; los modales que encierran gracia en su concepto, hasta los colores que más simpáticamente hieren su retina. De la reunión de todas esas habilidades instintivas o imitadas, de ese conjunto de dones privilegiados, nació el amor fanático de la gente puesta a su servicio y de su obediencia, de su espíritu de abnegación, que estaba dirigido y guiado por una voluntad fuerte, de su resolución fría y abnegada en las horas de sumo dolor o de gran peligro. Bien pudo entonces decir Ricardo Rojas que Güemes «amó a sus gauchos con amor paternal y sus

gauchos le amaron». «Por la patria y la libertad», era la divisa de Güemes; «por la patria y mi general», fué la consigna de aquellas gentes.

«Poseía—dice el general Paz haciendo el retrato moral de este caudillo—esa elocuencia peculiar que arrastra a la masa de nuestro país, y que pudo llamarse *la elocuencia de los fogones o vivaques*, porque allí establecen su tribuna.

»Principió por identificarse con los gauchos, adoptando su traje en la forma, pero no en la materia, porque era lujoso en su vestido, usando guardamontes y afectando las maneras de aquellas gentes poco civilizadas.» «Cuando proclamaba solía hacer retirar a toda persona de educación y aun a sus ayudantes, porque, sin duda, se avergonzaba de que presenciasen la impudencia con que excitaba a aquellas pobres gentes a la rebelión contra la otra clase de la sociedad. Este caudillo, este demagogo, este tribuno, este orador carecía hasta cierto punto del órgano natural de la voz, pues era tan gangoso por faltarle la campanilla, que quien no estaba acostumbrado a su trato sufría una sensación penosa al verlo esforzarse por hacerse entender; sin embargo, este orador, vuelvo a decir, tenía para los gauchos tal unción en sus palabras y una elocuencia tan persuasiva que hubieran ido en derechura a hacerse matar para probarle su convencimiento y su adhesión.

«Era, además, Güemes relajado en sus costumbres, poco sobrio, y hasta carecía de valor personal, pues nunca se presentaba en el peligro. No obstante era adorado de los gauchos, que no veían en su ídolo sino el representante de la infima clase, al protector y padre de los pobres, como lo llamaban, y también, porque es preciso decirlo, al patriota sincero y decidido por la independencia, porque Güemes lo era en alto grado». (255).

A principios de abril se movió el ejército argentino, fuerte de 4.000 hombres, desde Jujuy en dirección al Alto Perú. Pezuela, al tener conocimiento de esto, orde-

nó que el suyo decampase de Cotagaita el 21 de abril y fué a fijarlo en Challapata, donde estableció su cuartel general; pero antes, y de medio camino, envió una columna a Potosí con orden de recoger la guarnición que allí había, y sobre todo «extraer—dice Camba—, al propio tiempo, las máquinas de la Casa de la Moneda para impedir la acuñación a los enemigos». Se retiraron también las guarniciones de Chuquisaca y de Chayanta; y es durante toda esta concentración de fuerzas que el general español tuvo la agradable noticia de que tropas desembarcadas en Arica, puerto creado para servir las necesidades del Alto Perú, se ponían en marcha para aumentar la potencia de su ejército, que llegó a tener casi el mismo número de las tropas porteñas.

Apenas evacuado Potosí por la columna enviada para inutilizar la Casa de la Moneda, hacia el 26 de abril, el caudillo Zárate tomaba posesión de la ciudad para ser ocupada al cabo de algunos días por las tropas porteñas mandadas por el general Rondeau, a quien pinta el historiador argentino Vicente Fidel López como «hombre manso, correcto, completamente mediocre, o menos que mediocre, como militar, y bastante inclinado a combinar los intereses de su posición y de su persona por medios de dudosa moral». (280).

La marcha de avance del ejército argentino fué un modelo de desorganización y de mala conducta. Unos jefes ordenaban a sus batallones la mayor algazara posible para amedrentar las retaguardias enemigas, y otros la compostura del orden y del silencio; la caballería se obstinaba en tomar gran avance sobre la infantería, y sólo los accidentes del terreno la detenían, dando lugar a una concentración necesaria, y la infantería exigía la ayuda de los caballos para atravesar los vados en los ríos.

«Desde entonces—cuenta severamente el general Paz—ya no hubo formación, ni orden, ni disciplina, ni regularidad. Cada uno fué donde quiso y como quiso, y vino a presentar aquel vasto campo el chocante espectáculo

de 1.500 hombres dispersos, que mataban rendidos, se entregaban a la borrachera, gritaban, corrían y se conducían a su arbitrio.» (255).

El cuadro presentado por el general Paz, y que aviva con detalles significativos pero inoficiosos aquí, se refiere a la vanguardia desplegada para sorprender en Puerto del Marqués la retaguardia enemiga, que fué derrotada; pero ya al referirse al general en jefe, Rondeau, dice:

«No sé qué nombre dar a la serenidad, por no decir indiferencia, con que el general miraba todo esto. Casi no se le veía fuera del rancho en que se alojaba, y ninguna medida se dejaba sentir para reprimir el desorden creciente que amenazaba hundirnos en un abismo.» «El general Rondeau—agrega luego—era un perfecto caballero, adornado de prendas estimables como hombre privado; pero de ningunas aptitudes para un mando militar, principalmente en circunstancias difíciles, como en las que se hallaba.» (255).

«Los coroneles—dice por su parte el citado historiador argentino al referirse a esta marcha de avance—tomaban a su antojo el ganado y los víveres que encontraban, atropellándose los unos a los otros, de lo que resultaba que unos cuerpos se quedaban sin tener qué comer, mientras que en otros abundaban los víveres.» (280).

Cuatro meses quedó en Potosí el ejército porteño, inactivo para asegurar su perfeccionamiento en la disciplina, pero demasiado diligente, y acaso con exceso, para proveerse del dinero que necesitaba, a costa ya no sólo de los enemigos de la causa, si que también, aun con daño de los intereses de los patriotas, como se llamaban ellos, pues a cuenta de un decreto que declaraba bienes mostrencos los pertenecientes a los adictos a la causa española y los de quienes habían emigrado con las fuerzas del rey, se procedió en Potosí y Chuquisaca a la confiscación de esos bienes.

«Habían los realistas—cuenta René Moreno—escondido alhajas, chafalonía, vajilla, efectos de ultramar, ropa

de calidad, oro y plata sellados o en tejos o barras, etc., etcétera, en fin, cuanto les fué posible, en edificios particulares y en monasterios de monjas. Pelotones de soldados salidos de sus cuarteles o del retén a practicar requisas, rebuscos, extracciones y acarreos, ponían diariamente en alarma toda la ciudad. Dar con *tapados* o tesoros—agrega—era, de las operaciones de esos días, la más importante de todas.» (7).

«El único tapado que se descubrió y extrajo—añade a su lado el general Paz—, perteneciente al rico capitalista Achával, importaba más de cien mil duros, de los que tres cuartas partes eran en moneda sellada y tejos de oro. Este caudal, que se encontró a granel en un socavón hecho en una casa y después cubierto con tierra, era llevado por peones en parihuelas a la casa del Tribunal, y para quitar el barro que venía pegado en las monedas, se echaba también a granel (todo esto era antes de contarlo y tomar razón) en el estanque de la fuente que tenía la misma casa, de donde se extraían otra vez después de lavadas para llevarlas a las piezas destinadas al efecto.»

«Fuera de los señores del Tribunal de recaudación—continúa diciendo Paz—, se constituyeron en pesquisadores de tapados varios coroneles y jefes de cuerpo. Cada uno de ellos buscó sus corredores y los lanzó en busca de noticias, las que, adquiridas, procedían a la exhumación de los objetos enterrados. Lo que se encontraba de valor se guardaba muy corrientemente, y luego se avisaba al Tribunal para que viniese a recoger trastes, ropas u otros objetos de menos importancia.» (255).

«Lo que refiero de Potosí—previene en otro lugar—lo sé por notoriedad y la voz pública; de lo que pasó en Chuquisaca soy testigo ocular.»

Y lo que el general vió en Chuquisaca y luego lo cuenta, fué ya el remate de la invencible aversión con que en el Alto Perú se miraba los proyectos de intervención y ayuda argentinas, y que después, para el año de la independencia, llegaría a degenerar en el más violento de los

odios, causa y origen de que las poblaciones de ese vasto territorio viesan, no sólo con disgusto sino con pavor, la posibilidad de que algún día pudiesen llegar a constituir parte integrante de la hoy grande patria argentina.

Cuando el general Paz, a los pocos días de llegar a Potosí, fué destinado a pasar a Chuquisaca, donde se encontraba su regimiento, encontró a la capital docta y letrada el 23 de mayo, en víspera de la fiesta del Corpus, que entonces se celebraba con esa pompa y esa riqueza consentidas por las facilidades de la vida material y las ostentosas aficiones de las gentes acomodadas, que en toda ocasión cogían la oportunidad para poner de relieve la magnificencia de su bolsa.

Y vió a las más encumbradas señoras de la sociedad, a las mozas de alto linaje y bella prestancia, levantar a la puerta de sus casonas blasonadas, cabe los aleros de cedro o los balcones con rejas labradas, altos y suntuosos altares en que las joyas finas, perlas y diamantes, se perdían entre la enorme profusión de adornos de plata y oro, que fingían espigas de trigo maduro, hojas de yedra y laurel, palmas con frutos de oro, alados serafines, pebeteros, candelabros... Vió igualmente danzar en calles y plazas a los indios quechuas doblegados bajo el peso de sus almillas cuajadas con monedas de plata y de sus bolsas, que reventaban por ese metal, y discurrir la gente de altar en altar, comiendo dulces o bebiendo refrescos, que distribuían a granel y gratis las dueñas de los altares, que a los ocho días, para la Octava, trocarían por otros más ricos, si cabe, variando de sitio a la vez.

Y esto que era delectación de los ojos, y signo exterior de gustos rumbosos aunque algo cursilones, fué para los porteños mal vestidos y no bien remunerados cebo inevitable que puso alas a su codicia, a que vino a servir ese decreto atentatorio de marras, porque, tomándolo al pie de la letra, verificóse también allí la busca de los tesoros soterrados, con su consiguiente séquito de abusos y desmanes.

Pero cedamos otra vez aquí la palabra al general Paz, actor honesto e indignado testigo de esos hechos.

«En Chuquisaca—dice—poco o nada hubo de entierros, pero sí muchos depósitos en los conventos de monjas y beaterios, que son bastantes. Una tarde fueron comisionados los jefes de mi regimiento para ir a los conventos de Santa Clara y Santa Mónica a registrarlos (después de allanada la clausura por la autoridad competente), para extraer las alhajas y efectos de toda clase que hubiese depositados. Se hizo un buen acopio de todo y se guardó en la sala principal de la casa de gobierno o presidencia, a granel y sin cuenta ni razón.»

«Era tanta la informalidad y quizá estudiada imprecisión, que teniendo dos puertas en los extremos opuestos dicha sala, no se habían recogido y guardado las llaves. Una de dichas puertas caía a la secretaría, y me acuerdo haber sorprendido a un funcionario que había abierto misteriosamente dicha puerta y se había introducido al salón. La otra no estaba mejor guardada, aunque caía a las piezas que ocupaba el presidente.»

«Muy luego se vieron los efectos de este desorden, pues hasta algunos oficiales subalternos empezaron a derroamar dinero y a gastar un lujo enteramente desproporcionado a sus haberes. Varios de ellos, que sólo eran tenientes o alféreces, tiraron las guarniciones y vainas de hierro de sus espadas para hacerlas de plata, se cargaron de uniformes lujosos e hicieron a las damas buenos regalos; esto sin contar lo que disipaban sobre la carpeta.»

«Hago memoria de don Raimundo Hereña, amigo mío, que tenía tienda de negocio: me había mostrado un sable antiguo de vaina de suela, con guarniciones y conteras de plata, de añeja hechura; un día me sorprendió con decirme que lo había vendido en el valor de quinientos pesos, cuando no valía la décima parte; para convencer mi incredulidad me manifestó un collar de perlas, y me dijo: Un ayudante me ha dado en cambio

del sable estas perlas, que han sido tasadas en quinientos pesos...»

«Otra vez me sorprendí al ver a unos cuantos soldados de mi compañía, con chalecos nuevos de un riquísimo terciopelo verde; me informé reservadamente de la procedencia de esta lujosa mercadería y supe que al conducir a la presidencia varios cajones de costosos efectos, dejaron caer intencionadamente uno para que se hiciera pedazos, como sucedió. Un soldado tomó una pieza de terciopelo, como otros tomarían otras cosas, vendió una parte a vil precio y lo demás lo distribuyó en cortes de chaleco a varios de sus compañeros.» (255).

Para concluir ya sobre esta materia y dando como indiscutible el hecho de que las expediciones porteñas alentaron el vigor de combate y resistencia de los oscuros y desinteresados caudillos del Alto Perú y hasta fueron buena parte para el éxito final de su independencia, no es menos cierto que esas expediciones, en la forma en que se desarrollaron, rompieron total y absolutamente entonces los vínculos de fraternidad que ligaban a las provincias con la metrópoli del virreinato y que fueron la causa principal y única de la aversión que sentían por la política porteña, tan justamente criticada por Alberdi, y que años después hallara su intérprete en don Casimiro Olañeta cuando en carta de 16 de febrero del año 1825, es decir, una semana después de que Sucre diera su decreto constitutivo de la nueva nacionalidad de la república de Bolivia, dijera en términos rotundamente categóricos: «Buenos Aires hace mucho tiempo murió para la gran causa de América: con Buenos Aires nosotros nada queremos, nada.» (326).

Las Provincias Bajas, como entonces se las llamaba, «que eran la base, la cuna y el astillero de la revolución»—según dijera el argentino Paz—, se perdieron para la Argentina, porque «no se supo sacar partido del entusiasmo de los peruanos, ni de los recursos de aquel país; por el contrario, se renovaron las antipatías locales

y predispusieron la separación de aquellas provincias, que quizá jamas volverán a pertenecer a la república argentina.» (255).

El 23 de julio las tropas realistas recibieron el refuerzo de un batallón de chilotes, y pocos días después el general Ramírez aumentaba con sus soldados el efectivo de esas tropas, y sólo en septiembre el ejército auxiliar dejaba Potosí y sus riquezas para provocar a combate a su adversario si hallaba coyuntura, o ir a aumentar sus efectivos en otras partes, sobre todo en Cochabamba, donde se hallaba Arenales, y bien que sus planes de campaña fuesen conocidos por el adversario mediante su excelente servicio de espías.

Ese movimiento fué notado por el enemigo, quien, a su vez, se dispuso al ataque y cambió sus posiciones, tanto para evitar que los porteños recibiesen refuerzos de Cochabamba, como para no ser cortada su retaguardia y poder recibir más bien los refuerzos que esperaba de Arica.

En este estado los porteños, por inspiración de don Martín Rodríguez, concibieron un ataque de sorpresa en Venta y Media, pequeño pueblecillo del yermo al pie de una colina, cabe un arroyo seco. Llevóse a cabo el 20 de octubre con el asentimiento de Rondeau; pero resultó un completo fracaso para las armas del general argentino, quien, disgustado por su condescendencia con Rodríguez, aturdido por la derrota en que se perdió mucha gente y bastante material, sólo pensó en rehuir el contacto con el enemigo e internarse a los valles de Cochabamba para rehacer allí su ejército, lo que hizo en los primeros días de noviembre.

Por el contrario, alentado Pezuela con la victoria, sólo pensó en buscar a su enemigo y acabar con él, y corría, por distinto camino, también a los valles de Cochabamba para acampar en los mismos días al pie de la cuesta de Tapacarí, en medio de la quebrada fragosa vecina a los campos de Sipesipe y cortando así el acceso de los

porteños a la ciudad de Cochabamba, aunque sin poder impedir que las partidas de los caudillos altoperuanos se apoderasen de algunos puntos estratégicos de importancia y se incorporasen en seguida, a la par de Arenales con sus mil hombres, a las fuerzas de Rondeau, quien— como dice Ramallo— «en lugar de utilizar este buen elemento, que aumentó en mucho el número de sus tropas, formando con él un cuerpo especial comandado por sus caudillos, incorporó a los guerrilleros en los diferentes cuerpos de su ejército, quedando sin mando los caudillos en el ejército independiente, y más bien alejándolos de él con comisiones de poca significación, como sucedió con Camargo, Padilla, Lanza, Zárate y otros, que se retiraron del ejército bastante descontentos, porque el anhelo de ellos era combatir al lado de los soldados del Plata y mostrarles su valor, pujanza y bizarria. Muy pocos quedaron con Rondeau, entre ellos Uriondo, nombrado como su ayudante de campo; los demás se retiraron a sus provincias, dejando sus armas y sus guerrilleros, los que sin sus jefes, sujetos a una disciplina y organización a que no estaban acostumbrados, manifestaban su profundo descontento y desertaban de las filas, para ir en seguida en busca de sus jefes.» (40).

Ahora también la marcha del ejército porteño era irregular, desordenada y sin armonía por la rivalidad de los jefes y el mal concepto que algunos tenían de Rondeau, a quien sentían repugnancia prestarle obediencia. Pero esos jefes vanidosos, ensimismados y levantiscos, si bien poseían un valor a prueba de muerte y una audacia que ningún peligro empalidecía, bajo el aspecto moral y de la conducta dejaban mucho que desear, salvo honrosas y contadas excepciones. Muchos, acaso los más, iban ahora acompañados de las concubinas conquistadas a fuerza de dinero en Potosí o en Chuquisaca, o de las que trajeran de sus pagos, y las atenciones y cuidados eran sólo para ellas, sin hacer gran aprecio de los soldados y hasta de los heridos de Venta y Media, y no más

se separaban de sus mancebas y las enviaban por delante con los bagajes cuando se consideraba inminente un hecho de armas o se sabía de la proximidad del adversario.

«La primera jornada, después que salimos de Challanta—cuenta Paz—, fué en un lugarejo miserable, en donde apenas había dos o tres ranchos, que estaban, cuando llegué, atestados de gente, y cuando pedí víveres y forrajes para mis cabalgaduras, me contestó el indio encargado de suministrarlos que no los había, porque todo lo habían tomado los soldados que traía la coronela tal, la teniente coronela cual, etc. Efectivamente, vi una de estas prostitutas que, además de traer un tren que podría convenir a una marquesa, era servida y escoltada por todos los gastadores de un regimiento de dos batallones, y las demás, poco más o menos, estaban sobre el mismo pie. Esto sucedía mientras los heridos y otros enfermos caminaban los más a pie, en un abandono difícil de explicar y de comprender». (255).

Por lo mismo era poca la confianza que algunos militares previsores tenían en el éxito de la campaña, y sus aprensiones se vieron cumplidas el 29 de noviembre en el combate de Villoma o segunda de Sipesipe, porque el ejército, casi sin resistencia, fué completamente derrotado, dejando mil hombres fuera de combate entre muertos, heridos y prisioneros, un gran tren de artillería, 1.500 fusiles y casi todo el bagaje militar.

Fácilmente se comprende entonces que en un ejército desmoralizado e indisciplinado antes del combate la derrota se convirtiese para él en el más grande de los desbarajustes de que se tenga memoria en los anales de la guerra. «Nadie mandaba, nadie obedecía»—dice Mitre—. Rondeau, aturdido, tomó el camino de Chuquisaca, poco menos que solo, pues únicamente le acompañaban dos o tres de sus ayudantes, porque los demás se habían desbandado tomando la ruta que mejor les parecía.

«El general—cuenta Paz—llegó solo a Chuquisaca,

después de haber andado más de ochenta leguas, sin que en diez o doce días que duró esta travesía se oyese impartir una sola orden suya, ni invocar su nombre, ni se percibiese el menor acto o disposición de su parte, si no para reparar, para hacer al menos que no fuese tan sensible el desastre que acabábamos de sufrir». (255).

Esta derrota sin precedentes acabó de convencer a los habitantes del Alto Perú, que poco debían de esperar de la ayuda militar argentina. El descrédito de estas armas duró muchos años en el país, y fué el motivo principal, después del provocado por los abusos y las arbitrariedades, de la idea que comenzó a propalarse en el sentido de formar una nación independiente de los virreinos del Plata y del Perú, idea que por esos momentos, acaso por la energía con que nació o también por la perspicacia del genio, la descubrió San Martín cuando en una carta de 24 de agosto del siguiente año de 1816 decía a Godoy Cruz: «No hay una verdad más demostrable que lo que usted me dice de la separación del Perú (Alto) de las provincias bajas: esto lo sabía muy de positivo desde que estuve con el mando de ese ejército; y, de consiguiente, los intereses de estas provincias con las de arriba no tienen la menor relación.»

Al día siguiente de la victoria hizo su entrada en Cochabamba Pezuela, y al punto comenzaron las persecuciones, los impuestos de guerra, los asesinatos de los parciales de la causa independiente y el desenfreno odioso de la tropa, autorizada para saquear las casas de los adversarios. Y arrasaron cuanto pudieron, no respetando ni aun las paredes de los edificios, talaron los campos inutilizando las cosechas aún no maduras, destruyeron huertas y nuevas plantaciones, ultrajaron a las mujeres, sin freno, con todo el odio de que venían animadas contra ese país que otrora los había recibido mal y hecho padecer privaciones sin cuenta en una terrible campaña que acababa de concluir victoriosamente para sus armas.

Pero si del lado realista se cometían crímenes y atro-

pellos contra las personas y los bienes de los independientes, arbitrarios siempre, pero que entonces se consideraban legítimos y aun necesarios, tampoco quedaban cortos los patriotas en sus medidas de represalia, bien sea para vengar la derrota o, igualmente, para castigar a un país que les era antipático y del que no veían otra cosa que sus riquezas. Y así el gobernador porteño de Chuquisaca, al saber la derrota de los suyos en Sipesipe, hizo prender a las gentes adineradas y les impuso una fuerte contribución, amenazándoles con rigurosas medidas de castigo. Hizo más todavía Rodríguez, el gobernador: exigió de los capitulares dimisión de su cargo, y como éstos se resistiesen a la obediencia, hizoles arrojar de la ciudad, obligándoles a salir a pie.

Estas y otras medidas, tomadas de ambas partes, acabaron de sublevar el ánimo de los criollos, que desde esa hora y punto pensaron formalmente en independizarse, ya no únicamente del poder español, sino de las jurisdicciones de Lima y Buenos Aires, ajenas a sus intereses y exclusivistas en sus fines.

CAPITULO V

La santa cruzada de las *republiquetas*.—Derrota y muerte de Cargado.—Asesinato del cura Muñecas.—Congreso de Tucumán. Muerte del caudillo Padilla.—Acción del Parí y muerte de Warnes.—Abusos de Ricafort en La Paz.

Desbaratado, pues, el tercer ejército auxiliar argentino, la guerra adquirió caracteres de dureza y crueldad inauditas en el Alto Perú.

Dispensos sus habitantes y perseguidos, desposeídos de sus tierras, acorralados por todas partes, víctimas fatales de la angurria invasora de uno y otro bando que en su afán de lucro y de provecho no tenían más deseos que enriquecerse, se vieron forzados a combatir de consuno contra el enemigo implacable, hasta el punto de que aun quienes se mostraban indiferentes o tibios tenían que pelear a la fuerza para poner a salvo la vida, y, si se podía, la hacienda. Y ardió la guerra en el Alto Perú con inaudita voracidad; y quienes aumentaban furioso combustible a la hoguera eran los sacerdotes y las mujeres de toda clase y condición; pues la inseguridad del honor era patente y no había más remedio que entregarse a la lucha, con pasión, sean cuales fueren sus resultados.

Así lo comprendieron los caudillos populares que aisladamente hacían la guerra a su modo en los diversos puntos del extenso territorio; mas al saber la derrota de Rondeau y no esperando del carácter de Pezuela ningún rasgo que diera margen al olvido de lo pasado, volvieron a ponerse a la cabeza de sus fieles y a emprender la santa cruzada de las *republiquetas*, nombre que se dió vul-

garmente, dice Paz, a esas reuniones espontáneas de hombres mal disciplinados y peor dirigidos, sin armas, sin reglas y sin táctica». (255).

Querer, de consiguiente, seguir paso a paso las andanzas de todos los innumerables caudillos altoperuanos y narrar circunstanciadamente sus combates y encuentros, sería, usando la justa y apropiada comparación del historiador chileno Sotomayor Valdés, «contar y fijar en su dirección los proyectiles que arrastra en su violencia la erupción de un volcán». (18).

Manuel Ascencio Padilla, en Laguna; Camargo, en Cinti; Lanza, en Ayopaya; el cura Muñecas, en Larecaja; Warnes, en el Oriente, y otros mil de este temple, hombres de acción y desinteresados, seducidos por la pasión de la libertad, rompiendo vínculos sentimentales y haciendo abstracción de bienes, comodidades y holguras, se lanzaron a combatir desesperadamente por darse patria libre, arrastrando tras sí, con la fuerza de su ejemplo y heroicidad, a las pobres gentes del campo y a los menestrales de las urbes quietas, que no tenían ninguna noción sobre nada, pero que amaban instintivamente la libertad, sentían odio por el despotismo y anhelaban vivir aunque sea con la ilusión de ser dueños de sus destinos, bien que tuvieran que padecer hambre de pan, morir obscuramente sin los auxilios de la religión, y pasar, por último, como sombras en las sombras de ese tiempo de borrascas.

Y los caminos se llenaron de pandillas resueltas a matar y a morir; en la angostura de valles y encañadas se construyeron puntos estratégicos de ataque y defensa. Y no había monte enmarañado, cima de ásperos riscos, senda oculta y tortuosa que no albergase una partida de hombres resueltos y trajeados como mendigos, decidida a cometer toda clase de excesos y aun de abominables crímenes con los enemigos jurados.

Le fué forzoso a Pezuela dedicar todas sus tropas en perseguir a los caudillos; pero la audacia de éstos no conocía límites ni obstáculos su extremada bravura, y las

tropas realistas hubieron de desplegar una energía y una constancia verdaderamente admirables para habérselas con un enemigo poco amante sin duda de la luz del sol y que siempre aparecía en los momentos de más angustia como caído de las nubes.

Sentían esas tropas que el mismo ambiente les era hostil y duro, pues a cada paso tropezaban con la muerte, y, sin embargo, permanecían obstinadamente pegadas a ese suelo, sin desfallecer y con las ansias locas, todos los días más exasperadas, de conseguir dinero y derramar sangre.

«Es esta—dice Mitre siguiendo a Urcullu—una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias y la más heroica por sus sacrificios oscuros y deliberados.» «Ella duró quince años, sin que durante un solo día se dejase de pelear, de morir y de matar en algún rincón de aquella elevada región mediterránea. La caracteriza moralmente el hecho de que, sucesiva o alternativamente, figuraron en ella 102 caudillos más o menos oscuros, de los cuales sólo nueve sobrevivieron a la lucha, pereciendo los 93 restantes en los patibulos o en los campos de batalla, sin que uno solo capitulara, ni diese, ni pidiese cuartel, en el curso de tan tremenda guerra.» (206).

Instalado Pezuela en Cochabamba, su primer cuidado fué enviar columnas de su ejército al mando de expertos capitanes a sofocar el movimiento de los caudillos. El general Ramírez partió a Chuquisaca; el mayor general Tacón a Potosí, y a Valle Grande, en persecución de Warnes, el comandante Aguilera, que también llevaba el cargo de gobernador de Santa Cruz de la Sierra.

El 12 de enero de 1816 salió Pezuela de Cochabamba con rumbo a Chuquisaca, donde el coronel José Santos la Hera hacía las veces de gobernador desde la salida del último destacamento de porteños, recibiendo el mando de poder del general Ramírez. El caudillo Padilla, siempre a la pista de los movimientos de este general, creyó que en su ausencia podía rendir la ciudad, y se

presentó en ella a la cabeza de 4.000 indios y unos pocos civiles armados de fusiles; pero la Hera, apoyándose en el partido realista, que contaba a lo mejor de la ciudad, y con la ayuda de las tropas oportunamente enviadas por Pezuela, logró derrotar al caudillo, que se retiró, para volver a poco a Yamparáez.

De Potosí mandó Pezuela el resto de su ejército a Cotagaita en persecución de los argentinos y destacó secretamente una columna al valle de Cinti, donde el caudillo Camargo seguía a la cabeza de sus fieles, y poco después, el 18 de marzo, él mismo tomaba el camino de las derrotadas huestes argentinas.

En Cotagaita supo Pezuela la muerte del caudillo Padilla, y la noticia le llenó de júbilo, porque la tenacidad y bravura de este heroico varón distrajeron por mucho tiempo y agotaron la resistencia de sus tropas.

La columna secretamente despachada de Potosí por el general, estaba al mando del coronel Buenaventura Centeno y se componía de 400 hombres. Su escuadrón de caballería tenía por comandante al mayor Andrés Santa Cruz, que después abrazaría con entusiasmo la causa de los patriotas y sería presidente de la nueva República de Bolivia.

El 12 de marzo llegó Centeno a Cinti, y en la mañana del 13 se presentó Camargo en Muyococha, «provocando a los realistas» —cuenta su biógrafo Carlos Romero—. «Éstos—agrega—ocuparon los viñedos del frente, río de por medio, y se trabó un sangriento combate, que terminó por la retirada de los patriotas. Al día siguiente, 14, volvió a presentarse sobre la misma orilla del río, un poco más al Sud, en La Laja»; pero no pudo obtener ningún resultado. (210).

Camargo, ante la inutilidad de sus esfuerzos, se retiró con sus montoneros; pero el jefe de los realistas se fué resueltamente en su busca, y el 27 de marzo le daba alcance en media cuesta de Santa Elena. Tampoco entonces pudo lograr su intento de derrotarlo, porque las fuer-

zas del caudillo, numéricamente superiores, pero desarmadas, supieron presentar una heroica resistencia. Fué por sorpresa, y en la noche del 2 de abril, que sus soldados consiguieron poner en fuga a las montoneras de Camargo, en las que hicieron destrozos, pues «el feroz Centeno—dice Romero—hizo lujo de crueldad y mandó lancear, fusilar o degollar, de 800 a 900 patriotas».

«Camargo—añade—fué tomado prisionero, herido de gravedad con un balazo y degollado por el mismo Centeno en persona, que así manchó su triunfo y deshonoró las insignias militares de soldado español que llevaba. Por este atentado lo calificó de *indecente* el Congreso general de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, en su manifiesto a las naciones de 25 de octubre de 1817.»

Don José Vicente Camargo había nacido en Chayanta, en el último tercio del siglo XVIII, y era mestizo por su ascendencia, aunque con predominio de sangre española. Poseía algunos bienes heredados y su temperamento inquieto y levantisco unido a la natural elocuencia que poseía le daba una fuerza grande de ascendiente entre las gentes de campo que solía frecuentar por sus trabajos agrícolas. Orador popular, de vistosa palabra, franco y desprendido en su trato, afable con los pequeños, simple con sus iguales, altivo con los que pretendían ostentar cualquier superioridad, era también el tipo de conductor de turbas, a las que dominaba con la enseñanza del ejemplo, no dando jamás espaldas al peligro, acudiendo esmeroso allí donde había una desgracia que consolar o un menesteroso que socorrer.

«La muerte del titulado coronel Camargo—comenta el general Camba—era un beneficio para los pueblos que asolaba con sus continuas depredaciones y enormes exacciones, y, por tanto, fué remitida su cabeza al cuartel general, donde se mantuvo expuesta al público algunas horas. La muerte de este partidario, nombrado por el general Rondeau comandante general, y la completa derrota de su facción, se estimaron como merecían, así por

la actividad y notoria influencia del caudillo como porque iba a respirar el fértil y acosado valle de Cinti.» (189).

Pocos días después otro caudillo de igual coraje y no menos fanático amor a la independendencia era traidoramente asesinado también por otro militar realista pero de nacimiento peruano.

Sorprendido el cura Muñecas en el partido de Larecaja y entre la muchedumbre de sus partidarios indígenas, fué capturado por el coronel José Abeleira, que había sido enviado por el gobernador de La Paz a la cabeza de 400 hombres con el propósito de desbaratar las turbas del cura y, si posible, coger prisionero a éste. El intento fué fácilmente realizado, y, una vez preso, fué conducido Muñecas a La Paz el 2 de mayo.

A los cuatro días se le llevó encadenado a la par de una fiera al vecino pueblecillo de Viacha, donde a la sazón se encontraba de paso el general Pezuela, quien, en cumplimiento de una real orden fechada en Madrid el 14 de octubre de 1815, y llegada a Santiago de Cotagaita el 10 de abril de 1816, iba a Lima a relevar interinamente al virrey marqués de la Concordia, habiendo dejado en su lugar como jefe superior de las fuerzas realistas al general Ramírez, igualmente nombrado en la misma orden presidente gobernador del reino de Quito.

Pezuela, de antemano prevenido contra el tonsurado guerrillero que con las sombrías huestes de Pumakahua asolara las provincias de Puno y La Paz, «dió instrucciones, asevera Urcullu, para que, con apariencias de llevarlo al presidio del Callao, se le matase en el camino». (37).

Las instrucciones, si las hubo, se llenaron cumplidamente, porque pasando por Guaqui a los dos días, el 8 de mayo, recibió una descarga de los soldados que le conducían, y cayó de su cabalgadura moribundo, y su cadáver fué abandonado en el camino.

Muñecas había nacido en el Tucumán y hecho sus estudios en la Universidad de Córdoba, que los completó

en Europa, y era de un carácter audaz y levantisco. Su cultura, superior en ese tiempo, no estaba servida por gustos refinados, pues se placía en observar la vida frugal de las clases bajas, a las que seducía con sus discursos efectistas y animados de un ardiente nacionalismo, eficazmente secundado por un coraje sin mácula, pues, de todos los guerrilleros, era, seguramente, uno de los que mayores preocupaciones y sobresaltos ocasionaba a los realistas.

Sacrificados estos dos caudillos con saña y alevosía, los demás, que no cejaban en otros puntos del territorio, se hicieron la promesa de no dar tregua ni cuartel al enemigo, pues si estaban condenados un día u otro a seguir la suerte de sus camaradas muertos, preferible era pagar cara la vida y no permitir reposo ni respiro, ni menos dejar que el invasor se locupletase con la riqueza acumulada en trescientos años de ruda labor en las entrañas de la tierra. Y desde este momento se declaró la guerra a muerte, en la que tomaron parte casi todos los habitantes del Alto Perú, en sus clases trabajadoras y humildes. Hombres, mujeres, niños, frailes, participaron en la mortal brega. Nada se respetó ni nada tuvo la virtud de contener las pasiones de la bestia, que allí se desencadenaron avasalladoras e implacables.

Unos y otros echaron mano del recurso de la fuerza como el único poder capaz de infundir el respeto al derecho de la vida y propiedad; y lo que hubo de terrible y angustioso en esta guerra de desolación y exterminio, guerra de bandidaje, si se quiere, es que los altooperuanos luchaban solos en esa alta meseta de los Andes, aislados del mundo, sin poder hacerse escuchar de nadie en sus angustiosos reclamos y con un enemigo engreído por trescientos años de dominación incontestada, orgulloso de su pasado histórico, de sus tradiciones guerreras, de su limpio linaje y que por temperamento, raza y educación estaba predispuesto a ver en el nativo de esas regiones un ser inferior, inapto para el propio gobierno

y tarado con vicios de educación y herencia, indominales de pronto.

Y en verdad que en ese mismo momento los criollos independientes del Río de la Plata daban en el Congreso de Tucumán las primeras pruebas de que su concepto de la vida pública y política no se adaptaba perfectamente y aun era contrario al de los pensadores y estadistas que en el viejo mundo civilizado fijaban normas de conducta a los pueblos.

El Congreso, animado de tendencias contradictorias y a veces en desacuerdo con el espíritu de la revolución, había sido elegido en circunstancias de anarquía interior, y los representantes del Alto Perú ni aun representaban la voluntad de sus electores, pues fueron elegidos después del desastre del segundo Sipesipe o Vilhuma por todos los emigrados, que huyeron acompañando a las tropas derrotadas de Rondeau, aunque eran, en materia de preparación política, acaso los más despiertos del Congreso, ya que llevaban consigo el sólido bagaje de sus estudios y discusiones en la Universidad de Chuquisaca, en aquel entonces laboratorio de ideas, como se dijo, y podían ostentar, como ostentaron, con el doctor Serrano a la cabeza, una gran superioridad sobre sus colegas de otros distritos, que, por diversas causas, estaban, según Mitre, «mal preparados para la vida pública, no tenían ideas fijas sobre administración y gobierno desconociendo las necesidades de su época y las nociones más vulgares del derecho público».

Ese Congreso, famoso entre todos en los anales de la historia sudamericana, puso en mesa el 9 de julio de 1816 la discusión de la independencia argentina y el 21 del mismo mes la juraba con la garantía de la vida y hacienda de los congresales.

Pasado este acto, que cerraba definitivamente el acceso español a los dominios del Río de la Plata, hízose moción por un diputado para entrar a discutir la forma de gobierno que se daría a las regiones libertadas; y esa fué

la hora en que Serrano, rompiendo con sus ideas de republicanismo, se manifestó partidario de la monarquía «temperada», por creer que ese sistema de gobierno daría fin con la anarquía latente aun dentro del mismo Congreso; pero la discusión tomó otro rumbo, atendiendo a necesidades de momento que era urgente remediar.

Entre estas necesidades, una de las que con mayor imperio se imponía, dado el giro que iban tomando los asuntos militares, era nombrar un jefe hábil y experimentado que se hiciese cargo del ejército del Norte, ahora poco menos que sin dirección. Y el Congreso, atendiendo las cualidades guerreras desplegadas por Belgrano, le nombró general en jefe de ese ejército, con misión de contener el avance realista que ya se iniciaba.

En efecto, entre el 6 y 7 de mayo había salido de Lima un fuerte ejército, con una poderosa división de caballería, que llevaba de tiro sus animales para no fatigarlos en los dos mil kilómetros que había de recorrer hasta el punto de su concentración, y poco después, posesionado ya Pezuela de su destino, reforzaba este envío con otro de infantería acabado de llegar al Perú. Todas estas fuerzas se agolparon en la frontera argentina bajo el comando del general Ramírez, quien se movió el 25 de agosto de su cuartel general de Cotagaita en dirección a Yavi, en tanto que sus capitanes se batían con las montoneras del país, y el coronel Aguilera se preparaba en Valle Grande para ir a desbaratar en el Oriente las facciones de Warnes y de Padilla, que todos los días iban tomando mayor incremento ante la actitud decidida y heroica de sus jefes.

Era Aguilera natural de esas regiones, pues había nacido en los campos de Santa Cruz de la Sierra, engendrado por padre español en india camba y tenía los rudos instintos de sus padres y un temperamento sanguíneo inflamable como la pólvora a los placeres de la sensualidad y cierta propensión a los actos de inútil crueldad y de baja bellaquería. Hizo sus estudios sacerdotales en Chuquisaca, pero en vísperas de ordenarse y obede-

ciendo a los impulsos de su naturaleza algo selvática y de su temperamento agresivo y apasionado, dejó las so-
tanas y se metió a soldado, siguiendo a Goyeneche en sus
bárbaras correrías por los valles de Cochabamba.

Conocía entonces Aguilera perfectamente los campos
en los que iba a operar; pero antes de decidirse a ir en
busca de Warnes y sabiendo que se había destacado una
fuerte columna en alcance del guerrillero Padilla, acanto-
nado ahora en el pueblo de Laguna, donde acostumbraba
permanecer con sus tropas, resolvió cooperar a la des-
trucción de este terrible jefe, y poniéndose a la cabeza de
sus 1.200 soldados, los más veteranos de España, atrave-
só el Río Grande, casi al mismo tiempo que en opuesta
dirección La Hera sorprendía una de las avanzadas del
caudillo en Tarabuco.

Padilla, que, como siempre, manejaba sus tropas acom-
pañado de doña Juana Azurduy, su esposa, tuvo conoci-
miento del doble peligro, y resolvió afrontarse a Aguille-
ra, cuyos efectivos eran menores a los de La Hera, pues
sólo traía dos mil soldados y dos cañones, y después de
una ligera escaramuza el 13 de septiembre, se presentó
en la tarde del 14 en el pueblecillo indígena del Villar,
donde se hallaba su esposa. Las tropas, cansadas con las
correrías del día y de la noche anteriores, se echaron a
descansar, y descansando las sorprendió Aguilera, cayén-
doles encima con ímpetu avasallador. Hubo un momento
de desconcierto; pero, reponiéndose al punto, se lanzaron
a la pelea con no menos brío, trabándose cuerpo a cuer-
po un fiero combate de exterminio. Cuerpo a cuerpo lu-
charon también los jefes, ansiosos ambos de probar su
pujanza y de animar con su ejemplo el esfuerzo definitivo
de sus soldados; mas la superioridad física de Aguilera,
que era un hombrecito con músculos de acero y sólida-
mente construido, abatió la pujanza de Padilla, quien, al
verse dominado por su rival, se dió a la fuga y cayó en
poder de un arriero, Mariano Ovando, irreconciliable
enemigo suyo, y de cuyas manos recibió la muerte en

momentos en que, al notar que su esposa iba a caer prisionera por el retraso de su cabalgadura, volvió riendas a su corcel y tendió de un balazo a uno de los oficiales perseguidores, hirió al otro y pudo lograr que doña Juana ganase delantera. Ovando completó su obra cercenando con su puñal la cabeza de Padilla y ofreciéndosela como un trofeo a su jefe, que no tardó en caer a ese sitio; mas como Aguilera estuviese empeñado en hacer correr la misma suerte a doña Juana, siguió con los suyos en persecución de la fugitiva, y, creyendo haber dado con ella, degollaron a la mujer que la acompañaba y su cabeza expúsose, junto a la de su presunto esposo, clavada en una pica a la vera del camino, y al pie se vertió como ofrenda la sangre de 75 prisioneros.

En el campo quedaron cosa de mil muertos, y los fugitivos sólo pudieron concentrarse en la noche a la llamada de doña Juana de Azurduy, que desde ese momento emplearía todas las horas de su vida en derramar sangre de españoles para vengar la muerte de su esposo, con quien sólo siete años había llevado vida de hogar.

Esta estupenda y animosa mujer, la más genuina y abnegada heroína de la independencia, había nacido en Chuquisaca en marzo de 1781 y llevaba sangre mestiza «en ese grado de cruzamiento en que predomina más bien que la tez indígena el tinte andaluz» (166), al decir de René Moreno, y había adquirido una rudimentaria educación en un convento de monjas, que no pudo suavizar la rudeza excepcional de su temperamento, todavía más endurecido con el ajetreo incesante de la guerra, hasta el punto de que, estando una vez en lo más recio de un combate, «dolores atroces—cuentan—le anunciaron su maternidad, y, apartándose del campo de acción, dió a luz un robusto infante, habiendo regresado a la lucha, dominando con su valor y ardimiento los dolores físicos consiguientes a ese trance» (28).

El general en jefe español Ramírez, al dar cuenta al

virrey de Lima de la acción del Villar, decía de Padilla y su esposa:

«La fortuna había acompañado a aquel caudillo desde poco después de las primeras convulsiones políticas de estas provincias. En más de cinco años de sedición y todo género de hostilidades, había adquirido un riesgoso ascendiente de los naturales de ellas, y no pocos recursos para conservarlos insurrectos. En distintas ocasiones tuvo la audacia de invadir la ciudad de La Plata (Chuquisaca), hallándose ésta con respetable guarnición, y la mantuvo en asedio por varios meses. Su mujer, con despecho y ánimo superior a su sexo, se ha presentado al frente de sus huestes insurgentes en muchas acciones». (206).

Alentado Aguilera por su victoria sobre el temible Padilla porque no había quien le cortase a retaguardia sus comunicaciones con el núcleo del ejército realista, se fué ya más tranquilo al encuentro de Warnes, que se mantenía impertérrito en Santa Cruz de la Sierra. Warnes no rehuyó el reto, y antes llevó a sus tropas al pueblecillo del Pari, a una legua escasa de la ciudad, para que se midieran con los ya tristemente célebres *Talaveras*, «batallón compuesto casi en su totalidad de presidiarios y galeotos de la península» (37)—asevera Urcullu—, y cuya fama—agrega Ramallo—de «rapacidad, indisciplina y ferocidad sin cuento» (40) infundía terror dondequiera que se anunciase su presencia.

Cautelosa y astutamente había emprendido el viaje Aguilera y se presentó el 21 de noviembre en los campos del Pari, vecinos a la ciudad de Santa Cruz, sorprendiendo a Warnes, que no tenía noticias de su marcha; pero como durante el largo tiempo que permaneciera en ese distrito no había descuidado el jefe argentino la instrucción de sus tropas, salióle al encuentro en el campo elegido por aquél, y que era una hermosa pradera regada por arroyos y cubierta en partes por arbustos y árboles silvestres propios de ese clima tropical.

De un poco más de mil hombres se componía el ejér-

cito de Aguilera y de mil escasos el de Warnes, todos vestidos de blanco con vivos rojos, con monteras de cuero sin curtir, y la caballería forrada en cuero curtido y con largas lanzas. El jefe, igualmente vistoso, presentóse con sombrero blanco y emplumado, chaqueta morada con vivos blancos, alta bota y espada al cinto, caballero en fogoso corcel.

Inicióse el ataque a las once de la mañana con impetuosas cargas de caballería que hacían temblar ese suelo reverdecido jugosamente con retoño primaveral, y bien pronto los centauros cruceños, inimitablemente diestros en el manejo de la lanza, ponían en fuga a la caballería realista, reclutada en su mayoría en los valles de Cochabamba. Ante este primer fracaso, entraron en liza los indomables *Talaveras*, y entonces los cruceños calaron bayonetas y les salieron al encuentro guiados por Warner, porque su jefe había dejado el campo intimidado, sin duda, por la fama de aquéllos.

Desde ese instante la lucha no fué sino una espantosa carnicería, porque unos y otros estaban animados de ciega pasión, y, sobre todo los cruceños, se batían «con una obstinación increíble», al decir del propio Camba; pero perdieron la moral cuando vieron caer el caballo de Warnes, herido por una bala, y sucumbir a su jefe con un pistoletazo a quemarropa que le descerrajó uno de los *Talaveras*, justificando así la mala fama de su cuerpo.

Aguilera, triunfante, pero deshecho, entró en la tarde a la ciudad, conduciendo sólo una mitad de sus tropas, pues la otra había quedado tendida en los verdes campos del Pari, por siempre legendarios en los anales de esta lucha sin cuartel y a veces sin nobleza, y que conquistó legítimamente, a fuerza de sangre y lágrimas, la independencia del Alto Perú, hoy Bolivia.

Y sucedió lo que era ya de esperarse. La cabeza del indomable caudillo se clavó en una picota y se la expuso en la plaza principal de Santa Cruz. Allí mismo, o en los

campos vecinos, dentro de los bosques y en las humildes cabañas, se fusilaron o alancearon 914 personas, sin distinguir edad, sexo ni condición: bastaba que fuesen adictos a la causa independiente o se hubiesen mostrado amigos y partidarios de Warnes.

Este caudillo (su nombre lo indica) era descendiente de padre inglés y madre argentina, y desde muchacho se había enrolado en las filas del ejército independiente y combatido a las órdenes de Belgrano, que en 1813 lo envió a Santa Cruz en calidad de gobernador, y donde, merced a su carácter algo duro y a su entusiasmo desbordante o excesivo por la causa americana, había sabido sostenerse con relativa independencia y atraer la voluntad de los nativos hacia la causa que con tanta fe defendía.

Entretanto, y casi al mediar este mes de noviembre, el 12, entraba en Santiago de Cotagaita, cuartel general de los realistas, el nuevo jefe de estas fuerzas, don José de la Serna, militar de sólido prestigio en España, caballero en su trato, de índole generosa, pero que no estaba dotado de gran penetración psicológica, ya que desde un comienzo quiso dar una nueva organización a su ejército mezclando en las mismas filas a los europeos y criollos, sin fijarse que, dentro de las mismas convicciones políticas, era marcada la división existente entre estas dos castas.

La medida disgustó a los naturales, y hasta los mismos jefes de alta graduación de su ejército hallaron motivos de descontento, porque, siendo partidarios del absolutismo de los monarcas, La Serna, que había presenciado el movimiento liberal de la península, se inclinaba más bien del lado de la Monarquía constitucional, y esta divergencia de opiniones sirvió desde un comienzo para marcar esa línea de diferenciación que después, andando el tiempo, se haría más acentuada hasta originar la guerra civil entre los dos campos.

El mismo día de su llegada a Cotagaita, el 12 de no-

viembre, se hizo cargo del ejército, tomándolo de manos del general Ramírez, quien salió a los dos días para Quito; y a poco recibió instrucciones e iniciativas del virrey de Lima, Pezuela, para invadir las provincias argentinas, no precisamente con el objeto de conquistarlas, empresa poco fácil de llevar a cabo, como para distraer al ejército que en Mendoza iba formando el general San Martín con intenciones de llevar la guerra por el lado de Chile, puesto que no habían dado ningún resultado apreciable las expediciones argentinas encaminadas por el Alto Perú.

La Serna, aunque desconociendo el terreno en el que iba a actuar, no ignoraba los obstáculos e inconvenientes precisos de vencer para operar por el lado que se le señalaba, y así lo manifestó en sus comunicaciones al virrey; pero la tenacidad de éste y el deseo de sus subordinados, concorde con el plan de Pezuela, le decidieron, contra su agrado, a intentar lo que se le ordenaba, puesto que no podía oponerse a la decisión de su superior, aunque sabiendo que iban a quedar estériles sus esfuerzos.

Esto acontecía en el último mes de este año de 1816; y Pezuela, deseoso de que su plan tenga éxito, no se descuidaba en mandar tropas por la sola vía utilizada en aquellos tiempos para servir las necesidades del Alto Perú, esto es, por el puerto de Arica, y así a fines de ese año despachó algunos cuerpos de soldados españoles al mando de Ricaforte, instruyendo a éste para que una vez en Arica y antes de internarse hasta el cuartel general de La Serna en Cotagaita, se desviase algo de la ruta y llevase sus soldados hasta La Paz con objeto de escarmantar al vecindario por sus fechorías del año 14, aún no suficientemente castigadas en su concepto.

Así lo hizo Ricaforte. Y como era un militar de temple duro y sin entrañas, mandó rodear la ciudad con sus soldados, y allanando las casas de los principales independientes tomóles presos, hízoles cortar las manos y

fusilar después por las espaldas. A los que en ese día anduvieron por la plaza se les desnudó de medio cuerpo para arriba, sin distinción de sexo, y se les condujo así por las calles de la ciudad después de haberlos azotado; impuso una fuerte contribución de 700.000 pesos a las mujeres, y luego, ya satisfecho, siguió su camino al cuartel de Cotagaita, habiendo realizado la salvaje promesa que se hiciera: «No he de dejar más tesoros que lágrimas.»

Antes de cerrar los hechos luctuosos de este año de 1816 conviene señalar el estado en que se encontraba el ejército de Belgrano, contra el que se preparaba La Serna, y nada muestra con colores más vivos su desorganización que las mismas palabras de su jefe consignadas en sus órdenes generales.

«Los mismos capellanes, que debían dar el ejemplo acerca del orden y conducta cristiana del ejército, tienen procedimientos que llenan de rubor, haciendo algunos de ellos vida escandalosa con mujeres, juegos y otros vicios.» «Los oficiales debían llenarse de vergüenza por quebrantar sus arrestos y fingirse enfermos para concurrir de noche con descaro a los bailes, haciendo ostentación de su deshonor, mientras sus conversaciones se reducen a murmurar de su general, de sus jefes y compañeros, sembrando especies sediciosas y ofendiendo con ellas al sexo, sin respetar casadas ni solteras». (206).

CAPÍTULO VI

En 1817 La Serna inicia su movimiento de avance a las provincias del Plata.—Dificultades de la marcha.—La acción de los caudillos en el Alto Perú.—La expedición de La Madrid.—Desastrosa retirada de La Serna.—Caracteres de la lucha en el Alto Perú.—Canterac se hace cargo en 1818 del ejército realista.—Pesimismo de La Serna.—Ramírez Orozco sustituye en 1819 a Canterac.—Desaliento de las tropas reales.

Al iniciarse el año de 1817 este ejército de Belgrano así pintado por su mismo jefe, contaba apenas 2.700 hombres de toda arma, y el español cerca de 4.500 hombres «de las mejores tropas del mundo», reforzado como había sido por las tropas españolas llegadas hacía poco a Lima, y luego desembarcadas en Arica al mando de Ricafort y otros jefes peninsulares, todos peritos en el arte de la guerra en campos europeos, de principios liberales, humanos y generosos los más.

Es al frente de estas tropas que La Serna, en obediencia a órdenes superiores y al deseo de sus subordinados, que ansiaban batirse con esos soldados del Nuevo Mundo, inició el 4 de enero su movimiento de avance al interior de las provincias argentinas, partiendo de su cuartel general de Santiago de Cotagaita; el 6 estuvo en Jujuy, y su marcha no tenía los caracteres del avance triunfal soñado por sus oficiales, pues el país se había levantado en masa a la voz del caudillo Güemes, y pronto se señalaría con rasgos de leyenda la acción del pueblo argentino, personificado entonces por sus gauchos, hombres de bravura sin ejemplo, casi insensibles al dolor, audaces hasta la locura, apasionados por la vida libre de

los llanos inacabables, feroces para atacar y serenos para morir. Se presentaban en camisa, con el poncho doblado a los hombros, el calzón partido por detrás, botas toscas de cuero sin curtir, ancha espuela roncadora, y, al arzón, las bolas de plomo, y el lazo fino e irrompible que usaban desde el lomo de sus caballos con destreza jamás superada, ora para voltear en lo más alto de una carrera a una bestia de instintos indomables, o para arrancar de su posta nocturna a un centinela enemigo.

Güemes era el alma de esa masa y la cabeza. Él ordenaba, dirigía y en veces hasta daba el ejemplo, no obstante la prudencia—cobardía llamaban sus émulos—con que acostumbraba conducirse en los trances comprometidos. Al ver avanzar despreocupado y seguro al enemigo, él afirmaba su fe en el éxito final: «La Divina Providencia me hace concebir fundadas esperanzas de que la patria se cubrirá de gloria» (206)—le decía a Belgrano al día siguiente de la ocupación de Jujuy.

Al mes cabal de permanecer en Jujuy el invasor, adonde había llegado sosteniendo y rechazando los ataques casi individuales de los gauchos, y de donde enviara diversas expediciones al interior del país para proveerse de forrajes y comestibles que los habitantes, antes de emigrar, habían hecho desaparecer, dió orden para que en ese punto se reconcentrasen todas las tropas, pues veía, con más precisión que nunca, que ese país era indomable y no sabía aplicar en él las teorías de guerra y sus conocimientos tácticos, de que tanto alardeara en sus comunicaciones a Pezuela, hasta el punto de enajenarse las simpatías de todos sus auxiliares superiores, que dieron en llamar pedantería esas sus ansias de ostentar sus conocimientos en el arte de la guerra.

Esta medida, si bien provechosa para evitar el ataque aislado de sus tropas, que se iban agotando en combates parciales y sin grande importancia, tuvo el inconveniente de hacer más difícil el aprovisionamiento del ejército y más precaria o comprometida la manutención de la caba-

llada, sin la que no era posible intentar ninguna acción en aquel país de extensísimas llanuras, igual y monótono.

«Por el estado de insurrección del país—afirma Camba—, los recursos de subsistencia para hombres y caballos estaban reducidos al ganado que se podía recoger y al pasto y paja de maíz que se recolectaba a fuerza de penosas marchas y de diarios combates.» (189).

Semejante situación no podía prolongarse mucho, y era preciso buscar los medios de terminarla si no se quería que el ejército fuese mermado sin combatir y se dañase por siempre el sólido y merecido prestigio del soldado peninsular.

Pero no sólo preocupaba al jefe español la situación azarosa en que se veía envuelto sólo por obedecer órdenes superiores, sino que tampoco eran muy halagüeñas las noticias llegadas del Alto Perú, país al que había creído dejar en perfecto orden y tranquilo por mucho tiempo con la desaparición de los grandes caudillos muertos en combate y que, con su acción de lucha y resistencia, habían inmovilizado a todo su ejército, que hubo de ser fraccionado de un lado para otro para sofocar esos movimientos y poder asegurarse la seguridad de la retaguardia en caso de que la invasión a las provincias argentinas no diese un buen resultado.

En efecto, así como los gauchos, con sus ataques heroicos y su singular estrategia le iban causando daños irreparables y fatigas sin cuento, en el Alto Perú, los caudillos secundarios, vencidos en las acciones de Laguna y el Villar, se habían vuelto a reunir bajo la dirección de don Esteban Fernández, a quien Belgrano nombrara jefe de todos ellos en lugar de Padilla, y el que, ocupando la frontera del Chaco en el comienzo de su jefatura, abandonó después esta posición para tomar el pueblo de Laguna, el 15 de marzo, y llevar sus huestes a acantonarse allí, y las cuales—cuenta Mitre—al descubrir la cabeza de Padilla, que aún permanecía clavada en su picota, «se lanzaron furiosos al saqueo», sin que pudieran ser conte-

nidas por su jefe. En Cochabamba, otros caudillos operaban sobre el camino real del Perú, tratando de cortar las comunicaciones del virrey de Lima con el cuartel general expedicionario. También ellos, como los de Oriente, habían echado mano del indio, y cuya acción iba a desempeñar idéntico rol al de los gauchos de la Pampa, porque, acampados entre las cumbres rocosas de los montes y alimentándose apenas con unas hojas de coca y algunos puñados de maíz tostado, se les pasaban días y semanas en acecho del enemigo español para hacerle rodar encima, cuando se presentase, peñascos desgajados de su quicio y aturdirle con el ruido aterrador de sus bocinas de cuerno.

Pero los españoles no cejaban ni eran hombres capaces de dejarse amedrentar por turbas sin organización, sin disciplina ni elementos de combate. Se presentaban cara a cara al enemigo, y aun le perseguían en sus mismas posiciones o bien le ofrecían primas para que les llevasen las cabezas de sus caudillos, lo que hubo de procurarles alguna utilidad, porque a poco presentaron los indios, según el testimonio de Camba, «cuatro cabezas en La Paz y dos en Oruro, incluso la de Carpio». (189).

Y es que los indios, sin sentir la exaltación patriótica de los gauchos ni llegar a la concepción, fuese rudimentaria, de ciertas nociones filosóficas, sólo estaban poseídos por la pasión del odio al blanco arbitrario y detentador, y se vengaban de él, sean cuales fueren su credo político y el bando a que perteneciera, por el solo hecho de ser blanco o mestizo.

No se ocultó a Belgrano la situación movida del Alto Perú, y se dió prisa en aprovechar la favorable circunstancia, enviando 300 ó 400 hombres, al mando de La Madrid, con objeto de prestar ayuda a los insurrectos e interrumpir, si posible del todo, las comunicaciones del enemigo con su retaguardia.

No bien pisó La Madrid territorio altooperuano, quiso evitar que sus movimientos fuesen conocidos del enemi-

go, y adoptó el sistema de secuestrar en sus casas o en el cuartel a los pobladores y vecinos de los lugares habitados por donde pasaba; y así, con este sistema, algo brusco si se quiere, pero que no carecía de originalidad, se presentó hacia mediados del mes de abril en las alturas que dominan la ciudad de Tarija, «sin que hasta ese momento se hubiese sospechado su presencia en aquellos lugares». (206).

En Tarija había una guarnición de soldados peruanos, y una columna en los alrededores, mandada por el teniente coronel Andrés Santa Cruz, pafeño de nacimiento y que a poco iba a dejar las filas realistas para prestar buenos servicios a la causa independiente y ser más tarde uno de los primeros esclarecidos presidentes de la nueva república de Bolivia. La Madrid atacó la ciudad después de haber ensayado rendirla por capitulación, y hubo de tomarla después de un combate breve, en el que sus soldados hicieron lujo de valor y conquistaron un buen botín del enemigo, que, no obstante su arrogancia, tuvo que rendirse, cayendo prisioneros sus jefes, incluso Santa Cruz.

El efecto moral de esta derrota fué terrible en las tropas realistas del Alto Perú, porque, en efecto, habían quedado incomunicadas con el cuartel general, y creían que éste había sido deshecho por los argentinos. Para acentuar esta versión, dispuso La Madrid que una parte de su ejército saliese al encuentro de las columnas destacadas por algunos gobernadores, y él, con el grueso, se internó hasta Chuquisaca, y, sin disparar un tiro, tomaba por sorpresa una columna enviada para cortarle el paso; pero en la noche y al intentar rendir la plaza, fué rechazado por la heroica defensa sostenida por los realistas, y La Madrid tuvo que retirarse en derrota para sufrir esa misma noche un fracaso en los campos de Yamparáez, donde su ejército fué sorprendido por una columna realista, que luego fué dispersada por la participación valiente y eficaz de La Madrid.

En Tarabuco recibió el refuerzo de algunas tropas de Cinti y Laguna, comandadas por los caudillos Fernández y Ravelo y Azebey, y creyendo entonces que con los 700 hombres que ahora contaba podría volver a intentar el sitio de Chuquisaca, volvió sobre sus pasos y acampó su tropa en las afueras de la ciudad; pero a los tres días de esta situación expectante fué avisado de que nuevas tropas iban a reforzar la guarnición urbana y sitiada, y que el general La Serna se retiraba de la Argentina con sus ejércitos, camino del Alto Perú.

Esto acontecía en los primeros días de junio, y ante la gravedad de las noticias, quiso La Madrid buscar una solución rápida y ventajosa que lo libertase de la postura en que se encontraba, nada cómoda por cierto, y resolvió, con incomparable audacia, atacar la columna de refuerzo, muy superior a la suya en número y calidad de gente. En consecuencia, alzó el campo de la ciudad y se fué a la quebrada del Pilcomayo, que, en su concepto, se prestaba a los ataques por sorpresa; pero entonces el jefe militar de Chuquisaca, La Hera, salió en persecución suya y le cortó el paso frente a la cuesta de Cachimayo, mientras que el jefe de la otra columna, O'Relly, les estrechaba contra sus posiciones. Entonces, colocado entre dos fuegos, no tuvo más recurso que darse a la fuga precipitada, arrastrando tras sí a sus perseguidores, que le siguieron hasta la cuesta de las Carretas, donde los dejó, por lo precipitado de su huida, hasta dar a los tres días en el valle de Supachuy, rodeado de cerros verdes, tranquilo con su aspecto riente y que convidaba al reposo de una terrible jornada en que hombres y caballos apenas comieron y nadie durmió.

Allí se detuvieron para descansar, y, en medio del reposo, les sorprendió La Hera, sin darles tiempo a organizar la resistencia y sin que los mismos jefes americanos intentaran lucir su ufanado coraje, porque fueron los primeros en huir, si se ha de dar crédito al mismo La Madrid. «No hubo acción, no hubo resistencia— cuenta el

general Paz—; todo fué confusión, en medio de la cual cada uno fugó por donde pudo y como pudo. No fué sino a muchas leguas que se reunió algo de la fuerza escapada, con la que el coronel siguió su retirada.» (255).

Fué una retirada definitiva, así como el combate en que sufriera tan gran descalabro también fué, al decir de Justo de Mitre, «el último combate de la última invasión de las armas argentinas en el Alto Perú. Desde ese día, añade, la separación entre las provincias argentinas y las del Alto Perú fué un hecho definitivo». (206).

Entretanto, la noticia que el 20 de mayo recibiera La Madrid de la retirada de La Serna era positiva.

Su situación en Salta, en vez de mejorar, había empeorado, porque también allí sólo era dueño del terreno que pisaba y no podía proveerse de víveres, ni de forrajes, sino a costa de combates diarios y exponiendo a sus soldados a los ataques de los gauchos, que le tenían acorralado en la ciudad. Además, las enfermedades indígenas hacían estragos entre su gente, y esto se agravaba con que en diferentes acciones habían perdido la mayor parte del ganado caballar con que contaba para moverse del sitio donde se encontraba.

Intentó algunas acciones, con objeto de reunir los elementos que le eran necesarios, y en todas sufrió reveses de consideración.

A todas estas calamidades vino a agregarse la noticia que recibió el 2 de mayo de la ocupación de Chile por San Martín; y entonces, de veras inquieto por su situación, tomó el partido extremo de apresurar su retirada, haciendo evacuar en la noche del 4 de mayo sigilosamente a la primera columna de su ejército con los enfermos y heridos y parte del parque.

Al amanecer del 5 partió La Serna con el resto de su ejército, y el 6 entraba en Jujuy como en derrota, porque durante el trayecto había sido constantemente hostilizado por las partidas de Güemes, que en la noche precedente usaron, con algún éxito de carácter moral, una diabólica

invención dirigiendo sobre el ejército realista varias re-
cuas de yeguas enloquecidas, «con cueros secos de ca-
ballo atados a la cola».

De Jujuy para adelante la retirada del ejército fué un terrible calvario de sufrimientos y penalidades. Las bes-
tias carecían de forraje y caían inanimadas en la ruta; los
enfermos sucumbían sin recibir ayuda de ningún género;
el hambre hacía estragos en todos, y para no morir de
necesidad, los soldados devoraban la carne de los caba-
llos y burros muertos por las fatigas y privaciones.

Y es así como este ejército vencedor de las huestes de
Napoleón en España, dirigido por militares hábiles y va-
lientes, parco y bravo a la par, fué vencido y humillado
por partidas de gauchos que no tenían conocimientos
técnicos militares, que carecían de armas, pero que esta-
ban favorecidos por el ambiente de su tierra y sentían un
amor fanático por la libertad.

Deshecho, con la moral quebrantada y el orgullo ven-
cido, el ejército de La Serna continuó su retirada de las
provincias argentinas, en las que perdió lo mejor de sus
tropas, que se habían visto reducidas a defenderse tan
sólo, y defenderse mal, porque ni el terreno ni las cir-
cunstancias de la lucha les eran favorables. Y esto que
debiera servir en abono del general tolerante y entendi-
do, explotaron sus adversarios acusándole de imprevisor
y falta de sentido político, acusaciones que, al ser acep-
tadas por el virrey de Lima, Pezuela, que jamás pudo
tampoco lograr por ese lado brillantes triunfos cuando
actuó como jefe de las tropas realistas, sirvió después para
distanciar profundamente a estos dos hombres.

La Serna llegó a Tupiza, y allí se detuvo para dar un
merecido reposo a sus cansadas tropas, dejando previa-
mente su vanguardia en Humahuaca al mando de Olañe-
ta, que luego, en los primeros días de enero de ese año
de 1818, hizo reforzar con 380 hombres al mando del
coronel Valdés, jefe de Estado Mayor. Tenían estos jefes
instrucciones de intentar juntos un avance hasta Jujuy

para proveerse de ganado y castigar, si posible, la audacia de los gauchos; instrucciones que supieron cumplir con exactitud, porque estuvieron en aquella localidad y regresaron a poco a Humahuaca, llevando consigo 700 bestias, algunos prisioneros y pocas armas tomadas a los enemigos.

Mientras tanto la guerra en el Alto Perú seguía su desenvolvimiento regular, porque no siendo guerra exclusivamente de principios, que en esta materia poco se les daba a los naturales dada su incultura y su desconocimiento de las corrientes filosóficas de la época, sino guerra de intereses, porque atacaba la propiedad privada mermando la fortuna individual, había empeño en concluir con la destrucción de un poder que así se cebaba en los bienes de las personas y hacia voluntaria abstracción de los derechos fundamentales que hasta hoy regulan la marcha de toda agrupación humana.

Y los caudillos, alentados por la facilidad con que conquistaban parciales prometiéndoles solamente un futuro bienestar en que ellos mismos a veces lo veían tan lejano o incierto, pero, en el fondo, lastimados en sus intereses o ambicionando conquistar otros, ya que esa guerra había degenerado, de ambos lados, pero particularmente entre caudillos y jefes de menor categoría, en el ataque a los bienes particulares y comunes, se empeñaban con sumo heroísmo, eso sí, en mantener siempre latente la guerra, que sólo algunos miraban como el fin de una era de despotismo sin cuento y de arbitrarias desigualdades.

Así, pues, los años de 1818, 19, 20 hasta el 24 inclusive, en que arde con fragor la guerra de la independencia y se consuman hechos políticos y acciones guerreras de profunda trascendencia para el mundo americano de estirpe hispana en otras regiones del Continente, en el Alto Perú, sólo hay lucha de caudillos oscuros contra soldados bárbaros, en que se muere y se mata de día a día, sin respetar ninguna ley sancionada por los países civilizados del mundo, en que se roba por la voluptuosi-

dad de enriquecerse de porrazo para no pasar por las fatigas de la honrada labor diaria y en que al enemigo prisionero se le elimina con barbarie como si fuera ejemplar de una especie dañina a la que el 'interés de la Humanidad conviene hacer desaparecer. Y en esa lucha no hay táctica, ni estrategia, ni siquiera disciplina; apenas hay el instinto de propia defensa, la necesidad suma de la conservación individual, el deseo de asesinar para no ser asesinado.

Un testigo de este periodo de vergüenza y de dolor, Manuel María Urcullu, de larga figuración en la carrera del foro y que anónimamente publicó en 1855 sus *Apuntes para la historia de la revolución del Alto Perú, hoy Bolivia*, aunque sin haber utilizado, como habría sido de desear, los manuscritos de la época que luego se dañaron y perdieron en las luchas del caudillismo bárbaro de la época republicana, pinta así las características de esa guerra feroz e innoble:

«Ningunos bienes tenían los guerrilleros que pesaban sobre el país; su caja militar, su repuesto y sus recursos estaban en la punta de sus lanzas. Sabían los realistas que buscándolos no encontrarían más que el acero, la persecución y privaciones de toda clase; y por eso se encaminaban a las haciendas y estancias de los propietarios, fuesen o no patriotas; mataban a éstos o sus mayordomos y sirvientes, y luego daban aviso oficial de haber batido y muerto al caudillo Fulano, y de que le quitaron tales o cuales cosas, que por lo regular era la vigésima parte de lo que había ocupado. No se faltaría a la verdad asegurando que, toda vez que se daba cuenta de haberse quitado al enemigo ganados o efectos de cualquier especie, eran éstos precisamente arrebatados a un desgraciado comerciante, o sacados de las estancias.» «Las correrías y talas se hacían aun en los parajes cuyos habitantes, confiados en las promesas del general, habían depuesto las armas, obligándolos a empuñar de nuevo, como sucedió. Escribiendo al señor La Serna uno de los caudillos de la

frontera de Tarija, don José Hurtado, le dijo: «Cuando estábamos quietos han venido vuestros soldados a llevarse nuestras haciendas y a matar a nuestros peones. ¿Estas son las dulzuras de la paz que nos ofreciais? Mejor estábamos con las amarguras de la guerra, porque al fin no nos robaban ni asesinaban impunemente.» «Fué una guerra de pillaje—añade Urcullu—, en que tuvieron gran parte los americanos que se decían realistas; estimulados por la venganza y la avaricia aprovechaban toda ocasión de satisfacer estas pasiones; y como tenían más conocimiento de las localidades hacían incursiones, de las que resultaba mayor pérdida a los propietarios y a las provincias.» (37).

Pocos hechos culminantes y de significación política hay, pues, en este año de 1818 en el Alto Perú, salvo la prolongación de la guerra con los caracteres pintados por Urcullu y la participación todos los días más activa y más decidida de las mujeres en la lucha contra los españoles y sus aliados criollos, impulsadas a tener que defender por la fuerza la integridad de sus bienes y personas. Y como la mujer, cuando abraza una causa política o confesional, pone más odio y más constancia en perseguir el éxito, fué ella quien avivó el ardor de los independientes cuando parecía adormecerse por las largas perspectivas de la victoria o el anhelo de la paz fecunda y bienhechora.

Pero si por su lado los independientes se esforzaban por acabar con la dominación peninsular, por el suyo los señores no se descuidaban un punto en destruir hasta el germen mismo de la revuelta acudiendo con valor y perseverancia allí donde se presentase el menor movimiento de desorden o sedición. Es así, por ejemplo, que el comandante de Santa Cruz de la Sierra, Aguilera, que había destruído a los grandes caudillos Padilla y Warnes, al saber que nuevas bandas se aprestaban a incursionar por sus dominios, salióles al encuentro a principios del mes de febrero y los derrotó en distintas acciones; el

brigadier Ricafort hacía igual cosa en la provincia de Cochabamba, cogiendo en mayo al caudillo Guzmán, y, por último, el coronel La Hera, gobernador de Chuquisaca, excursionaba de guerra por el partido de Laguna, venciendo a los rebeldes, tomándoles sus pocas armas y haciendo prisionero al caudillo Mollo.

Corría el mes de junio y el ejército de La Serna seguía acantonado en Tupiza ocupándose de completar sus efectivos o de ir, por fracciones, a sofocar los movimientos insurreccionales pasando de un lugar a otro y yendo de los climas duros del yermo a las vegas tropicales del Oriente, casi sin reposo y con un coraje y una abnegación verdaderamente admirables cuando se conoce la topografía de esas regiones ásperas y montañosas, privadas de caminos, desiertas o sólo animadas por la presencia de los indios quechuas y aimaraes, recelosos y de vivir horrendamente miserable. E iban con igual brío y entusiasmo, siempre dispuestos a pelear y a locupletarse con los despojos del vencido, sin crear casi nunca afecciones por ningún lado, siempre con la imaginación vagando por los campos de la patria distante, sufridos, animosos y crueles.

En ese mes de junio, que llegó al campamento general de La Serna el brigadier don José Canterac con el título de jefe de Estado Mayor, expedido por el rey de España, y no bien tomara posesión de su cargo, se preocupó de preparar una expedición a Tarija, donde la causa de la independencia había tomado mucho incremento por la acción de los caudillos Espinosa, Sánchez, Rojas y otros temerariamente audaces, y que fueron batidos por los capitanes de Canterac, pagando con la vida algunos, como Peralta, Rosales y sometiéndose incondicionalmente otros, como Eustaquio Méndez.

Por este tiempo es que se supo en el cuartel general de Tupiza las proezas de la escuadra independiente del Pacífico y se pensó que bien podían los patriotas intentar una expedición al Perú, o por lo menos repetir sus

hazañas en los países altos. Para prevenir cualquiera de estas eventualidades quiso el virrey Pezuela crear cuerpos de reserva y acantonarlos en Arequipa al mando del brigadier Canterac; pero el general en jefe, que convenía en lo principal con su superior, pensaba, acaso con mayores fundamentos, que esas reservas debían permanecer en un lugar más céntrico, como Puno, y esta divergencia dió motivo a un cambio de cartas no del todo cordial entre los dos hombres. Impuso su voluntad el virrey; entonces La Serna, que ya se sentía cansado y no convenía con los planes de aquél, elevó su renuncia ante el monarca español alegando motivos de salud.

Así concluyó este año de 1818, con perspectivas poco risueñas para los realistas, que, recién con las derrotas en Chile y en el mar, comenzaron a darse cuenta que su causa no era la de los pueblos y que bien podían ser esas derrotas el comienzo de su expulsión del Continente.

Enviada su renuncia, salió La Serna de Tupiza el 1 de mayo de 1819 con dirección a Oruro y de allí a Cochabamba para buscar la benignidad de un mejor clima, donde a fines de ese mes recibió de España la autorización para volver a Europa.

No quiso viajar de pronto. Acaso se resistía a ponerse en relación con Pezuela y prefirió quedar en el valle y dirigir u ordenar las expediciones contra los caudillos de la sierra, que no cesaban de agitarse, hoy más esperanzados que nunca al saber el giro que iban tomando los asuntos en Chile, donde San Martín preparaba, en unión con O'Higgins, sus tropas para invadir el Perú.

Una expedición, al mando del comandante Manuel Ramírez, batió en Aiquile a los cabecillas Centeno Cueto y Calderón el 2 de julio, y un mes después en Totorá a Quintón, Curito y Rojas, en tanto que Aguilera en el Oriente mataba al caudillo Serna. Por su parte, el coronel Valdés en La Paz expedicionaba en octubre a los valles de Mohoza e Inquisivi para dispersar las partidas de los hermanos Contreras y derrotaba a los caudillos Ra-

mos, Herboso y Gómez, tomándoles ganado en abundancia, armas y municiones. Por el lado de Tupiza era perseguido el caudillo Chorolque, famoso por sus hazañas; y así de un punto a otro del territorio altooperuano se perseguían como a bestias dañosas a los jefes de los independientes, sin escatimar rigores ni sentir piedad por desdichas ajenas.

En septiembre entregó el mando La Serna al brigadier Canterac y tomó el camino de Lima.

Bien veía La Serna que la guerra tocaba a su fin por el odio incolmable y exasperado que supieron despertar los suyos, y estaba convencido de que los acontecimientos se iban encadenando todos en favor de la causa de la libertad. Veía, sobre todo, que era unánime en el Continente las esperanzas de liberación alimentadas con vigor por los simultáneos triunfos de Bolívar en el Norte y de San Martín en Chile, y enfermo, melancólico, desengañado, se iba acaso por vergüenza al ver los crímenes y abusos que se cometían y que él no pudo ni quiso ni supo evitar.

Pero esta visión desesperanzada de los asuntos de América no se presentaba únicamente a los ojos entristecidos de La Serna. También la veían de lejos, desde España, si no con la precisión y la nitidez del honrado militar por lo menos con la suficiente agudeza para comprender que el régimen político imperante allí, y que era prolongación del que regía en la Península, aunque más acentuado por la distancia, no estaba de acuerdo con las nuevas tendencias del espíritu público ni se adaptaba a las recientes conquistas del derecho político. Por eso es que cuando Riego proclamara el 1 de enero de 1820 la constitución del año 12, rota por Fernando, las primeras fuerzas en plegarse al movimiento libertador fueran las que se alistaban a partir a la América, asestando así un rudo golpe al secular despotismo del monarca absoluto que hubo de jurar la nueva Constitución, «ya que tal era la voluntad del pueblo».

Semejante situación de la Península no se conocía, naturalmente, en estos primeros meses de dicho año, y Canterac sólo se ocupaba de acrecentar su ejército conquistando reclutas con los que hubo de apartarse a las llanuras de Salo, donde se dió, con el empeño que solía poner en sus determinaciones, a la disciplina y entrenamiento de su gente, pues era un instructor de primera clase y poseía bellas cualidades de carácter, adornado con esa picardía gala, herencia de sus padres. Trabajaban con él ayudándole algunos oficiales de brillantísima figuración, noble proceder y altas dotes intelectuales, y entre los que se distinguían el coronel Jerónimo Valdés, de apenas treinta años de edad, valiente y animoso como pocos, austero de trato, generoso en sus arranques, desprendido y a quien con sobrada justicia se le llamaba «el Bayardo español»; el teniente coronel Andrés García Camba, acaso el más estudioso de todos, bastante perspicaz y que después anublaría los méritos de su prestigio militar por los del memorialista circunspecto y detallado aunque imbuído de prejuicios de casta y rango étnicos que deslucirán su obra de cronista e historiador; y, por último, los jefes Mariano Ricafort, José Santos La Hera, Baldomero Espartero, José Carretalá y otros, muchos de los cuales, por su trato con los vencidos, su porte señorial y su coraje en las batallas, sabrán mantener sin mácula las virtudes de su raza y presentarse dignos de los capitanes que dieron lustre a la historia de la patria grande.

Poco tiempo por desgracia estuvo Canterac a la cabeza de las tropas reales del Alto Perú, pues fué sustituido en febrero de ese año por el general Juan Ramírez y Orozco, que, como carácter y condiciones morales, era el antípoda de aquél.

Ramírez, inmediatamente de posesionarse del cargo, ordenó que saliesen las tropas a Tupiza, pues traía las intenciones de invadir por la séptima vez en diez años las provincias argentinas, y dispuso que se hiciese una batida general de los caudillos independientes

antes de ponerse en marcha sobre aquellas provincias.

Marzo y abril se dedicaron a estas operaciones. Entre el 8 y el 11 de marzo el comandante militar de Mizque batió a los caudillos Flores, Rifarache, Cáceres, Calderón y Román, aprisionando al primero y matando a Rifarache; en Tarija el gobernador Vigil derrotaba en abril y daba muerte al caudillo Hidalgo, cuya cabeza se mandó colocar en el abra de Pulcara.

El 8 de mayo inició Ramírez Orozco su movimiento de avance hacia las provincias argentinas. Al salir de Tupiza dió orden a sus tropas, y el rasgo pinta la brutalidad de su carácter, de derribar cuanto árbol de talla mayor se daba en esa región de clima áspero y donde la vegetación arbórea tarda mucho en desarrollar; y en veintitrés días de marcha constantemente obstaculizada por la resistencia siempre heroica de los gauchos de Güemes, ahora desorganizada por los celos y las rivalidades, llegaron a Salta, pasando por Jujuy. Llevaba Ramírez Orozco 4.000 hombres perfectamente *entrenados* por Canterac, y en su Estado Mayor a la cabeza de las divisiones iban los brillantes oficiales anteriormente mencionados, y los cuales, destacados a un lado y otro de la ruta, presentaban combate al enemigo, volviendo a repetirse ahora, aunque con menos intensidad, el mismo fenómeno que con La Serna, es decir, que el ejército invasor halló la cerrada y heroica resistencia en la población y que sólo era dueño del suelo en que ponía la planta.

Pocos días permaneció el ejército en Salta, porque allí fué donde los realistas tuvieron conocimiento de los sucesos de España; y aunque alarmados por la repercusión que tendrían en las colonias, hubo jefes que recibieron con regocijo la noticia, pues participaban de las opiniones políticas de Riego y deseaban para su país un Gobierno constitucional y responsable. Pero la novedad que verdaderamente hubo de impresionarles cambiando de rumbo todos sus proyectos fué la de saber los prepa-

rativos que se iban haciendo en Chile para invadir por mar la costa del Perú y atacar en su centro de resistencia al personero y representante del monarca español en el virreinato de Lima. Grave como era el aviso y pensando que su acción sería del todo ineficaz en esas provincias tan alejadas del peligro, resolvieron contramarchar hasta su cuartel general de Tupiza, donde entraron a mediados del mes de junio.

Quisieron los caudillos aprovechar de esta ausencia, y en Cochabamba salieron del refugio de sus montañas; pero fueron batidos Gandarillas la noche del 20 de junio en Chiaraque, poco después Padilla en las abruptas montañas de Colpa y en Mooja los parciales de Moya, muerto en el combate. Por fin, al finalizar el mes de julio, caía preso el mismo Gandarillas, y todas estas excursiones por breñas, playas y despoblados sólo servían para irritar el humor de los españoles, para quienes, al justo decir de Camba, «el acto de batirse era la faena más fácil de ejecutar».

Estando en Tupiza, y cuando ya se hacían los preparativos para trasladar más al Norte las fuerzas, corrió en el cuartel general el rumor de que un oficial de alta graduación que había formado parte de la expedición a Salta, peruano de nacimiento, el coronel Agustín Gamarra, tramaba una conspiración dentro del ejército mismo contra el poder de los españoles. Rumores de esta índole no eran raros por aquellos días del decline español, pues muchos oficiales de origen americano, ante la magnitud de la empresa de San Martín en el Sud del Continente y la gloria guerrera de Bolívar en el Norte, mostraban sus simpatías por la causa de sus compatriotas, que tarde o temprano había de ser la suya también. Ramírez Orozco hizo levantar una discreta información sobre el fundamento de esos rumores, sin resultado alguno; pero como ya se sentía molesto con la presencia de oficiales americanos en su ejército, envió a Gamarra a Lima a uno de los cuerpos allí residentes, y Gamarra,

como más tarde Santa Cruz, Velasco y otros, se pasó a las filas independientes, llevando el contingente de su astucia nativa y de su formidable poder de intriga, y justificando así las sospechas que se tenía de su lealtad.

El 31 de agosto y en obediencia a las reiteradas instancias del virrey de Lima salió de Tupiza el primer contingente de tropas para el Perú al mando del coronel Valdés; el resto, con Ramírez Orozco, fué a situarse en Puno, dejando en Tupiza únicamente una vanguardia al mando del brigadier Olañeta, que tenía un conocimiento profundo del terreno de todo el Alto Perú.

Y es que los acontecimientos se precipitaban en el Norte con desconcertante presteza, pues San Martín había desembarcado con sus tropas el 8 de septiembre en Pisco y enviaba al interior de la sierra al intrépido coronel Arenales, que con sus proezas sabría rendir la admiración del mismo adversario y prestar una eficaz y decisiva colaboración a los planes del capitán argentino.

Pocos días después de ese hecho recibía Pezuela dos órdenes reales, por las que el monarca español, ya a destiempo, disponía que se diese libertad a todos los detenidos por causas políticas y que se jurase la nueva Constitución que él había prometido respetar y cumplir; y aunque el virrey se apresuró en publicar el mismo día esas órdenes y en dar ejemplo jurando de los primeros la nueva Constitución, la medida no tuvo la virtud de desviar la voluntad de los pueblos, orientada definitivamente a un orden de cosas nuevo, basado en la independencia del Continente y la libre disposición de los agregados que lo componían.

Quizá no lo comprendió así Pezuela, porque inmediatamente de jurada la Constitución el 17 de septiembre propuso a San Martín entrar en transacción a base del reconocimiento de la nueva carta; pero las negociaciones no tuvieron resultado apreciable alguno, porque el punto de vista era diametralmente opuesto de ambos contendientes, ya que San Martín perseguía la independencia

completa de todos los dominios peninsulares en América del Sud, y el virrey sólo estaba dispuesto a tratar mediante la sumisión de los americanos a la Constitución del año 12.

En el Alto Perú se juró ésta con grande entusiasmo porque se creyó ver en el acto el comienzo de un nuevo orden de cosas, aunque el entusiasmo obedecía más bien a ver abrirse las puertas de las prisiones, donde hacía tiempo penaban centenares de condenados políticos, los cuales, una vez libres, en lugar de olvidar los sufrimientos de la reclusión abandonándose a la vida del hogar, fueron los más exaltados independientes ya, no sólo porque no tenían hogar o lo encontraron deshecho y en ruinas, sino porque ahora ya tenían la certeza de luchar por una causa que iba a encontrar su recompensa en la victoria, y se sentían muy llenos de odio y de pasión para quedarse inactivos en esos momentos dramáticos y con anchas perspectivas sobre horizontes de libertad.

Y a la par que crecía la esperanza en los patriotas la fe se debilitaba en los defensores del realismo. Y esa fué la hora crepuscular de las defecciones en masa, de las apostasías irremediables que mermó buenas unidades en las filas reales. Las mismas tropas se sintieron contagiadas por el ejemplo desmoralizador, como sucedió con las de Olañeta, acampadas en Tupiza; pero el militar, que era no sólo fiel y abnegado servidor del monarca, sino de los pocos partidarios del absolutismo de los reyes, ahogó en sangre la intentona de pasar a las filas independientes en Salta; que tal era el complot fraguado, y dispuso que se sentasen sobre el banquillo a los oficiales que mostraron sus simpatías por los caudillos altoperuanos enviándoles algunos elementos de resistencia.

Y es así, siempre con sangre, como concluyó este año de 1820 en las tierras altas del Alto Perú.

CAPÍTULO VII

Cobra aliento la revolución en 1821 con los triunfos de Bolívar y San Martín.—Proezas de la escuadra independiente.—El virrey La Serna evacua Lima. — Casimiro Hoyos proclama el 1 de enero de 1822 la independencia del Alto Perú.—La entrevista de Guayaquil.—San Martín se aleja de América.—Expedición desastrosa de Santa Cruz al Alto Perú.—Desorganización del Perú.—La anarquía en el ejército real.—Batalla de Junín.—Sucre se queja de Bolívar.—Bolívar encomienda a Sucre la tarea de acabar con el enemigo.—Batalla de Ayacucho.

Y que no se les ocultaba a los realistas el decline de su secular poderío político en América, ni la atracción todos los días más grande ejercida por el movimiento libertario en los ánimos de las poblaciones nativas, lo dicen las crónicas de la época y el irrecusable testimonio del general en jefe de las fuerzas operantes en el Alto Perú, Ramírez Orozco, quien con fecha 1 de enero de 1821, avisaba al ministro de la Guerra de su país «del inminente peligro que se divisa con visos de certeza» por el triunfo de la revolución y del poderío alcanzado por el adversario «en la fuerza física y mucho más en la moral», y que únicamente los espíritus enceguecidos podían dejar de ver. Y al detallar los movimientos militares que comprometieran la estabilidad y seguridad del régimen y los triunfos alcanzados por Bolívar y San Martín, constaba con melancolía que existía «en los habitantes fieles de la América un descontento general, un vivo disgusto y una desconfianza de perder para siempre las esperanzas del buen éxito de las armas nacionales». Y concluía pidiendo un socorro pronto y eficaz en toda

clase de elementos de guerra, si se deseaba mantener todavía esos bienes de la Corona. (189).

Pero ya era demasiado tarde. La revolución surgía con brío incontenible, y al saberlo así los espíritus vacilantes, acomodaticios y sin átomo de fe en sus propias convicciones, no tuvieron más remedio que orientarse hacia donde soplaba el éxito, y muchos de los principales en el Perú, foco central del realismo, abandonaron las filas o las antesalas del palacio y se fueron a ofrecer el 24 de enero a San Martín. Allí estaban entre los militares los mencionados Gamarra y Velasco, después ambos presidentes respectivamente del Perú y de Bolivia, y entre los civiles, muchos hacendados de gran fortuna, nobles de nuevo cuño y señores de cuna dorada.

Ante esta situación y en vista del carácter irresoluto del virrey y de su lenidad para tomar decisiones que compusiesen o detuviesen la marcha de los acontecimientos excepcionalmente graves y que amenazaban echar por tierra el edificio institucional de la Península, de la opinión general «de que en el Gobierno no existía plan para conjurar la tempestad que crujía, y que si había alguno, era sólo el de conservar a Lima mientras se pudiera, como se decía, y capitular después, idea que abiertamente resistían la mayoría del ejército y demás defensores de los derechos españoles» —según Camba (189)— determinaron a los militares sustituir al virrey Pezuela con el general La Serna, quien, en momentos de partir, hubo de quedarse en Lima ante la insistencia del vecindario, que creía hallar en él al único militar realmente de valor intrínseco, que en tan críticas circunstancias pudiese detener el avance de San Martín, lo que se hizo el 29 de enero con el general asentimiento y la complacencia de civiles y militares.

Si de algo sirvió la medida y hasta pudo ser salvadora de no haberse declarado antes la anarquía en las filas reales, fué entonces sólo para prolongar la guerra y pedir el apoyo de las fuerzas colombianas vencedoras con Boli-

var en el Norte, pues ya la causa estaba herida de muerte, aunque para rematarla se necesitase todavía la ofrenda de muchos sacrificios.

En los comienzos de abril de ese año, la escuadra independiente, dirigida por el almirante Cochrane, llegó a Arica e intimó rendición al gobernador del puerto, quien se negó altivamente a entregar la plaza, pues contaba con una guarnición de «trescientos o cuatrocientos hombres—dice Miller—, y el único punto de desembarco estaba defendido por una batería de seis piezas». (327).

Miller recibió la orden de intentar un desembarco con algunas tropas, no porque se tuviese absoluta necesidad de ello, sino porque—lo da a comprender el mismo autor—, muchos de los oficiales que venían a bordo del *San Martín*, al ver desde el barco y con la ayuda de sus catalejos internarse al fondo del valle recuas de bestias cargadas, creyeron que eran los tesoros reunidos en el puerto que se estaban haciendo escapar, y pidieron con insistencia a Cochrane se apoderase de ellos. «Lord Cochrane cedió a tantas importunidades», y Miller fué el designado para desembarcar.

Intentó, en la primera noche, un desembarco en el mismo Arica, pero se lo impidieron lo escarpado del litoral y la braveza del mar; al día siguiente tocó tierra en el Morro de Sama, a unas diez leguas al norte de Arica, y en tanto que él, Miller, tomaba el camino de Tacna, «con notable atrevimiento»—dice el cronista y guerrero Camba—, su segundo iba a Arica y en las proximidades tomaba un cargó de dinero con más de medio millón de pesetas. En los archivos de Tacna halló Miller los documentos de tres buques anclados en Arica y abarrotados con mercaderías para los realistas, y las cuales se tomaron o se distribuyeron entre las tropas organizadas en Tacna y las de Miller, «pero los soldados patriotas de Tacna tuvieron escasamente tiempo para gustar aquellos golosos incitativos—cuenta Miller—, porque hubieron de salir a batirse con los destacamentos envia-

dos por el general Ramírez Orozco desde Oruro y Puno, los centros más inmediatos de aquel puerto exclusivamente destinado al servicio del Alto Perú, y que en acción reñida fueron batidos el 22 de mayo, en Mirave, siguiéndose luego otras acciones en que Miller obtuvo siempre ventajas sobre el enemigo, señalándose como un experto comandante y un hábil estratégico.

En tanto que Miller realizaba estas proezas en la costa sud del Perú, los acontecimientos se precipitaban en Lima, ciudad que fué evacuada el 6 de julio por el virrey La Serna y en la que entró San Martín el 10 en medio de grandes y entusiastas aclamaciones para jurar solemnemente el 28 la independencia del Perú en la plaza principal de esta metrópoli, profusamente engalanada con banderas chilenas y argentinas. «Desde este momento el Perú es libre e independiente por el voto general del pueblo y la justicia de su causa; que Dios lo proteja»—dijo en ese acto San Martín, y sus palabras sentenciosas y solemnes sellaron la libertad de un noble pueblo.

Este hecho, la derrota del ejército realista mandado por Canterac y la retirada al Cuzco de La Serna y sus tropas, determinaron a don Casimiro Hoyos, vecino de Potosí, a proclamar la independencia del Alto Perú el 1 de enero de 1822 y poner preso a don José Esteves, que en ausencia del gobernador Francisco Huerta Jáuregui había quedado en su lugar.

Los antecedentes poco conocidos de Hoyos, la prisa que se dió en celebrar su hazaña con banquetes, libaciones y bulliciosos festejos populares cuando más propio habría sido reunir elementos para asegurar su intento o fortalecer la decisión de sus parciales, dió lugar a que el cronista Camba aventurase la suposición de que el acto de Hoyos «no parecía promovido con otro fin que el de robar y fugarse los causantes con lo robado, primero al áspero cerro de Pilima y luego adonde la suerte los arrastrara», suposición acaso confirmada porque en ver-

dad no fué mirado con singular entusiasmo el acto del caudillo, y la reacción que luego vino, inevitable, recibió el apoyo de las clases populares y hasta de los indios mineros, siempre decididos a seguir a quienquiera les hiciese oír el lenguaje de las reivindicaciones. El hecho es que concentrándose las tropas de Chuquisaca, Oruro y Tupiza a la noticia del movimiento, lo sofocaron al nacer y castigaron con la muerte al caudillo, que fué pasado por las armas en la plaza principal de Potosí el 21 de enero, junto con 22 de sus parciales entre soldados, oficiales y vecinos del lugar.

En el curso de este año de 1822 se podía decir que la guerra contra España estaba concluida en el Continente, pues sólo quedaba como foco vivo de resistencia y en la parte más intrincada y más difícil de los Andes, el ejército de La Serna, posesionado de la antigua capital del Imperio Incásico, en el Cuzco. Para alcanzar ese ejército y vencerle allí donde la Naturaleza y el clima son los enemigos naturales del hombre en las partes altas de la sierra, era indispensable, eso sí, el concurso de una voluntad indomable y el apoyo de fuerzas, no sólo numerosas, sino hechas al fuego de los combates y a las marchas por los riscos de los Andes, que en ciertos puntos son inaccesibles a planta de bestias o de hombres, y se muestran siempre enmarañados y hostiles.

Las tropas reales del virrey, reclutadas en su mayoría entre los naturales de esas regiones y potentemente reforzadas por el núcleo de las aguerridas de España, podían perfectamente soportar las inclemencias del frío, de la altura, defendida además por el temible soroche, y hasta de la poquedad de alimentos, y era preciso oponerles otras que no fuesen ni menos resistentes, ni menos heroicas. Y se pensó, naturalmente, en esos andinos famosos que, encabezados por Bolívar y Sucre, habían hecho la inmortal campaña de Quito; en los llaneros del Orinoco, ya legendarios, y, particularmente, en sus grandes capitanes vencedores gloriosos en Bombaná, Pichincha, Carabobo,

Boyacá y otros mil combates entre los grandes de la historia universal.

De aquel lado también se miraba con angustia y sobresalto los dramáticos incidentes de la lucha en el Perú, pues harto sabían los conductores políticos y militares de esa gran campaña que quizá sus esfuerzos resultarían estériles si solamente quedase en medio del Continente un solo punto de donde no se hubiese barrido de raíz el poderío español; y el gran capitán lanzaba, al justo decir de Blanco Fombona, desde su por entonces residencia en Guayaquil, donde había ido con asuntos militares y diplomáticos, «un tiempo miradas ochocientas leguas al Sur y ochocientas leguas al Norte», ansiosos de que sus esfuerzos de titán no se viesen esterilizados por falta de un fuerte sentimiento de solidaridad continental, hasta entonces desconocido en el mundo de Colón.

Es en esa hora de cavilaciones y postreras incertidumbres que recibió el Libertador la noticia de que San Martín abrigaba el proyecto de dirigirse a Guayaquil, no tanto con el propósito de establecer entre ambos las bases de una colaboración en vista de acabar con el resto de los ejércitos españoles posesionados de las sierras del Bajo y Alto Perú, como con el de anexar al territorio del país que lo había elegido por su protector el puerto y las tierras de Guayaquil, disputados por los dos países fronterizos. Entonces Bolívar, adelantándose a los designios de su rival en gloria, «se dirigía—como dice lord Cochrane—apresuradamente a Guayaquil con la mira de tomar la delantera a San Martín, cuyas intenciones sobre aquella provincia él conocía». (285).

De suponer es que esta habilidad diplomática del héroe del Norte hubo de causar algún disgusto en San Martín; pero como era hombre sereno y la superioridad de su alma no consentía pasiones viles, disimuló su derrota, y no pensando sino en servir con celo a la causa común, dirigió con fecha 13 de julio una carta a Bolívar en momentos en que éste hacía su entrada triunfal en la

ciudad disputada, al frente de sus soldados, aún cubiertos con el humo de los combates, y en dicha carta, después de felicitarle por los triunfos guerreros que había obtenido, se apresuraba en aceptar el contingente de tropas ofrecido por Bolívar, pues le decía: «El Perú es el único campo de batalla que queda en la América, y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el Continente». (43).

Esta carta, puede decirse, era sólo el anuncio de su visita, porque la envió a su destino en el momento de partir a Guayaquil para encontrarse por la primera y única vez con Bolívar. Señalóse su presencia en la ciudad recientemente anexada al Ecuador en el preciso momento en que Bolívar, lleno de esa exuberancia pasional que era una de sus características, firmaba su carta de respuesta en la mañana del 25 de julio de 1822, y en que al trato ceremonioso y protocolar de San Martín oponía el afectuoso título de «dignísimo amigo», para concluir asegurándole que con su presencia en Guayaquil iba «a empezar a disfrutar la dicha de conocer el objeto caro que amaba sólo por la opinión, sólo por la fama». (207).

Cordial y afectuosa en apariencia fué la entrevista de los dos guerreros. Se abrazaron frente a la brillante comitiva militar del héroe del Norte; San Martín con la moderación y la fría solemnidad que ahuyentaban todo sentimiento expansivo de su lado, y Bolívar lleno de ese impulso nervioso que en veces le hacía aparecer niño a los ojos de la gentes lejanas; los dos acaso con recelo, y ninguno con verdadera sinceridad. Ambos sentíanse grandes, el uno más que el otro; pero el del Norte, de natural expansivo, lleno de arranques, a veces inmoderados, no tenía ni la astucia ni el disimulo de ocultar sus impresiones o sus conceptos sobre los hombres y las cosas, como lo hacía por lo común el del Sur, ostentando una impasibilidad marmórea y un dominio extraordinario de sus nervios. Es por eso que en el banquete ofre-

cido en su honor la noche del siguiente día al de su encuentro, Bolívar, perdiendo una vez más la moderación del hombre heroico, se mostró inferior a su rival cuando alzando su copa brindó con estas palabras, llenas de un orgullo que sólo el sombrío y huracán evocador de Zaratustra podrá con el tiempo igualar: «Por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el general San Martín y yo.»

Y San Martín, acaso aprobando y complacido en el fondo, repuso con llaneza también inigualable: «Por la pronta conclusión de la guerra; por la organización de las diferentes Repúblicas del Continente y por la salud del Libertador de Colombia.» (43) (207).

En esa misma noche partió San Martín, y el viento que soplabla las velas de su barco iba a llevarlo, no ya a las costas donde la muchedumbre agradecida lo recibiría con cánticos de esperanza, sino a las playas lejanas del destierro voluntario, del voluntario enterramiento en vida, noble y trágico a la vez.

¿Qué se dijeron, cómo y por qué chocaron estos dos hombres? ¿Cuál fué la causa de su ruptura de por vida? Largo tiempo permanecieron sin respuesta estas dos preguntas, porque los testigos presenciales de la entrevista habían prometido callar el secreto; pero ya alejado el tiempo, cicatrizadas quizá las heridas del amor propio u obedientes a la voz imperiosa de la Historia, que les pedía hablar, rompieron su secreto y hablaron. Hablaron todos, hasta los actores, y hoy se sabe que en Guayaquil hubo el encuentro de dos grandezas morales, en el que no se sabe cuál admirar más, si el desprendimiento solemne de San Martín o la perspicacia vidente de Bolívar; si la generosidad del uno o la nobleza heroica del otro.

De una a cinco de la tarde duró la conferencia que celebraron el 27 de julio de 1822; y allí apenas tocaron la cuestión de Guayaquil, ya resuelta por Bolívar; pero se extendieron en la forma de gobierno que habrían de adoptar los pueblos independizados después de fijar con

detalles el número de tropas que Bolívar enviaría al Perú para concluir la guerra y la dirección a la que estarían sometidas, que no era precisamente la del protector del Perú.

Seguramente en este punto sufrió San Martín el primer rozamiento desagradable cuando Bolívar le dió a entender que las tropas colombianas, al enviarse al Perú después de recabar la respectiva autorización del Congreso de su país, estarían dependientes del jefe que él mismo elegiría; a lo que San Martín, humillando su altivez de capitán vencedor por servir con más eficacia a la causa de la independencia, repuso haciéndole una proposición que casi desarmó al capitán venezolano: «Bien, general—le dijo—; yo combatiré bajo sus órdenes. Puede venir con seguridad al Perú, contando con mi cooperación. Yo seré su segundo.»

«Bolívar, sorprendido—comenta bellamente Mitre—, levantó la vista y miró por primera vez a su abnegado interlocutor, dudando de la sinceridad de un ofrecimiento de que él no era capaz.» «No podía Bolívar—dice otro historiador desafecto a Mitre y poco o nada admirador de la grandeza moral de San Martín, Carlos Villanueva—, aceptar bajo sus órdenes a San Martín, porque sería declararlo su vasallo, y esto no le convenía, por delicadeza primeramente, y después por la consideración de que, al hacerlo así, desmerecería en el concepto del mundo político por presentarse como un vulgar ambicioso que imponía, para salvar una situación, el sometimiento del Jefe del Estado, quien, empequeñecido a primera vista, se levantaría a una gran altura moral.» (207) (43).

Si en este punto San Martín supo mostrarse superior en desprendimiento a Bolívar, en el de la forma de gobierno para los nuevos Estados Bolívar superó en mucho a San Martín por la perspicacia para prever el futuro político de los nuevos Estados, por su sinceridad republicana en oposición al extraño monarquismo de San Martín, que al basarse en una apreciación exacta de lo que

en aquellos momentos se veía en las nuevas nacionalidades no era, sin embargo, motivo suficiente para querer implantar regímenes que ya para el criterio de la época parecían disconformes con el espíritu de los tiempos. Con todo, no se puede ocultar que las observaciones de San Martín entrañaban una desconsoladora realidad, tangible hasta hoy en ciertos países de este Continente con un siglo de vida republicana.

«Considere usted, general—le dijo San Martín a Bolívar—, la poca civilización de las colonias españolas, la heterogeneidad de sus razas, el modo como está dividida la propiedad, la unidad de religión, la aristocracia del clero, la ignorancia de la generalidad de los curas, el espíritu militar de las masas, que es consecuencia de estas guerras civiles prolongadas. Todos estos elementos presagian una anarquía desconsoladora cuando hayamos concluído la guerra de la independencia; y acaso entonces tendremos que arrepentirnos de haber querido fundar repúblicas democráticas en estos países.» (43).

Bolívar, con un sentido profundo de la realidad y con gesto apasionado y vehemente, rebatió las ideas de San Martín, haciéndole ver que lo que precisamente faltaba en América eran los recursos indispensables para hacer Monarquías en países tan pobres como eran los que acababan de sacudir el yugo español, y con elementos raciales de tan poca significación, aun en aquellos que llevaban marca de distinciones sociales, étnicas, de abo-lengo o de riqueza, y se presentaban mostrando un espectáculo lamentable en comparación de los núcleos sociales de otros países de vieja tradición y un glorioso pasado histórico.

«No hablaré a usted—le dijo—de los títulos de Castilla en Venezuela, Nuevo reino de Granada, Chile, Guatemala y Buenos Aires, porque son tan pobres, que no pueden darle una comida a un príncipe. Baste saber que para ir a sus Estados, si así pueden llamarse sus haciendas, tienen que cabalgar en una mula o un caballo mal

adoctrinado, armados de polainas o de zamarros, con su poncho, ruana o manta y un sombrero de paja con una funda de hule, a guisa de mayordomo de sus mismas propiedades...»

Y como si los hechos quisiesen probar la exactitud de las previsiones de San Martín sobre la proximidad inminente de un período de revolución y anarquía, confirmando a la vez los reparos de Bolívar a la inactualidad de las ideas emitidas por su interlocutor, le reveló una carta escrita en Lima y donde se le anunciaba el estallido de una revolución contra San Martín, cuyas ideas monarquistas no aceptaba el elemento militar. Ante esta lectura San Martín, súbitamente orientado quizá en ese punto, dijo con tristeza:

«Si esto tiene lugar, ha concluido mi vida pública; dejaré el suelo de mi patria, me marcharé a Europa a pasar el resto de mi vida en el retiro, y ojalá que antes de cerrar los ojos pueda yo celebrar el triunfo de los principios republicanos que usted defiende. El tiempo y los acontecimientos dirán cuál de los dos ha visto con más exactitud el futuro.»

Y Bolívar, grave y vidente, dijo las palabras proféticas que la patria de San Martín habría de ser la primera en verlas realizadas:

«Ni nosotros ni la generación que nos suceda verá el brillo de la República que estamos fundando; yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; y, al fin, una nueva casta de todas las razas producirá la homogeneidad del pueblo. No detengamos la marcha del género humano con instituciones que son exóticas, como he dicho a usted, en la tierra virgen de América.» (43).

La entrevista concluyó, y esos dos hombres se separaron quizá envidiándose uno a otro las cualidades que les faltaban, pero descontentos ambos por el encuentro, descontentos también por haberse conocido y porque vieron que los dos juntos no podían ni debían actuar en un mis-

mo teatro, ni ser colocados en el mismo plano. «Bolívar y yo no cabemos en el Perú»; y estas palabras de San Martín a su amigo Tomás Guido explican todo el proceso del drama.

La tarde de ese día del 27 de julio se embarcó, y cuando, a los veintitrés días de viaje, llegaba de retorno a Lima, se encontró con una situación distinta de la que dejara, pues el descontento había estallado contra su sustituto el alto peruano Bernardo de Monteagudo, «no sólo por su enconada persecución contra los españoles, sino también por las que había emprendido contra los patriotas que le eran desafectos» (51), y porque, de un espíritu intolerante hasta la intransigencia, de gustos aparatosos y sibaríticos que chocaban con las costumbres morigeradas de esa sociedad hecha en moldes de cultura palaciega, de voluntad fuerte y decidida para perseguir el acato de sus determinaciones, le enajenaron la voluntad de los limeños, y lo cual en el fondo, según el citado Mitre, «no era sino el síntoma de las resistencias latentes que la generalidad de los peruanos abrigaba contra el gobierno protectoral.»

Así lo comprendió San Martín. Entonces, aferrándose aún más a la idea de dejar el Poder e irse y que llegó a poseerlo con la cruel fijeza de una obsesión, se apresuró en convocar al Congreso para el 20 de septiembre y ante el que se presentó «vestido de grande uniforme, ocupando la testera del salón bajo un dosel suntuoso, y cuando todos los diputados estuvieron sentados, San Martín se despojó de la banda bicolor, investidura del jefe supremo, e hizo dimisión del mando». (15).

Y, sin esperar nada, entristecido y desengañado, esa misma noche alzaba de las costas del Perú su tienda de campaña para no fijarla nunca más en tierras de América.

El Congreso, después de votar una serie de recompensas y honores para San Martín, asumió la dirección de los negocios públicos, delegando después su ejercicio en una Junta Gubernativa compuesta de tres diputados;

pero como ésta se presentase poco apta para el manejo de los negocios públicos e inhábil para la dirección de la guerra, pues que bajo su gestión se produjeron los desastres en las acciones de Torata y Moquehua, el ejército desconoció la autoridad de la Junta y colocó en la presidencia a don José de la Riva Agüero, de gran prestigio entre las clases populares, quien se apresuró en enviar un agente a Bolívar con la misión de solicitar su protección y el apoyo de sus ejércitos victoriosos.

Corría el año 1823, y no bien ciñese Riva Agüero la banda presidencial como primer mandatario del Estado peruano el 28 de febrero, puso su desbordante actividad al servicio de la reorganización del ejército, buscando la colaboración de militares organizadores y de empresa como Santa Cruz, Gamarra, Miller, y a quien el Congreso suspendió de grado a la vez que a Riva Agüero le daba el título de gran mariscal, siendo apenas coronel de cívicos y que «no había asistido nunca ni siquiera a una guerrilla». (207).

Pero siendo un título meramente decorativo y en consonancia al carácter que investía, supo ser debidamente honrado por Riva Agüero, porque fué tal su celo y actividad para lograr lo que se proponía que, al decir de Camba, «formó como por ensalmo un cuerpo de ejército numeroso», (189), y dispuso un plan de campaña admirablemente concebido, que dió mucho que pensar a los realistas, según confesión del cronista citado.

Siguiendo las directivas de ese plan, salió Santa Cruz del Callao el 23 de mayo a la cabeza de seis batallones de infantería, tres de caballería y ocho piezas de artillería, que formaban un total de 5.000 hombres, y desembarcando en Arica a mediados de junio se internó en la sierra; atravesó los Andes por el lado de Puno y fué a dar hasta La Paz, donde entró el 7 de agosto a la cabeza de una parte de sus tropas, mientras su segundo, Gamarra, seguía desde Arica el camino tradicional, yendo a parar a Oruro por el Tacora y San Andrés de Machaca.

Sucre, que había llegado a Lima con las tropas enviadas por Bolívar y con el cargo de una especial misión diplomática, fué consultado por Riva Agüero sobre la conveniencia de enviar dicha expedición; pero el vencedor de Pichincha, que era adverso a ella, no quiso adelantar ninguna idea, y sólo por carta a Bolívar manifestó sus impresiones recelosas y lo que corrientemente se decía en Lima acerca de los ocultos planes atribuidos a Santa Cruz, y que si tenían algún fundamento, fueron luego desvanecidos por la acción prescindente en política que observó en el Alto Perú el futuro mariscal de Zepita.

«Los porteños y otros dicen—escribía el 10 de mayo—que el general Santa Cruz tiene por objeto de su expedición apoderarse de las provincias del Alto Perú y segregarlas del Perú y Buenos Aires, formando un Estado separado, y, por tanto, hay una oposición terrible a tal expedición por los de Buenos Aires, a quienes les quitaría sus provincias». (374).

Sucre, al escribir así a Bolívar, sólo se hacía eco de la opinión predominante entonces y que se había difundido viniendo de las provincias altoperuanas, donde el grupo de dirigentes permanecía reacio a la idea de todo sometimiento a poder ajeno, pues la Audiencia de Charcas había sufrido agravios profundos de ambas partes; es decir, de peruanos y argentinos, que en sus expediciones, cual ya se vió, no hicieron sino tratar al país como enemigo o cosa conquistada, sin consideración por las personas, su honor o su fortuna. Y pues Santa Cruz era oriundo de ese país alto, bien pudo abrigar esa secreta intención; pero no hay señales ni nunca se supo que haya ejercido presión alguna en aquel sentido.

De lo único que se ocupó Santa Cruz en los pocos días que estuvo en La Paz fué de aumentar sus efectivos con los montoneras del caudillo Lanza, y si se vió obligado a dejar la ciudad para trasladarse al Desaguadero fué porque supo que el infatigable general Jerónimo Val-

dés avanzaba a su encuentro haciendo prodigios de resistencia, ya que sus tropas, en menos de dos meses de viaje sin reposo, venían haciendo jornadas de veinte millas por día por esos caminos de montañas ásperas, abiertos al borde de simas casi insondables.

El encuentro de los adversarios fué rudo, y tuvo lugar el 25 de agosto en los campos de Zepita. Y aunque Santa Cruz pudo obtener algunas ventajas, no consiguió el triunfo completo sobre su audaz adversario, que hubo de retirarse del campo al tiempo que aquél hacía lo propio para ocupar sus posiciones de la otra banda del Desaguadero, adonde le llegó la noticia de que el virrey La Serna se había incorporado en las proximidades de Zepita a las maltratadas fuerzas de Valdés. Entonces, ganado Santa Cruz por el miedo, retrocedió en busca de las tropas de Gamarra con el propósito de presentar con su segundo cara al enemigo; pero cuando supo que La Serna había logrado reunirse también con las divisiones de Canterac y Olañeta, emprendió por el camino del Desaguadero la más desastrosa de las retiradas, sin tratar de medirse con el enemigo, y la cual bien pronto se convirtió en fuga franca y decidida, pues dejó sembrado su camino «de hombres enfermos y espedos, de armas, municiones, fornituras, caballos, mulas de carga y equipajes». (189). «Desapareció la disciplina—dice a su vez O'Leary—, los oficiales desobedecían al general y los soldados a los oficiales; la desertión era vergonzosa, todo era confusión; el ejército dejó de existir y «sálvese quien pueda» fué la voz general». (14).

El caudillo Lanza no quiso seguir la suerte de Santa Cruz y se retiró a la cabeza de sus mil guerrilleros, disgustado por la actitud del general en jefe, a Cochabamba, donde pensaba proseguir la guerra a su modo con esa tenacidad y ese valor que le valiera el rumboso título de «Pelayo altoperuano» e hicieran exclamar al más valiente de los capitanes españoles, al caballeroso y renombrado Jerónimo Valdés: «Contra hombres así no se pelea: la

guerra en este país es eterna»; pero bien pronto se vió obligado a dejar la ciudad porque supo que una división destacada por el virrey La Serna desde La Paz, adonde había ido después del desastre de Santa Cruz, y mandada por el general Olañeta, venía en su persecución.

Fué recibida en Falsuri y el caudillo dió allí pruebas de que bien ganado se lo tenía su prestigio, pues se batió como fiera acorralada dando ejemplo a sus soldados, no menos heroicos que su jefe:

«Duró la acción media hora—dijo Olañeta en su parte al virrey—con la obstinación más infernal que puede imaginarse, hasta el término de cesar los fuegos y atacarse a la bayoneta; mas el valor de los señores jefes, oficiales y tropa, arrolló con la turba de desesperados traidores, y a no ser que el escuadrón Tarija, que estaba desmontado, con dificultad hubiera escapado uno solo. Queda el campo cubierto de cadáveres; han dejado en nuestro poder como 500 fusiles, otros tantos correajes, 30 lanzas, todo su parque, y los pocos que se salvaron se han dispersado para la cordillera.» (40).

Este combate de Falsuri, realizado el 16 de octubre de 1823, fué el último presentado por los caudillos del Alto Perú, porque de allí en adelante la dirección de la guerra la tomarían los jefes de la gran Colombia hasta la defección de Tumusla en 1825, punto final del dominio de los reyes de España en América.

Precisamente por este tiempo ya había llegado a Lima el libertador Bolívar y hecho su entrada vencedora a la capital de los reyes el primero de septiembre de 1823, en medio de la delirante alegría del pueblo peruano, no obstante el grupo del presidente Riva Agüero y de algunos congresales que veían con temor y desconfianza la participación de un extranjero en sus negocios interiores.

El Perú atravesaba en aquellos días por un momento de descomposición político y social verdaderamente alarmante. «El infierno no es menos inhabilitable que esta capital sembrada de partidos, de odios, de intereses en-

contrados; en fin, de tantos elementos de mal»—escribía el general Tomás de Heres a Bolívar el 28 de noviembre de ese año. Y poco después acentuaba con detalles su impresión diciendo:

«Propiamente hablando, el Perú no tiene administración ninguna: es un buque en el cabo sin velas y sin timón; y si se cree imposible que un buque en estos términos arribe felizmente a su destino, no tengo por menos imposible que el Perú dé ni aun pasos siquiera hacia el término dichoso de su carrera, teniendo a la cabeza de los negocios hombres como los que por desgracia de la América lo están. Lo que lleva el nombre de administración es ineficaz, es nulo absolutamente.» «No se trabaja nada; no se piensa en nada; todo es atropellamiento; no se considera sino el momento presente; y me atrevo en asegurar que jamás se ha pensado en el porvenir. La casa de gobierno es un hormiguero; puede irse allí más bien como a un jubileo que como a una casa de Despacho público.» (375).

Sucedía esto porque el descontento, la anarquía, el deseo de figuración, la angurria de los empleos y otros vicios, eran los resortes más activos, los únicos quizá, que movían a esas gentes; y en medio de tanta ambición pedestre frente al enemigo, sólo se alcanzaba a ver el deseo del éxito personal, aun a costa del interés común. De ahí que al llegar Bolívar al Perú y convencerse de que los informes de sus agentes, como Sucre, la Heres y otros impregnados de pesimismo, eran exactos, dijera con deseos de poner fin a ese estado de cosas imposible y que amenazaba anular su obra: «Este es un desierto sembrado de vicios y de necesidades urgentes; pero que debemos conservar a todo trance para salvar a Colombia de la ruina que la amenaza.» (15).

Firme en este propósito y después de componer a su modo las disidencias surgidas entre el presidente Riva Agüero y el Congreso, y que muchos pensaban eran fomentadas por Sucre para preparar la dominación sin con-

control de su jefe Bolívar, éste se dedicó por entero a la organización y disciplina de las tropas independientes, que estaban encuadradas por tropas personalmente traídas de su patria, valientes, aguerridas y sólidamente animadas del deseo de independencia. Y sin reparar en esfuerzos superiores a la energía y voluntad humanas, venciendo dolencias físicas y contratiempos políticos, llegó a reunir 9.000 hombres; pero si bien podía contar con el apoyo de sus soldados, no pasaba lo mismo con la voluntad de los dirigentes, entregados a sus luchas de predominio político, ni con la de los militares de alta graduación, sometidos unos al nuevo presidente Torre Tagle y otros fieles a Riva Agüero; estado de descomposición que pintó el mismo Bolívar en su oficio de 14 de diciembre dirigido al ministro de la Guerra peruano desde su cuartel general de Cajamarca, donde se encontraba:

«... Todo amenaza ruina en este país; mientras yo avanzo hacia el Norte, el Sur se ha desplomado. Cuando vuelva al Sur estoy cierto que esta parte del Norte va a sufrir trastornos inevitables, porque el Perú se ha convertido en campo de Agramante, en el cual nadie se entiende.» (189).

Pero si de anarquía y descomposición se quejaba el vencedor del Norte, celos, rivalidades y anarquía más furiosos destrozaban los ejércitos del virrey La Serna, en doble superiores a los de Bolívar, pues contaban con 18.000 hombres al comenzar este año de 1824, también aguerridos y no menos seguros de su superioridad sobre el adversario.

Complejas pero de carácter puramente personal fueron las causas que motivaron la desorganización en las filas reales.

El año anterior, en el mes de enero, había recibido el general Pedro Antonio de Olañeta comunicaciones de España noticiándosele que pronto se le enviarían los despachos de virrey de La Plata y se le daban instrucciones para que como capitán general procediese al arreglo

de dichas provincias, ya entonces independizadas del poder español. Olañeta, mal avenido con las ideas liberales de La Serna, en violenta oposición a las suyas, de un subido absolutismo, y, más que todo, disgustado por las distinciones acordadas por el virrey al general Jerónimo Valdés, a quien encomendó la dirección de los ejércitos del Sud, cuando por derecho de prioridad nacido del grado le correspondían esas funciones, exasperaron su ánimo hasta obligarle a desobedecer las órdenes del virrey, pues cogió sus tropas y abandonando la vigilancia de la sección encomendada a su celo se fué con ellas hasta Tarija, donde ningún peligro amenazaba ni se sentía la necesidad de la presencia de tropas en ese distrito mantenido en orden por Aguilera con la severidad que le era habitual.

La Serna, al tener conocimiento de esto, impartió órdenes terminantes llamando a sus oficiales al cumplimiento de su deber; «pero Olañeta, más avisado, arrestó a estos coroneles y los sustituyó con otros jefes de su devoción». (51).

Quedaron rotas las hostilidades y el virrey debía usar de todo su poder si quería conservar la necesaria disciplina en sus tropas, sobre todo la autoridad indispensable sobre sus subordinados, y, en consecuencia, se dispuso a usar medidas de rigor contra el general inobediente.

Pero Olañeta, que tenía su plan premeditado, fué más diligente que el virrey. Se dirigió a Potosí, donde La Hera hacía de jefe político y militar y quiso atraerlo a su causa; mas el militar pundonoroso se negó a ser infiel, y, previendo un ataque, se encerró en la Casa de la Moneda, donde sostuvo el asalto de las fuerzas rebeldes, ante las que hubo de capitular después de una breve pero enérgica resistencia. Conseguido este primer éxito, y creyendo que todos los caminos se le allanarían para dar paso a su voluntad, envió de Potosí, con fecha 29 de enero, un violento oficio de destitución al gobernador de

Chuquisaca, general Maroto, contra el que sentía una vehemente inquina y a quien acusaba de estar de acuerdo con La Hera para hacerle la guerra.

«... Desocupe esa plaza—le decía descortés y enérgicamente—, a virtud de estar nombrado para su gobierno el señor coronel don Guillermo Marquiegui, tomando V. S. el partido que más le acomode, en la inteligencia que mis tropas se encaminarán a posesionarse de ella, y que si V. S. es aprehendido será tratado con todo rigor, a que se ha hecho acreedor por su conducta falsa y fementida.» (189).

Maroto, considerando imposible oponer ninguna resistencia a Olañeta, dejó Chuquisaca casi al tiempo que las tropas del rebelde ocupaban la ciudad el 13 de febrero, quien, al dejar Potosí, lanzó una proclama singular en que, proclamándose soldado del rey y de la religión, instaba a los peruanos a rebelarse contra el virrey La Serna, que, en su concepto, no representaba ningún principio de orden ni de gobierno.

Instalado Maroto en Oruro, y en respuesta a la proclama de Olañeta, lanzó otra en que señalaba a aquél como a «caudillo revolucionario», y ponía en guardia a los pueblos contra las intenciones del rebelde, únicamente encaminadas a comprometer la causa de la corona. El virrey, por su parte, envió en comisión al general Jerónimo Valdés para que tratase de reducir a la obediencia a Olañeta; y aunque ambos firmaron un convenio por el que mutuamente se hacían concesiones, Olañeta, rompiendo sus pactos, siguió reforzando sus tropas con intenciones nada pacíficas. Entonces Valdés, a la cabeza de sus 5.000 soldados, ocupó Oruro, con intenciones de entrar en campaña y batir a Olañeta, que tanto daño iba causando a la causa del rey en esos instantes particularmente críticos en que Bolívar preparaba su ejército al pie de la cordillera de los Andes, y seguía con particular avidez los incidentes de esta lucha, que no podía menos de favorecer sus planes.

Cuando le pareció que era definitiva y sin arreglo posible la ruptura del virrey con su capitán, escribió de su cuartel general de Huaras, con fecha 21 de mayo, una extensa carta a Olañeta en que, dándole razón por su actitud, le decía que La Serna sólo anhelaba trabajar por y para sí en el Perú, le instaba a que secundase los proyectos de los independientes, ya que esa era la voluntad unánime de los pueblos de toda la América española. A la vez, y siempre con la idea de atraer a su adversario, lanzaba Bolívar una proclama loando la actitud de Olañeta y haciendo entrever felices sucesos para días no lejanos.

«¡Peruanos!—decía Bolívar en su proclama—. Dos grandes enemigos acosan a los españoles del Perú: el ejército unido y el ejército del bravo Olañeta, que desesperado de la tiranía española, ha sacudido el yugo y combate con el mayor denuedo a los enemigos de la América y a los suyos propios. El general Olañeta y sus ilustres compañeros son dignos de la gratitud americana, y yo los considero eminentemente beneméritos y acreedores a las mayores recompensas. Así, el Perú y la América toda deben reconocer en el general Olañeta a uno de sus libertadores». (14).

No cabe entonces duda posible de que la actitud de Olañeta favoreció, sin quererlo, el triunfo de la causa americana en un plazo mucho más corto del naturalmente previsto, yendo algunos hasta sostener que sólo a ese motivo obedecieron los triunfos de Bolívar y Sucre en Junín y Ayacucho, opinión acaso disentible si se tiene en cuenta la enorme diferencia numérica entre las tropas de los adversarios en ese momento y que sin esta circunstancia las reales habrían pesado en masa sobre el enemigo, que, o habría tenido que aceptar la lucha en condiciones desventajosas, lo que no es presumible, o, de lo contrario, habriase visto obligado a hacer enormes y costosísimos sacrificios para poderse poner en el mismo pie de su adversario, lo que no se presenta fácil ante la

crítica *a posteriori* de estos acontecimientos. De lo que sí ya no cabe dudar es de que, según las propias palabras del Libertador, Olañeta tiene derecho a la gratitud americana porque su pueril vanidad, su orgullo indomitable y la estrechez de sus aspiraciones políticas fueron una poderosa palanca que movieron a los ejércitos libertadores para el combate de la victoria definitiva y total.

Vió, pues, La Serna, que la actitud de Olañeta significaba una cabal traición a la causa común, y resolvió recurrir a las medidas enérgicas para dar fin con el mal.

Hizo emplazar a Olañeta, en nombre del rey, para que, en el plazo de tercero día, eligiera uno de estos dos términos: «O comparecer en el Cuzco a ser juzgado, con arreglo a ordenanza, en compañía de los generales Hera y Maroto y demás que debieran ser procesados, o marchar a la Península para representar personalmente al soberano cuanto tuviera conveniente, ofreciendo permitir en este caso que le acompañaran las personas que gustasen». (189).

La respuesta de Olañeta fué un largo manifiesto, «obra de su artificioso sobrino» Casimiro, dice Camba, en que el general, protestando de su amor a las instituciones, de su respeto a la ley y su ciego sometimiento al soberano, acumulaba una serie de acusaciones contra el virrey y su camarilla.

Hubo que abrir campaña. Valdés salió de Oruro con su gente en dirección a Potosí, y Olañeta dejó esta ciudad y tomó el camino de Tarija, por la vía de Cinti. Su ejército se componía de 4.000 hombres, y estaba mandado por generales hábiles y valientes, como Aguilera, que había abrazado la causa del rebelde, y el coronel Valdés, alias el *Barbarucho*.

Los encuentros fueron varios, con varia fortuna para los dos adversarios. Se batieron el 12 de julio en Tarabucillo, y Valdés sufrió una seria derrota, perdiendo más de 500 hombres en el encuentro; se batieron en Cotagaita, en Santa Victoria, en Tarija, en Laguna; y así, siempre

peleando, recorrieron, puede decirse, casi todo el territorio altoperuano, haciendo lujo de valor, resistencia y un conmovedor espíritu de sacrificio. Al fin, Valdés, cansado y dolorido por lo mal que se iba poniendo la causa real, envió un emisario a Olañeta, el 25 de agosto, con un oficio en que, diciéndole *Basta de sangre*, le ponía de manifiesto la necesidad de concluir con esa campaña de desgaste y de ruina para los ejércitos de España, y le proponía que quedase en posesión de los territorios al sur del Desaguadero en tanto que él iba a incorporarse a las tropas del virrey, pues los momentos eran premiosos y había que hacer frente al enemigo común.

Efectivamente, Bolívar no dejó escapar esos momentos propicios, pues en tanto que peleaban los realistas, él había concluido de poner su ejército en pie de guerra, y el 15 de junio daba orden de que avanzase para traspasar la cordillera. La marcha lenta y difícil por esas cumbres de la más alta cordillera del globo, con excepción del macizo asiático, se hizo por las quiebras de Yanahuanka y Huaricaco para ir a rematar al Cerro del Pasto, donde se halló reunido el 1 de agosto de 1824.

El 2 se efectuó la revista general. Bolívar, previendo la proximidad del encuentro, proclamó a sus soldados lleno de esa fe y de ese brio que nunca le abandonaban:

«¡Soldados! Vais a completar la obra más grande que el Cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud», etc...

El 5, y al saber que los realistas avanzaban a su encuentro, hizo llamar a los generales Sucre y La Mar, y les dió sus instrucciones para la marcha del día siguiente del ejército. Éste, al rayar el alba, se movió del Pasto con dirección del pueblo de Reyes, siguiendo la falda oriental de la enorme cordillera por un terreno áspero, lleno de quiebras, rugosidades y barranqueros y tratando de ocultar el anuncio de su presencia al enemigo. Marchaban ambos ejércitos a una altura de 12.000 pies sobre el nivel del mar, casi en la línea de las nieves perpetuas,

dominados por las altas cumbres de los Andes, y se encontraron en la llanura de Junín al caer la tarde del día 6 de agosto.

El choque fué breve, sangriento, casi brutal dentro de la brutalidad de la guerra. No se oyó un solo tiro. Fueron cargas de caballería. Y tan violento se manifestó el empuje de los coraceros españoles, que en el primer instante lograron casi deshacer la caballería patriota, cuyas lanzas enormes impresionaron visiblemente a los realistas, según cuenta Camba. La lucha con arma blanca duró dos horas; pero al fin las cargas sucesivas de los escuadrones patriotas lograron arrollar a los valientes de Canterac, que de ex profeso había querido hacer uso de su arma creyendo que iba a obtener una fácil victoria sobre la caballería del ejército libertador, que era «la mejor del mundo», en concepto del mismo historiador.

Con las sombras de la noche se retiraron las vencidas tropas de Canterac, y con tal presteza, «que se introdujo en aquellos intactos y acreditados batallones el más sensible decaimiento». (180). La marcha duró toda la noche hasta acampar en la tarde del día siguiente cerca de Jauja; pero iban los hombres con la moral ganada, sedientos, con hambre y terriblemente cansados.

Bolívar no intentó perseguir a los fugitivos. Sabía que su resistencia a la marcha era insuperable y sus tropas se hallaban rendidas con el combate y la jornada sin descanso del día. Durmió esa noche sobre el campo de combate, y al día siguiente estuvo en Reyes, y el 13 de agosto en Huancayo, de donde siguió marcha hasta Huamanga, donde llegó el 28.

Estando en Huamanga, y antes de proseguir viaje al interior hasta las orillas del Apurímac, comisionó a Sucre para que, volviendo a retaguardia, concentrase los dispersos para conducirlos al cuartel general. Sucre, que veía como posible un próximo encuentro con el enemigo, recibió la orden con marcada repugnancia, por parecerle que se le encomendaba una comisión impropia

de su calidad de primera autoridad del ejército; pero la llenó, como solía, a satisfacción de su superior. Mas luego de cumplir su cometido, redactó su renuncia en términos altivos, a la par que conmovedores, y se la mandó con un correo extraordinario a Bolívar.

«Yo he sido separado de la cabeza del ejército—le decía— para ejecutar una comisión que en cualquier parte se confía, cuando más, a un ayudante general, y enviado a retaguardia al tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente, se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz de las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil.»

«No sé si al conferirme semejante comisión se ha tratado de abatirme; pero lo dudo infinito, y mi conducta me persuade que no lo he merecido; tampoco sé si porque se me juzgue inepto; pero en tal caso, me consuela que he servido a usted y al ejército con un celo especial, y que en la campaña he tenido una absoluta consagración a todos los trabajos...» «Mi situación es un verdadero conflicto; estoy separado del ejército por la distancia del honor al vilipendio, y mi corazón está unido a usted, al ejército y a la gloria de Colombia en la libertad de este país.»

La respuesta de Bolívar es todo un rasgo de caballerosidad, nobleza y generosidad. Y estos hechos pintan a aquellos hombres; con gentes así se ganó la guerra y se fundó un nuevo Estado que llevaría el nombre del jefe y su capital y el del capitán, ambos dos dignos de esta merced a pocos concedida.

«... Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio, cuando usted ha pensado que yo he podido ofenderle. Estoy lleno de dolor por el dolor de usted; pero no tengo el menor sentimiento de haberle ofendido.

»La comisión que yo he dado a usted la quería yo llenar; pensando que usted la haría mejor que yo por su inmensa actividad, se la conferí a usted, más bien como

una prueba de preferencia que de humillación.» «Si salvar el ejército de Colombia es deshonoroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas.» «Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí, tampoco lo era de usted.» «Si usted se va, no corresponde usted a la idea que yo tengo formada de su corazón. Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás, y usted marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí.

»Esta es mi respuesta. Soy de usted de corazón.—*Bolívar.*» (14).

Si antes era ciega adhesión la que sentía Sucre por su jefe, ahora llegarían al fanatismo sin límites su sumisión, su acato y su amor por el hombre que, con gestos tan llenos de dignidad y nobleza, sabía rendir la voluntad de otro hombre tan digno como él, igualmente noble y no de menos grandeza moral.

Y que Bolívar no sólo apreciaba los talentos militares de Sucre, sino que tenía en muy alto concepto sus capacidades políticas, lo probó algunos días más tarde al volver hacia fines de septiembre de una expedición a la orilla norte del Apurímac, de donde no pudo pasar porque la estación lluviosa se había declarado con anticipación y con una violencia raras veces vista en esos parajes. Hizo convocar a varios de sus jefes para escuchar su parecer sobre los inconvenientes que se iban presentando para perseguir al ejército enemigo y batirlo, si posible, en sus posiciones del Cuzco. Ese ejército, después de las transacciones mediadas entre los generales Valdés y Olañeta y la incorporación de las tropas de Valdés a las del virrey, formaba un núcleo bastante respetable, y bien podía, pasando de pronto el Apurímac, vengar la derrota de Junín, empresa no del todo difícil ya que las tropas independientes, formadas casi en su totalidad con gentes de los llanos de Colombia, Venezuela, Chile y la Argentina, no podían acostumbrarse a ese terreno de monta-

ñas inaccesibles y al aire enrarecido de las alturas... Al Consejo asistieron los generales Sucre, La Mar, Santa Cruz, Lara, Córdoba, Miller, Gamarra y O'Higgins, «que estaba en la costa, y a quien se mandó llamar con este objeto». (49). Muchas fueron las opiniones vertidas, y todas disconformes. Entonces Bolívar, volviéndose a Sucre, le dió el encargo de dirigir el ejército impartándole sus instrucciones para completar la campaña, y, si posible, llevarla a su feliz término, con lo que satisfizo la excesiva quisquillosidad del pundonoroso jefe y reparó los males que pudo haberle causado ante la opinión de sus demás capitanes.

Realizados estos arreglos, Bolívar tomó camino de Lima el 7 de octubre. El 10 se apresuró Sucre en adoptar un plan concebido en un Consejo de guerra, compuesto por los generales La Mar, Lara y Miller. Este último, entrando en desacuerdo con sus colegas, acordes en mantener invariable el plan establecido por Bolívar, opinó por que se tomase francamente la ofensiva, sin dar tiempo a que el enemigo pudiera recibir el contingente de los 5.000 hombres de Valdés, que precisamente en ese momento llegaban al cuartel general del virrey, cansados, es verdad, pero con fuerte espíritu combativo.

No pudo adoptarse ningún acuerdo, porque en el calor de la discusión hubo cambio de palabras algo duras entre Sucre y Miller, que desde ese día quedaron distanciados por largo tiempo, aunque después volvieron a reanudar sus cordiales e íntimas relaciones; pero, a los pocos días, se movió el cuartel general para ir en reconocimiento de las avanzadas enemigas situadas en la orilla derecha del Apurímac, cuyo paso en esos instantes se hacía casi imposible, porque los realistas, al retirarse después de la derrota de Junín, habían cortado los antiquísimos puentes colgantes hechos de totora, y uno de los cuales, el principal, «fué mandado construir por el cuarto inca Maita Capac, con el designio de llevar sus huestes al otro lado de ese río y extender sus conqui-

tas al poniente y al norte de la capital del Imperio» (189).

El 11 de noviembre estuvo en Andahuaylas, y trece días después, el 24, se avistaban los enemigos por primera vez, siendo así que hacía semanas iban buscando posiciones en ambos márgenes del río, y lo que fácilmente se explica porque los ejércitos beligerantes maniobraban en un terreno profundamente cortado por montañas y barranqueríos que les permitía divisarse a largas distancias, aunque sin riesgo ninguno.

Eran 17.000 hombres que así se movían estratégicamente en esas lomadas de los Andes, donde sólo existen miserables caseríos de indios en las faldas de los montes, o pobres aldehuelas como arrodilladas ante la majestad inmovible de la Naturaleza, que allí se presenta hosca y severa. De esos 17.000 hombres, 10.000 eran del ejército real y los restantes formaban la legión independiente; y unos y otros sabían que de ese encuentro iba a depender la suerte de su pendón, y ansiaban medirse de una vez para saber de qué lado se inclinaba la fortuna.

Al fin, tras una serie de movimientos por entre valles, ríos y quebradas, en que los adversarios tan pronto se buscaban como se huían, revelando en los jefes una consumada pericia en el arte de la guerra, consiguieron detenerse unos y otros cerca del pueblecillo de Quinoa, habitado por sólo indios y situado en las proximidades de Ayacucho, llanura ondulada y breve al pie del pico nevado del Condorconca. Era el 8 de diciembre y los ejércitos se apercibieron para la lucha, entrando esa misma noche en combate las guerrillas.

Amaneció el 9 con deslumbrante sol: a su lumbre saltaron a lucir el blanco purísimo de las eviternas nieves y el verde jocundo de los prados. El aire vivo y fresco «parecía influir en el ánimo de las tropas» —dice Miller—, porque venía cargado con el aroma de todas las flores silvestres que en ese mes primaverañ abren su broche sobre los campos andinos.

Formáronse las líneas de combate, y Sucre, caballero en ágil y brioso corcel de color castaño, pasó frente a sus tropas, brillante la mirada, erguido el busto joven y airoso, firme la voz, diciendo a cada regimiento, como Bolívar, esas palabras mágicas que empujan a la muerte a los guerreros o les hacen cosechar de entre los despojos las palmas de la victoria, y, a veces, hasta la inmortalidad de la fama:

«¡Soldados!: De los esfuerzos de este día depende la suerte de la América del Sur...»

El mil veces intrépido Valdés, héroe entre los héroes realistas, fué el primero en lanzarse sobre el enemigo, y a su actitud de arrojo respondió del otro lado la heroica gallardía del joven general Córdova: «¡Adelante! ¡Paso de vencedores! ¡Armas a discreción!» Entre los jefes, más grande emulación todavía: el caballeroso virrey La Serna, al ver flaquear hacia la tarde a sus tropas, se mete en medio de ellas, cual un simple soldado, y es derribado de su cabalgadura con seis heridas que manan sangre; Sucre, presente en los sitios donde es más cálida la acción, no se da un punto de reposo, y su actitud de fría impassibilidad es un estímulo para los pocos que se muestran tibios o medrosos; Miller, a la cabeza de sus coraceros vencedores en Junín, acosa al adversario y le obliga a volver grupas, en desorden. Todos luchan con ardor y resolución firme de vencer, y el campo se cubre de cadáveres porque nadie quiere dejarlo al adversario; pero la causa defendida por los patriotas siempre inspiró más fe a los hombres y ahora les prestó ese último aliento de las horas decisivas, y los patriotas se quedaron dueños del campo, porque la derrota fué «completa y absoluta», según reza el parte oficial.

Sucre, para vencer, había invocado en su proclama a su héroe tutelar, Bolívar; y es a Bolívar a quien se dirigió al día siguiente de la victoria sabiendo que su noticia iba a causarle una de las alegrías más vivas de su vida, y feliz por dársela; pero fué delirante y loca.



La conoció Bolívar, antes que por la carta privada de Sucre, por la comunicación que de Paucartambo le hiciera Santa Cruz recogiendo la misma tarde de la derrota detalles de los soldados españoles que huían. Y fué tan grande y loca la explosión de júbilo en su ánimo, que se despojó de su casaca bordada y arrojándola al suelo cogió la carta y se puso a dar saltos y cabriolas por el salón, gritando con voz alterada: «¡Victoria!, ¡victoria!» Acudieron sus edecanes, alarmados, y al enterarse de los motivos corrieron a esparcir la noticia por las calles, y a poco repicaban todas las campanas de los infinitos campanarios de Lima y en las calles y plazas las gentes se entregaban a mil manifestaciones de alegría. Lo que le decía Sucre en su carta del 10 de diciembre era lacónico y severo a la vez: «Mi general: está concluida la guerra y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted que por nada...»

Aquí, en esta frase, se pinta Sucre. Se ve su adoración a un hombre, ciega, inmutable. Puede ser grande su acción; acaso eso le importa poco a él. Lo que desea y quiere con todas las potencias de su espíritu es que el hombre a quien obedece esté satisfecho de sus servicios y tenga la seguridad de su generosa abnegación. Por eso, al concluir, sólo pide una cosa y su petición conmueve y aturde porque muestra hasta dónde es capaz el corazón del hombre cuando arde en su interior la llama sagrada de la gratitud y la afección. «Por premio para mí pido que usted me conserve su amistad...»

Diligente y previsor como era Sucre, no se descuidó de enviar tropas al Cuzco para que tomaran posesión de la plaza. Esas tropas fueron puestas bajo las órdenes del general Gamarra, quien, partiendo del campo de acción el 12 de diciembre, llegó a su destino el 24, siendo recibido con inequívocas señales de regocijo y general contentamiento, las que se renovaron en grado superior cuando algunos días después hizo Sucre su entrada a dicha ciudad.

CAPÍTULO VIII

Sucre pide instrucciones al Libertador para operar sobre el Alto Perú.—Incertidumbre de Bolívar.—Repugnancia de Sucre por pasar el Desaguadero.—Trascendental encuentro de Sucre con don Casimiro Olañeta.—Sucre lanza el 9 de febrero en La Paz su decreto creador de la nacionalidad.—Acción de Tumusla y muerte del último general realista.—Sucre recibe en Potosí la primera carta reprobatoria de Bolívar.—Razones por las que Bolívar quiso oponerse a la fundación de la República.—Sucre explica su conducta.—Es reforzado por un decreto del Gobierno de Buenos Aires en que concede a las provincias altoperuanas deliberar sobre sus propios destinos.—Alarma del vecindario de Potosí al saber el retiro de las tropas independientes. Retrato del general mariscal de Ayacucho.—Segunda carta reprobatoria de Bolívar.—Delicada posición de Sucre.—Carta de instrucciones de Bolívar y su decreto de 16 de mayo, limitatorio del de 9 de febrero de Sucre.—Dolorosa impresión que causa en los altoperuanos este decreto.—Su resolución de acatar las instrucciones de Bolívar.—Sucre manifiesta su repugnancia por dar curso al decreto del Libertador.—Alarmas del delegado argentino por la tardanza de Sucre.—La opinión altoperuana dividida en el asunto de la independencia.

Vencido para siempre el enemigo en Ayacucho, pensó Sucre que su labor estaba concluída y que la hora del reposo había llegado para él, blanda y en brazos del amor; pero como entre sus instrucciones recibidas de Bolívar la principal era acabar completamente con el adversario y el adversario se mostraba todavía irreductible con Olañeta en el Alto Perú, aunque nada peligroso por su situación y sus efectivos, creyó también que la misión de acabar con él bien se podía dejar a cualquiera de sus generales; mas entonces acudieron a su mente los recuerdos de que las provincias de Charcas no dependían ya de la jurisdicción del Perú, sino que desde 1778 hacían parte del virreinato de Buenos Aires, sobre el que ni él ni su

jefe tenían la autorización de operar. Entonces, ante la incertidumbre de no poder cumplir en absoluto las instrucciones recibidas frente al enemigo recalcitrante y sus escrúpulos de meterse en complicaciones de orden político, optó por dirigirse a su jefe como al único que podía resolver esta dificultad. Lo hizo una semana después de su espléndida victoria y cuando estaba en camino al Cuzco pidiéndole normas de conducta en el conflicto en que se veía envuelto; pero precisas, claras y terminantes, amenazándole, jocosamente, *desertar o enfermarse* si no le iban «sus opiniones, sus conceptos y sus órdenes». (374).

Como este asunto, que él lo creía terriblemente complicado, constituía el eje central de sus preocupaciones en todo ese tiempo de su marcha triunfal al Cuzco, no cesó de insistir en sus cartas, que eran muchas y frecuentes, pidiendo instrucciones detalladas sobre su conducta en el Alto Perú; pero insinuando sobre todo se le relevase de esa misión, sustituyéndole con quienes con más capacidad y más acierto podían llenar deberes militares y aun políticos en jurisdicción ajena, cual podría acontecer, por ejemplo, con el general Santa Cruz, como conocedor del país y natural de él. Pero, de todos modos, él no deseaba meterse en esos asuntos, y, de hacerlo, quería fuese llenando órdenes formales e instrucciones precisas.

Así le escribió ya francamente desde Abancay el 25 de diciembre mostrándole su repugnancia invencible por trasponer las lindes de un territorio que no había solicitado su presencia:

«Yo no quisiera meterme en ese barullo de cosas del Alto Perú; pero pregunto todo, por si de golpe las circunstancias me meten, saber por qué ruta política marchó. Como he dicho a usted, cuento haber concluído mi comisión en Ayacucho, y rogaré a usted mil veces que no me haga pasar adelante.» (374).

Bolívar, desatendiendo dar instrucciones concretas sobre estos puntos expresamente consultados, se limitó a

ordenar que prosiguiera viaje al Cuzco y entrase en los territorios del Alto Perú, pasando el río Desaguadero, límite marcado entre el virreinato del Río de la Plata y del Perú. Sucre, como nunca obediente y sumiso, siguió viaje y llegó al Cuzco en los primeros días de diciembre, y el 8 de enero volvió a escribir a Bolívar solicitando claramente el envío de una norma a seguir y pidiendo que sus instrucciones le vengán como Libertador de Colombia y no como Dictador del Perú. Y estampa estas palabras que muestran su inquietud y dan a conocer el espíritu predominante entre los naturales altoperuanos:

«Así, pues, sálveme usted esta distinción mandándome hacer las cosas como Libertador de Colombia, pues tenemos que trabajar en un país que no es del Perú ni parece que quiere ser sino de sí mismo.» (374).

Y luego añadía, siempre desconfiado de su misión y resuelto a obrar en vista de órdenes contundentes o dejar, en caso contrario, a otros la misión de llenar las instrucciones de Bolívar, si es que venían:

«Yo he previsto que nos vamos a meter en un laberinto de embrollos; pero, ya que usted me permite hablar con claridad, le diré que el primer día que por falta de aclaración bastante en las órdenes me vea en confusiones, me doy de baja.» (Id.)

Las aclaraciones no llegaron. Y es que—lo cuenta el general Heres—la dificultad promovida por Sucre y los deseos de independencia absoluta manifestados por el Alto Perú constituyeron objeto «de muy serias y profundas meditaciones del Libertador» (375), que entonces, ante el espectáculo desplegado por los pueblos a sus ojos, anarquizados, sin grandes elementos de cultura, deshechos por la angurria de caudillos egoístas y cortos de ambición, pensaba más bien constituir grandes núcleos, o, como dice su historiador O'Leary, «aspiraba con todo el ardor de su alma de fuego a reunir con lazos más estrechos en una gran confederación las repúblicas que había emancipado» (14), y hacer, según frase de

Blanco Fombona, «Estados fuertes y no patrias chicas», ideal en oposición entonces a los deseos de los pueblos altoperuanos, que los manifestaron sin ambages no bien conocieran el resultado de la campaña de Sucre, pues Cochabamba había proclamado la independencia del Alto Perú el 13 de enero de 1825, y el ejemplo de la villa entre todas heroica durante la guerra libertadora lo habían seguido, primero, La Paz, con el gran caudillo José Miguel Lanza, casi jamás vencido; luego, Santa Cruz, con ese general Aguilera vuelto hoy a la causa de la que nunca debió separarse; Chuquisaca, la docta, en seguida; después, Tarija, y, por fin, las provincias mártires, pero indomables, de Cinti, Chichas, Camargo y otras.

Ante el silencio de esfinge de Bolívar, Sucre, que llevara presente en la memoria sus charlas con el Libertador, y en una de las cuales, tenida en el pueblecillo de Yacán, había revelado que el modo de precautelar ciertos intereses era dejar que los pueblos hiciesen su voluntad, ya no vaciló más, no obstante sus grandes inquietudes, y se puso resueltamente en marcha hacia la línea fronteriza de los dos virreinos; pero al tocar sus lindes, en Puno, tornaron a asaltarle las dudas y desconfianzas, y el 1 de febrero volvió a escribir otra carta a Bolívar, en que revelaba los motivos para él superiores que le obligaban a obrar contra su voluntad:

«Empezaré por declarar que sólo por amistad a usted paso el Desaguadero; esa campaña del Alto Perú es muy fácil; pero la organización del país está tan embrollada, que estoy ya preparado a recibir mucho látigo de los escritores de Buenos Aires y dispuesto a perder la gratitud que podía esperar del Perú por mis servicios. Confieso que marché al otro lado del Desaguadero con la repugnancia que iría al suplicio; usted verá cuántos disgustos voy a tener por un negocio que a los intereses de Colombia y a la causa de América importa poco, se decida como se decidiera.» (374).

Y luego, revelando ya sus propósitos políticos sobre esas provincias, le anunciaba que estaba resuelto a convocar a una Asamblea para que ella resolviese lo que mejor cuadrara sobre la suerte de esas provincias.

En este punto central de las vicisitudes por las que atravesó la organización del nuevo Estado cabe anotar una circunstancia que se presiente decisiva en los destinos de Bolivia, porque acaso fué, y es, al final de todo, el origen de su existencia como nación, y que, teniendo una apariencia tan deleznable, entraña, sin embargo, el secreto de su creación como Estado autónomo.

Estando Sucre en Puno, recibió la visita del sobrino del general Olañeta, que mantenía en el Alto Perú sus huestes, aún no vencidas, al servicio del rey.

Era Olañeta en aquellos momentos un mozo de la misma edad de Sucre, alto, arrogante, y estaba dotado de un inimitable don de seducción en la palabra. Había hecho sus estudios jurídicos en la Universidad de San Xavier de Chuquisaca y poseía a fondo el secreto de la discusión y del manejo diestrísimo de las ideas con todos sus resortes del silogismo y sus infinitas gamas de expresión; es decir, era un dialéctico temible y formidable, un adversario sin par, ya que a su espíritu ágil y comprensivo se agregaba esa malicia heredada del lado de su madre y una fatal inclinación a la intriga, al juego doble de las pasiones, a la insinceridad refinada e irremediable propias de su raza y de su medio.

Se presentó Olañeta a Sucre acompañado del doctor Mariano Calvimonte, y dice Burdet O'Connor, «venía desertando de su tío» (81), pues se había pasado a la causa independiente después de haber cruzado casi todos los planes del general, revelándolos oculta y oportunamente a los revolucionarios y jugando así un rol preponderante en los acontecimientos.

El efecto que le hizo a Sucre fué bueno y favorable la impresión que de él recibió, como se desprende de dos párrafos de sus cartas enviadas al Libertador:

«Este don Olañeta, que es tan patriota y que parece tiene talento, lo nombraré auditor general del ejército, que es el más grande rango que hay que darle aquí; él ha sido oidor de la Audiencia de Chuquisaca. En fin, lo trataré con toda distinción, pues además que lo merece, me dicen que tiene un grande influjo en toda la provincia.»

Y dos días después, el 5 de febrero, ya en camino a La Paz:

«Ayer he hablado mucho con el doctor Olañeta sobre el estado de las provincias del Alto Perú...» «Me ha dicho el doctor Olañeta que él cree no sólo difícil, sino imposible, reunir las provincias altas a Buenos Aires; que hay una enemistad irreconciliable; que o se quedan independientes o agregadas al Perú, porque el voto de los hombres de juicio está por pertenecer al Perú, en cuyo caso quieren la capital en Cuzco, o más cerca de ellos.» (374).

¿Qué se dijeron, cómo se hizo la discusión? Nada se sabe. Lo único que de ese momento culminante queda en los anales escrito son las ya mencionadas frases de Sucre, en extremo importantes para el comentario histórico, y una declaración hecha catorce años después por el mismo Olañeta y que, descontados los motivos políticos que la motivaron, se presta lógicamente para un importante análisis retrospectivo.

En mayo de 1839 y para sincerarse de ciertos graves cargos políticos formulados por sus enemigos a la caída de Santa Cruz, que le acusaban de inconsecuencia con Sucre y Blanco, escribió, sin mayor comentario, esta sola frase:

«Después de la batalla de Ayacucho me separé de mi honrado y leal tío en el pueblo de Paria para unirme con el general Sucre en Puno. No deserté con infamia ni traidoramente, me separé con permiso y con su expreso consentimiento... En el pueblo de Acora inspiré al filósofo gran mariscal Sucre la idea de la independencia de

las provincias del Alto Perú y la fundación de una nueva República.» (201).

De todos estos datos dispersos es fácil colegir que la habilidad discursiva del tribuno y su formidable poder de intriga no encontraron mucha defensa en el espíritu recto y legalista del mariscal de Ayacucho, que insensiblemente, tanto por la presión ejercida por Olañeta como por su inflexible amor a los procedimientos legales, se viera inclinado a encontrar la solución del problema que tenía delante, apelando a la consultación popular, base de todos los derechos colectivos.

¿Hasta dónde ahora la decisión de Sucre cruzaba los ocultos planes de Bolívar? Tampoco es posible decirlo con certeza; pero es un hecho innegable que la resolución del vencedor de Ayacucho fué recibida por su jefe con visible desagrado, que se trasluce en su carta de 21 de febrero, respuesta a la en que Sucre le revelaba sus intenciones de convocar a una Asamblea constituyente.

Entretanto Sucre, sin sospechar acaso los contratiempos que iba a sufrir con la publicación de su decreto proyectado, seguía su viaje al Alto Perú, sin abandonar la compañía de Olañeta y tratando de descubrir por su intermedio las corrientes de opinión que prevalecían en los territorios de la Audiencia de Charcas.

Apenas atravesado el Desaguadero, quiso visitar las ruinas de Tiahuanacu, pues Sucre, no obstante de haberse dedicado desde muy joven a la carrera de las armas, sentía, como todo hombre civilizado, la pasión instintiva de la Historia que se forma en los campos de batalla, y en el secreto de los Gabinetes y Parlamentos se fija en la piedra y tiene su eco en la leyenda y el canto popular.

En aquel tiempo, cuando la barbarie gubernativa no había tomado por su cuenta la vigilancia de estos restos y permanecían bajo el ojo impasible de la raza, alzábanse todavía enteros, sin más ofensa que la que el tiempo infiere a las cosas, casi tales como se presentaron a la mirada investigadora y profunda del padre José de Acosta,

dos siglos y medio antes, que llegó a medir, cual él mismo lo cuenta, piedras de 38 pies de largo, 18 de ancho y 6 de espesor.

De Tiahuanacu, Sucre se fué directamente a La Paz, donde llegó el 7 de febrero, para recibir el rendido homenaje del primer pueblo que en América lanzase, sin embozo, el reto al formidable Poder peninsular; y el 9, luego de investigar discretamente la opinión de muchos prominentes altoperuanos reunidos allí, dió su decreto creador de la nacionalidad, en que, reconociendo a los pueblos el derecho de constituirse a su agrado y siguiendo la inspiración de sus preferencias políticas o de sus conveniencias económicas, convocaba la reunión de una Asamblea para determinar la posterior suerte de las cuatro provincias altoperuanas.

Los Olañeta, Serrano, Urcullu, Lanza, Gutiérrez y otros que más o menos directamente contribuyeron con su opinión o sus gestiones a que los propósitos del vencedor de Ayacucho fuesen exteriorizados públicamente en un documento oficial que en sí llevaba su fuerza ejecutiva, dado el pundonor del que lo había concedido y dictado, al obrar como lo hicieron, y contribuir a la creación de un nuevo Estado, no tuvieron para nada en cuenta la situación política, social, económica y étnica de dichas provincias, y menos aún su desventajosa situación geográfica, sino, casi únicamente, la huella profunda de odios y resentimientos abierta en el país por los argentinos y los peruanos las veces que por fomentar o sofocar los movimientos insurreccionales producidos en él habían invadido unos y otros el territorio para atacar los bienes privados de los pobladores, dar fin con los públicos y tratar a las gentes con el desparpajo con que se trataba a las bestias de servicio. También atendieron—y es humano obrar—a sus ansias secretas de dominación y poderío, pues bien veían que sobresaliendo por sus luces y saber dentro de la masa social inculta e ineducada, tendrían que constituir Cuerpo consultivo en los negocios

generales y ser ellos quienes llegarían a manejar los negocios públicos y aplicar a las instituciones las normas y enseñanzas recogidas de la Universidad de Charcas y de sus lecturas hechas a escondidas cuando jóvenes y fuera de los estrados públicos.

Sucre explicaba en su decreto que las intenciones del ejército libertador al atravesar el Desaguadero eran «redimir las provincias del Alto Perú de la opresión española, dejándolas en la posesión de sus derechos», porque «el antiguo virreinato de Buenos Aires, á quien ellas pertenecían a tiempo de la revolución de América, carece de un Gobierno general que represente completa, legal y legítimamente la autoridad de todas las provincias, y que no hay, por consiguiente, con quién entenderse para el arreglo de ellas», y que dicho arreglo debía ser «el resultado de la deliberación de las propias provincias y de un convenio entre los Congresos del Perú y el que se forme en el Río de la Plata». (383). En la parte dispositiva de su decreto señalaba las condiciones que deberían reunir los electores y elegidos, quienes después de las elecciones habrían de reunirse para deliberar en Oruro el 19 de abril, y concluía prohibiendo la intervención de la fuerza armada en las decisiones de la Asamblea.

Dado ya el decreto constitutivo, sólo se preocupó ahora de arreglar los asuntos de administración que no andaban del todo bien bajo la vigilancia del general Lanza, uno de los pocos caudillos sobrevivientes de la gran lucha, y en redactar su discurso de felicitación para la Asamblea; pero como en él había de tocar asuntos de política íntimamente ligados con los intereses de otros países, y no obstante la perspicacia de su talento y la prudencia con que obraba en todas las circunstancias, tenía la cualidad de no fiarse mucho en su propia suficiencia, cualidad de hombre superior, y, por otra parte, temía, como siempre no obrar de concierto con los planes del Libertador, hizo su discurso y se lo envió en borrador a su jefe y hasta le, incluyó un pliego firmado y en blanco para que él pusiese

todo lo que le parecía que debía ponerse. «Yo entiendo poco el lenguaje con que se habla a esos señores—le decía modestamente en su carta de 16 de febrero—, y usted, como acostumbrado, tendrá la bondad de hacerla escribir según crea que debe ser. Hágalo usted tan francamente como quiera.» (374).

Hechos estos arreglos, comenzó a preocuparse ya de su adversario el general Olañeta, que permanecía en Potosí, pero en malas condiciones porque, conociendo sus tropas los resultados de la campaña de Sucre y el triunfo definitivo de Ayacucho, no se mostraban muy animosas para entrar en la campaña a que pretendían arrastrarlas sus jefes, y más bien se notaba en ellas una marcada tendencia a la desertión, acentuada día a día conforme se pronunciaba más unánimemente la voluntad popular de quedar libre del dominio hispano.

Esta voluntad iba a manifestarse pronto mediante la reunión del próximo Congreso, y Sucre, aunque respetuoso con las tendencias populares, trabajaba con mucha discreción y grande buena voluntad para que fuesen elegidos los más capaces y los mejores y evitar el ingreso de los verbómanos intrigantes al seno de la Asamblea. A la vez, y siempre con el deseo de recibir instrucciones detalladas de Bolívar y no hacer cosa alguna que pudiera reprochársele, trataba de acumular obstáculos a la elección de representantes o entretenerlos con asuntos ajenos a la cuestión de independencia, caso de que llegasen a reunirse en la fecha indicada en su decreto.

Fijo ya en estos propósitos, salió de La Paz con dirección a Potosí el 12 de marzo, y el 29 hizo su entrada en la ciudad famosa de las minas, que el día anterior había desocupado Olañeta yéndose con rumbo al Sud, donde pensaba unirse al coronel Carlos Medinaceli, sin sospechar que éste ya se había pasado a la causa de los independientes y ofrecido a Sucre entregar a su jefe «vivo o muerto». La noticia de esta defección causó, a la par que una viva contrariedad al jefe realista, un deseo vehe-

mente de castigar la falta de su subordinado; pero como éste se hallaba empeñado en cumplir su promesa a Sucre, no vaciló un segundo en alistarse al combate con sus 300 chicheños, el 1 de abril, en la quebrada de Tumusla, donde se presentó Olañeta con el resto de sus tropas, que habían venido a parar en 700 hombres de los 3.000 que comandaba todavía el mes anterior.

El combate fué obstinado, y Medinaceli supo batirse con bravura a la cabeza de sus 300 chicheños, que eran gentes rudas y batalladoras; pero los de Olañeta sólo dejaron el campo cuando a eso del anochecer vieron caer a su jefe gravemente herido.

Y es así como con la sangre de este soldado temerario, ríspido y recalcitrante, concluyó en el Alto Perú la guerra de la independencia iniciada el año 9 en Chuquisaca y La Paz, respectivamente, con cierto candor ideológico, y cuando el Poder español en América, todavía intangible, glorioso por el prestigio histórico de su pasado sin ejemplo, incólume aún, disponía de todas sus fuerzas reunidas en esta parte del nuevo Continente convulsionado por la incontrarrestable fuerza de las ideas germinadas con poder avasallador en ese laboratorio de energía que era la Universidad de Chuquisaca; guerra en la cual, si bien se hizo lujo de porfiada heroicidad para combatir al enemigo dinástico, no aparecieron caudillos de alma grande ni capitanes de grande talla que concentrasen en sí suma de virtudes guerreras y cívicas o, por lo menos, fuesen un arquetipo ideal, es decir, la viviente representación de las secretas aspiraciones de la masa, como fué Artigas, por ejemplo, en el Uruguay, según nos lo hacen ver sus modernos historiadores Zorrilla de San Martín, Zum Felde y Hugo D. Barbagelata. Lo único verdaderamente admirable en la guerra del Alto Perú es la acción del pueblo, la fuerza viva de las masas oponiéndose con un espíritu de abnegación sin límites al impulso avasallador de las armas y del poder combinados.

Durante quince años lucharon los pueblos instintivamente con gloria; y si en un comienzo únicamente pelearon por defenderse de las violencias y abusos, poco a poco, a medida que se iban multiplicando las víctimas, cundió en ellos la cabal noción de la autonomía y de la libertad políticas como necesidad ineludible de su existencia. De ahí que en los postreros años se mostrasen tenaces hasta el más puro heroísmo, y dieran, aun contra el ejemplo de muchos caudillos, pruebas de soberana voluntad.

Esa lucha cruenta y sin cuartel preparó la agonizante infancia de la República, porque, eliminada por el exterminio la flor de la raza en sus elementos de mayor audacia y actividad, también cegó las fuentes del auge económico, pues asoló los campos, detuvo el crecimiento de las ciudades, paralizó toda labor de cultura y mermó enormemente la riqueza privada, base de la pública, pudiendo calcularse, con un escritor moderno, Castro Rojas, que el costo metálico de esa brega inhumana asciende a unos cien millones de pesos, la cual suma, según el entendido autor, «representa en su totalidad pequeños capitales destruídos por la guerra y arrebatados a una población económicamente miserable, y que, según todos los cálculos, no pasaba de 900.000 habitantes...» (177).

Estando Sucre en Potosí recibió el 4 de abril la primera carta de Bolívar referente a los negocios del Alto Perú y en sentido que seguramente no sospechaba ni esperaba el gran mariscal de Ayacucho. Esa carta estaba fechada el 21 de febrero y era, como se dijo, respuesta a la en que Sucre le revelaba sus intenciones de convocar a una Asamblea. Entre otras cosas, le decía:

«El negocio del Alto Perú no tiene inconveniente alguno militar, y en cuanto a lo político, para usted es muy sencillo. Usted está a mis órdenes con el ejército que manda, y no tiene que hacer sino lo que yo le mando.»

«El Alto Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires: dependencia inmediata como la de Quito, de

Santa Fe.» «Según dice usted, piensa convocar una Asamblea de dichas provincias. Desde luego, la convocación misma es un acto de soberanía. Además, llamando usted estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata. Desde luego, usted logrará con dicha medida la desaprobación del Río de la Plata, del Perú y de Colombia misma, que no puede ver ni con indiferencia siquiera que usted rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del virreinato.» «Yo he dicho a usted de oficio lo que usted debe hacer, y ahora lo repito. Sencillamente se reduce a ocupar el país militarmente y esperar órdenes del Gobierno.» (383).

Fácilmente se concibe la consternación, el espanto más bien, que semejante carta reprobatoria debía causar en el espíritu de Sucre, tan profunda, tan enteramente sometido a la avasalladora influencia del Libertador. ¿Qué razones pesaron en el ánimo de éste para oponerse de manera tan rotunda a la liberal decisión del gran mariscal de Ayacucho?

La pregunta, que envuelve el más complicado secreto de la historia moderna y está íntimamente ligada a la formación de un nuevo Estado al finalizar el primer tercio del siglo XIX, ha sido inteligentemente escudriñada por el primer publicista boliviano don Gabriel René Moreno, y de su respuesta negativa pudo arrancar la conclusión de que Bolivia ostenta indebidamente el nombre reformado del Libertador; pero faltan en su análisis, demasiado severo a veces, ciertos elementos de información, sin los cuales por fuerza ha de acordarse crédito a la conclusión lógicamente desprendida por René Moreno, es decir, a que jamás el Libertador tenía derecho de prestar su nombre a la nueva nacionalidad.

Lo que de pronto se ve al examinar los documentos escritos en la época sobre este punto y se deduce del testimonio de los contemporáneos del Libertador, como

O'Leary, Heres y otros, es que positivamente Bolívar no se sintió satisfecho, y al contrario, con la conducta política de Sucre en el Alto Perú, es decir, que vió con recelo, desagrado y hasta mal humor su iniciativa de conceder al Alto Perú el derecho de decidir sobre sus propios destinos.

No fueron ciertamente, como algunos pretenden, escrúpulos legales los que determinaron su enojo: en ese momento su preponderancia era absoluta en los Estados recién constituidos, y el caso de Guayaquil muestra que su voluntad primaba incontestablemente sobre las normas del derecho y la jurisprudencia escrita. Lo que más bien habría que precisar, y esto con conocimiento de los planes políticos que en aquellos instantes embargaban la atención de Bolívar, es que quizá el respeto profundo de Sucre por la libre determinación de los pueblos vino a entorpecer con un nuevo factor de carácter netamente sentimental los proyectos de vastas confederaciones que se proponía establecer el Libertador sobre la base de los ahora deshechos virreinos para contribuir a la formación de nacionalidades fuertes por su riqueza natural, su coherencia étnica y su poder de crecimiento, merced al insustituible factor geográfico. Sería entonces más propio sostener que al oponerse Bolívar a la constitución de la nueva nacionalidad, anhelaba más bien, con una lucidez de criterio que hoy, a través de casi un siglo de vicisitudes, se ve cada día más grande, fundir los pueblos libertados por el poder de su brazo y de su genio en uno solo, fuerte, grande, bien organizado y mejor servido, libre de caer en abismos de servidumbre caudillesca, y que él, con su lucidez incomparable, veía abrirse a los pies de esas nacionalidades.

El general Tomás de Heres, redactor de las notas de respuesta a Sucre, conocía muchos de los secretos del Libertador, y estaba, por su proximidad a él, en disposición de penetrar sus más ocultos pensamientos, sostiene en alguna parte de su correspondencia y como una apre-

ciación absolutamente personal, que Bolívar «quizá se disgustó también porque otro le había arrebatado la gloria que él se había reservado, y que ciertamente merecía, de crear un Estado». (375).

La presunción de Heres puede tener su fundamento sólidamente establecido en los mismos reparos opuestos por Sucre a la desautorización de su jefe y que marca una ruta preciosa para seguir el proceso de la fundación de Bolivia, pudiendo asegurarse en todo caso que el nacimiento de la nueva República, como todo lo que depende de la acción de los hombres, ofrece como característica un proceso de incertidumbre en que se ven aparecer las grandes pasiones que agitan y engrandecen el alma humana, como la ambición, el deseo de gloria, la vanidad satisfecha, pugna de intereses permanentes y no transitorios, respeto a los poderes constituídos y deseo de armonizarlos en bien de la propia gloria...

Yendo todavía más hondo y entrando en la trama secreta de los documentos, podría concluirse que la creación de Bolivia es el efecto de un sentimiento vivo en el corazón sólido de un grande hombre: es la prueba de amistad de Bolívar a su capitán Sucre; es el forzado aceptación de un acto inconsulto para no verse en el duro trance de desautorizar al inferior que lo había realizado; y es, por último, y glosando ya las palabras del mismo Bolívar, «por no dejar mal puesta la conducta de usted», que yo, su jefe, consiento en no anular su decreto creador; pero lo modifico, lo cambio a mi manera, le pongo mi sello personal...

Dicho se tiene que esta carta reprobatoria la recibió Sucre el 4 de abril encontrándose en Potosí, y aunque la consternación de su espíritu fué grande, no le impidió, sin embargo, violar, aunque débilmente, el acatamiento sin límites hacia el genio del Libertador ni dejar de exponer las razones que le habían movido para obrar en el sentido que lo hiciera. Y ese mismo día, esa misma hora, mejor, sin darse el tiempo suficiente de madurar sus

conceptos, sobre caliente, respondió a Bolívar mostrándole el disgusto que le produjera la lectura de su carta y enrostrándole el largo silencio que había guardado las veces que le pidiera instrucciones concretas sobre su conducta en el Alto Perú. «En este estado—agregaba, puntualizando las circunstancias en que Bolívar entreviera como posible la independenciamiento del Alto Perú—, yo tuve presente que en una conversación en Yacán (pueblo cerca de Yanahuanka) usted me dijo que su intención para salir de las dificultades del Alto Perú era convocar una Asamblea de estas provincias.»

Y él, Sucre, tuvo presente en la memoria el hecho, y obró sujetándose a él. «Además—prosigue ya con los reproches—, ¿por qué esta misma carta que usted me escribe ahora no la hizo tantas veces que le he pedido órdenes sobre este país? ¿Yo soy adivino para penetrar qué es lo que se quiere después de haberse mostrado otra cosa...?»

Pero el tono no se mantiene largo espacio en el mismo sentido. Baja luego y se convierte en queja amarga:

«Yo me acuerdo que el día que pasé el Desaguadero dije a usted que el emprender nuevos compromisos me iba a costar mil disgustos, y ya comienzo a sentirlos. Por amistad a usted y por amor a la patria vine a estas provincias contra toda mi voluntad, pues mis deberes como colombiano y como general estaban satisfechos en el Desaguadero. Yo creo haber dicho a usted que me había de pesar el venir a estos países, cuya situación iba a ponerme en compromisos. Después de estar aquí y no sabiendo qué hacer sin presentarme con un aire aborrecible al pueblo tomé el camino más noble y generoso, que fué convocar la Asamblea general de las provincias, y yo, aunque no sé ni quiero saber estas cosas de los pueblos, veo mi paso bajo diferente aspecto que usted...» (374).

Ese aspecto es el legal y el que visiblemente toman las cosas cuando se las examina desde el punto de vista

comparativo, pues si en la Argentina cada provincia tiene Gobiernos propios no contando ni con la población ni con la extensión de las provincias altoperuanas, justo es que también éstas tuviesen el suyo, aunque sea *provisional*, «mientras ven si se concentra el Gobierno general».

«Además—añade más lejos—yo vi que usted mismo pidió en Guayaquil a una Asamblea su deliberación respecto a una sola provincia de 80.000 almas. En fin, mi general, yo puedo haber errado, pero sin intención alguna; al contrario, mi objeto ha sido complacer a usted y servir tanto a este país como al Perú, a Buenos Aires y a la América con un paso que evitaba las facciones y tumultos. Mi decreto está concebido, en cuanto a lo esencial, sobre estas palabras que tengo en dos cartas de usted: «que la suerte de estas provincias será el resultado de la deliberación de ellas mismas y de un convenio entre los Congresos del Perú y el que se forme en el Río de la Plata». Confieso que tengo una falta de inteligencia en las palabras de la política y que sólo me he guiado por mi sentido común, pero con la mejor buena fe.»

Y luego, tocando de paso el ambiente que existía en el Alto Perú respecto a la Argentina, decía esto hablando de esas provincias:

«Desde ahora sí le advierto que usted ni nadie las une de buena voluntad a Buenos Aires, porque hay una horrible aversión a este vínculo; si usted tiene idea de unir las puede decir a Buenos Aires que mande un fuerte ejército para que lo consigan, pues de otro modo es difícil.» (374).

Y concluía manifestando su intención de escribir en estos días a Buenos Aires para explicar su conducta, alejada de todo cálculo egoísta y personal, y prometiendo que su decisión había sido un bien «para usted, para el ejército, para mí y aun para acabar la guerra».

Vese, entonces, por lo copiado fragmentariamente de esta carta, que el Libertador pensó obrar en el sentido

que lo hizo Sucre, y esto presta fuerza a la presunción del general Heres. Si después se arrepintió y hasta se opuso a seguir su primer parecer, fué, sin duda, porque comenzaba a echar más hondas raíces en su espíritu la idea de crear grandes confederaciones, ya que la enseñanza de lo que había visto en su país, corroborado por lo que iba viendo en el Perú, añadido, quién sabe a la huella que dejara en su espíritu el razonamiento frío y calculador de San Martín, le inclinaban a ver todos los días con ojos más serenos las cosas y a crear tipos de nacionalidades coherentes unidas por intereses superiores de raza y altas idealidades.

Sólo que para la realización de su proyecto, topó, no diremos con la poca habilidad política de Sucre, que era, cual lo prueba su obra, superiormente inteligente, sino con su rendida sumisión a todo lo que era justo y equitativo.

Pero ahora la posición de Sucre frente al categórico disentimiento de su jefe no sólo era falsa, sino hasta de manifiesta inferioridad intelectual y todo el pudor de su ser se revelaba a la idea de presentarse ostentando facultades que nadie le había conferido. Hombre de grandes y sublimes escrúpulos morales, probo con austeridad, noble sin ostentación, generoso, leal, desinteresado, le repugnaba invenciblemente mostrar la fragilidad de su espíritu, pero tampoco quería desobedecer de plano a Bolívar, para él lo más venerable en la vida. Este penoso estado de ánimo refleja, por lo menos, la carta adicional que dirigió al Libertador ese mismo día y con el mismo mensajero y después de haber ordenado que se postergase hasta el 25 de mayo la reunión de la Asamblea tomando como pretexto la falta de elecciones en Chuquisaca y Potosí:

«Supongo que usted no querrá—le decía—que yo quede tan mal en estos pueblos: en consecuencia, no me exigirá que quede aquí mientras suceden cosas que por una parte chocan a mi conciencia, y por otra parte compro-

meten mi palabra. Así, pues, si usted quiere que estas provincias queden bajo un jefe superior ínterin se resuelva de ellas, mande quien se encargue de su gobierno, porque yo infaliblemente estoy al otro lado del Desaguadero en marcha para Arequipa el 8 ó 10 de mayo sin falta, sin falta alguna. Prefiero todas las desgracias que puedan sobrevenirme a dejar de cumplir así...» «Perdone usted que tome tan definitivamente una resolución que, si puede enfadar a usted, es también la única que puede salvarme de compromisos en que he entrado por no querer tomar yo experiencia y ser tan dócil. Por Dios, mi general, no juzgue usted mi marcha al otro lado del Desaguadero por inobediencia ni por orgullo; tómela usted como el único medio que me queda para salvar la difícil posición en que estoy, cuando mi objeto único ha sido usted y la Patria. ¡Con cuánta repugnancia vine yo a estas provincias! Yo preveía muy bien que iba a recibir disgustos, y a la verdad no los merezco, porque no tengo ambición ni aspiración alguna sino servir al país y a la amistad.» (374).

No llevó a cabo su resolución. Hallándose implacablemente sometido a la voluntad avasalladora de Bolívar, era incapaz de llevar a cabo cualquier proyecto que pudiese contrariar los planes del Libertador, y menos oponerse a sus deseos, solicitados con esa exquisitez que acostumbraba con las gentes de su estima. Y, de buen o mal grado, dejóse estar en la ciudad con entrañas de plata, donde a los tres días de escribir a Bolívar tuvo la satisfacción de recibir una comunicación de don Juan Antonio Alvarez de Arenales, gobernador de Salta, y enviado a las provincias del Alto Perú por el Gobierno central de Buenos Aires, que al conocer la victoria de Ayacucho se había apresurado en lanzar un decreto autorizando al gobernador nombrado a pactar un arreglo cualquiera «con el jefe o jefes que mandan las fuerzas españolas, que ocupan las cuatro provincias hasta el Desaguadero, sobre la base de que éstas—dice el decreto—

han de quedar en la más completa libertad para que acuerden lo que más convenga a sus intereses y gobierno.» (37).

Este decreto tenía fecha 8 de febrero, el de Sucre era del 9, y ambos coincidían en reconocer a las provincias altoperuanas el derecho de fijar sus propios destinos.

La resolución del gobierno de Buenos Aires vino a confortar el abatido espíritu del mariscal de Ayacucho, quien, seguro ya de haber obtenido un triunfo sobre los escrúpulos del Libertador, respondió a Arenales que el territorio altoperuano estaba ya libre de enemigos desde hacía pocos días y que bien podía avanzar en él para ponerse de acuerdo con los representantes de la voluntad popular, ya por elegirse en conformidad a sus disposiciones; que él dejaba Potosí con rumbo al Desaguadero y que daría órdenes para que el ejército se alistase a partir.

El 7 de abril recibió Sucre los pliegos de Arenales. Ese mismo día impartió sus órdenes al ejército, las que conmovieron profundamente al vecindario de Potosí, porque entre sus elementos había surgido una viva animadversión desde el total triunfo de la causa independiente sostenida con calor por las clases populares y letradas, pero vistas con bastante recelo por el partido realista, preponderante en esa ciudad. Y pues creía verse inevitable la lucha entre las dos fracciones, era preciso eludirla ahogando en germen la anarquía que comenzaba ya a manifestarse poniendo en desequilibrio el deseo del orden con la ambición de mando, apenas disimulada en algunos. Así lo dijeron esos pueblos presintiendo ya la enfermedad del caudillismo inescrupuloso en un documento firmado el 9 de abril, bastante significativo por su lenguaje y su intención:

«¿Cuál será—decían los moradores de la opulenta villa—el caos en que queden sepultados estos pueblos si V. E. se marcha antes que se reúna la Asamblea convocada, o antes que ésta decida de su suerte? Estas provincias se hallan dependientes de V. E. mientras sus representantes fijan su futuro destino, y semejante delibe-

ración no puede tener unidad ni orden sino bajo los auspicios y protección de V. E. Abandonados y expuestos a extraordinarias escenas de calamidad por el choque de las pasiones, fabricaremos con nuestras propias manos nuestra destrucción, produciendo la desgracia de nuestros hijos: nos pondremos a discreción de tantos tiranos como son los deseos violentos que fatigan el corazón humano...» «No podemos disimular la ignorancia—añadían—que reina en nuestros pueblos, particularmente sobre todo aquellos que más les conviene saber. Tampoco debemos ocultar la existencia de genios díscolos, que, traspasando los límites de la razón, violan las leyes de la justicia y de la Humanidad, sin las cuales la libertad no es más que una licencia mil veces más funesta que la misma esclavitud. Cualquier comandante de un cuerpo armado se hará superior a todo Gobierno civil, disolverá la Asamblea de un modo imperioso, y, por fin, seremos arrastrados a las acciones atroces a que se han precipitado los factores de esas republiquetas, llamadas federales por ironía, y a cuyo solo nombre se estremecerán los venideros.» (37).

Y Sucre se quedó no ciertamente por satisfacer el anhelo de los potosinos, igual en el fondo al de todos los pueblos libertados, ni por prestar el contingente precioso de su genio político y de su talento a la causa altopezuana, vista por él hasta con cierto despego, sino porque en momentos de cumplirse sus disposiciones recibió del Perú, y emanada del Congreso, una resolución poniendo las provincias de esa Audiencia bajo la autoridad del general en jefe de los ejércitos ocupantes. Y, malogrados sus deseos, a despecho de su voluntad y de su corazón, que le llamaban con imperio a las tierras famosas del Pichincha, ahora embellecida con el recuerdo de una mujer, hubo de quedarse ya no en la ciudad que reclamara su presencia, porque el durísimo clima de Potosí era hostil a su temperamento de meridional, y las gentes de la alta aristocracia se le mostraban hurañas y hasta agresivas.

vas, sino en Chuquisaca, donde el recibimiento que se le hizo fué de lo más afectuoso y las gentes se mostraron llenas de solicitud para él, aunque nada lograba dominar la nostalgia de su terruño, ni tenía el suficiente prestigio para obscurecer en su retina la magia encantadora de las visiones nativas. «Estoy mortificado con tantas ceremonias—decía—; la ciudad es bonita y juzgo que este Chuquisaca, aunque es algo pobre, es lo mejor del Alto Perú para pasar algunos días.» (374).

El displicente y descontentadizo militar, que no hallaba sosiego para sus preocupaciones políticas, ni satisfacción en los delirantes transportes del pueblo, ni atractivos en la ciudad de cielo diáfano y ambiente embalsamado donde la gracia de las mujeres luce en los mil matices de su ingenio, acababa de cumplir treinta años el 3 de febrero, y era un mozo de constitución casi endeble, de regular estatura, moreno de cutis, ojos oscuros y expresivos, cabello negro y naturalmente encrespado, finas manos y pie breve. Pero si físicamente no había nada en él que atraiga y fascine, por su discreción, carácter y modales era el tipo consumado del hombre fino y gran señor, moderado en sus gestos, de consejo avisado y prudente, delicado con las damas, en extremo fino con las mozas. Sobrio en los placeres de la sensualidad, esmeroso sin afectación en su atavío personal, altivo y discreto a la par, según las circunstancias, jamás traspone los límites del buen tono, y era afable con sus subordinados, bueno con sus amigos, pródigo de sus dineros y dadivoso con los necesitados.

Tantas cualidades reunidas en un solo hombre hacían de él un ser de excepción dotado de una sensibilidad en extremo delicada y muy propia a las exaltaciones del sentimiento en sus más pudorosas manifestaciones; y de ahí su modestia no simulada, su simplicidad sin ejemplo, a la vez que la nobleza y dignidad de su vida interior, embellecida por la pureza de un alma sin doblez y candorosa como la de un niño.

En Chuquisaca puso Sucre toda su actividad para hacer que no se reuniese en el tiempo determinado la Asamblea convocada por su decreto de 9 de febrero, y donde trabajó con los presuntos diputados para que éstos acordasen en sus deliberaciones, o bien la incorporación de la Audiencia a los virreinos de Lima o Buenos Aires, lo que le parecía difícil, o su independencia provisoria hasta conocer la voluntad del Libertador y la decisión de los Gobiernos de aquellas circunscripciones. Al obrar Sucre así, lo hacía aun contra los deseos del delegado argentino, Arenales, quien veía, según el mismo gran Mariscal, «que la reunión de la Asamblea era el único partido de salvar las provincias», y aunque era divergente su manera de apreciar los asuntos relacionados con ellas, ambos mostrábase llenos de cordialidad en sus relaciones amistosas, pues juntos habían hecho el viaje de Potosí a Chuquisaca, y si el uno seducía por el prestigio de su carrera militar y juventud ya gloriosa, el otro entusiasmaba por el recuerdo de su actuación en los acontecimientos de 1809, ya de grata memoria en la urbe universitaria.

En Chuquisaca también recibió Sucre la respuesta del Libertador a sus cartas dirigidas de Potosí el 4 de abril. Bolívar había emprendido viaje a las provincias altopeperuanas, y le decía desde Nazca, el 26 de abril, todo esto que aclara más el pensamiento del Libertador sobre la obra inconsulta realizada por Sucre:

«Yo me imaginé siempre que la delicadeza de usted se ofendería por mi desaprobación a la convocatoria de los pueblos del Alto Perú.» «Usted me pregunta por qué no le di a usted instrucciones y por qué no le escribí aquella carta del 21 de febrero antes, como usted lo pedía repetidas veces. Responderé: que yo mismo no sabía lo que debía decir a usted, porque dependían mis instrucciones de la voluntad del Congreso.» «Usted supone que a mí me parecerá bien la convocatoria de la Asamblea, cuando llegue al Alto Perú. Tiene usted razón en

suponerlo, y diré más: que me gusta; y añadiré todavía más: que a mí me conviene sobremanera, porque me presta un vasto campo para obrar con una política recta y con una noble liberalidad; pero lo dicho, dicho; y con la añadidura de que no siempre lo justo es lo conveniente, ni lo útil lo justo.»

«Yo no debo obrar por mí ni para mí. Mi posición pública es la conciencia de mis operaciones públicas. Por lo mismo, no sé todavía lo que me tocará hacer con ese Alto Perú; porque la voluntad del pueblo es mi soberana y mi ley. Cuando los Cuerpos legales decidan de la suerte del Alto Perú, entonces yo sabré cuál es mi deber y cuál es la marcha que yo seguiré.»

«Usted me dice que si quiero entregar ese país a Buenos Aires, pida un ejército grande para que lo reciba. Esta observación me ha hecho pensar mucho sin hacerme cambiar de dictamen. También añade usted que las fracciones del Río de la Plata son soberanas, y que la mitad del Río de la Plata reside en esas provincias altas; que, por tanto, un millón de habitantes bien podían constituir un Gobierno provisorio para evitar la anarquía.»

«Todo esto es exacto y justo, pero la ley del Congreso no ha mandado esto. Así es que no sé cómo haré para combinar la Asamblea del Alto Perú con la determinación del Congreso.»

«Cualquiera que sea mi determinación, no será, sin embargo, capaz de violar la libertad del Alto Perú, los derechos del Río de la Plata, ni mi sumisión al Poder legislativo de este país.»

«Yo no mandaré a buscar un ejército a Buenos Aires; tampoco dejaré independiente, por ahora, al Alto Perú, y menos aún someteré ese país a ninguna de las dos repúblicas pretendientes.» (14).

Todo esto, expresado con el lenguaje rotundo de la franqueza, conturbaba intensamente al gran mariscal, que en medio de la incertidumbre y de sus dudas por no poder descubrir el pensamiento profundo de Bolívar,

sólo veía como el único medio decoroso para él abandonar el territorio del Alto Perú, donde nada le retenía, y dejar a otros la ingrata tarea de anular su decreto y anunciar a los pueblos que había obrado precipitadamente y sin tino. Y ante la perspectiva de su fracaso como político y hombre de Estado, se sublevaba todo su orgullo de hombre de bien, y no quería convencerse que las cosas por él previstas careciesen de oportunidad o fuesen discordes con el espíritu de ese momento histórico. Y, aferrado a su idea, escribía a Bolívar el 12 de mayo:

«Siempre opino que esta Asamblea es el único medio que admiten estos países para transar sus asuntos.» «Repito que no me es decoroso permanecer por aquí faltando a la palabra que les dí de esta reunión.»

La idea de irse le obsede con la cruel tenacidad de una idea fija, porque su posición cada día se hace más complicada. De un lado hay su promesa escrita para la reunión de una Asamblea deliberante; de otro hay también la voluntad firme de Bolívar de no dejarle obrar en acuerdo con su promesa. De un lado el agente argentino le insta con la ley de su país a que se dé inmediato cumplimiento a su decreto; de otro, su complaciente deseo le aconseja no apresurar la reunión hasta no conocer el pensamiento desnudo de su jefe. De un lado, por fin, los pueblos que le bendicen por su actitud y reclaman de él acato a su palabra honorable de hombre íntegro, y de otro, la orden formal de su jefe, a quien quiere y admira sobre todos los demás hombres, y por cuyo amor sería capaz de poner en riesgo hasta su vida, si antes no tuviera más en cuenta su propia estimación.

Tanta incertidumbre hubo de ser definitivamente orientada por las instrucciones precisas, contundentes y categóricas que le llegaron en una carta del Libertador, fechada el 15 de mayo en Arequipa:

«Ayer, al llegar aquí—le decía—, he recibido sus dos cartas del 27 en Chuquisaca, con un oficio del general Arenales, en que me dice que su Gobierno le ha orde-

nado coloque esas provincias en estado de decidir de sus intereses y gobierno. Esta representación de parte del general Arenales me ha decidido a dar el decreto que acompaño, para que se cumpla y ponga en ejecución inmediatamente.

»Usted verá por él que concilio todo lo que es conciliable entre intereses y extremos opuestos.

»No creo que de ningún modo me puedan culpar los pretendientes al Alto Perú, porque sostengo, por una parte, el decreto del Congreso peruano, y adhiero, por otra, a la voluntad del Gobierno de Buenos Aires. Por supuesto, dejo en libertad al Alto Perú para que exprese libremente su voluntad. A pesar de todo esto, estoy cierto que todos quedarán disgustados, porque no hago más que paliar, o más bien neutralizar las diferentes medidas que cada uno querría adoptar, porque entre partes contendientes, los juicios que más participan de la equidad son los que menos se agradecen, porque son los que menos satisfacen a las dos partes.»

«Diré a usted de una vez mi pensamiento. Yo no habría dado jamás este decreto, si las cosas no hubiesen llegado al estado en que se encuentran; mas como mi poder no es retroactivo, me ha sido imposible dejar de obrar de este modo. Los sentimientos de usted con los míos concuerdan de un modo tan maravilloso, que no puedo menos que confesar a usted que yo hubiera deseado que usted diese el paso que dió para dejar en amplia libertad a esas provincias; cuyas cadenas acaban de romper. También quería yo cumplir mi deber no haciendo más que obedecer a los que me han dado la autoridad que ejerzo; autoridad que yo no debo contrariar en nada, aunque sus decisiones mismas sean opuestas a las reglas más liberales de la política.

«No debo dejar de declarar a usted francamente que yo no me creo autorizado para dar este decreto, y que solamente la fuerza de las circunstancias me lo arrancan, por no dejar mal puesta la conducta de usted; por com-

placer al Alto Perú; por acceder al Río de la Plata; por mostrar la liberalidad del Congreso del Perú y por poner a cubierto mi reputación de diamante a la soberanía popular y a las instituciones más libres. En fin, el decreto se ha dado bajo los auspicios del candor, de la buena fe y de la imparcialidad. ¡Ojalá sea recibido por las mismas virtudes tutelares que lo han dictado!

»Para dejar en plena libertad a esas provincias de obrar sin coacción, he determinado no ir al Alto Perú sino dentro de dos meses cumplidos; entretanto pasaré por el Cuzco a arreglar aquellos negocios y me detendré aquí con el mismo objeto. Así, para cuando yo llegue al Alto Perú, la Asamblea habrá decidido las cuestiones que ella misma se proponga sobre sus intereses y gobierno, como dice el general Arenales.»

«Esta debe ser la base de sus deliberaciones para no dejar derecho al Río de la Plata para que nos impute ninguna usurpación o inmisión en sus negocios nacionales, pues, francamente hablando, nosotros no tenemos derecho para introducir ninguna cuestión en esa Asamblea que pueda producir un principio fundamental para sus instituciones. Por lo mismo, usted ponga en ejecución el decreto de hoy, mandando que se reúna inmediatamente en un lugar dado, que usted señalará, la Asamblea general.»

«Usted dará una proclama a esos pueblos, diciéndoles estrictamente que yo no visitaré esas provincias hasta que no hayan concluido sus sesiones, que dichas sesiones no son más que puramente deliberativas; que no tendrán ningún efecto actual mientras que el Congreso del Perú no haya determinado lo que el Libertador y el ejército unido deben ejecutar con respecto a dichas provincias...»

«Todo esto debe adornarlo con la elegancia militar de un soldado que habla a hombres civiles.»

«Yo creo también que usted deberá hacer un discurso apertorio de las sesiones de la Asamblea, diciendo sencillamente las miras que usted se propuso al entrar en el

territorio del Alto Perú, mi sumisión al Congreso peruano y los deseos del Gobierno del Río de la Plata, expresados por el general Arenales. Todo con propiedad y justicia. Me parece bien que usted hiciera el borrador y me lo mandara al Cuzco, para yo verlo, y opinar sobre su mérito. Este discurso deberá ser remitido al presidente de la Asamblea.» (14).

Las instrucciones, como se ve, son prolijas, detalladas, contundentes. Ahora, el magnánimo mariscal de Ayacucho obrará sobre seguro, y no podrá quejarse del silencio de esfinge de Bolívar. Tampoco tendrá que reprocharle ninguna reserva sobre sus intenciones, y quizá más bien quejarse de que ellas viniesen a destruir su obra y poner a dura prueba su amor propio de creador, porque el decreto de Bolívar, fechado el 16 de mayo, no significaba en el fondo otra cosa que la anulación del de Sucre, de 9 de febrero.

Ese decreto decía, en su parte dispositiva:

«Artículo 1.º Las provincias del Alto Perú, antes españolas, se reunirán conforme al decreto del Gran Mariscal de Ayacucho, en una Asamblea general, para expresar libremente en ella su voluntad sobre sus intereses y gobierno, conforme al deseo del Poder ejecutivo de las provincias unidas del Río de la Plata y de las mismas dichas provincias.

»Art. 2.º La deliberación de esta Asamblea no recibirá ninguna sanción hasta la instalación del nuevo Congreso del Perú en el año próximo.

»Art. 3.º Las provincias del Alto Perú quedarán, entretanto, sujetas a la autoridad inmediata del gran mariscal de Ayacucho, general en jefe del ejército libertador, Antonio José de Sucre.

»Art. 4.º La resolución del soberano Congreso del Perú de 23 de febrero citado será cumplida en todas sus partes, sin la menor alteración.

»Art. 5.º Las provincias del Alto Perú no reconocerán otro centro de autoridad, por ahora, hasta la instala-

ción del nuevo Congreso peruano, sino la del Gobierno supremo de esta república, etc., etc.»

Tan positiva se manifiesta en este decreto la intención del Libertador de anular el decreto de Sucre y coartar a la vez la libre voluntad de los altoperuanos, que algún tiempo después, don Simón Rodríguez, preceptor y amigo de Bolívar, al referirse a él, decía con expresión gráfica y acaso con la intención de molestar a Sucre, por quien no sentía ningún afecto, que «puso patas arriba a la soberana Asamblea deliberante del Alto Perú». (2).

La carta de instrucciones y este decreto llegaron a Chuquisaca el 2 de junio. El 3 se apresuró Sucre en dictar la orden para que la Asamblea se reuniese el 24 del mismo mes en esa ciudad; pero su actitud era cohibida y como la de un hombre que no tiene ninguna fe en su propia obra y trata de retardar su ejecución por evitar los males que pueden sobrevenirle. Y es que el decreto de Bolívar, limitativo en sumo grado y condicional, había asestado un rudo golpe a sus alcances de legislador y a su amor propio de jefe y se hallaba disgustado consigo mismo y aun con los demás.

El efecto de ese decreto en los altoperuanos fué más profundo si cabe.

Sucre, no sólo por encontrar alivio a sus tormentos como por hacer que veladamente se conociese entre las clases directoras los alcances del decreto de Bolívar, lo había dado a reconocer en el círculo reducido de sus amigos políticos y consejeros de ocasión, o entre los pocos diputados y candidatos que se encontraban en Chuquisaca. La sorpresa de éstos fué profunda, como hondísima su decepción, y pronto salieron a correr por la ciudad versiones opuestas y contradictorias sobre la finalidad a que tendían los manejos diplomáticos y llenos de reserva del Libertador. Muchos candidatos, impuestos de la oposición disimulada de Bolívar a la constitución de un nuevo Estado, manifestaron sus intenciones de retirar su candidatura o excusar su presencia en la reunión de la

Asamblea, por no verse expuestos a jugar un rol político sin ninguna finalidad ni alcance alguno en bien del país de su nacimiento. Otros emitieron el parecer de que no se reuniese la Asamblea convocada para el 24 sino después que los Congresos del Perú y del Río de la Plata declarasen sin reserva sus intenciones sobre la independencia altoperuana, pues bien comprendían que era inútil pretender contrariar los planes del Libertador, en ese momento el hombre más culminante y más poderoso de toda la América española.

Esta situación se trasluce en la carta del gran mariscal al Libertador, escrita inmediatamente después de haber lanzado su decreto de convocatoria para la reunión de la Asamblea.

«... Diré a usted lo que entiendo que pretenden hacer estos señores de la Asamblea, en consecuencia del decreto de usted; dicen que tratarán de que la Asamblea resuelva suspender toda deliberación hasta el año próximo, en que debe reunirse el Congreso del Perú, en que ella también se reunirá para dar una deliberación conforme a lo que esté con los intereses del país; porque entretanto una deliberación sin sanción, y sin garantía de inviolabilidad de los diputados podría comprometerlos. En fin, dígame usted qué convendrá mejor que se haga, pues tengo amigos en la Asamblea, y ellos, en general, seguirán absolutamente y sin repugnancia los consejos de usted.» (374).

Y a los cuantos días, fijo ya en el plan de no apartarse un punto de las instrucciones recibidas, le enviaba copias de la Memoria que presentaría a la Asamblea autorizándole introducir en ella las modificaciones de su agrado y que él sabría respetar con esa decisión acostumbrada en sus relaciones con el Libertador: «Es incluso—le decía en su carta del 6 de junio—la Memoria que he trabajado para presentar a la Asamblea general, según la orden de usted; ella tendrá mil faltas, porque es lo primero de esta clase que yo escribo. Usted me mete en más andanzas

graciosas, porque yo mismo me río hablando de materias políticas, que otra vez he dicho a usted que ni entiendo ni quiero entender». «La de la letra pequeña es la que usted ha de ver, porque la otra tiene errores.» (374).

Pero estos enternecedores rasgos de sumisión y buen humor pasaban sólo como ráfagas por la mente dolorida del gran mariscal, ocupada únicamente en la idea de eludir la publicación del decreto enviado por su jefe, aunque sin atreverse a ejecutar su propósito. Y distraía el angustioso correr de sus horas anotando detallada y circunspectamente los rumores que de fuera le iban o las cosas que veía para comunicarlos sin tardanza a su en-diosado amigo:

«En cuanto a las cosas de aquí—le decía en su carta de 25 de junio—, parece que estos señores caminan a la independencia, y que sus opiniones se han fortificado mucho con estas resoluciones de Buenos Aires, en que ellos se apoyan con entusiasmo, por cuanto los halaga. La Asamblea general se reunirá sin falta el 5 de julio. El 1 me voy para Cochabamba, y hasta entonces espero que recibiré contestación de usted con la reforma de mi Memoria; si no, se presentará como está (si no tengo en tanto respuesta de Buenos Aires) y me quedará modo de cambiarla por la que usted me mande corregida para que se publique la que usted quiere. Usted cuente que estos señores harán cuanto usted quiera para salvarle de cualquier compromiso respecto del Perú o de Buenos Aires, pues estos señores me parecen sinceramente reconocidos al servicio que usted les ha hecho...»

Se colige que Sucre llama *reconocimiento* al hecho de haber arrojado «patas arriba» su decreto liberatorio de 9 de febrero, y estaba en lo justo al asegurar que las gentes de esas provincias altas harían todo lo que él, Bolívar, les aconsejase buenamente, sin protestar y con sumisión, pues el carácter altoperuano, amalgama del apocamiento indígena y de la veleidad ibera, había sufrido alguna perniciosa modificación en el curso de la guerra de in-

dependencia, donde pereció la flor de la raza, lo más atrevido, lo más indomable, y ahora sobresalían los espíritus acomodaticios y blandos, fáciles al temor y más fáciles al halago, hasta el punto de que el mismo gran mariscal de Ayacucho, cuyos hábitos de filósofo le aconsejaban ser tolerante con las flaquezas de los hombres, se sentía, en un comienzo, receloso por rolar de cerca con los altoperuanos, de carácter hosco, desconfiado y mañero, tan diferente del suyo, jovial y travieso en veces, grave y austero siempre, generoso y noble en todas las circunstancias.

Pero si bien sus dudas y recelos, acentuados en mucho desde los reparos de Bolívar, le traían profundamente disgustado con su situación en el Alto Perú, tenía el recurso de consolarse pensando que, después de todo, su paso por ese país era temporal y que, un día u otro, se vería libre de esos negocios en que por nada quería entender. Y era su solo anhelo irse a su país o a aquel hospitalario donde un compromiso sentimental tenía encadenados su pensamiento y voluntad, mas por lo pronto debía de mostrarse respetuoso con las decisiones de su superior, aunque chocasen con su manera íntima de ser y pensar.

Sin embargo, no quiso ni pudo callar su repugnancia suma de dar curso al decreto anulatorio de sus decisiones, y le dijo a Bolívar en su carta del 26 de junio:

«Si yo hubiera tenido menos azares de errar en estos negocios políticos después del error que se me acusó por el decreto de La Paz, que se calificó de usurpatorio, sin embargo de mi posición y de la negativa del Gobierno del Perú a darme instrucciones, yo me tomaría la libertad de suspender la publicación de este decreto; pero la exigencia con que me manda cumplirlo, y mis temores de hacer otro error fiándome en mis pareceres, me hace darle curso. Humildemente me sometí a la resolución de que no se reuniera esta Asamblea; y no se ha reunido porque eludi su congregación con diversos pretextos,

todos por obedecer a usted; sólo exigí que se me permitiera no estar en este país, lo cual no me parecía una cosa que valía la pena para negarse.»

Y luego, tímidamente, se atreve a criticar los alcances de ese decreto.

«Yo me fío muy poco de mis cálculos para aventurarme a opinar si el decreto del 16 de mayo producirá mejor efecto que lo que antes se pensó hacer desde el 9 de febrero hasta ahora. Habíamos arreglado con estos señores que, reunida la Asamblea, ésta, espontáneamente, decretase que los Departamentos del Alto Perú quedasen gobernados bajo la dirección de usted, por año y medio o dos años, mientras, reunido en el año próximo el Congreso del Bajo Perú, el Alto Perú observaba entretanto la marcha de esa República y la del Río de la Plata para adherirse a aquel de los países que más conviniera con sus intereses. El decreto de 16 de mayo contiene esencialmente parte de esta idea, pero hay la diferencia de lo que vale un acto espontáneo a lo que vale un precepto. De aquel modo las provincias quedaban por su voluntad dirigidas por el Gobierno del Perú, y de este otro lo que dan también porque se les manda.» (374).

Pero, después de todo, nada de esto le importa gran cosa al enamorado gran mariscal. Se siente extraño e indiferente en medio de esos problemas y de esos hombres. Que aparezca una nación sobre la faz de la tierra o se aumente el caudal territorial de otros Estados, es lo de menos. Lo esencial es no causar enojos al Libertador; y si se ha incurrido, sin pensarlo, en alguna falta, tratar de explicarla, poniendo en claro la conducta que ha podido determinarla. Por eso agrega más lejos:

«Desde que yo me vi forzado a pasar el Desaguadero, ya me resolví a pasar muchos disgustos por negocios en que yo no tengo ni quiero tener parte activa. Desde Huamanga preví que me iba a hallar en embarazos, y pedí instrucciones claras y terminantes. Si se examinan mis cartas de Huamanga se hallará cuánto clamé por reglas

en mi conducta. Nunca he podido encontrar por qué no se me dijeron las razones, que luego han sido tantas, para colocarme en compromisos; una sola palabra me habría bastado entonces; pero nada se me dijo, y las mismas cartas de usted fueron las que me indicaron un partido, que por fatalidad fué el peor escogido en el concepto de usted. Yo lo hice de la más buena fe y con el deseo más sincero del bien público», etc., etc.

Y así continúa el gran mariscal insistiendo en explicar las buenas intenciones que le animaron al dar su decreto. Temía, en su concepto, que las provincias altoperuanas llegaran a federalizarse; y si todo ha salido mal fué contra sus deseos, mas no contra su conciencia, que siempre le dice que obró bien. Lo que sí no soporta ni desea es permanecer mucho tiempo en esas provincias de sus disgustos y meterse otra vez en más laberintos «de negocios embrollados entre el Perú, Buenos Aires y estas provincias, en que acaso la América toda tome parte». Él está destinado, por vocación invencible o por especial mandato, a entenderse sólo con sus soldados, con el ejército, al que ha descuidado por meterse a mandar provincias y mezclarse en asuntos de tanto embrollo...

Los cuales, como era de prever, no pasaron inadvertidos por el delegado del Gobierno del Río de la Plata, don Juan Antonio Alvarez de Arenales, que, a pesar de haber aprobado categóricamente el decreto limitatorio del Libertador, cuyo contenido iba, puede decirse, en contra de la resolución adoptada por el Congreso de Buenos Aires, se alarmaba de que Sucre no se apresurase en hacerlo publicar. Y, lleno de zozobra, le escribía en carta confidencial a Bolívar el 28 de junio:

«Observo, sin embargo, que el indicado decreto no se ha publicado; por lo mismo, aunque estoy distante de averiguar las razones, usted me permitirá insinuarle que esta circunstancia es capaz de infundir en las Provincias Unidas recelos y desconfianzas, tal vez de trascendencia desagradable. Yo me contentaría, sin embargo, con que

el crédito del Ejército Libertador jamás fuese cuestionable, y que a lo menos la suspensión del decreto de usted y la postergación de la reunión de los diputados de estas provincias fuesen exclusivamente el efecto de hábiles maniobras y sugerencias de cierta clase de hombres acostumbrados a tratar negocios públicos sobre cálculos personales, sin fijarse en las consecuencias ni en los principios reconocidos.» (2).

Entretanto se aproximaba el día señalado para la instalación de la Asamblea, y había gran expectación entre los representantes reunidos en Chuquisaca. Tres eran los partidos que habrían de luchar dentro del Parlamento: el de la independencia absoluta de las provincias altoperuanas, que era el más numeroso; el de la incorporación al Río de la Plata, que contaba con pocos y contados adeptos, y el de los que se inclinaban al lado del Perú, también pocos con relación al primero, aunque más numerosos que el segundo.

Los partidarios de la independencia contaban con el apoyo instintivo de la masa popular y la velada simpatía de Sucre, quien, con la discreción que solía en los asuntos de política, hoy sólidamente acentuada por sus contrastes de febrero, aconsejó ganar a toda costa y por sobre todo la voluntad omnímoda del Libertador, como el solo y único medio de conseguir la independencia que anhelaban, pues únicamente él podía dar la palabra definitiva en este asunto trascendental y complicado.

Pero esto apenas lo dejó sospechar Sucre, porque, fiel a su promesa de no inmiscuirse para nada con los representantes y de dejar a la Asamblea en completa libertad para deliberar, se alejó el 2 de julio de Chuquisaca con rumbo a Cochabamba, y después de haber encomendado al general Santa Cruz, diputado por La Paz, el mando de la ciudad y hasta la dirección de la Asamblea, de la que Santa Cruz obtuvo autorización para no incorporarse por no verse mezclado en un asunto que, si contaba con su silenciosa adhesión, bien podía enajenarle la simpatía del

Libertador, desgracia que no quería para sí, según testimonio de René Moreno.

Apenas llegado Sucre a Cochabamba se impuso la tarea de preparar el ánimo de Bolívar en favor de las provincias independizadas por su decreto, y a este fin comenzó a reunir toda clase de datos para que el Libertador se presentase en el territorio famoso de la Audiencia de Charcas, dando decretos y disposiciones que le conquistasen el amor de estos pueblos, a los que él, Sucre, no sabía aún si estaba sirviendo con voluntad y decisión de verlos independientes.

CAPÍTULO IX

Solemne instalación de la Asamblea.—Discurso del presidente Serrano.—Discurso de Sucre explicando su conducta.—Se resuelve conquistar a toda costa la voluntad del Libertador y se le envía un oficio de sometimiento incondicional.—Se inicia el 18 de julio de 1825 el debate sobre la independencia.—Se nombra una Comisión que vaya al encuentro del Libertador para decidirle a anular su decreto de 16 de mayo, invitarle a redactar la primera Constitución y pedirle trabaje por la adquisición del puerto de Arica para el nuevo Estado Bolívar.—El 6 de agosto de 1825 se vota la independencia altoperuana en homenaje al vencedor de Junín.—Documento de la declaratoria de la independencia.—Proyecto de deificación de Bolívar.

El 10 de julio se presentó la ciudad de Chuquisaca con sus balcones tendidos con ricas colgaduras de seda y brocado, orladas las puertas de calle con vistosos ramilletes de flores y arcos triunfales de plata alzados en las principales calles, para solemnizar la instalación de la Asamblea que habría de fijar por siempre la suerte futura de las ricas provincias altoperuanas, hasta ese día dependientes de los virreinos del Perú y del Río de la Plata.

El ambiente de la Cámara era agitado, no obstante la calma aparente con que ese cuerpo dió comienzo a sus funciones. Los representantes de esa primera reunión sólo alcanzaban el número de 39, y todos tenían conciencia del rol preponderante que iban a jugar con proyecciones en el porvenir. Sus individuos sobresalientes eran Olañeta, Serrano, Santa Cruz, Urdinenea, Medina-celi, Gutiérrez, Velarde, el general Lanza y otros pocos. Los más recibieron grado de doctor en la Universidad

de Chuquisaca y poseían palabra fácil, vistosa y una erudición basada en los derechos del hombre, explotados siempre con sin igual fortuna por los oradores callejeros en agrupaciones de poca cultura y mal o nada educadas; pero la generalidad apenas tenía vagas nociones de los problemas políticos y jurídicos de su época y escasamente había cultivado su inteligencia con la descuidada lectura de obras de mero pasatiempo o impregnadas de un fervor religioso, ciego e intolerante.

En las sesiones preparatorias de los días anteriores, y con los tropiezos inherentes al ejercicio de una función desconocida o nunca practicada, se habían aprobado las credenciales de los diputados y sancionado el reglamento provisorio de debates, a más de constituir la Mesa directiva, eligiendo como presidente de la Asamblea al doctor José María Serrano, propuesto por el gran mariscal de Ayacucho, y que era el que mejor conocía las prácticas parlamentarias, por haber actuado brillantemente en el Congreso de Tucumán del año 16. Hacía de vicepresidente el doctor José María Mendizábal, y eran secretarios don Ángel Mariano Moscoso y José Ignacio Sanguinés.

Serrano, al inaugurar las sesiones de la Asamblea, y obedeciendo a su propia inspiración y al deseo común de exaltar con preferencia la persona de los libertadores como el único medio de conseguir de ellos una franca adhesión a sus deseos de independencia, hizo, en un discurso inflado de grandes y vistosas frases, como todos los suyos, el cálido elogio de las virtudes de los guerreros del Norte.

«Bolívar y Sucre destrozaron para siempre al león de Iberia, arrancaron al Perú de sus horribles garras e hicieron inmobiles las bases de libertad en todo el Continente de Colón; Bolívar y Sucre, sí, señores, estos dos genios; el primero dotado con el corazón de Alejandro, con los talentos de César y con las virtudes de Washington; el segundo, humano y justo como los Antoninos y

valiente como el héroe que reposa en las rocas de Santa Elena, son quienes fijaron en Ayacucho y Junin los memorables linderos que separan para siempre la era de nuestra ignominia de los días faustos de nuestra gloria; ellos los que, habiendo desuncido el Alto Perú del carro sangriento de los déspotas, han colocado en nuestras manos la decisión de nuestra futura suerte...»

Concluido el discurso inaugural, uno de los secretarios dió lectura a la Memoria del gran mariscal de Ayacucho enviada por Sucre en copia al Libertador y en la que hacía la historia completa de las causas que habían tenido los vencedores para obligarle a pasar el Desaguadero y los móviles que le inclinaron a dar su decreto creador del 9 de febrero, sin olvidar tampoco presentar las atenuaciones que explicaban ese su decreto, como queriendo vindicarse públicamente por la ligereza de sus procedimientos.

«Situado en el departamento de La Paz sin órdenes de gobierno alguno que arreglasen mi conducta y sin saber a qué cuerpo político correspondían estas provincias, puesto que la República del Río de la Plata, de que dependían al tiempo de la revolución, estaba dividida formando tantos Estados cuantos eran sus pueblos principales, ignorando que se hubiese instalado allí un Congreso de las provincias que han querido reunirse, e incierto del partido que debía abrazar para impedir la disolución y la anarquía, pensé que debía entregar el país a sí propio para organizarse a la sombra del Libertador y del ejército unido.

»El Gobierno del Perú no se había encargado hasta entonces de la dirección de los negocios de estos departamentos: carecía de noticias de la reunión del Congreso de Buenos Aires, y por grande que fuese mi respeto a la integridad del Río de la Plata sobre los límites de su antiguo virreinato, encontraba que allí cada provincia tenía su legislatura propia, soberana y hasta ahora independiente, y juzgué que cinco provincias con más de un

millón de habitantes, componiendo la mayor parte de la población de aquel virreinato eran bien dignas de formar una Asamblea propia que proveyese a su conservación. Todos mis embarazos habían cesado, resolviéndome a dirigir el Alto Perú por un Gobierno militar; pero ni éste es propiamente un Gobierno, ni yo podía presentar a los primeros hijos de la revolución las leyes de la milicia como los bienes que ellos esperaban de nuestra victoria. Además, la convicción en que estaba de lo odioso que se había hecho en otros países el poder militar, aun en manos de sus libertadores, me instaba a desprenderme de una autoridad que yo aborrecía, y que podía hacernos caer en el mismo peligro que deseaba evitar.

» Estas son las razones que me forzaron a dar el decreto de 9 de febrero en La Paz convocando la Asamblea general, y aunque en algún modo parezca usurpatorio de las atribuciones del poder supremo, no es sino la expresión de circunstancias complicadas. En aquel decreto se expresó clara y sencillamente que entretanto fuese sancionado el Gobierno y los principios que rigiesen el Alto Perú por una deliberación final, legítima y legal de los departamentos y por un arreglo con el Gobierno del Perú y con el de las provincias de la Unión Argentina, los departamentos serían dirigidos por la primera autoridad del ejército unido que reside en S. E. el Libertador; único jefe de quien inmediatamente dependen las fuerzas peruanas y colombianas con que yo arrojaba al enemigo del territorio, y tomaba posesión de él. Señores, vosotros mismos, vuestros vecinos y la América toda juzgarán de las miras rectas que me han guiado en un asunto cuya delicadeza se ha complicado progresivamente con nuestros triunfos.» (377).

Una semana anduvo la Asamblea perezosa en reunirse para discurrir, porque, según René Moreno, incierta como se hallaba de los sucesos de Buenos Aires, sólo conocidos por los rumores callejeros, esperaba algún aviso de Sucre para entrar a discutir el primordial asunto para el que se

había reunido. Este aviso llegó el 17 de julio, y por él se supo de una manera ya oficial la resolución del Congreso argentino, en que se declaraba «que, aunque las cuatro provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a este Estado, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas quedan en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y felicidad». (37).

Firmes ya los partidarios de la independencia con esta declaración categórica, se presentaron a discutir el 18 de julio en la Asamblea sobre el destino de su país; mas como quiera que su resolución habría de depender siempre, en último término, de la voluntad del Libertador, contra el que nadie podía casi nada en ese momento, se acentuó la idea de conquistar por todos los medios decorosos esa voluntad hasta entonces irreductible. En consecuencia, hubo de aprobarse por unanimidad el oficio redactado por el presidente Serrano, y que al parecer nos hoy sobrado de elogios, extremadamente declamatorio y muy poco elegante de factura, respondía en esa hora a las inquietudes del momento y a las preferencias literarias de la época.

Dábasele cuenta a Bolívar en ese oficio de la instalación de la Asamblea y del fervor que en su seno latía por sus virtudes:

«En los transportes de su gozo bendijo mil veces el nombre famoso de V. E., por cuyo heroico esfuerzo e inefables sacrificios el aire que respiramos es ya un elemento de paz, de libertad, de esperanzas y de dicha. Recordó con entusiasmo que la espada de V. E., exterminando tiranos viles, derroca un edificio construído sobre injusticias para que se levanten otros cimentados en bases razonables, en que respire la Humanidad hollada y abrumada. Pesó por fin el valor de un día en que, dando por concluída la jornada del honor, se emprende la de la gloria; que aquí empiece por un pacto nuevo.

»¿Y cómo podría no suceder esto mismo? Los depart-

tamentos que forman la Asamblea son los que se pusieron a vanguardia en el rompimiento general contra el sistema bárbaro de su antigua depresión; los que leyendo en el libro inmortal de la Naturaleza sus sacrosantos derechos, los promulgan a la faz de sus crueles verdugos; los que, sacrificando vidas, abandonando hogares, perdiendo propiedades y clavando en una lanza cuanto forma el encanto de la vida, empezaron a beber el cáliz amargo de las venganzas. ¡Qué contraste, qué recuerdos!

»Mas no es esto todo. Ya los esforzados colombianos se hallan en la posición a que los destinaban sus virtudes. Los argentinos, los bajoperuanos, los chilenos, los americanos todos tremolaban sus banderas de libertad, se miraban en el sol de las naciones, y solamente este infortunado interior lamentaba su esclavitud. El león de las Españas había formado aquí su guarida; con su boca ensangrentada aún amenazaba nuevas víctimas, y en este conflicto cruel una noble emulación nos consumía. Sin duda que la sabia Providencia quiso que purgásemos las manchas contraídas en la mazmorra inmunda de la servidumbre, antes de entrar al templo santo de la libertad; que palpásemos como en última lección el oprobio de la esclavitud para apreciar nuestra emancipación, y que la grande obra de nuestro triunfo se concluyese por un héroe tan virtuoso como V. E. para que nos guíe en las marchas de nuestro anhelo.

»Esto es, señor excelentísimo, lo que hoy conoce la Asamblea. Por lo mismo, ella se acoge a la mano protectora del padre común del Perú, del salvador de los pueblos, del hijo primogénito del Nuevo Mundo, del inmortal Bolívar. Con vucencia lo mandaremos todo, todo lo somos con su ayuda. Con esa invencible espada, nuestros antiguos tiranos huirán despavoridos para no volver a manchar nuestro sagrado suelo. Con ese tesoro de saber y de experiencia, tomaremos de su propio foco el fuego sagrado que, colocado en el altar de la patria, queme cuanto ha insultado a la Humanidad, y encienda las vir-

4udes que lo ennoblecen. Con tan grande auspicio, nuestras tareas no serán en vano.» (14).

Este documento de fervor y humillación colectivos, único en los anales de los pueblos, partió al día siguiente a su destino por correo especial; e inmediatamente se inició la discusión de la independencia, en la que tomaron parte ese día del 18 de julio los oradores Serrano y Olañeta para demostrar con argumentos irrefutables y basados en la situación geográfica del país, en la abundancia de sus recursos naturales y en la índole especial de sus gentes, que el interés de esas provincias estaba en declararse autónomas e independientes de todo poder extraño, aunque por el momento presentasen ciertas naturales deficiencias, como la ignorancia de las prácticas democráticas, la carencia de hombres ejercitados en los negocios públicos y la odiosidad que el acto mismo de su segregación de los antiguos virreinos les acarrearía con respecto de los países vecinos; que, dada la situación equivalente de los demás países ya independientes, estas deficiencias habrían de desaparecer con el tiempo, «debiendo esperarse—dijo Olañeta—que en su seno mismo se formarían grandes hombres para la Administración pública y desempeño de los cargos del Estado». (254).

Iniciado en esta forma el debate, tomó inusitada amplitud en los días subsiguientes, y los oradores, siempre sin abandonar el estilo ampuloso y redundante, característica de los espíritus poco cultivados que en la abundancia de las palabras quieren ocultar el fondo insubstancial de su discurso, entraron a examinar en sus distintas fases el complicado problema planteado de decidir, no ya sobre derechos de vida y hacienda de individuos aislados, y aun de grupos en un determinado momento, sino sobre el porvenir de generaciones sucesivas que habrían de sucederse en ese territorio, que en el hecho de verles nacer arrancaban su derecho de decidir de su futuro destino; siendo lo singular del caso que muchos de los oradores, sin poder darse cabal cuenta de esto, pero pre-

sintiéndolo, sólo echaban de menos «la falta de hombres para llenar los principales destinos de una República», y así, siendo este mal común a todos los otros nuevos Estados, sin excepción, derivaban de él un motivo para opinar ciertos oradores la necesidad de su incorporación a alguno de los países recientemente constituídos.

En este mismo punto se echaba de ver dos corrientes divergentes, inspiradas ambas en las necesidades locales de la enorme circunscripción, porque en tanto que los diputados del Norte eran partidarios, en caso de que no fuera posible la total independencia, de la incorporación de los territorios de la Audiencia al Perú, los del Sur se inclinaban del lado de la Argentina, simplemente porque sus relaciones comerciales y económicas eran más eficaces por ese lado.

Uno de los más influyentes diputados, el doctor Eusebio Gutiérrez, probo, circunspecto y de talento observador, fué, no obstante la hostilidad con que se recogieran sus palabras, el más convencido partidario de la incorporación al Perú, porque encontraba que esas provincias «no podían constituir un Estado independiente, porque carecían de virtudes políticas, verdadero patriotismo, espíritu público y elementos de seguridad» (254), y opinaba por que se trataría de hacer la capital del Estado refundido una de las ciudades del sur peruano, para evitar los insuperables inconvenientes de la distancia, opinión rebatida con brillo, aunque no con acopio de muy sólidos argumentos, por los dos campeones de esa Asamblea, los doctores Olañeta y Serrano.

Pero sea que las corrientes de opinión se inclinasen de un lado o de otro, el hecho indubitable era que se hacía prudente no fiarse mucho de su libertad discursiva ni de la franca holgura con que se movían dentro de la Asamblea, ya que a través de todo existía de por medio, como valla infranqueable, el decreto limitatorio del Libertador de 16 de mayo, que se hacía preciso anular o siquiera modificar para que las decisiones de la Asamblea tuvie-

sen un carácter definitivo. En consecuencia, y como exteriorización del unánime pensar de los diputados, uno de ellos, Mendizábal, presentó el 4 de agosto un proyecto de ley para enviar al Libertador una legación de representantes que le presentase los sentimientos de gratitud de la Asamblea, y en nombre de ella le pidiese «levantar o explicar su superior decreto dado en Arequipa el 16 de mayo último, en consideración a que él atrae los miramientos de la Asamblea y pararía el curso de sus tareas». Puesto en discusión el proyecto, fué aprobado con modificaciones en sesión secreta del 15 de agosto, y se nombraron como principales miembros de la Legación a los diputados Olañeta y Mendizábal, y como secretario de la misma a Hilarión Fernández, que no pertenecía a la Asamblea. Entre las instrucciones contenidas en el pliego, fuera de la principal referencia a la derogatoria del mencionado decreto, se pedía también al Libertador un «proyecto de Constitución para el régimen político de la nueva República, haciéndose constar en el debate—dice el historiador don Sabino Pinilla—que en este acto no importa que la Asamblea se desprenda de sus facultades soberanas». (254).

Pero la Asamblea, al tomar sobre sí la grave tarea de constituir la nacionalidad, anticipándose a las decisiones de quienes en ese instante manejaban los asuntos de la América española, no descuidaba tampoco la conveniencia de sus miembros al fijar en la sesión del 3 de agosto las dietas que percibirían por el ejercicio de sus funciones, ni dejaba de preocuparse de asegurar al país los elementos insustituibles para su vida de nación autónoma. Es por esto que entre las instrucciones secretas impartidas a la Legación y ocupando un lugar preferente se dictó el art. 5.º, que al presentarse en ese momento como anhelo de las clases cultivadas del Alto Perú, constituiría después el ideal de todos los verdaderos estadistas bolivianos, a través de dolorosas vicisitudes de política interna y de bárbaras guerras intestinas:

«Art. 5.º La Legación hará el más grande y poderoso esfuerzo con S. E. para lograr de su generosa y paternal promesa y seguridad de que empleará sus esfuerzos, valimientos y poderoso influjo con el Bajo Perú, para que la línea divisoria de uno y otro Estado se fije de modo que tirándola del Desaguadero a la costa, Arica venga a quedar en el territorio de esta República, que hará las indemnizaciones necesarias de su parte.»

Respondía este artículo a la preocupación de que el puerto creado para el servicio exclusivo del Alto Perú y que una mala distribución geográfica, a punto de remediarse cuando estalló la guerra de la independencia, había atribuído al Bajo Perú, volviese al distrito del que respondía al tiempo de su creación; y esto, que era primordial, no podía ocultarse a la mirada de esos hombres que si no se extendía a larga distancia en asuntos de política en general, era penetrante para ver dónde estaban los signos de su soberanía ligados a su futura prosperidad económica.

Pero antes de que partiese la legación y en vísperas de fijar el pliego de sus instrucciones, la Asamblea, considerando suficientemente debatida la magna cuestión, había fijado el día 6 de agosto, en homenaje a la batalla de Junín dada por el Libertador, como la fecha magna en que se declararía la independencia del Alto Perú.

En efecto, instalada ese día la Asamblea bajo la presidencia del general José Miguel Lanza por tener que terciar en el debate el presidente electivo Serrano, se puso a votación las tres proposiciones sobre las que había girado la controversia de todos esos días, y que señala así el historiador Pinilla:

«Primera. ¿Los departamentos del Alto Perú se unirán a la República Argentina, o se declararán separados, por ser esto más conveniente a sus intereses y felicidad?

»Por uniformidad de sufragios que expresaron los diputados, se resolvió la separación.

»Segunda. ¿El Alto Perú quedará unido con la Re-

pública bajoperuana, o también se declarará separado?

»Se determinó igualmente su separación, con la sola discrepancia de los diputados Velarde y Gutiérrez, que dieron su voto por la unión.

»Tercera. ¿Los departamentos del Alto Perú se erigirán en un Estado soberano e independiente de todas naciones, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo?»

«Esta última solemne votación sancionó la independencia nacional por plenitud de votos de todos los diputados concurrentes...» (254).

Producida esta última votación en medio del clamoroso entusiasmo de la selecta concurrencia y en que las mujeres de la alta sociedad no eran las menos recatadas para expresar con grandes aclamaciones su entusiasmo patriótico, dióse lectura al documento que fijaba solemnemente esa declaratoria, documento igualmente declamatorio por proceder de la misma pluma, hinchado de frases sonoras y gastadas, pobre de concepción e hiriente para la dignidad de España, y que hay que aceptarlo como una prueba más del profundo odio sembrado por los peninsulares en el Alto Perú.

Ese documento dice en su *Declaración*:

«La representación soberana de las provincias del Alto Perú, profundamente penetrada del grandor e inmenso peso de su responsabilidad para con el cielo y la tierra, en el acto de pronunciar la futura suerte de sus comitentes, despojándose en las aras de la justicia de todo espíritu de parcialidad, interés y miras privadas; habiendo implorado, llena de sumisión y respetuoso ardor, la paternal asistencia del Hacedor Santo del orbe, y tranquila en lo íntimo de su conciencia por la buena fe, detención y justicia, moderación y profundas meditaciones que presiden a la presente resolución, declara solemnemente a nombre y absoluto poder de sus dignos representados: Que ha llegado el venturoso día en que los inalterables y ardientes votos del Alto Perú por emanciparse del poder injusto, opresor y miserable del rey Fernando VII, corro-

borados con la sangre de sus hijos, consten con la solemnidad y autenticidad que al presente, y que cese para con esta privilegiada región la condición degradante de colonia de la España, junto con toda dependencia, tanto de ella como de su actual y posteriores monarcas: que en consecuencia, y siendo al mismo tiempo interesante a su dicha no asociarse a ninguna de las repúblicas vecinas, se erige en un Estado soberano e independiente de todas las naciones, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo; y los departamentos del Alto Perú, firmes y unánimes en esta tan justa y magnánima resolución, protestan a la faz de la tierra entera que su voluntad irrevocable es gobernarse por sí mismos y ser regidos por la Constitución, leyes y autoridades que ellos propios se diesen y creyesen más conducentes a su futura felicidad en clase de nación, y el sostén inalterable de su santa religión católica y de los sacrosantos derechos de honor, vida, libertad, igualdad, propiedad y seguridad. Y para la invariabilidad y firmeza de esta resolución, se ligan, vinculan y comprometen, por medio de esta representación soberana, a sostenerla tan firme, constante y heroicamente, que en caso necesario sean consagrados con placer a su cumplimiento, defensa e inalterabilidad, la vida misma con los haberes y cuanto hay grato para los hombres...»

Sancionado con voto tan solemne el nacimiento de la nueva nacionalidad y para que su acto recibiese la autorización del Libertador, los diputados Serrano, Olañeta, Dalence, Urcullu, Asín, Centeno y Mendizábal presentaron en la sesión del 8 de agosto un proyecto que los comentaristas han dado en llamar con propiedad de «deificación de Bolívar», con 20 artículos, en los que se exaltaba la personalidad del Libertador y del gran mariscal de Ayacucho, en términos rebotantes de gratitud y rendida sumisión.

Ese proyecto, convertido en ley el 11 de agosto, dice lo siguiente en términos literales:

«La Asamblea general del Alto Perú, deseando acredi-

tar pública, expresiva y solemnemente su eterna gratitud y reconocimiento eminentemente justo al inmortal Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar, al virtuoso y gran mariscal de Ayacucho y al ejército libertador, vencedor de los vencedores de Guaqui, Vilcapugio, Ayoma, Sipesipe y Tarata; deseando igualmente perpetuar en la memoria de los altoperuanos que a tan heroicos guerreros y nobles manos debe esta región su existencia política, su libertad y la reunión del Cuerpo que ha deliberado sobre su futura suerte, ha venido en decidir y decretar lo siguiente:

»1.º La denominación del nuevo Estado es y será para lo sucesivo República Bolívar.

»2.º El Alto Perú expresa al Continente entero que en razón de su ilimitada confianza en el Libertador de Colombia y del Perú, le reconoce por su buen padre y mejor apoyo contra los peligros del desorden, anarquía y tiranía, invasiones injustas y ataques cualesquiera al carácter de nación de que se ha investido por voto unánime de sus representantes.

»3.º Su Excelencia el Libertador tendrá el supremo Poder ejecutivo de la República por todo el tiempo que resida entre los límites de ella, y dondequiera que exista fuera de éstos tendrá los honores de protector y presidente de ella.

»4.º El 6 de agosto, memorable porque en él aprendió el ibero feroz en los campos de Junín a huir en el Perú de las legiones inmortales mandadas por el Libertador, será consagrado en fiesta cívica y se celebrará anualmente en todo el territorio de la República.

»5.º El nacimiento del Libertador será anualmente una fiesta cívica en todo el territorio de la República; mas esta resolución no tendrá otro efecto sino después de la vida de S. E.

»6.º El retrato de S. E. el Libertador será colocado en todos los Tribunales, Cabildos, Universidades, colegios y casas de pública enseñanza, para que su vista recuerde

la memoria del padre de la patria y estimule a la imitación de sus excelsas virtudes.

»7.º En cada una de las capitales de los departamentos de la República se colocará la estatua ecuestre de S. E. el Libertador sobre una columna.

»8.º El gran mariscal de Ayacucho, como encargado inmediato al mando de los departamentos de la República, mandará formar y presentar a S. E. el Libertador una medalla de oro, tachonada de brillantes, del diámetro que juzgue más adecuado, para que en el anverso de ella se figure el cerro de Potosí y el Libertador colocado al término de una escala formada de fusiles, espadas, cañones y banderas, en actitud de fijar sobre la cima de dicho cerro la gorra de la libertad, y en el reverso, entre una guirnalda de olivo y laurel, la siguiente inscripción: *La República Bolívar, agradecida, al héroe cuyo nombre lleva.*

»9.º El día 9 de diciembre será consagrado en fiesta cívica en todo el territorio de la República, en calidad de grata memoria de la eminente gloriosa jornada de Ayacucho.

»10. El aniversario del nacimiento de S. E. el gran mariscal de Ayacucho será también celebrado anualmente como fiesta cívica en todo el territorio de la República, después de los días de S. E.

»11. El retrato del gran mariscal será colocado a la izquierda de S. E. el Libertador de Colombia y del Perú en todos los lugares y con los mismos objetos que expresa el artículo 6.º de este decreto.

»12. El gran mariscal de Ayacucho será reconocido primer general de la República, con la denominación de capitán general, hasta que la ley determine lo correspondiente al último grado militar del Estado.

»13. Su Excelencia gozará también del título de defensor y gran ciudadano de la República Bolívar.

»14. La ciudad capital de la República y su departamento se denominará en lo sucesivo Sucre.

»15. El presidente de este departamento queda en-

cargado de mandar grabar y presentar a S. E. el gran mariscal Antonio José de Sucre, a nombre del Congreso, una medalla de oro, guarnecida de diamantes, del diámetro que crea bastante para que en su anverso se grave a S. E. arrancando al Perú, figurado por una vicuña, de entre las garras de un león, y al reverso, la siguiente inscripción: *La República Bolívar a su defensor, héroe de Ayacucho.*

»16. Una estatua pedestre del gran mariscal será colocada en cada una de las capitales de los departamentos de la República.

»17. Se mandará construir una gran lámina de oro, en cuyo centro se verá una hermosa joven indígena, símbolo de América, sentada sobre los despojos de un león y bajo un pabellón formado de los estandartes de los Estados del Continente. Esta joven estará abrazada con la diestra al Libertador y con la siniestra al gran mariscal de Ayacucho, y estos dos héroes se verán en actitud de decorarla con la gorra de la libertad y pisando grillos y cadenas despedazadas. En los costados se grabarán los nombres de los otros generales y jefes que concurrieron a las acciones de Junín y Ayacucho, y al pie, los de todos los comandantes y oficiales que se hubiesen distinguido en ambas; esta lámina se colocará en la sala de sesiones de la República Bolívar.

»18. Todo hombre que hubiese combatido por la libertad en Junín o Ayacucho se reputará natural y ciudadano de la República Bolívar.

»19. Un millón de pesos será distribuído oportunamente por S. E. el Libertador al ejército unido libertador vencedor en Junín y Ayacucho, como un pequeño premio de su valor y servicios hechos a la América en general y a esta República en particular.

»20. Para que el premio establecido en el artículo anterior tenga su debido lleno y cumplimiento, se autoriza plenamente a S. E. el Libertador a efecto de que por medio del agente o agentes que tuviese a bien nombrar, ne-

gocie un empréstito de la cantidad necesaria para realizar el premio, afianzando el pago con los fondos de la República.

»Comuníquese a S. E. el gran mariscal de Ayacucho para su publicación y cumplimiento. Dado en la sala de sesiones de Chuquisaca a 11 de agosto de 1825.»

Inútil sería negar que en esta ley, copiada en parte sobre la del Perú, por la que un pueblo se prosterna a las plantas de un hombre, con todos los signos de la más grande servidumbre, habría que ver el sintoma de caracterización de las modalidades psicológicas de la raza, que luego se detallarán; pero, sobre todo y preferentemente, el deseo incontenible, la sed furiosa de constituirse en Poder soberano, libre de extrañas ingerencias.

Reglados, pues, todos los asuntos y las instrucciones de la Legación, partió ésta de Chuquisaca al finalizar el mes de agosto al encuentro del Libertador, llevando la ley de 11 de agosto y el acta de la independencia transcritas.

CAPÍTULO X

Viaje del Libertador al Alto Perú.—Su entrada a La Paz.—Retrato físico de Bolívar.—En La Paz recibe la Comisión de la Asamblea.—Viaje a Potosí.—Recibe el Libertador la Delegación argentina.—Ascensión a la montaña de plata.—Obra administrativa del Libertador en Chuquisaca.—Don Simón Rodríguez.—Bolívar promete trabajar para la independencia del Alto Perú.—Sus dudas sobre la vitalidad del nuevo país.—En Tacna recibe una solicitud de los pobladores que desean incorporarse a Bolivia.—Historia del puerto de Arica, creado para el servicio exclusivo del Alto Perú.—Afares de Sucre por dotar a Bolivia de un puerto.—Nace el partido de oposición.

Bolívar, para entonces, se encontraba en La Paz, y su viaje al Alto Perú se había señalado por la delirante idolatría con que a su paso fuera recibido por los pueblos de la Audiencia de Charcas y a los que penetró en los primeros días de agosto, yendo de Puno. Al tocar la raya le había salido al encuentro el jefe de Azángaro, Choquehuanka, y dirigido este sorprendente discurso en lengua aymara:

«Quiso Dios de salvajes formar un gran imperio, y creó a Manco Capac; pecó su raza y mandó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de la América, y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial: nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho, y para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya nuevo mundo por liberar. Habéis fundado cinco Repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra grandeza, donde ninguno ha llegado. Vuestra fama aumentará así como aumenta el tiempo con el transcurso de los

siglos, y así como crece la sombra cuando el sol declina.» (85).

El 18 de agosto hizo su entrada triunfal a La Paz, acompañado del gran mariscal de Ayacucho, que había salido a su encuentro hasta Zepita, y de una lujosa y vistosa comitiva compuesta de lo más florido del vecindario y de las autoridades eclesiásticas, que también habían salido a la llanura de la meseta o hasta el pueblo de Laja, distante ocho leguas de la ciudad. En el Alto, es decir, en la cima de los cerros que rodean la ciudad por el lado del Poniente y de donde se extiende la árida llanura del altiplano, esperaban los miembros del Cabildo con el presente de un corcel ataviado con ricos jaeces enchapados en oro; y la brillante comitiva, precedida por cuadrillas de bailarines indígenas trajeados con sus atavíos de bailes, hechos los más de plumas o con pieles de vicuñas, jaguares y zorros, descendió la empinada senda que ras trea la falda de los cerros para llegar a la ciudad, en tanto que el cañón tronaba en las alturas de Cusipata y los campanarios de las diez iglesias repicaban alegremente dando la bienvenida al vencedor de Junín. Al llegar a los suburbios de la población hizole entrega el presidente del Ayuntamiento de las llaves de la ciudad, fabricadas de oro macizo. En las calles, engalanadas con arcos triunfales, formaban en dos columnas los soldados vencedores yendo de los extramuros a la puerta del palacio, y del palacio hasta la catedral. Todas las casas lucían banderas de los países libertados por Bolívar, y en los balcones ostentaban su juventud y su gallardía las damas principales de la población, que hacían llover sobre el Libertador flores y esencias. Llegado a palacio, donde se había dado cita una delegación de las más distinguidas señoras de la localidad, «un sacerdote coronó a S. E.—dice un testigo—con un laurel de oro tachonado de brillantes que formaban una corona». Entonces Bolívar, con elegante gesto, despojóse del adorno y lo puso en la cabeza de Sucre, en tanto que decía: «No es a mí, señores, a quien

es debida la corona de la victoria, sino al general que dió la libertad al Perú en el campo de Ayacucho.»

Bolívar está connaturalizado con los homenajes; pero nunca los recibió tan rendidos como en el suelo que de su mano esperaba la confirmación de su libertad. Y es que los altoperuanos, fuera de su índole natural acogedora y de su deseo de congraciarse con la gente de fuera, quería, sin duda, llevar al límite el consejo de Sucre de ganar la voluntad del Libertador. De ahí la exuberancia, la fogosidad de sus manifestaciones, ante las que no pudo permanecer mucho tiempo indiferente el vencedor de Junín.

Cuarenta y dos años cuenta el Libertador, y es un hombre de regular estatura, delgado, flexible, nervioso y de mirada ardiente y dominadora. Pálido, con el cabello negrísimo y ya canoso por las sienes, vasta frente surcada por dos hondas arrugas, mentón afilado, es ágil de movimientos y le gustan con pasión la danza y la equitación. Su flaco son las mujeres. Enamoradizo y veleidoso, se muestra apasionado por la mujer que logra impresionarle y es capaz de las mayores locuras por contentar y recibir la ansiada recompensa de sus favores de una real hembra. Frugal en el comer, parco en la bebida, detesta el cigarrillo «y no permite fumar en su presencia». (327). Es desinteresado y desprendido de dinero; pero si no le mueve la codicia, tiende con todas las potencias de su ser a conquistar la gloria, que es el resorte más activo de su vida. El amor, los paisajes seductores, la palabra ágil y florida, el renombre, el triunfo, he aquí las divinidades de su adoración. Le place oír una buena tirada de frases sonoras y bien coordinadas; pero prefiere la de su ingenio inagotable y muy rico de matices. «Su voz es gruesa y áspera», mas cuando habla subraya con gesto vehemente su palabra y nunca deja indiferente a su auditorio. Apasionado en el decir, incisivo y cortante para la réplica, jamás se presta a la discusión, «y tiene casi una propensión a insultar». «Es muy aficionado a hacer brindis,

los cuales anuncia del modo más elocuente y adecuado, y es tan grande su entusiasmo, que frecuentemente se sube en la silla o la mesa para proponerlos.» (Id.)

Bolívar entró al Alto Perú prodigando decretos y disposiciones sobre toda materia con los elementos reunidos por Sucre, deseando así responder a las muestras de su sin igual adhesión y sometimiento que le había dispensado el país por órgano de sus representantes en la Asamblea. Llegado a La Paz quiso conocer las necesidades locales más imperiosas por boca de sus mismos moradores y convocó o hizo convocar a una reunión de los principales vecinos para que se las manifestasen; pero como los odios eran profundos y el deseo de las represalias se mostraba latente todavía en la localidad, no pareciendo sino que «los miembros de la Junta desearan la prolongación de la discordia, más bien que la fusión de los bandos en un gran partido nacional que se propusiese, sobre todo, el bien común», el Libertador, «considerando que nada saludable podía esperarse de hombres tan díscolos—dice O'Leary—disolvió la Junta». (14).

Entonces—agrega Pinilla—, «por derecho del cargo que desempeñaba, sin tomar en cuenta, como correspondía, el de presidente de la República boliviana que la Asamblea deliberante le había conferido, infiriendo así grave ofensa a la soberanía de aquélla, ofensa no apercebida, o cuando menos no disimulada por el país», comenzó a dictar diversas medidas de carácter administrativo y económico,

Es aquí, en La Paz, donde recibió el Libertador, en los primeros días de septiembre, la Legación enviada por la Asamblea. Hasta hoy se ignoran los detalles auténticos de las entrevistas; pero era común hasta hace poco en Bolivia, en los círculos de gentes provecas y distinguidas, que en el banquete servido a la Legación la noche del 5 ó 6 de septiembre y ante la insistencia de uno de los delegados, Bolívar montó en cólera, trepó al asiento de su silla y arrojando con brío su servilleta sobre la mesa, de-

claró que los altoperuanos no eran dignos de ser libres. Tenga o no fundamento la versión, lo que de la Legación se sabe emana del informe dado por ella misma a la Asamblea en la sesión del 29 de septiembre por órgano de Olañeta, quien, naturalmente, hubo de omitir ciertos detalles que habrían sido depresivos para la Comisión, la Asamblea y el país mismo.

De esa información salta que el Libertador, sin tomar a lo serio los homenajes y honores votados por la Asamblea, dijo no creerse suficientemente autorizado por el Congreso del Perú para declarar la independencia de las provincias sujetas a su jurisdicción y cuyo ejemplo acaso sería contagioso para otras que casi con el mismo título pudiesen libertarse, «si la sola deliberación de un pueblo—palabras del relato de Olañeta—bastara para erigirlo en soberanía sin el reconocimiento de los Estados vecinos...» (2).

Al objetar así Bolívar es equitativo suponer que no lo hacía únicamente para seguir oponiendo reparos a la constitución de un pueblo con derecho a decidir, sino por rodear de efectivas garantías o evitar posteriores alegaciones a esa misma constitución, sin las cuales—quizá los preveía—pudiera más tarde encontrar tropiezos en su marcha. De todos modos, el hecho es que infirió un manifiesto desaire a la Legación no condescendiendo a la mayoría de sus peticiones y opuso reparos más o menos fundados a todas sus solicitudes hechas en nombre de la Asamblea, menos a la de redactar el Código político del nuevo Estado, misión que recibió con visible contentamiento, quizá porque allí cogería la coyuntura de exteriorizar sus puntos de vista políticos y los ideales que deseaba para los nuevos Estados.

La Asamblea, impresionada penosamente por este informe, se apresuró en dictar el 3 de octubre la ley de disolución, que tuvo lugar tres días después, luego de elegir representantes diplomáticos ante la Argentina, el Perú, Colombia y el Congreso de Panamá, ya convoca-

do, y en designar como encargado del mando supremo, en ausencia del Libertador, al gran mariscal de Ayacucho. Formó en seguida su diputación permanente, compuesta de cuatro miembros propietarios y otros tantos suplentes, y se disolvió después de haber funcionado cerca de noventa días y discutido con altura y hasta suficiencia el asunto magno de la independencia altopezuana.

Entretanto, concluidos los quehaceres del Libertador en La Paz, salió de esta ciudad el 20 de septiembre con una brillante comitiva y el 24 hizo su entrada en Oruro, igualmente triunfal. Su deseo por el momento era verse en Potosí, la legendaria villa, en la cumbre de cuyo cerro había prometido enarbolar la bandera de los libres, allá, en sus sueños de guerrero y Libertador.

Era prefecto de la opulenta ciudad el general Miller, quien se esmeró para que el recibimiento de Potosí fuese digno de la fama del héroe. Primeramente hizo componer el camino de la aldehuela de Leñas a la ciudad, en una extensión de 68 kilómetros, dando trabajo a una cuadrilla de 300 indios por más de cuarenta días y plantando en tierra ramas de árboles y arbustos arqueados en forma de arcos; luego dispuso que toda la indiada de los contornos concurriese el día del arribo de Bolívar luciendo sus ropas de danzarines, como que efectivamente se presentaron más de dos mil indios en grupos de diverso atavío y uniforme, todos profusamente recargados con adornos de plata y otros metales.

Pero si el prefecto Miller, en razón de su cargo y del gran afecto hacia el Libertador, tomaba como un deber reunir para la llegada de su jefe todos los elementos que pudieran interesarle y atraer su curiosidad, siempre despierta a nuevos espectáculos, los naturales de la región, no menos interesados que aquél para conquistar sus simpatías, se preparaban diligentemente por su parte, alzando arcos triunfales, engalanando las fachadas de sus casas, sin que faltase cura de aldea que vacilase en emplear

los ornamentos sagrados en el adorno del pórtico en su casona cural, donde el Libertador almorzó la mañana del 5 de octubre.

«Acabado el almuerzo—cuenta Miller con animado colorido—se puso la comitiva en marcha, y al llegar a dos leguas de Potosí, pasó por debajo del primero de una serie de arcos triunfales, que se iban cada vez multiplicando más, a proporción que se acercaban a la villa. En cada tercer o cuarto arco, estaba una partida de cuarenta indios vestidos muy ostentosamente, con penachos de plumas en la cabeza, que, dirigidos por sus caciques, ejecutaban una especie de bailecillos al pasar el Libertador. Los bailadores llevaban alrededor del cuello sartas de medallas de cobre, y los caciques, de plata, con el busto de Bolívar estampado en ellas. Los miembros del Ayuntamiento, a caballo, con sus vestidos de oficio, precedidos por los alcaldes, llevando cada uno de ellos una enorme vara dorada, salieron al encuentro del Libertador. El Ayuntamiento iba seguido por el clero y demás corporaciones, que, al reunirse al Libertador, le cumplieron con una arenga adecuada a las circunstancias, y que al recibir la política contestación debida, dejaron pasar la comitiva y siguieron detrás de ella. El Libertador pronto se dejó atrás a todos aquellos caballeros, cuyas tremendas espuelas y mazas macizas de plata sobredorada no fueron suficientes para hacer que sus rocinantes siguiesen al paso del caballo de Bolívar. Para aumentar sus dificultades, un cordón de agentes de las minas, montados en potros fogosos, se iban insensiblemente colocando delante de ellos a proporción que el Libertador pasaba, sin guardar la menor consideración al lustre de las varas de oficio. Multitud de indios, a pie, deseosos de ver al Libertador, se habían colocado a derecha e izquierda del camino, y doblando sobre él, se unían a la comitiva así que pasaban los primeros personajes...»

«Los caballeros que iban de oficio, confundidos entre la muchedumbre, pretendían separarla, daban tajos, se eno-

jaban y amenazaban, pero todo en vano. Los indios, que hasta entonces no sólo no habían osado nunca disputarles el paso, sino que se habrían arrodillado para dejar pasar las varas doradas, aquel día, alegres, pero resueltos, conservaron la posesión del camino, y los caballeros tuvieron que contentarse con seguir embebidos el movimiento del torrente que los empujaba y oprimía...

»Cuando el Libertador llegó a avistar clara y distintamente el tan celebrado cerro de Potosí, las banderas del Perú, Buenos Aires, Chile y de Colombia tremolaron repentinamente en la cúspide. Al entrar en la villa botaron fuego en lo alto del Cerro a veintiún cameretas, cuyo estruendo de cada una era igual al que hicieran seis cañones de a veinticuatro disparados a la vez. Este saludo estrepitoso produjo un efecto singular y muy imponente; los profundos valles de las inmediaciones, repitieron una y más veces el sonido espantoso del estallido; parecía, al alejarlo, que había en ellos una furiosa tempestad y que los truenos se sucedían unos a otros. Todas las campanas de las iglesias y conventos tocaban a vuelo a la vez y sin intermisión...

»Al llegar a la Casa de Gobierno, bajo un arco triunfal adornado con banderas, fué recibido el Libertador según el gusto español. Dos niños vestidos de ángeles bajaron del arco al aproximarse, y cada uno le hizo un pequeño discurso, y al llegar al gran salón, seis hermosas mujeres, en representación del bello sexo de Potosí, salieron a recibirle; le pusieron una corona de laurel y esparcieron flores alrededor de él, las cuales habían traído de grandes distancias y con aquel motivo...» (327).

Y luego, revelando la manía oratoria de los doctores altoperuanos, sigue narrando Miller:

«Los primeros días de la llegada del Libertador a Potosí se pasaron enteramente en recibir felicitaciones y discursos, los cuales habían sido extendidos con gran cuidado, estudio profundo y con una buena cantidad de flores retóricas. El general Bolívar se distingue particu-

larmente en improvisar contestaciones elegantes y adecuadas. En un día dió sucesivamente diez y siete respuestas...

»Corridas de toros, grandes comidas, bailes, fuegos artificiales, iluminaciones y otros mil signos de regocijo público continuaron durante las siete semanas que el Libertador permaneció en Potosí. Los empleados civiles habían hecho entre sí una suscripción en obsequio de los libertadores del Perú. Las señoras, colocadas expresamente en los balcones de las casas, tiraban diariamente a la calle unos cuantos centenares, y este era un motivo más para atraer a los indígenas que iban en gran número a Potosí, durante la residencia del Libertador en él.»

En Potosí recibió Bolívar a la Misión diplomática enviada por el Gobierno argentino, y compuesta de los plenipotenciarios general Alvear y doctor Vélez. Tenía el encargo de felicitar al Libertador por sus triunfos en América y solicitar su ayuda para llevar a feliz término la guerra con el Brasil en que en esos momentos se hallaba empeñado.

Anunciada oficialmente para el 8 de octubre su llegada, se le fijó el 16 del mismo mes para la recepción solemne, advirtiéndosele «que, como el ministro de Relaciones Exteriores residía en Lima, asiento del Gobierno, no podía tratar oficialmente con ellos» el Libertador.

La respuesta, asegura O'Leary, no fué del agrado de los plenipotenciarios, según lo hicieron comprender al secretario general de Bolívar, «y expresaron los temores de que la resolución del Libertador proviniese de resentimiento, por el tono de que la Prensa de Buenos Aires había adoptado al hablar de él, o por haber sido mal comprendidos los sentimientos de su Gobierno.

Bolívar se apresuró a disipar estos temores de los plenipotenciarios, tanto en su discurso de recepción cuanto en la conversación protocolaria que siguió después, advirtiéndoles que su actitud dependía exclusivamente de los Gobiernos de Colombia y el Perú, sin cuya autoriza-

ción expresa no podía ofrecer ningún apoyo. Corroboró indirectamente estas razones en diversas circunstancias, y en ninguna supo encontrar una coyuntura para hacer referencias del nacimiento del nuevo Estado, bautizado en su honor con su nombre, y sólo al brindar en el banquete que le ofrecieron los plenipotenciarios tuvo frases de caluroso aplauso para el Congreso del Río de la Plata, «cuyo desprendimiento — dijo — con respecto a las provincias del Alto Perú es inaudito.» (199).

El 26 de octubre, y acompañado por el gran mariscal de Ayacucho, los plenipotenciarios argentinos, el prefecto Miller y una numerosa comitiva de lo más selecto de la ciudad, hizo la ascensión al monte de plata, desde cuya cima se contempla el áspero paisaje del yermo desolado, sin verdor de yerbas, francamente hostil. «La color de este cerro—lo describía hacia 1572 el jesuita José de Acosta—tira a rojo oscuro: tiene graciosísima vista, a modo de un pabellón igual, o un pan de azúcar; empinase y señorea todos los otros cerros que hay en el contorno; su subida es agria, aunque se anda toda a caballo; remátase en punta en forma redonda.» (202).

A lomo de mula subieron Bolívar y su elegante comitiva; pero sólo hasta cierto paraje, porque luego, abandonando sus cabalgaduras, ganaron a pie la cumbre.

En la cumbre clavó el Libertador las banderas de Chile, la Argentina, el Perú y Colombia, y allí tuvo la esplendente visión de su carrera agitada, pero gloriosa. Y ganado por la emoción, seducido por el miraje de su propia audacia, evocó con frase de fuego su reciente pasado de luchas y sacrificios; recordó a sus compañeros de fatiga y de gloria; hizo desfilas ante los ojos de su séquito alucinado los campos donde librara las más espléndidas victorias de la libertad; anticipó el reconocimiento de la Historia para los héroes y mártires de la independencia; pero tampoco tuvo una sola frase de recuerdo o encomio para los sacrificios de ese pueblo donde se alzaba la cima de plata, y menos un arranque de benevo-

lencia para el país que le aclamara con el dulce dictado de padre y protector.

«Venimos venciendo desde las costas del Atlántico, y en quince años de una lucha de gigantes hemos derrocado el edificio de la tiranía, formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y violencia. ¡Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos a sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo! En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí, y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad, desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo.» (199) (15).

Bolívar salió de Potosí el 1 de noviembre. El 3 estuvo en Chuquisaca, donde las fiestas de regocijo dispuestas en su honor no desmerecieron en brillo a las realizadas en La Paz y Potosí, dada la cultura y el buen gusto de la ciudad universitaria. En Chuquisaca, y siempre con el deseo de obtener la ayuda del Libertador, los plenipotenciarios argentinos insistieron en proponerle su intervención en el pleito con el Brasil; mas ante su insistente negativa, «y viendo—dice O'Leary—que era ya inútil insistir más en atraerle a las miras políticas de Buenos Aires, le propusieron celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la Plata y Bolivia contra el Brasil; pero el Libertador—agrega—, en la persuasión de que los sentimientos de gratitud de una nación no le obligan a perjudicar sus intereses, evadió la exigencia, prometiendo someterla al Congreso boliviano, y acompañó esta promesa dándoles las más halagüeñas esperanzas». (14).

Y es que las ideas de Bolívar respecto del país de su nombre y del que recibiera tan patentes muestras de sumisión rendida y devota, iban modificándose gradual-

mente en sentido favorable a las aspiraciones de los alto-peruanos, no, como generalmente se sostiene, por la magia de un sentimiento de gratitud hacia las muestras de acato recibidas ni porque creyera que las cuatro provincias llegarían a constituir de pronto un Estado verdaderamente independiente y homogéneo, sino porque los acontecimientos se iban sucediendo en sentido contrario a sus previsiones y deseos, y era preciso, por lo menos, no dejar defraudadas las expectativas de un millón de habitantes, ni permitir que al lado de los países libertados por el poder de su brazo y de su genio se alzasen naciones ricas en toda suerte de recursos que algún día pudieran entrar en pugna con su propio país...

Recibidos en Chuquisaca los agasajos prescritos por el entusiasmo desbordante de las masas, dedicóse Bolívar a legislar sobre diversas materias, y dió una serie de decretos, muchos de los cuales, como se dijo, eran de iniciativa del gran mariscal de Ayacucho, y se puso a trabajar con el ardor que solía en el plan de la Constitución con que iba a dotar al nuevo Estado.

En estas labores servíale de auxiliar y consejero don Casimiro Olañeta, y las discusiones en que se engolfaban los dos hombres eran a veces tan ardientes, «que hubo ocasión en que Bolívar, en el último grado de cólera, destrozó el manuscrito que Olañeta iba redactando entre argumentos y observaciones bajo el dictado del Libertador. Calmada la cólera, volvieron ambos a la misma tarea». (18).

Entre los decretos que revelan a Bolívar como un hombre de Estado de largas perspectivas y prudentemente previsor, están los destinados a crear fondos especiales para fomentar la instrucción pública, deplorablemente descuidada hasta entonces, y los que salen en defensa de la oprimida raza indígena, elemento preponderante en número en el país y sumido en la más abyecta ignorancia y la más odiosa esclavitud.

En sus decretos sobre instrucción, edificios escolares y

mejoramiento popular tenía la ayuda de don Simón Rodríguez, de quien, siendo niño y joven después, a través de la vieja civilización de los países más cultos de Europa, había recibido el Libertador normas originales de saber y de vida, un despego casi absoluto por los bienes terrenales y la calcinante sed de la inmortalidad.

Era don Simón Rodríguez un ser extraordinariamente original en su vida, en sus ideas y en sus costumbres y hábitos. Vivía con la despreocupación de un cínico, razonaba con geniales intuiciones de filósofo, no se sometía a ninguna regla ni disciplina sociales y amaba la libertad con mayor intensidad acaso que su vida misma.

La desenvoltura de sus ideas y costumbres, su amoralismo, si se quiere, se transparentan formidablemente en estas dos anécdotas contadas por un moderno biógrafo del original maestro.

En una ocasión le robaron en el Perú a la mujer del pueblo que le acompañaba, y a los ocho días de espera escribió al seductor:

«Muy estimado amigo: Sírvase devolverme mi mujer, porque yo también la necesito para los usos a que usted la tiene destinada. De usted atento amigo y seguro servidor, *Simón Rodríguez.*»

Y al militar que amistosamente le anunciaba el nacimiento de un hijo suyo le respondía sin atenuación alguna:

«Quedo enterado de que a usted le ha nacido un hijo: si él es varón, debe eliminarse, porque los hombres son asesinos, ladrones, bandidos, etc., etc.; y si es mujer, ellas son el pecado. El mejor camino es no tener hijos. Pero como yo los tengo, usted dirá que me contradigo; a lo cual me permito advertirle que no hay tal: es que mi casa es visitada por algunos amigos...» (182).

La originalidad de sus ideas en materia de educación e instrucción; las singularidades de su carácter festivo y burlón; los excesos de su sátira mordiente en medio de la gazmoñería general; la despreocupación con que vivía

con sus mancebas del bajo pueblo; el profundo desprecio con que miraba los prejuicios de las clases dominantes, le aislaron primero de las gentes y le atrajeron luego su desprecio insultante e inmisericorde.

Ya en el ocaso de la vejez desvalida y necesitada, era un hombre de espaldas anchas y encorvadas, blanquísimo el cabello, la nariz algo tosca y gruesa, sólido el corbajón miserablemente cubierto de andrajos. «Su traje— cuenta un explorador francés que le conoció en esa época—, preciso es confesarlo, no era el más propio para realzar su fisonomía: llevaba su camisa sucia, con el cuello arrugado, corbata deshilachada, poncho de un color amarillo indefinible, que dejaba ver un pecho velludo y curtido por el aire, pantalón de bayeta azul y zapatos claveteados. Este traje, muy conveniente para un *churrapaco* de baja estofa o un alcalde de la sierra, parecía desdecir en un hombre que hablaba correctamente seis lenguas y sus derivados. Evidentemente, semejante abandono y descuido de su persona no podía resultar sino de la adopción de una filosofía impregnada de cinismo, o de una pobreza inmediata a la miseria.»

Pero lo que de verdaderamente admirable había en este hombre era su fervor por las ideas y su entusiasmo por transmitir las. Tenía la vocación de enseñar con métodos propios, anticipándose a su época, y educar con fuertes disciplinas en las costumbres de hombres libres e independientes; pero ni sus ideas hallaron ambiente ni sus métodos convencieron a nadie. Para enseñar anatomía se paseaba completamente desnudo por en medio de sus discípulos alineados en dos filas, y la manera de ser libres les sugería con su ejemplo siempre altivo y generoso. Vano empeño; los más de sus alumnos fueron licenciados y los hábitos de verdadera libertad aún tardan en aprender los hombres de nuestra América. Y como él sabía de la esterilidad de sus esfuerzos, se quejaba con melancolía:

«Hay ideas que no son del tiempo presente, aunque sean modernas, ni de moda, aunque sean nuevas. Por

querer enseñar más de lo que todos aprenden, pocos me han entendido, muchos me han despreciado, y algunos se han tomado el trabajo de perseguirme; por querer hacer mucho no he hecho nada, y por querer valer a otros he llegado a términos de no poder valerme a mí mismo.»

Sus puntos de vista sobre América, que en algunos países se convertirán en inteligentes programas de buen gobierno, están condensados en esta frase de previsión y de sabiduría:

«Atenciones del presente: Pan, Justicia, Enseñanza y Moderación. Atenciones para el futuro: Educación popular y Colonización.»

Su plan de enseñanza en el Alto Perú, que habría de chocar ruidosamente con la gatzmoñería del medio y la prudencia del mismo gran mariscal de Ayacucho, contemplaba puntos de vista eminentemente prácticos, pues «los varones debían aprender los tres oficios principales, albañilería, carpintería y herrería, porque con tierras, maderas y metales se hacen las cosas más necesarias». Y luego explicaba, en otro lugar, que la cultura de los hispanoamericanos se debía exclusivamente a los trabajos manuales de los obreros indios. «Los doctores americanos no advierten—decía—que deben su ciencia a los indios y a los negros; porque si los señores doctores hubieran tenido que arar, sembrar, recoger, cargar y confeccionar lo que han comido, vestido y jugado durante su vida inútil..., no sabrían tanto..., estarían en los campos y serían tan brutos como sus esclavos—ejemplo los que se han quedado trabajando con ellos en las minas, en los sembrados detrás de los bueyes, en los caminos detrás de las mulas, en las canteras y en muchas pobres tiendecillas haciendo manteos, casacas, borlas, zapatos y casullas.»

El afecto de Bolívar hacia este hombre singular era profundo: «Usted—le escribía en 1824—formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para

lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló.» Y el maestro, complacido, le contestaba: «Nos completamos los dos.»

Es a este hombre que Bolívar encomendó la dirección general de instrucción en el nuevo Estado, pues veía que la más grave de sus deficiencias era la falta de gentes capaces de tomar la dirección de los negocios públicos; y él deseaba que el país de su nombre, aventajado sobre muchos otros por poseer su célebre Universidad, superase a todos en la capacidad y la preparación de sus conductores, que son, en suma, quienes imprimen el rumbo de una nación.

Pero si bien, con la natural propensión en su temperamento de hacer que las cosas encomendadas a su actividad tomasen la mejor dirección dentro de lo posible, poco o nada le preocupaban, en cambio, las alteraciones territoriales que pudiese sufrir el nuevo país que en ese momento, sin tener sólida cohesión ni arraigado sentimiento nacional, sólo se defendía instintivamente tomando como base de sus derechos el *uti-possidetis* de 1810 y la libre deliberación de los pueblos para constituirse. Es sin duda por eso que al recibir a fines de octubre de ese año una comunicación de los plenipotenciarios platenses pidiendo al Libertador de que la decisión de Tarija adoptada el 13 de agosto, de pertenecer al Alto Perú, fuese declarada contraria a los intereses de la Argentina, Bolívar, después de presentar algunos reparos sobre la oportunidad de esa petición y de advertir que el territorio de la puna de Atacama, también disputado por otro agente de ese Gobierno, no estaba en iguales circunstancias que Tarija, ordenó el 17 de noviembre que dicho territorio de Tarija fuese entregado al agente constituido por los ministros argentinos, medida que hubo de provocar un conflicto con el Gobierno del Río de la Plata, como se verá después.

En todo caso lo que distingue particularmente la actuación de Bolívar en el Alto Perú es su decisión y su entu-

siasmo por el trabajo, su ardiente deseo de penetrar las necesidades de los pueblos y servirlos.

Puso al servicio de su labor su experiencia política y su conocimiento profundo de las instituciones y de los hombres, dejándose a veces llevar por su entusiasmo hacia las reformas fundamentales o hiriendo el instinto liberal de los pueblos con ciertas medidas que, si tendían a consolidar y aun fijar sus instituciones, aparentemente se mostraban contrarias a ellas y en oposición a los principios proclamados a lo largo de la guerra libertadora.

Estando en Chuquisaca les cogió a los libertadores el primer aniversario de la batalla de Ayacucho, y Bolívar quiso solemnizarlo con pompa para exteriorizar así su aprecio por Sucre y, quizá, destruir la idea de que pudiese subsistir alguna mala desinteligencia en sus relaciones. Y ordenó que se dispusiesen grandes fiestas y toda clase de diversiones para el pueblo, las que comenzaron la noche del 8 de diciembre con fuegos artificiales quemados en la plaza principal y baile en el palacio del Gobierno. Al día siguiente hubo misa de gracias, recepción palaciega, en que los personajes de talla, comenzando por Bolívar y acabando en el general Santa Cruz, tuvieron frases de calurosa admiración para el modesto vencedor de esta memorable jornada. En la plaza el pueblo comía y bebía en larguísimas mesas abundantemente provistas de licores y comestibles, y a las que de vez en cuando se allegaban los jefes del ejército de rutilantes uniformes o los personajes de alta figuración para «beber con el pueblo, abrazarse y aun llorar de contento».

El palacio fué invadido por las señoras de la aristocracia desde la una de la tarde, y el banquete se sirvió, según las costumbres de la época, a las cuatro, dividido en dos mesas: la primera, presidida por el Libertador y ocupada «sólo por señoritas y caballeros», por el gran mariscal de Ayacucho la segunda, en que «64 soldados ven-

cedores en Ayacucho, interpolados con los generales, jefes y oficiales, fueron servidos por las señoritas y caballeros.»

Veinte días después, y ya arreglando su viaje de retorno al Perú, dió el 29 de diciembre su decreto delegando en Sucre las facultades que le había conferido el Congreso de aquel país y manteniendo subsistente «y en todo su vigor y fuerza» las principales disposiciones de su decreto limitatorio del 16 de mayo dictado en Arequipa, y concluía disponiendo que «para el caso de enfermedad, ausencia o muerte del gran mariscal de Ayacucho, se nombra al general de división don Andrés Santa Cruz», con lo que persistía en su propósito de no conceder de inmediato la independencia al Alto Perú, pues Santa Cruz era decidido partidario de la agregación al Bajo Perú, «como opuesto a que estas provincias se constituyesen en Estado aparte».

El 1 de enero de 1826, y en vísperas de partir, lanzó Bolívar su memorable proclama a los bolivianos, y en la que por primera vez quizá hacía mención de la nueva nacionalidad bautizada con su nombre, pues decía:

«... Parto para la capital de Lima; ¡pero lleno de un profundo dolor, pues me aparto momentáneamente de vuestra patria, que es la patria de mi corazón y de mi nombre.

»Ciudadanos: Vuestros representantes me han hecho confianzas inmensas, y yo me glorio con la idea de poder cumplirlas en cuanto dependa de mis facultades. Seréis reconocidos por una nación independiente; vuestras leyes orgánicas serán dignas de la más completa civilización; el gran mariscal de Ayacucho está a la cabeza de vuestros negocios, y el 25 de mayo próximo será el día en que Bolivia sea. Yo os lo prometo», dijo. Y fué fiel a su palabra.

Hombre de escrúpulos exagerados en ciertas circunstancias, previsor y prudente, al fin vió que merecían ser libres quienes por el espacio de quince años habían su-

frido y penado con ejemplar abnegación y coraje insuperado por romper el duro yugo peninsular; acaso vió también, dado el empeño de peruanos y argentinos por inclinar de su lado la decisión de Charcas, que el desmesurado crecimiento de cualquiera de los nuevos países sería una amenaza constante para la seguridad de los demás y engendraría el instinto de las supremacías peli-grosas, y convino recién en la necesidad de crear un nuevo organismo que se interpusiese entre los ya formados y viniese a guardar el necesario equilibrio en esa vasta y rica porción del Continente.

Y consintió, recién, en que Bolivia sea.

Y como en todo lo que proyectaba sabía poner fe y entusiasmo, ese entusiasmo generoso, desbordante y espontáneo en su temperamento de meridional, la creación de Bolivia fué para él un motivo, no ya de gratitud, como generalmente se piensa y dice, arrancado por los homenajes recibidos, cosa que sería vanidad y pueril egoísmo, sino de orgullo de gran caudillo y de previsión sana de estadista, orgullo y previsión de una obra que la sabe imperecedera, el sostener, pedir, disponer, ordenar que el nuevo país no encontrase obstáculos en ninguna parte y emprendiese los primeros pasos de vida libre con facilidad y sin tropiezos.

Para alcanzar su propósito puso del lado del pueblo que diera como pedestal a su nombre el granito firme de sus montañas su actividad desconcertante, su voluntad de hierro y, sobre todo, su amor invulnerable a la libertad y a la gloria.

Pero no toda su fe.

Bolívar veía a distancia y más lejos que todos los hombres juntos de su tiempo y hasta del pueblo que quiso nacer a su sombra y bajo su amparo. La lucha sostenida entre él y los pueblos, después de Junín y Ayacucho, fué la de las ideas grandes, encarnadas en el hombre, y los intereses inmediatos representados en las colectividades. Él anhelaba plasmar algo durablemente sólido con base

de población rica y culta, tierra feraz y vastas instituciones propias arrancadas de las necesidades inmediatas y urgentes del estado social mismo; y si Bolívar quizá se engañó o los pueblos tuvieron razón, aún no parece llegada la hora de decirlo en estos momentos, en que el mundo, martirizado por la guerra, anda más revuelto que nunca en su economía, leyes, costumbres, preocupaciones y manera de vivir. Lo que sí puede ya saberse con la experiencia de casi un siglo es que ese pueblo de su nombre, enclavado en el corazón frondoso de la América meridional, alejado del mar por entonces invencibles obstáculos telúricos, con escasa y aun ínfima población instruida y capaz, absolutamente ignorante de las condiciones de vida de los grandes pueblos de civilización occidental, lleno de tribus bárbaras y salvajes, sólo podía desarrollarse con amplitud en un todo armónico que él imaginaba en sus sueños de estadista y de político, pero que ya los acontecimientos o la ceguera de los hombres no le dejaron realizar.

Para llegar al corazón de ese pueblo había tenido que atravesar regiones de infinita desolación; por un lado el desierto arenoso, inclemente de la costa; por otro, la alta e infecunda meseta del yermo, entonces, y aun hoy, las solas vías posibles del mar. Y bien veía que ese pueblo, al querer constituirse dentro de los límites de la Audiencia de Charcas, extensísima como territorio, sin duda, pero indigente, como los otros países, en población hábil, no obstante la Universidad Mayor de San Xavier, que los otros países no tenían, falto de caminos, de recursos, sin ninguna industria establecida, pobre de medios y de recursos, era una creación artificial como los demás Estados, algunos de los cuales presentaban peores condiciones, un organismo endeble destinado a vegetar oscuro e ignorado si no alcanzaba a entrar en dominio de una faja de territorio que lo llevase a su mar y a su costa, es decir, al territorio de Arica. Y quiso prevenir el mal con mirada zahori de estadista; pero su intento fué desbarata-

do por las interesadas coaliciones que echaron por tierra sus planes... Y fué vencido Bolívar, el vidente, y quedó Bolivia, por gracia de uno de sus hijos y contra los deseos del Libertador, metido entre inaccesibles montañas, ahogándose...

Bolívar salió de Chuquisaca el 10 de enero, y luego de visitar rápidamente el distrito de Cochabamba se dirigió por el Desaguadero a Tacna, donde llegó veinte días después, el 30.

Tacna en aquellos tiempos era, y sigue siendo, una minúscula aldehuela metida en lo hondo de una quebrada, vecina al mar, y en medio de huertos que rompen con el color espléndido de su follaje el gris monótono de los desiertos de arena que circundan ese valle angosto y lo encajonan y oprimen dentro de sus deleznales murallas de arena calcinada. Su puerto es Arica, creado exclusivamente para servir las necesidades del Alto Perú y exportar los metales preciosos extraídos de las minas de Potosí, y los habitantes de una y otra localidad sólo vivían, según el testimonio de un soldado de la Independencia, William Bennet Stevenson, corroborado por muchos de sus contemporáneos, del comercio y del transporte de las mercaderías al interior del Alto Perú, porque Arica era entonces, y es hoy con más precisión que nunca, según dicho viajero, «la llave de las provincias del Alto Perú» (284). De consiguiente, la fortuna de esos pobladores estaba íntimamente vinculada a la prosperidad de la nueva nación y ellos lo conocían mejor que nadie, y de ahí que no bien asomara el Libertador a la ciudad de Tacna el 30 de enero de 1826, se apresuraron en presentarle una solicitud encabezada por los miembros de la municipalidad, en que en atención «a las relaciones de subsistencia y de comercio que hay entre los individuos de la república Bolívar y los de esta provincia» pedían «se sirva tener en consideración los votos de un pueblo patriota, que decididamente quiere pertenecer a la república Bolívar». (368).

No era nueva ni se manifestaba por primera vez la aspiración de esos pobladores. Catorce años antes el comandante militar de esa región, interpretando el anhelo general del país, había desconocido la jurisdicción del Bajo Perú y puéstose bajo las órdenes de las autoridades de Charcas, consumando la revolución de 1811, de que fuera protagonista don Francisco Antonio de Zela. Esa revolución respondía a necesidades de orden económico y político, porque la ciudad y el puerto eran considerados como parte insustituible de la Audiencia, como así rotundamente lo manifestaron los Oidores reales en su carta al Rey fechada el 22 de octubre de 1561, en que al hablar de Arica, decían: «Es cosa para este efecto tan necesaria que en ninguna manera puede haber Audiencia si no se le da por distrito este puerto.» (167).

Esto mismo hubo de repetir después la Audiencia en otra comunicación al rey, en que relatando los términos y comarcas de ella señala Arica como el puerto en que deben desembarcar los que vayan de Chile a pedir justicia.

En una descripción del Perú hecha en el siglo XVII, se dice de ese puerto: «Es muy usado para conducir por él a Lima las cajas de plata de Potosí.»

Potosí en aquellos tiempos del coloniaje era el único centro de atracción peninsular, pues la codicia del oro y de la empresa se había sobrepuesto a todo otro deseo y sentimiento en el conquistador. Sus minas, descubiertas doce años después de consumada la conquista y casi destrucción del gran imperio de Tahuantinsuyo, comenzaron a ser explotadas con furor, y, consiguientemente, hubo de crearse en la costa más inmediata un centro que le permitiese exportar con relativa facilidad los productos del cerro, bien pronto famoso en el mundo por la riqueza prodigiosa de sus entrañas de plata; e importar los materiales que habían de dar vida a Potosí, que en poco hubo de llegar a ser el centro más activo y más poblado del nuevo Continente.

Hacia 1597, el padre Baltasar Ramírez, capellán en México, en el informe elevado al virrey de la Nueva España, asienta que por entonces Potosí era «el pueblo más abastecido y bien proveído de todo el Perú». Esto se explica porque de Potosí se arrancaban todos los caudales que iban a fomentar el esplendor y el derroche de la fastuosa metrópoli, la primera de Europa en aquellos momentos, y a Potosí iban los aventureros de rango y los aventureros de empresa, los capitanes y los soldados, porque «la sed de la plata tiene allí sin sed, sin hambre (antes con regalo y comodidades) las innumerables gentes que concurren», como luego se dijo en la mencionada y citada crónica descriptiva del siglo XVII.

Pero no sólo Potosí era emporio de riquezas y cebo de ambiciones materiales, sino que en poco tiempo llegó a ser activísimo centro de vida mundana, donde hubo de buscar delectación toda la aristocracia criolla, y hasta de actividad intelectual con las irradiaciones que le iban de la gran Universidad de San Xavier de Chuquisaca, en un momento famoso en toda esta parte de la América hispana, como que en sus claustros recibían luces y normas de vida culta estudiantes venidos de todos los centros más adelantados del Continente, como eran Lima, Buenos Aires y Santiago.

Y rico en productos, rico en comercio, en artes y en población trashumante, floreció con brillo a pesar de que la vida siempre fué cara, porque siendo tierra fría, o, como dice el cronista anónimo, teniendo «suelo frío y estéril y de maligna calidad para todo linaje de semillas, fuera de avena; mas con todo—agrega—ni la necesidad ni el regalo envidian los más abastecidos del Perú».

Esta carestía era más sensible en los primeros momentos de la colonización, según se ve en la carta que en 1562 enviaron al rey los Oidores de Charcas:

«En Potosí—aseguran—valen las cosas cuatro veces más que en Lima ordinariamente, y cuando más barato valen dobladas; y claro está esto de entender, pues se

traen de Lima, que son 300 leguas, la mitad por tierra y la mitad por la mar (Arica) y cada ocho arrobas cuesta de traer de Arequipa a esta ciudad 40 pesos; sin lo que cuesta por la mar...»

25 Pero nada de esto detenía el desarrollo prodigioso de Potosí y de sus minas, que trabajadas desde 1545 habían producido cerca de 80 millones de pesos en menos de treinta años, dinero fabuloso para la época y que determinó el éxodo febril a esa región dura del yermo andino, dura para vivir, pero que compensaba todo sacrificio con los dones de sus inagotables riquezas subterráneas.

26 De consiguiente, las maquinarias indispensables para explotar la riqueza metalífera del cerro, el abastecimiento cada día más copioso de una población creciente en número y en calidad, los muebles finos y los objetos de fausto que hubieron de llevarse allí y dieron a la urbe un esplendor nunca conocido por las demás ciudades de América en esa época; todo esto y mucho más, se llevó y trajo por el puerto de Arica, que fué siempre y es el órgano natural del antiguo Alto Perú, hoy Bolivia.

La creación del virreinato de Buenos Aires produjo desde el primer instante para el Alto Perú una situación de angustia, porque desvinculado del virreinato de Lima dejó de gozar la posesión del puerto de Arica y todo su comercio hubo de hacerse por los puertos de la nueva delimitación a la que fué agregada la Audiencia de Chuquisaca, quedando desde entonces relativamente aislado; pero como no podían interrumpirse las relaciones comerciales, por sólo esta circunstancia, a riesgo de dejar extinguirse centros de población ya bastante desarrollados y procuraban apreciables rentas al dominio peninsular, siguió desempeñando Arica su rol de puerto proveedor a las necesidades del Alto Perú, como bien se desprende del texto de un expediente elevado ante la Corona de Castilla y en el cual se consultaba si dentro de los límites jurisdiccionales de la nueva Audiencia del Cuzco iban a comprenderse las intendencias de Arequipa y

Puno, que parecían naturalmente ligadas a la dicha Audiencia.

Pero cuando se vió más palpablemente que Arica formaba parte esencial y viva del Alto Perú fué durante la guerra de independencia, pues casi la totalidad del movimiento de tropas de ambos beligerantes se hizo exclusivamente por Arica, según puede verse en los relatos de todos los cronistas y militares españoles e independientes, como Camba, Miller, O'Leary, Stevenson y otros. Arica, que forma el interland del territorio alto peruano, fué el puerto de la resistencia peninsular aun después de que las victoriosas armas de Bolívar y San Martín habían librado combates decisivos para la causa de la libertad y dado independencia a todos los pueblos del continente hispano.

Es conociendo todo esto y en vista de sus intereses que los pueblos de esa costa del mar Pacífico manifestaron la necesidad de constituir una parte integrante, la mejor, sin duda, de la nueva nacionalidad consentida y fomentada por el Libertador. Y es que los pueblos, que entonces no llevaban todavía bien definido el sentimiento de nacionalidad y aún no había cristalizado en su conciencia la fuerza del patriotismo local, sólo veían en aquellos momentos y casi exclusivamente las ventajas y los beneficios de orden material e inmediato que habrían de conseguir al agregarse y fundirse a la nacionalidad a que estuviesen íntimamente ligados por vínculos de comercio, de tráfico regular y constante, es decir, por razones de orden económico, superiores en veces a los de carácter sentimental y aun étnico.

Bolívar, que conocía las inaplazables necesidades del nuevo país y veía con angustia su alejamiento del mar, recibió con beneplácito la declaración de los habitantes de Tacna y se apresuró en enviar al Congreso de Bolivia el acta firmada por los tacneños, y luego, ya satisfecho por el giro que iban tomando los negocios vitales del país bautizado con su nombre, se embarcó en Arica, y el

10 de febrero hacia su entrada triunfal a Lima, donde, desde el primer momento, y cual lo había prometido, se puso a trabajar arduamente en beneficio del país que se había puesto bajo su protección.

Entretanto el gran mariscal de Ayacucho tampoco se descuidaba en proveer de un puerto adecuado a la nueva nación, y obedeciendo a las instrucciones impartidas por el Libertador que, con su clara intuición de hombre genial, veía que su obra no podía subsistir enclavada en medio de un continente y sin salida propia al mar, y ordenó en septiembre de 1825, por medio del mariscal Sucre, que se encomendase a alguien la misión de estudiar las condiciones de la costa para poder establecer un puerto que sirviese a las necesidades de la nueva nacionalidad.

Fué un militar irlandés, abnegado y estudioso, el general Burdet O'Connor, que recibió la misión de realizar ese estudio, cual se ve en la orden general dictada en Potosí el 25 de octubre de 1825 por el mariscal de Ayacucho. O'Connor partió al litoral dirigiéndose primero a Cobija, donde apenas encontró, según su informe, un solo habitante alto peruano, pues los demás habían desaparecido diezmados por toda suerte de enfermedades y epidemias.

«... Emprendimos—cuenta O'Connor en su informe— el reconocimiento de todos los puertos mencionados (Atacama, Mejillones y Loa) y hallamos que el de Cobija tenía el mejor fondo para ancla y el puerto más cómodo también, aunque escaso de agua, pero de poder aumentar la cantidad.»

En vista de este informe dió el Libertador, con fecha 28 de diciembre, un decreto por el cual se ordenaba la habilitación del mencionado puerto, al que se le puso el nombre de La Mar como «justa recompensa al mérito contraído por el gran mariscal don José de La Mar, vencedor en Ayacucho», según reza en el decreto.

Pero esto era una creación artificial que no se oculta-

ba a los mismos fundadores, como que el propio Sucre, al tiempo de ordenar la apertura de dicho puerto, escribía a Bolívar el 11 de mayo de 1826 asegurándole que se le abriría «pero con más bulla que provecho» (374); pues el puerto estaba totalmente desvinculado del cuerpo vivo de la nación, ya que la distancia de Cobija o La Mar a Oruro y Potosí, respectivamente centros de gran producción minera entonces y ahora, era de 870 y 750 kilómetros, que se cubrían en veinticinco días de viaje a Oruro y veintidós a Potosí, como se ve por los itinerarios seguidos entonces por los comerciantes que transportaban sus mercaderías en arrias de mulas y borricos y estaban obligados a llevar consigo la provisión de agua menester para el consumo de hombres y de bestias, ya que esa zona es sólo un desierto árido y quemante donde no crece ninguna vegetación ni se consigue una sola gota de agua.

Viajar por allí era, entonces, exponerse a sufrir privaciones de todo género y poner a muy ruda prueba la energía y la abnegación de los hombres de buena voluntad que el deseo del lucro o las premiosas necesidades de la vida les empujaba a emprender un trayecto francamente hostil y a luchar con los agentes de la Naturaleza (sol, frío, sequedad), que son indomables cuando se vive en rusticidad primitiva o lejos del contacto con los inventos que incesantemente el hombre descubre para darle mayores seducciones a ese don supremo e inapreciable de la vida.

No bien recibiera Sucre la representación del vecindario de Tacna, enviada por el Libertador, se apresuró en instarle e insistir a que de su parte pusiese todo su influjo para conseguir el puerto de Arica, que no hacía ninguna falta al Perú y era de vital importancia para el nuevo Estado, indicando si posible la necesidad de hacer algunas compensaciones pecuniarias en vista de alcanzar ese propósito.

Tampoco era nuevo ni de circunstancia ese empeño de Sucre, pues ya antes de que manifestase la voluntad

concreta de los pobladores de Tacna, él no había descuidado en pedir al Libertador hiciese ver al Congreso del Perú «la pretensión de esta República para que le ceda Arica», pensamiento dominante de los diputados alto-peruanos en el Congreso constitutivo de la nacionalidad, y los cuales diputados no hacían otra cosa, en suma, que seguir las gestiones iniciadas por los mismos virreyes del Perú y continuadas por los Oidores de la Audiencia de Charcas, como se ha visto.

Y a la expectativa de que el Libertador cumpliera su promesa de conseguir el reconocimiento de la independencia por parte del Congreso peruano e hiciese las gestiones para adquirir Arica, Sucre no descuidaba en seguir las instrucciones de aquél trabajando discretamente por que no se reuniese el Congreso hasta no recibir del Perú dicho reconocimiento y sugiriendo la conveniencia de que el nuevo Estado entrase a constituir una Confederación con el Perú, idea que fué recibida con bastante desagrado, según confesión del mismo gran mariscal.

Como los empeños de éste se hicieran todos los días más ostensibles, y se viera que Sucre se ponía en relación con las autoridades de provincia para hacer elegir diputados adictos a su política, bien pronto algunos exaltados patriotas comenzaron a trabajar con Olañeta a la cabeza, por oponerse a los manejos de Sucre y hacer que la reunión del Congreso se efectuase en la fecha indicada a pesar de las gestiones de aquél, que deseaba, cual ya se dijo, postergar su reunión hasta una data más conveniente; pero sus esfuerzos resultaron inútiles ante la obstinación patriótica de los opositores, y Sucre no tuvo más remedio que conformarse y oponerse a escribir «precipitadamente en un día» su Mensaje, donde echaba sobre el Congreso la responsabilidad de sus determinaciones. Y, ya cuidadoso de lo que venía viendo en los manejos de los opositores empeñados en presentarle con caracteres poco simpáticos ante las masas, escribía, desengañado, al coronel Galindo: «No respondo de lo que suceda

en esta República, como tampoco sabemos qué sucederá en otras.» (395).

Fué el doctor Manuel María Urcullu, ministro de la Corte y presidente de la Diputación permanente, quien convocó para el 23 de mayo la primera sesión preparatoria, en la que hizo presente el deseo del gran mariscal de Ayacucho de presentarse en la sala «para informar a los Representantes del estado de las circunstancias, y otros hechos conducentes a fijar el juicio de la Asamblea, sobre si deberá o no declararse instalada el día 25 del corriente».

Sucre dijo a la Asamblea que no habiendo reconocido la independencia del nuevo Estado, ninguno de los países, y especialmente el Perú, donde el Libertador se iba preocupando de conseguir ese reconocimiento del Congreso, diesen a conocer su determinación; «y que para el caso de prescindir del reconocimiento, Bolivia no debía contar sino con sus propias fuerzas, pues ni el señor Libertador, ni S. E. podrían ingerirse en este negocio, como dependiente del Gobierno del Perú». (1826).

Algunos congresales, impresionados por las palabras de Sucre, que hasta cierto punto envolvían una amenaza, opinaron por postergar la reunión de la Asamblea, pero triunfaron los de la oposición en el debate, y se resolvió por voto expreso de la Sala que la Asamblea se instalaría el 25 «con el carácter de *Constituyente*.»

CAPÍTULO XI

La Asamblea constituyente.—Sucre rechaza la presidencia de la República.—Conflictos en la Asamblea.—Fuerza moral que se emplea para hacerle aceptar el cargo.—Mensaje del gran mariscal.—Ejemplo de su vida laboriosa.—Se discute en la Asamblea el proyecto de Constitución enviado por Bolívar.—Mensaje del Libertador.—El conflicto de la capitalía del nuevo Estado.—Nace el radicalismo en Bolivia.—La cuestión de Tarija. Sublevación de Matute.—Angustia de Sucre por no poder descifrar si trabaja o no en favor de Bolivia.—Promesa solemne de cumplir la Constitución.

Y así fué. Reunióse la Asamblea el 25 con ese carácter, y luego de elegir su presidente a don Casimiro Olañeta, jefe oculto de la oposición, dió comienzo a sus labores escuchando el Mensaje del gran mariscal de Ayacucho, y en el que haciendo un recuerdo somero de la revolución emancipadora iniciada el año 9 en esos pueblos, reivindicaba para su país el mérito de haber llevado a otro extraño, «entre el estruendo de las armas y el brillo de la victoria, los principios de la soberanía del pueblo». Luego, entrando a hacer la historia del decreto convocatorio de la Asamblea y las razones que le habían asistido para procurar su aplazamiento, echaba sobre los congresales toda la responsabilidad de esa convocatoria. «Ha sido, por tanto, que ha tocado a vuestra representación y a vuestra autoridad resolver la instalación del Congreso (a pesar de aquellos embarazos), tomando sobre vuestras propias fuerzas, sobre vuestra responsabilidad y sobre vuestros derechos esta declaración.»

Al dar cuenta de los actos administrativos realizados por él en el corto período de su mandato, señalaba como

punto esencial a realizarse la tarea de alfabetizar e instruir al pueblo en todas sus clases sociales y proteger a los indios que «no están aún en la dignidad de hombres»; de levantar la moral del ejército, ya que «un ejército sin moral es más perjudicial que útil a una sociedad», y no dejaba de hacer ver también, con la llana simplicidad de su corazón sano, que esas tareas de administración las había realizado casi con repugnancia porque encontraba que su competencia era nula en los negocios de Estado, y pedía, al concluir, que se le eximiese de la carga de conducir pueblos, insoportable para él.

«Cualesquiera que fueren mis servicios a vuestra causa, yo siempre seré un extranjero, porque mi corazón y mi sangre pertenecen a Colombia. Yo os conjuro, en nombre de Bolivia, para que la elección de vuestro Gobierno sea toda nacional: sea toda boliviana...»

Aun vibraba en el salón el eco casi doloroso de esta palabra cuando Olañeta, como presidente de la Asamblea, rendía el cálido homenaje de un pueblo a las virtudes de un soldado austero y de grande alma.

«Es, acaso, la vez primera que un gran capitán cubierto de laureles, pisando trofeos militares, lleno de gloria y con un poder inmenso, ha respetado los principios de legitimidad, conduciendo al pueblo hacia el goce de una libertad nacional...» «Cuando otros Estados hacen esfuerzos más o menos vigorosos con el objeto de asegurar su tranquilidad interior, vos, general ilustre, habéis ahuyentado de entre nosotros a la anarquía. En la patria que lleva el nombre del inmortal Bolívar, jamás temerá su sacrilego pendón.» (1826).

Y el presidente de la Asamblea, que no tardaría en desmentir con los hechos la solemnidad de sus palabras, agregaba todavía:

«Las revoluciones no las causan los pueblos, sino la corrupción de sus mandatarios; y desde que ellos han sido puros, las garantías individuales siempre se han visto en su más completo ejercicio.»

Y ya loando justicieramente los merecimientos del ejemplar mandatario, añadía al rogarle consintiese en aceptar la presidencia que se le ofrecía:

«... Órgano fiel de la voluntad de un millón y doscientos mil hombres, que vos mismo habéis hecho soberanos, yo me apresuro en este mismo lugar, en que por la primera vez rayaran los crepúsculos del magnífico día 25 de mayo, a tributaros los homenajes de gratitud a que sois acreedor, hombre extraordinario. La fiel Historia os pintará en la posteridad como a guerrero que con su espada salvó a un mundo del cautiverio, y como a filósofo que con su pluma creó una nación, dándole instituciones liberales, y en premio de vuestros eminentes servicios, entregándoos las generaciones bolivianas sus corazones. Ved si mortal alguno ha merecido tanto; pero aún no está concluída vuestra obra preciosa. ¿No tembláis, señor, al considerar que en un solo día puede desaparecer lo que tantas fatigas os ha costado? ¿Vuestra alma grande no ama con entusiasmo la gloria y la incesante reproducción del hombre virtuoso en la memoria de sus ciudadanos? No abandonéis el bello campo que se presenta a la más noble ambición. Permaneced en la tierra que os ofrece el amor, la confianza y las bendiciones de los pueblos. Ofrécenos nuevamente vuestros servicios. El voto general y unánime de Bolivia es por vuestra eterna permanencia entre nosotros. La Representación Nacional me ha encargado manifestaros esto, que es su más íntimo sentimiento. No duda que os dignaréis aceptarlo.» (1826).

Sucre lo rechazó comedidamente, pero con firmeza, repitiendo los motivos que había señalado en su Mensaje. Y como insistieran los diputados, pidió licencia para retirarse y evitar se prolongara una situación comprometida, pues sus deseos eran alejarse del Alto Perú y prescindir de toda función de gobierno.

Al día siguiente, y no obstante la categórica negativa de Sucre, los diputados Olañeta, Molina y Eguívar, pre-

sentaron un proyecto de ley encomendando a Sucre la Presidencia provisoria de la República «hasta que el Congreso sancione la Constitución, la publique y mande observar». Y el principal proyectista, Olañeta, al fundar las razones que le empujaban a indicar a Sucre como el más capacitado para ejercer el mando señalaba «al decidido interés que había tomado en proteger a Bolivia, por la sabiduría, probidad y moderación sin ejemplo, como la había gobernado hasta hoy a pesar del poder discrecional que ejerció sobre ella, y, últimamente, porque su poderoso influjo y respetos eran los únicos que podían sostener a Bolivia en su naciente estado y salvarla de los estragos de una anarquía».

En esta insistencia de los diputados no había únicamente el homenaje justiciero a las cualidades sobresalientes del estadista, sino que la labor de Sucre durante los pocos meses que ejerciera el mando a la salida de Bolívar había sido fecunda en enseñanzas de toda clase y su prestigio había crecido de un modo considerable. Generoso, desinteresado, noble de verdad, sabía imponerse a todos por la persuasión y la derechura y hacerse respetar y temer a la vez. Su nombre y su fama fueron eclipsados por un momento, y en tanto que el Libertador, astro de primera magnitud, que pasó por el cielo alto peruano anegándolo todo bajo los haces deslumbradores de su luz, fundiendo los colores, acentuando la desproporción de líneas, prolongó su estancia bajo el cielo de ese nuevo país; mas apenas se hubo alejado, las siluetas volvieron a tomar su grandor natural, y la del modesto soldado de Ayacucho, firme y derecha, parecía haberse inmovilizado para la misma eternidad, en gesto augusto y solemne del varón que siempre fué esclavo del deber.

Su sistema de gobierno era prudente y acertado. Las medidas que ideaba las ponía en realización después de pensarlas maduramente por mucho tiempo y de consultarlas con la Diputación permanente, a la que alguna vez la tuvo alojada por muchos días en su casa. Era enemigo

de las improvisaciones fáciles y aparatosas a que son acostumbrados los improvisados estadistas mestizos. Su deseo vehemente, acuciado por su calidad de extranjero, era dar ejemplos patentes de probidad, de abnegación, de laboriosidad y de desinterés administrativos, pues no quería comprometer en nada el nombre de su patria, a la que rendía fervoroso culto, y este anhelo fortalecía sus virtudes dominantes y le hacía aparecer moderado, tolerante, riguroso en sus maneras y conducta, eminentemente ejemplar. «Me prometo entregar el país en buen estado al Congreso para que nos quede siquiera la gloria de dejárselo en orden», escribía al Libertador cuando se iban haciendo las elecciones de diputados; y en esta frase, más que en ningunas otras, hay que ver la alta probidad de su labor, que él la consideraba pasajera.

Porque eran sus intenciones firmes alejarse cuanto antes de ese país en que nada lo retenía, a no ser la voluntad siempre acatada del Libertador, pues sus ansias amorosas crecían con el tiempo y la distancia, y lo único que anhelaba de veras era dejar el mando de pueblos—según su propia expresión—, casarse con su prometida, la linda marquesa Solanda, y dedicarse de lleno a trabajar para precaverse con tiempo de las necesidades de la vejez, que ya la sentía venir, rápida y fatal.

En una carta a Bolívar, que encierra amor, sumisión, desconfianza, seguridad, idea de responsabilidad reatada por sentimientos de ternura hacia su prometida, ponía esta posdata afectuosa y conmovedora:

«... He resuelto cumplir de una vez el compromiso a que estoy ligado con la señorita Solanda en Quito, y que al efecto escribo en esta fecha al coronel Aguirre. Si hay circunstancias que hagan parecer mal este partido, autorizo a usted para que escriba a Aguirre que lo suspenda. He dicho a usted que confío siempre de sus consejos como de los que recibiera de mi padre.» (374).

Aprobado el proyecto de Olañeta por unanimidad en la Asamblea, se nombró, a indicación de sus miembros,

una Comisión para que «presentase al gran mariscal la ley sancionada y se encargase de rendir su resistencia, haciendo uso de los medios más eficaces para conseguirlo, sin perdonar arbitrio que condujese a recabar su aceptación y salvar la patria, que sin su influencia y valimiento podría padecer un contraste». (1826).

La Comisión estaba compuesta de los proyectistas, quienes, acompañados de lo más selecto de la ciudad, se presentaron en el palacio del Gobierno, donde Olañeta manifestó la misión que llevaban en nombre del Congreso. Sucre volvió a negarse alegando las razones conocidas y aconsejando que escribieran al Libertador para que volviese a hacerse cargo de los negocios públicos del país de su nombre y que entretanto se nombrase una Comisión o un Consejo de Gobierno encargado del Poder ejecutivo.

En la Asamblea hubo un momento de perplejidad al conocer la resistencia de Sucre, para todos incomprensible, y ésta subió de punto cuando se leyó en la sala el oficio del gran mariscal en que reproducía aquellas razones. Entonces el presidente Olañeta, tomando la palabra, dijo «que él no hallaba otro medio para salvar la patria que proponer el siguiente dilema: o el gran mariscal debe encargarse del Poder ejecutivo, o el Congreso de Bolivia debe disolverse».

Fué otra Comisión la encargada de plantear el dilema a Sucre, quien se preocupaba de contar en una carta los detalles de todas esas andanzas originales a su protector y amigo:

«Aquí estaba de esta carta—le dice— cuando ha entrado una Comisión de medio Congreso, seguida de la mejor gente de Chuquisaca, trayéndome una segunda nota en que se indica la suspensión del Congreso si no acepto el mando. El doctor Calvo me ha hecho un magnífico y patético discurso al entregarme el pliego; mi debate con esta Comisión ha durado más de media hora, y ya querían traer todo el Congreso aquí, cuando les dije

que mostraria mi deferencia a Bolivia encargándome del ejercicio del Poder ejecutivo hasta que el Libertador pisara el territorio de la República. La pobre gente me abrazó con el más grande entusiasmo al terminar estas palabras; entiendo que de buena fe me estiman los pueblos.» (374).

Ese entusiasmo se dejó sentir con mayor regocijo fuera de la Asamblea, porque esa misma noche del 27 de mayo la alta sociedad de Chuquisaca organizó un baile en honor del gran mariscal, no porque éste hubiera sido elegido presidente de la República, sino porque hubiese aceptado la presidencia, y en el que las mujeres se mostraron en extremo adictas al pundonoroso soldado, quizá para hacerle olvidar la promesa que dos noches antes, en el banquete con que obsequiara a la sociedad chuquisaqueña la noche del 25 de mayo, les hiciera despidiéndose de ellas en su brindis de la mesa y respondiendo a la cariñosa solicitud con que le instaran a quedarse en el país. «Se quedaron tan en silencio como en un entierro», cuenta Sucre.

Al día siguiente, con pompa inusitada y en medio del delirante entusiasmo popular, verificóse en la sala del Congreso la ceremonia de la entrega del mando al gran mariscal y la recepción de su juramento de «respetar y hacer respetar la religión católica, observar y hacer observar las leyes de la República, proteger la libertad individual, la propiedad y demás derechos del ciudadano y gobernar con solo el objeto de la felicidad y gloria de Bolivia».

Prestado el juramento y desde el sitio de honor de la sala, repleta con las más bellas mujeres de la ciudad y los hombres más eminentes por el rango, riqueza y talento, agradeció Sucre las manifestaciones de aprecio que había recibido y que se le dispensaran «no con la humillación que a un soldado vencedor, sino con el candor de una sincera amistad».

«Para obedeceros—dijo—he tenido que luchar con

sentimientos opuestos. Mi conciencia me estimulaba al retiro; mi reconocimiento a complaceros, y a dejarme arrastrar de las manifestaciones generosas de un pueblo que quiere confiarme su suerte. He aceptado la suprema magistratura de la República mientras la ocupe el Padre de la Patria, porque habéis llegado a persuadirme que soy llamado a ella por la opinión pública; mi convicción, no obstante, está por mi insuficiencia para ejercerla; y estoy, por tanto, pronto a dejarla, en el momento en que la autoridad de que se me ha investido no esté apoyada por la fuerza moral y por el contento de los pueblos.»

Y luego, avizorando el porvenir, lleno de dudas y recelos y desconfianzas respecto a la marcha serena y constante de las instituciones, miedoso quizá de ver que ya se manifestaban latentes los primeros síntomas de la descomposición social, suplicaba:

«Legisladores: Al admitir el desempeño del Poder ejecutivo, os he ofrecido una buena intención, la mejor fe, contracción al trabajo y obediencia a las leyes; os pido en recompensa, a nombre de vuestra Patria, unión, espíritu de concordia y odio a los partidos; si el Congreso constituyente y el Gobierno, ligados por sentimientos puramente bolivianos, no tienen otro estímulo, otra ambición que la prosperidad y la dicha de la República, Bolivia formará entre las naciones el raro fenómeno de haberse constituido sin conocer los horrores espantosos de la anarquía, ni los tremendos males del despotismo.» (1826).

Pocos días después, el 4 de junio, recibió Sucre una nueva carta del Libertador, fechada el 12 de mayo, en que pedía a su amistad no apresurar su marcha de Bolivia, lo más cerca que tenía a su corazón, según sus palabras; a lo que contestó Sucre el 6 de junio:

«Me estaré en Bolivia como usted desea; pero le suplico que mi permanencia aquí no pase de este año y el que viene; en ese tiempo no perderé un momento para planear la Constitución y las leyes. Le hablo a usted como a

mi padre y a mi amigo; si yo quedare en el gobierno, estoy cierto que no viviría sino muy poco tiempo; cada día conozco más y más cuánto me destruye esta especie de trabajo, y que me arruino si sigo mucho tiempo en él.» (374).

Esenciales motivos tenía el gran mariscal al escribir esto. Se había entregado al trabajo de una manera exclusiva, absorbente, como sólo saben entregarse los hombres de alta probidad moral y conscientes de los graves deberes que impone la vida. Jamás se daba punto de reposo: el estudio y la atención constante de los negocios públicos embargaban por completo su tiempo, lo esclavizaban, y el solo esparcimiento que se permitía era hacer frecuentes excursiones a Nucho, nido discreto de verdura en la confluencia de los ríos Yotala y Cachimayo, al pie de altos cerros que encajonan el valle, aromoso y jocundo con el verdor de sus huertos de árboles frutales que destilan mieles y que alguna vez esfumarían las siluetas del soldado y una bella dama, confundidas en un corto y ardiente devaneo amoroso...

La parquedad y severidad de su vida palaciega eran extremas, bien que nunca perdiese su buen humor ni sus hábitos de culta sociabilidad, aunque no participase de ciertas diversiones favoritas entonces de las altas clases sociales y que chocaban con su espíritu culto y refinado, como el juego del tresillo o rocambor, las riñas de gallos y corridas de toros; pero como a Bolívar le gustaba bailar, aunque prefiriese ver bailar, y eran pocos los domingos que no dejase de reunir a las familias distinguidas de la localidad para la comida de la tarde, que se servía a las cuatro, y de la que se pasaba a las salas de danza, aunque sin prolongar nunca las veladas más allá de las once de la noche.

Entretanto la Asamblea seguía en sus funciones con brillo y bastante animación, sostenida siempre en auge con la palabra vistosa y elocuente de Olafñeta, que dejaba a menudo la presidencia para terciar en los debates en

que se discutian puntos de doctrina sobre libertades individuales y públicas; con el razonamiento frío y severo del ministro Fernando Infante, español de alma aunque de ideas republicanas, hábil dialéctico y muy versado en el manejo de los negocios públicos; con la furia combativa del cura Orihuela, campeón decidido de las prerrogativas de la Iglesia, y con la cálida verba de los oradores Calvo, Aguirre, Urcullu, Gutiérrez, Asín, Loza y otros pocos, pues merced a las discretas insinuaciones de Sucre habían ido a ocupar los escaños del Parlamento los hombres representativos y más calificados de todas las localidades y circunscripciones, y esto hasta el punto de que cuando Sucre quiso echar mano de algunos hombres preparados para llamarlos al desempeño de ciertas funciones improrrogables, no tuvo en quien fijarse...

El proyecto de la Constitución y el reconocimiento por el Perú de la independencia de Bolivia fueron enviados por el Libertador el 25 de mayo con un mensajero especial, el coronel Bedford Wilson, su ayudante favorito, que llegó a Chuquisaca el 14 de junio, y cuando el Congreso estaba en plenas labores discutiendo la primera ley de imprenta dictada por los legisladores bolivianos.

Si grande fué el júbilo de los pueblos al recibir esta esperada y ansiada noticia, no lo fué menos el del gran mariscal, que con ese acto lograba ver definitivamente consolidada la obra de su creación. Y lleno de fruición por el triunfo alcanzado por Bolívar, acaso orgulloso de su obra, pero siempre ocultando su personalidad tras la alta figura de su jefe, lanzó el mismo día una ardorosa proclama en que decía:

«¡Ciudadanos! El Libertador de Colombia, al separarse de vosotros momentáneamente, os dijo: «El 25 de mayo próximo será el día en que Bolivia sea. Yo os lo prometí.» El Libertador, el padre de vuestra patria, ha satisfecho su promesa: el 18 de mayo Bolivia ha sido reconocida por el Perú como una nación libre, independiente y so-

berana, y el inmortal Bolívar felicita a su hija, a la tierra querida de su corazón, el 25 de mayo...»

Fué enorme el entusiasmo popular. En la noche se quemaron fuegos artificiales con salvas de artillería, hubo iluminación general, retretas, y al día siguiente misa de gracias y otras ceremonias, pasadas las cuales Sucre se dirigió al local del Congreso acompañado de una Comisión de diputados, y luego de hacer leer con su ministro de gobierno las notas oficiales enviadas por el gobierno del Perú y el Libertador, el mismo gran mariscal, siguiendo las instrucciones privadas de Bolívar, cogió el pliego que contenía el discurso preliminar a la nueva Constitución que enviara y, con voz solemne, dió lectura a sus párrafos, magníficos de sonoridad y de belleza, ricos en emoción y sentido filosófico; proféticos casi:

«Legisladores: Al ofreceros el proyecto de Constitución para Bolivia me siento sobrecogido de confusión y timidez, pues estoy persuadido de mi incapacidad para hacer leyes. Cuando yo considero que la sabiduría de todos los siglos no es suficiente para componer una ley fundamental que sea perfecta, y que el más esclarecido legislador es la causa inmediata de la infelicidad humana, y la burla, por decirlo así, de su ministerio divino, ¿qué deberé decir del soldado que, nacido entre esclavos, y sepultado en los desiertos de su patria, no ha visto más que cautivos con cadenas, y compañeros con hachas para romperlas? ¡Yo legislador...! Vuestro engaño y mi compromiso se disputan la preferencia; no sé quién padezca más en este horrible conflicto; si vosotros por los males que debéis temer de las leyes que me habéis pedido, o yo del oprobio a que me condenáis por vuestra confianza.

»He recogido todas mis fuerzas para exponeros mis opiniones sobre el modo de manejar hombres libres, por los principios adoptados entre los pueblos cultos; sin embargo, las lecciones de la experiencia sólo muestran largos períodos de desastre, interrumpidos por relámpa-

gos de ventura. ¿Qué guías podremos seguir a la sombra de tan tenebrosos ejemplos...?»

Cerca de una hora duró la lectura de este discurso, en que el militar improvisado en legislador dotaba a un pueblo en ciernes de un Código político, y se lo presentaba como inestimable presente de toda su ciencia de gobierno, adquirida en sus andanzas por el mundo y de sus solitarias meditaciones de estudioso. Allí hablaba a los pueblos con el lenguaje sin embozo de la razón, y sus consejos eran prudentes, sabios y previsores; les señalaba certeramente los escollos que debían evitar y las servidumbres que no podían consentir, y sus palabras eran el eco de los siglos a través de la Historia del mundo, escrita con lágrimas y sangre. Y, al concluir, emocionado y agradecido, cantaba un soberbio himno a la abnegación de esos hombres que en su afán de tener patria libre no temieron entregarse encadenados a un hombre obsesionado de inmortalidad, y que ante los siglos sabría presentarse grande por sus virtudes, su genio y su ambición.

«La entrada de un nuevo Estado a la sociedad de las demás es un motivo de júbilo para el género humano porque se aumenta la gran familia de los pueblos. ¡Cuál, pues, debe ser el de sus fundadores y el mío, viéndome igualado con el más célebre de los antiguos, el fundador de la Ciudad Eterna! Esta gloria pertenece de derecho a los Creadores de las Naciones, que siendo sus primeros bienhechores han debido recibir recompensas inmortales; mas la mía, además de inmortal, tiene el mérito de ser gratuita por no merecida. ¿Dónde está la ciudad, dónde la República que yo he levantado? Vuestra munificencia dedicándome una nación se ha adelantado a todos mis servicios, y es infinitamente superior a cuantos bienes pueden hacerlos los hombres. Mi desesperación se aumenta al contemplar la inmensidad de vuestro premio, porque después de haber agotado los talentos, las virtudes, el genio del más grande de los héroes, todavía

sería yo indigno de merecer el nombre que habéis querido daros: ¡el mío! ¡Hablaré yo de gratitud, cuando ella no alcanzará jamás a expresar ni débilmente lo que experimento por vuestra bondad, que, como la de Dios, pasa todos los límites! Si; sólo Dios tenía potestad para llamar a esta tierra Bolivia... ¿Qué quiere decir Bolivia? Un amor desenfrenado de libertad, que al recibirla vuestro arrobo no vió nada que la pudiera equivaler y que fuera igual a su valor. No hallando en vuestra embriaguez una demostración adecuada a la vehemencia de vuestros sentimientos arrancasteis vuestro nombre y disteis el mío a todas vuestras generaciones. Eso que es inaudito en la historia de los siglos, lo es aún más en la de los desprendimientos sublimes. Tal rasgo mostrará a los tiempos que están en el pensamiento del Eterno cuánto anhelabais la posesión de vuestros derechos, que son los de ejercer las virtudes políticas, de adquirir los talentos luminosos y el goce de ser hombres. Este rasgo, repito, probará que vosotros erais acreedores a obtener la gran bendición del Cielo—la soberanía del pueblo, única autoridad legítima de las naciones.»

Inmediatamente de concluída la lectura del proyecto de Constitución, que constaba de 152 artículos, se nombró una Comisión de nueve individuos para que lo estudiaran, y al día siguiente mismo se comenzó el examen de dicho proyecto, entrando a discutirse el artículo 2.º, referente a la inviolabilidad del presidente, y que ocupó varias sesiones por la multiplicidad de pareceres que se emitieron, yendo algunos, como Calvo, hasta pedir, cual deseaban los libertadores, la presidencia vitalicia, «para cortar de este modo las aspiraciones de otros que siendo su duración limitada, sin embarazarse en la licitud o ilicitud de los medios, trastornarían el orden público por colocarse en la primera dignidad del Estado». (1826).

La proposición fué rudamente combatida y desechada, tanto por estar en manifiesta contradicción con los principios netamente republicanos y democráticos, como,

sobre todo, porque iban a poner vallas a la ambición de muchas personas que en este momento, dada la ignorancia y el obscurantismo de las masas, se creían con legítimo derecho para dirigir los negocios del país naciente y poco menos que mendicante, bajo su aspecto económico. Tan pobre era el país, al nacer, que las dietas de 200 pesos mensuales fijados por los diputados, llegó a considerarse una suma excesiva, y cuando los gastos de la misma Cámara apenas se elevaban a 265 pesos mensuales, contando con el sueldo del oficial mayor, que ganaba 100 pesos, 50 los oficiales segundo y tercero y 25 cada uno de los dos auxiliares de pluma. Los gastos de secretaría «en papel, tinta, plumas, luces», estaban calculados en 15 pesos mensuales, y el oficial mayor estaba encargado «principalmente en redactar las alocuciones de un modo que supla el defecto de taquigrafía, y cuidar del archivo de la Secretaría». (1826).

Una de las primeras y más graves preocupaciones del Congreso, y que en lo futuro constituiría por muchos años la fuente permanente de discordia y disolución de los vínculos nacionales, fué la cuestión de la capitalía de la República. El asunto se presentó desde los primeros momentos con caracteres de suma violencia, y comprendiéndolo así el gran mariscal quiso evitar su discusión, aunque sin poderlo conseguir, no obstante de sus personales insinuaciones con los diputados para que diesen de mano ese asunto hasta el final de la legislatura. Prometiéronlo así los diputados; mas la representación chuquisaqueña, directamente interesada en el debate, no quiso dilatar la discusión y lo presentó en la sesión del 21 de junio.

Larga y también vehemente fué la discusión, pues duró una semana; pero viendo que la solución iba a prolongarse, y por consejo de la Comisión respectiva, se resolvió que «se someta a la discreción del Libertador la elección del lugar en que se construya la ciudad de Sucre, y que entretanto estén hechos los edificios para el Gobier-



no, Cuerpo legislativo, etc., la capital permanezca en Chuquisaca». (374).

Al dar cuenta el gran mariscal de estas gestiones y andanzas al Libertador, le decía en su carta del 27 de junio:

«Como yo sé que usted ha designado un lugar muy cerca de Cochabamba para la ciudad Sucre, mandaré muy luego cortar maderas y preparar todos los materiales, para con la respuesta de usted construir todos los edificios el año que viene, pues tengo un empeño formal en reunir el primer Congreso constitucional el año 28, en la capital de la República.»

Es en este Congreso, entre todos notable por los acontecimientos acaecidos y los temas doctrinarios que se debatieron, que nació el radicalismo teórico en Bolivia, cuyas bases primordiales fueron esbozadas por el orador Casimiro Olañeta al reclamar «el libre examen y la crítica de todos los puntos que de cualquier manera puedan afectar la felicidad de los hombres» (1826), tratándose sobre todo de la cuestión religiosa, presentada en los comienzos del mes de agosto, y en la que el criterio de la Cámara dejó de lado en este punto el pensamiento liberal y lógico del Libertador, que pensaba que «en una Constitución Política no debe prescribirse una profesión religiosa» porque «no puede el Estado regir la conciencia de los súbditos, ni dar el premio o el castigo, porque Dios es el único Poder». (26).

Los diputados, no obstante la sólida y brillante argumentación de Olañeta, acabaron por declarar y consignar en la Constitución que «la religión del Estado es la católica, apostólica y romana, con exclusión de todo otro culto público. El Gobierno la protegerá y hará respetar, reconociendo el principio de que no hay poder humano sobre las conciencias». (26).

Era el espíritu de la época que se imponía en este punto. Los principios filosóficos de la Revolución Francesa, no obstante su poder de difusión, no habían podido arraigar de firme en esas agrupaciones moldeadas en la secu-

lar tradición de la Iglesia Católica y, consiguientemente, pocos eran los que zafando de la presión del ambiente espiritual, tuviesen sobre la materia el criterio del Libertador o se dejasen convencer por la palabra cálida de Olañeta, campeón de todos los principios avanzados, en estas primeras controversias del Parlamento boliviano.

Olañeta, de actitud arrogante, de una cultura si no sólida por lo menos extensa en materias jurídica y política, de palabra flúida y desbordante, presentóse ferviente católico y decidido defensor de la santidad de su religión; pero a la vez convencido de que era preciso omitir la consagración de cualesquiera religiones en la Carta política, siquiera para no alejar la ola inmigratoria necesaria para «hacer progresar nuestra industria». (1826).

Pero el asunto más delicado que se presentó en este Congreso, por las complicaciones internacionales a que podía dar lugar, fué la resolución adoptada por Bolívar de hacer la entrega de Tarija a la Argentina, y que los bolivianos en general y particularmente los propios tarijeños veían no sólo con recelo, sino con decidida repugnancia.

Esta repugnancia se exteriorizó en el Congreso, donde se sostuvo que la entrega por Bolívar, el año anterior, de Tarija a la Argentina, había sido de su iniciativa particular y con el fin exclusivo de «evitar una cuestión militar» con la Argentina, pero que los pueblos únicamente estaban facultados a señalar sus límites en virtud de su propia autonomía. En este sentido y no reconociendo «ninguna deliberación que desmembre el territorio de la República», «se ve en el caso de exigir el tratado de la entrega de Tarija o el acto por el cual se hizo, y los documentos en que se fundó para deliberar». (262).

Esta comunicación del Congreso fué remitida el 24 de julio al presidente de la República, quien envió una copia al plenipotenciario argentino, el que, en nota del 2 de agosto, declaró categóricamente que «el plenipotenciario de las Provincias Unidas declara formalmente que

no reconoce autoridad en el Congreso de Bolivia para intervenir, revocar ni confirmar la resolución tomada por S. E. el Libertador, de restituir Tarija a la República Argentina, ni esta República admitirá jamás como válida una resolución tomada por el Congreso de Bolivia sobre la materia».

El tono cortante del ministro argentino provocó inmediatamente la respuesta áspera del ministro de Relaciones Exteriores boliviano don Facundo Infante, quien en su nota de 14 de agosto repuso que «está en el caso de declarar en nombre de su Gobierno, que a su turno, él no reconoce autoridad ni derecho alguno en la República Argentina para marcar sus límites a Bolivia, mientras esto no se haga por un Tratado formal entre ambas naciones, ratificado por sus cuerpos representativos».

A la vez, y respondiendo al deseo y a la voluntad general, los pobladores de aquella región, encabezados por el gobernador don Bernardo Trigo, de viejo abolengo, elevaban ante el Congreso una nueva declaración en que ratificaban «nuevamente la solemne decisión que hicieron sus representantes el día 6 de junio del próximo año pasado de 1825, en que se declararon por la República boliviana, sin la menor opresión ni seducción, y, en su virtud, se juraron sus banderas». (262).

Llevado el debate al Congreso, la discusión se hizo violenta porque los diputados recibieron aviso oficial de que la Argentina se negaba a reconocer al plenipotenciario boliviano, y todas las opiniones, orientadas por el informe de la Comisión respectiva, estuvieron conformes en acordar, después de detenido estudio de los antecedentes jurídicos de la cuestión, que «la libertad de los pueblos para constituirse databa únicamente desde la batalla de Ayacucho, siendo nulos todos los actos anteriores a ella, porque si éstos pudiesen valer algo, ni Bolivia ni ninguna de las otras Repúblicas tendrían una existencia legal». (1826). Luego, en la consideración de la nota enviada por el plenipotenciario argentino, los miembros

de la Comisión hacían revivir la vieja querrela con la República de las Provincias Unidas al declarar que «la Comisión prescinde de tan jactanciosas bachillerías, y sólo reconoce que las calamidades que ha experimentado Bolivia han sido debidas a las lecciones del Río de la Plata, lecciones que han grabado en nuestro corazón un arrepentimiento eterno y un odio a sus autores». (1826).

En su sesión ordinaria del 28 de octubre procedió el Congreso a despojar las actas enviadas por los departamentos para elegir al presidente constitucional de la República, y todos los votos fueron unánimes en favor del gran mariscal de Ayacucho en número de ciento once, y dos dispersos en favor de Olañeta y Velasco. En consecuencia, fué elegido por unanimidad, y una Comisión presidida por Olañeta fué la encargada de poner en conocimiento del gran mariscal el resultado del escrutinio. Sucre, cual ya lo tenía advertido privadamente a sus amigos, y en obediencia a las instrucciones del Libertador, forzando su voluntad y su temperamento, aceptó el mando «bajo la condición indispensable de dejarlo el año 28», señalado ya para la instalación del Congreso constitucional (374).

Debiendo efectuarse la posesión del mando recién el 9 de diciembre, el Congreso entró a discutir el proyecto de federación con el Perú y Colombia, preconizado por el Libertador y previo el informe favorable de la Comisión, leído en la sesión del 2 de diciembre; también se discutió el Tratado de límites con la primera de aquellas naciones, y que, aprobado por el Congreso boliviano, fué rechazado por el del Perú. Este país debía ceder por dicho Tratado «el puerto de Arica y los demás comprendidos desde el grado 18 hasta el 21».

En tanto que se debatían estos Tratados sin ninguna eficacia ni finalidad para el porvenir, ya que fueron dictados únicamente para satisfacer las aspiraciones del Libertador, que con ellos pensaba asegurar la obra de su creación y de su nombre, habían acaecido graves

desórdenes en Cochabamba, donde el escuadrón de granaderos colombianos, al mando del coronel Braun, se sublevó, incitado por los manejos del teniente Domingo Matute.

El movimiento no obedecía a ningún plan, ni reconocía motivo alguno justificado. Era simplemente la incitación exterior que comenzaba a prodigarse contra el Gobierno del gran mariscal, juzgado como la apariencia de la dictadura del Libertador, contra quien existía una enorme animadversión en la Argentina, y que se iba contaminando al Perú, donde comenzaba a tomar cuerpo el partido de oposición netamente hostil a Bolívar. Era, además, un movimiento sin ningún arraigo en la voluntad del pueblo boliviano, que en esta primera tentativa permaneció ajeno a las maquinaciones de los revoltosos, siendo más bien hostil para con ellos, como lo probó no dando paz a los fugitivos, que tuvieron que tomar camino de la Argentina.

La decepción, la angustia y la contrariedad de Sucre fueron inmensas. Se sintió humillado al ver que tropas procedentes de su país, y ganadas por los manejos argentinos, dieran ejemplo de insubordinación a un pueblo encomendado a su vigilancia. «¡¡¡Qué vergüenza para nosotros!!!», le escribía lleno de despecho al coronel Galindo, dándole instrucciones severas para perseguir y escarmentar duramente a los fugitivos que cayesen en su poder, y hasta autorizando una prima de 1.000 pesos a quien lograra prender al cabecilla; pero Matute y sus hombres eran gentes acostumbradas a vencer y a luchar sin medir el número de sus adversarios, y se abrieron paso por entre las inofensivas patrullas de indios y soldados desarmados y sin municiones que pretendieron cortarles la retirada a la Argentina, adonde se encaminaron cometiendo toda clase de crímenes, robos, saqueos y violaciones en los pueblos y caseríos del tránsito. Recordando su valor y temeridad, algún tiempo después, el general La Madrid, «comiendo— cuenta el coronel Car-

los Blanco Galindo—un día en la mesa del mariscal Sucre, le decía: «¡Ah, mi general!, si me dieran unos doscientos hombres como esos que llevó Matute, yo daría cuenta de toda la Confederación Argentina.» (395).

Con este atentado de vulgar cinismo se inauguró en Bolivia, no bien acabara de nacer a la vida de los pueblos libres, la era sangrienta de las revoluciones y motines de cuartel, que habrían de prolongarse durante setenta años de esterilidad y espanto, en que la nación perdería su crédito ante el mundo para ganar penosamente una frágil experiencia política y, lo que más vale, el convencimiento de que sólo la paz interior puede traer riquezas, mayor ilustración y bienestar para todos, fin último de la sociabilidad.

La sublevación de las tropas colombianas acabó de deprimir la moral de Sucre, cuando adquirió el convencimiento de que habían sido lanzadas a la revuelta por los tejemanejes de los agentes argentinos, y se acrecentaron sus desconfianzas sobre este país echando más hondas raíces en su alma su pesimismo sobre la suerte de Bolivia.

Sus recelos de la Argentina nacieron cuando vió a sus agentes incitar a las masas populares contra el proyecto de Constitución enviado por el Libertador y sus decretos sobre impuestos para acrecentar las pobrísimas y claudicantes rentas del nuevo Estado, del todo insuficientes para atender los gastos más sumarios e improporables de la Administración. Esos impuestos gravaban muy débilmente los recursos particulares; pero hallaron principal oposición en los curas de los pueblos, que se convirtieron, empujados por los argentinos, en principales propagandistas de resistencia, aunque de una manera velada y oculta. Hacían su propaganda por medio de anónimos y pasquines que aparecían de la noche a la mañana pegados en las esquinas de las calles principales, y por las insinuaciones privadas que desde los confesonarios y los salones abiertos a su solicitud hacían

a las gentes, y luego salían a circular por calles y plazas alborotando a las chusmas ingenuas y crédulas. Se criticaba también, y acaso con mayor éxito, la presidencia vitalicia consignada en el proyecto de Constitución y votada tras larga y ardiente discusión por el Congreso, y en él se señalaban los enemigos de los libertadores, esto es, los argentinos, la señal inequívoca de que los extranjeros colocados a la cabeza de la nación eran unos ambiciosos que ocultaban sus ansias de dominio perpetuo, absolutista y hereditario detrás de una fingida democracia.

Sucre, testigo impotente de estos trabajos, ya que su calidad de mandatario extranjero le impedía tomar medidas severas o arbitrarias, según las circunstancias, veía con alarma que si bien se acentuaba el sentimiento de nacionalidad en la nueva agrupación, en cambio no había muchos hombres generosamente desprendidos capaces de fortalecerlo con el ejemplo de callada abnegación. Y decía alarmado y entristecido: «Yo sí estoy persuadido que a las pequeñas naciones se las tragan las grandes, y que Bolivia es un pequeñísimo Estado.» (374). Y al saber las intrigas de Santa Cruz en el Perú, donde había quedado supliendo en la presidencia al Libertador, y se esforzaba en socavar el crédito de Bolívar eficazmente ayudado por los nacionalistas peruanos, temía que la propaganda subversiva se extendiese al país y lo arrastrasen a él «sin saber cómo ni por dónde».

Para remediar estos males se sentía impotente y no cesaba en sus esfuerzos de contrarrestar la propaganda antibolivariana; mas al notar la poca robustez de su fe y que sus propósitos quedaban incumplidos, acaso por no poner toda la diligencia que debía para afirmar en los bolivianos la inquebrantable decisión de permanecer independientes, escribía lleno de angustia: «Dios quiera que yo salga bien del Gobierno, porque mi posición es muy falsa, no sabiendo si trabajo para que Bolivia sea un Estado independiente o para que sea parte del Perú o Bue-

nos Aires.» Al mismo tiempo se reprochaba acerbamente de poner su talento y sus dotes al servicio de una patria que no era la suya cuando su deber le exigía servir con abnegación a la de su nacimiento: «Creo en conciencia que estos servicios los debo prestar en Colombia», decía, quejoso. Y de ahí su deseo de alejarse de este país, todos los días exacerbado, y de no torturar su conciencia de hombre probo, cumpliendo funciones de gobernante que no creía entender y para las que no se imaginaba haber nacido: «Encuentro en mi conciencia que no tengo capacidad para el gobierno de pueblos, y el traicionar mi conciencia es cosa que me aflige.» (374). Pero lo que más le atormenta es hallarse en esos trances de lucha entre sus deberes y la dignidad de su ser moral nada más que por ser condescendiente con la amistad y sensible a sus favores: «Ni yo soy por carácter para el destino que tengo, ni estoy en él sino por complacencia.» Y ya no quiere engañarse más ni engañar, según su criterio, maravillosamente delicado, a los demás. Y anhela, con todas las potencias de su espíritu, irse, dejar el mando, y ponerse a trabajar en su tierra con el dinero de la gratificación ofrecida por el Perú, y que es su sola fortuna en perspectiva; pero como la voluntad de su amigo es rotunda y son terminantes sus instrucciones, hará todavía el sacrificio sin nombre de obedecer, aunque por un corto tiempo, pasado el cual nada ni nadie será suficientemente capaz de obligarle a permanecer en esas tierras de un Estado que es su hechura y por el que siente el afecto de una obra realizada por necesidad y aun contra sus deseos. «Mi resolución positiva es reducirme a la vida más privada después del año 28. Para eso cuento que la gratificación que mandó darme el Congreso peruano sea efectiva, a fin de tener algo de qué vivir, pues no cuento absolutamente con un peso, si no es con esa gratificación. Todo lo que tenía, además, lo he dado a mi familia.»

Así, hastiado y aburrido, con estas dudas e inquietudes,

juró el cargo el 9 de diciembre de 1826 en manos del presidente del Congreso, quien, en su alocución, le dijo que era de Bolivia «el objeto de sus votos, el fundamento de su libertad y el autor de su existencia política». Y Sucre, al responder, dejaba entrever las precauciones que le obsesionaban:

«Señor: Un juramento que multiplica mis deberes públicos, y añade reatos a mi conciencia, es el nuevo sacrificio de un americano a nuestra causa gloriosa. Los hombres experimentados en la ciencia del Gobierno no han podido cambiar repentinamente el sistema de la administración de los pueblos, sin ser, por lo común, ellos mismos víctimas de su celo, y sin pasar por los horrores de la sangre y de las desgracias...» «Limitado yo por sagradas obligaciones a ejercer la presidencia de la República por un corto período, no podré prometerme que el establecimiento de esta Constitución sea mi obra cuando ella necesita que el tiempo la arraigue en el amor de los pueblos; así es que no me lisonjearé en mi administración con los bienes que ella produzca, ni seré responsable en tanto de los males que ella haga; le profesaré una veneración profunda, que sea el ejemplo de la que han de tributar todos los bolivianos a las leyes.»

Sincero era al decirlo porque tenía la profunda persuasión de llenar totalmente su deseo de exteriorizar siquiera de ese modo su gratitud por esos pueblos que se le habían entregado con buena fe y de hacer olvidar la penosa impresión que recibieran con la sublevación de las tropas colombianas el 14 de noviembre en Cochabamba, seducidas por Matute. Y como quisiera que su promesa fuera entendida por todos y llevada a los confines del país, esa tarde, al brindar en el suntuoso banquete ofrecido en palacio a la sociedad chuquisaqueña, dijo:

«Hoy he jurado solemnemente ante el cielo y la tierra cumplir fielmente los deberes de presidente constitucional; la Constitución me hace irresponsable; pero... si

quebrantase uno de sus artículos, autorizo a todos y cada uno de los bolivianos para que derramen la sangre de mi corazón, como yo derramo esta copa...» Y arrojó el cristal por la ventana. (219).

El 31 de diciembre de 1826 se disolvió el Congreso Constituyente después de haber dictado la mayor parte de las leyes que después fueron modificadas paulatinamente, a medida que cambiaba el espíritu de la época y que nuevas normas de conducta imponían la necesidad de nuevas reglas para determinarla y sellando definitivamente la independencia del Alto Perú, de entonces y para siempre Bolivia, en homenaje al hombre eminente y hasta hoy único que haya producido el mundo descubierto por Colón, único por su genio político, por su amor a las instituciones libres, por su desprendimiento abnegado y su ambición de gloria inmortal.

Ahora veamos cuál era el territorio de la nueva nación, y cuáles sus condiciones étnicas, políticas y sociales.

CAPÍTULO XII

Territorio de la nueva nación.—Su distribución étnica.—Carácter del indio.—Selección inversa de la raza.—La desigual lucha entre el conquistador y el esclavo.—Caracteres de la casta mestiza.—El cholo.—Su inferioridad respecto al tipo superior de civilización.—La historia de Bolivia está formada por el cholo y de ahí su incoherencia.—Insignificancia de la raza blanca.—Población en 1831.—El problema racial según Antelo.—El país desconocido.

La Audiencia de Charcas se componía de las cuatro provincias de La Paz, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca, subdivididas cada una en distritos y subdelegaciones, y formando todas juntas una extensión de 1.330.450 kilómetros, o sea los territorios de la Gran Bretaña, Francia y España reunidos; pero como población ninguna alcanzaba a tener ni un habitante por kilómetro cuadrado, ya que apenas se calculaba menos de un millón de habitantes, indios domesticados los más, sin domesticar, y salvajes en muchos puntos, y era esta raza, o es mejor, la masa de la nación, sucediéndole en importancia la mestiza o cruzada, y viniendo al último la blanca genuina o europea, que en relación a las otras casi no tenía significación numérica, aunque en el hecho, por sus condiciones de superioridad moral y de ilustración, era la que dominaba y dirigía, constituyendo hasta cierto punto una aristocracia de nacimiento y sin representación real dentro del sistema democrático.

Tomadas las cuatro provincias bajo su aspecto telúrico, componían tres regiones perfectamente caracterizadas entre sí por el relieve del suelo, la distribución orográfica

ca y hasta su orientación respecto del nudo central de los Andes: la inter-andina, encerrada entre dos altas cordilleras, constituye la meseta boliviana, o sea la puna, que en algunos puntos se eleva hasta 3.824 metros sobre el nivel del mar y donde arraigan los Andes en sus más elevadas cumbres con el Illampu, el Illimani, el Sajama y otros. El clima es frío e inclemente y casi nula la vegetación. El aspecto es uniforme y descolorido. Algunos cerros ennegrecidos rompen la monotonía del llano y son cerros rocosos y secos, donde medra un pasto menudo, la paja, que sirve de alimento a las tropas de corderos, llamas, alpacas y vicuñas. En las partes hondas se cultivan patatas, *ocas*, *quinua*, y aun trigo en las cabecezas de los valles; pero su principal riqueza la constituyen los metales que yacen en sus entrañas y que comprenden casi toda la variedad del reino mineral, y en tal abundancia que los geólogos han dado en decir que la meseta andina de esta región, única por su aspecto y su altura, es «una mesa de plata con pies de oro». Ese aspecto uniforme y en que la nota de color predominante es el gris, se interrumpe en el Norte por la depresión del lago Titicaca, uno de los más grandes del mundo. Este lago se alimenta con el deshielo de las altas cumbres nevadas de la cordillera y desagua por el río Desaguadero, yendo a alimentar a su vez el lago Poopó, ochenta leguas más al Sur, y ofrece, pródigo, el cambiante espectáculo de sus panoramas inigualados de belleza, de sus riberas pobladas por espesos eneaes, ricos en fauna lacustre.

La segunda región, orientada hacia los llanos del Brasil, es decir, la amazónica, ofrece el imponente contraste de altas montañas y extensos llanos. La zona montañosa está surcada en las vertientes del macizo andino por valles profundos y quiebras de gran extensión, y sólo la Suiza, en sus más enmarañados montes, puede dar una idea cabal de ella. La zona de los llanos se distingue principalmente por su sistema fluvial, pues tiene ríos

anchos, hondos, de corriente tranquila, como el Beni, el Mamoré, el Madre de Dios y otros de fácil navegación, e infinidad de otros menores, también navegables, pero desconocidos los más y nada explotados, abundantísimos en pesca y todos poblados en sus orillas por una inmensa variedad de tribus bárbaras, entonces casi del todo ignoradas, y hoy apenas en estado de domesticidad.

La flora y la fauna son extraordinariamente ricas, pues allí huelgan todas las bestias de la América tropical, y se extrae la goma, se cultiva el café, la coca, la vainilla, la caña de azúcar, la vid y todos los frutos conocidos en las regiones templadas y calurosas.

La tercera región, la del Plata, se parece a la anterior, con la diferencia de que no son tan elevadas sus cordilleras ni tan hondos y quebrados sus valles. Predominan en ella las llanuras cubiertas de bosque y pasto; y en algunas de sus estribaciones se levantan macizos metálicos, tales como el cerro de Potosí legendario.

La distribución étnica de estas regiones en su variedad indígena ofrece una marcada diferenciación, porque si en la andina se hallan las razas que formaron el imperio incásico del Tahuantisuyo, en los lindes extremos o en las selvas de las otras dos, lejos de las urbes, vegetan tribus bárbaras alejadas de todo contacto civilizador.

Estas tribus habitan las márgenes de los ríos Madera, Mamoré y Madre de Dios, o las del Pilcomayo por la parte Sur. Viven ofreciendo todas las características de los seres primitivos y en pleno contacto con la Naturaleza, sin nociones de deberes políticos o sociales, diferenciándose apenas de ciertos animales a los que las necesidades de la defensa y propia conservación les obliga a unirse en rebaños y ponerse bajo la protección del más fuerte y del más experimentado.

Unas tribus viven de la caza en los bosques vírgenes; otras de la pesca; algunas trabajan rústicamente el suelo y cultivan maíz, plátanos o bananas, caña de azúcar y ciertas raíces harinosas como la *yuca*. Estas son las más

adaptables a ciertos refinamientos que delatan un grado más alto de cultura, o una más grande sensibilidad física y estética, pues viven en chozas construidas con ramajes, usan largos camisones de algodón que ellos mismos tejen y tiñen de colores llamativos con el zumo colorante de ciertas yerbas sólo por ellas conocidas, fabrican canoas con los troncos de ciertos árboles incorruptibles en el agua y que, en veces, llegan a medir hasta diez metros de largo.

Las hay pintorescas en sus costumbres y modales o gallardas en su contextura como la de los *Araonas*, hábilmente descrita por un geógrafo moderno. «No tienen—dice—más cementerio que su misma casa. Sus carpas son de madera. El tronco de las palmeras les sirve de pilares, y las ramas de hojas para los techos. En una carpa de 20 varas de largo sobre siete u ocho de ancho habitan hasta diez familias, y un retazo de cáscara de almendro de dos varas de cuadro, extendido en el suelo, indica el lugar de cada familia, tanto en vida como después de muertos.» «Hay mucha variedad de tipos entre los *Araonas*, pues mientras que unos son verdaderamente zambos, otros son de un tipo muy parecido al europeo. Los hay de nariz larga y aguda, cuando el indio en general la tiene chata. Hay muchos barbones y alguno que otro calvo, cosa tan rara entre los indios. Existen muchos verdaderamente rubios, tanto entre hombres como entre las mujeres. Son altos y bien formados, ágiles y alegres; pero, por lo general, muy ociosos.» (28).

«Siembran—prosigue—maíz, camoté, yuca, gualusa, ajipa, coca, caña, etc. Sus chacras son insignificantes, por lo que se alimentan de fruta, como el almendro, que abunda, motacú, chima y zayal, que llaman majo.» «Son muy carnívoros y también comen mucho pescado. Tienen mucha habilidad para remedar toda clase de animales, habilidad que la explotan con frecuencia.» «Andan completamente desnudos, excepto las mujeres, que llevan como tapa honesta, unas veces, la cáscara del bibosí,

otra un tejido de algodón. Los hombres son corrompidísimos, pero no así las mujeres, que además trabajan como animales.» «Cuando van de viaje el hombre no lleva más que su arco y flechas, mientras que a la mujer la obligan a cargar hasta tres o cuatro arrobas de maíz, yucas, etc. Andan así hasta cuatro leguas por día, y cuando llegan a la pascana la mujer enciende el fuego y asa yuca o plátano y alcanza al marido que está echado. En viaje las mujeres llevan siempre un gran tizón de fuego, porque les cuesta mucho trabajo sacarlo por el frote.» «No sólo tienen la poligamia sino que se prestan mutua y llanamente sus mujeres.» «Los casamientos se hacen sin ceremonia de ninguna clase: generalmente piden la mujer a sus padres, o la roban, o la compran por un hacha.» «Los hombres se levantan al amanecer, van derechos al baño y después a comer.» «La embriaguez es desconocida entre ellos. A las mujeres está vedado mirar los ídolos y objetos del culto; creen que morirían o, al menos, quedarían ciegas si los miran. Son ellas, sin embargo, las que tocan sus flautas en las funciones religiosas. Esas flautas son pequeñas, de tres agujeros, generalmente de hueso; sus tonadas son muy monótonas. Los hombres cantan con bastante armonía, pero todas sus canciones se reducen a pedir cosas materiales a sus dioses, especialmente salud y comida. Estas peticiones las hacen casi todas las noches en familia, imitando el tono en que rezan las familias cristianas.» «Cualquier pretexto les basta para declararse una guerra sin tregua. Una mujer, un hacha, un cuchillo, el derecho de cazar o pescar y de recoger huevos de tortuga, son otros tantos motivos para declararse una guerra a muerte y sin tregua...»

Excusado es decir que en estas regiones casi inexploradas y donde conviven tribus de tan primitivas como bárbaras costumbres, no hay caminos estables ni medio seguro de abrirlos por entre la maraña inextricable de los montes. Cualquier senda trazada a fuerza de hacha o cuchillo, a los ocho días de abandono ya se ha perdido, borrada

por las yerbas y zarzales que la desbordan. Esto acontece hoy con el interés que se tiene en explotar aquellas regiones apenas invadidas por el esfuerzo penoso y terrible del colono nacional o extranjero. En el año de la fundación de la República permanecían casi del todo ignoradas, no obstante la abnegación de los misioneros de ciertas Órdenes religiosas, como la de los franciscanos y jesuítas, que el interés humano de la evangelización llevaba por todos los puntos ignotos del Continente.

Lógicamente se deduce entonces que esas tribus no forman ni de lejos parte de la comunidad política y social, y su existencia en el territorio no importa ningún elemento económico y menos, por tanto, progreso social. Es como si viviese una raza de bestias útiles para ciertos fines, y como a bestias se les trata en la conducción de las canoas y en la pica de la goma elástica, trabajos para los que se las utiliza. Su aporte es, pues, casi nulo. Acaso sólo se les puede tomar como un elemento higienizador de los bosques profundos, pues para vivir tienen que luchar con las fieras, defenderse de los insectos, disputar su presa a los caimanes, y, por consiguiente, vencerlos, exterminarlos. De ahí su utilidad y hasta su importancia.

En la primera región, en la inter-andina, vegeta desde tiempo inmemorial la raza que precedió al imperio de los Incas, e hizo, acaso, la ciudad de piedra de Tiahuanacu, y es el aspecto general del país monótono y uniforme, que ha moldeado el espíritu de los aymaras de una manera extraña.

El hombre del altiplano es duro de carácter, seco para la expresión de sus emociones y sobrio en la satisfacción de sus necesidades, cuando las llena con su propio esfuerzo o mediante sus propios dineros. La aridez de sus sentimientos sólo se iguala a su absoluta ausencia de aficiones estéticas. Su vida es parca y dura hasta lo inconcebible. Ocúpase con preferencia en la ganadería y agricultura; pero como ganadero sólo se limita a vigilar a sus bestias en los ejidos, sin cálculo ninguno de mejo-

rar o conservar en su pureza la especie, y como agricultor, los procedimientos que emplea para labrar sus campos son rústicos y primitivos, pues no conoce ni aun sospecha la existencia de las modernas máquinas agrícolas. Ferozmente conservador o indiferente para las cosas que no comprende, casi nunca acepta innovaciones fundamentales en sus hábitos y costumbres heredados. Es supersticioso y crédulo y acepta como artículo de fe lo que sus *yatiris*, brujos y agoreros le predicen. No sabe determinar de manera lógica su respeto y sumisión a los hombres superiores o a las divinidades. Su concepción del Dios cristiano es absolutamente fetichista. Sus vicios predominantes son la pereza y la suciedad; sus defectos, la envidia, la mentira, la deslealtad, el robo, defectos que han nacido y se han acentuado desde la conquista.

La otra variedad de la raza y el núcleo vivo y dirigente de la población incásica, la quechua, que por el Norte hacia el Cuzco y por el Sud en los comienzos de la región del Plata amurallan a la aymara, tienen los rasgos fisonómicos casi idénticos a ésta, distinguiéndose solamente por su mayor adaptabilidad a la vida en común con el blanco y una marcada suavidad de sentimientos y costumbres que engendró el amor instintivo de la poesía, aunque sin darle una superioridad visible sobre la otra, pues ambas han sufrido idéntica presión exterior y fueron sometidas al mismo régimen de violencia. Y es así que el indio no tiene remota idea de lo que es la ley. Según su criterio simplista, es bueno lo que llena sus necesidades y malo lo que se opone a la satisfacción de ellas. Sobrio en el comer, parco en el vestir cuando gasta la propia hacienda, posee una fortaleza admirable, que va menguando junto con sus virtudes, muchas y sólidas, cuando estaba sometido al poder de los Incas, como lo patentiza elocuentemente el Padre Fray Antonio de la Calancha por la confesión recogida personalmente del conquistador Amancio de la Sierra Lesama, hecha en artículo de muerte y dirigida a la Católica Majestad del

rey Don Felipe» en su calidad de primer conquistador del Perú.

«Que entienda Su Majestad Católica—dice Lesama en su testamento—, que los dichos Incas los tenían gobernados de tal manera (*a los indios*), que en todos ellos no había ni un ladrón, ni hombre vicioso, ni holgazán, ni una mujer adúltera ni mala; ni se permitía entre ellos ni gente de mal vivir en lo moral; que los hombres tenían sus ocupaciones honestas y provechosas.» «Que como en éstos hallamos (*en los incas*) la fuerza y el mando, y la resistencia para poderlos sujetar y oprimir al servicio de Dios Nuestro Señor y quitarles su tierra y ponerles debajo de la real corona, fué necesario quitarles totalmente el poder y mando, y los bienes, como se los quitamos a fuerza de armas; y que mediante haberlo permitido Dios Nuestro Señor, nos fué posible sujetar este reino de tanta multitud de gente y riqueza, y de señores los hicimos siervos tan sujetos, como se ve, y que entienda Su Majestad que el intento que me mueve a hacer esta relación es por descargo de mi conciencia, y por hallarme culpado en ello, pues habemos destruido con nuestro mal ejemplo gente de tanto gobierno como eran estos naturales y tan quitados de cometer delitos ni excesos, así hombres como mujeres; tanto, que el indio que tenía 100.000 pesos de oro y plata en su casa y otros indios, dejaban abierta y puesta una escoba o un palo pequeño atravesado en la puerta para señal de que no estaba allí su dueño, y con esto según su costumbre no podía entrar nadie adentro, ni tomar cosa de las que allí había, y cuando ellos vieron que nosotros poníamos puertas y llaves en nuestras casas entendieron que era de miedo de ellos, porque no nos matasen; pero no porque creyesen que ninguno tomase, ni hurtase a otro su hacienda; y así cuando vieron que había entre nosotros ladrones, y hombres que incitaban a pecado a sus mujeres e hijas nos tuvieron en poco, y han venido a tal rotura en ofensa de Dios estos naturales por el mal ejem-

plo que les hemos dado en todo, que aquel extremo de no hacer cosa mala se ha convertido en que hoy ninguna o pocas hacen buenas...»

Es decir, que en el transcurso de pocos años, de una generación quizá, ya ha comenzado a iniciarse, merced a una política bárbara, una selección al revés en la raza que siguió engendrándose en el miedo, las privaciones, la humildad, la miseria inconsolada, pues era una raza que no había sido formada ni educada para las empresas de lucha persistente, de labor continua y esforzada, de amor de la independencia, pues aunque fuerte de organismo y con músculos de acero, estaba sometida a la domesticidad sin ejemplo, a la servidumbre sin nombre de la dinastía real, la más absolutista de cuantas se tenga memoria en los anales de la Humanidad.

El Inca, para sus vasallos, era una divinidad intangible y fuera del alcance de su poder demasiado humano, y su obediencia en los primeros tiempos del Imperio no conocía límites ni obstáculos, bien que después, por causas de disensiones intestinas, sobreviniesen guerras interiores que debilitaron el espíritu de sometimiento, sucediéndose luchas sin merced y eminentemente disociadas. En todo caso, los sentimientos de propia iniciativa y de libertad individual fueron casi completamente anulados en la raza en los trescientos y tantos años que duró esa dominación despótica del Inca y en los que se moldeó a la servilidad favorablemente alentada por las condiciones materiales de esa vida fácil y casi nada complicada por la abundancia de los productos de alimentación, la fertilidad del suelo y otros agentes externos de esta naturaleza.

Moldeados ya su temperamento y carácter a la obediencia pasiva, totalmente domesticados para no saber obrar ni aun pensar por cuenta propia, llevaban los indios una vida llana, activa dentro de las labores agrícolas, con poca o ninguna complicación sentimental y relativamente feliz por la ausencia de grandes y trascen-

dentales aspiraciones, monótona hasta cierto punto por su ninguna complejidad con relación a los problemas de la subsistencia individual, de antemano asegurada por la previsión de los administradores, vacía acaso de ideales de solidaridad humana, vegetal sin duda, juzgada con el criterio del día, acaso inhábil para comprender en su vasta significación la estructura íntima de aquellas sociedades y de aquellos hombres.

Y vinieron los conquistadores, ásperos, brutales, duros, sin entrañas y dominados por apetitos feroces. Son egoístas, sensuales, interesados. Como los más son gente de baja ralea y están en la flor de la edad, no tienen grandes nociones sobre nada ni les adornan bellas virtudes, a no ser las del coraje y de la audacia sin freno. Y ven en el natural y sus riquezas un cebo de fácil explotación para su desenfrenada codicia. Su brutalidad choca con la suavidad de los nativos; su desenfrenada sensualidad con la moderación reglamentada de los goces sexuales en las mujeres; su ignorancia del valor representativo de los metales preciosos, con la codicia tremenda de los buscadores de oro; su espíritu gregario con el fuerte individualismo del conquistador ibero; su alma femenina y dulce, en fin, con el carácter rudo, áspero y violento del invasor.

La lucha no es tenaz ni enérgica, pero sí sangrienta, porque del primer choque pérfido cae vencida la raza de rodillas.

Entonces, ante la brutalidad del blanco, busca, como toda raza débil, su defensa en los vicios femeninos de la mentira, de la hipocresía, la disimulación y el engaño.

Pero estos mismos vicios no son innatos en la raza. Los ha adquirido por contagio, y de entonces en adelante los empleará como una formidable arma de defensa, primero contra todo el que ostente los signos característicos visibles de la raza dominadora, y después con el extraño aun de la misma raza, pues llegará con el tiempo a la conclusión desoladora de que el enemigo

viene de fuera, cualesquiera que sean su condición y casta.

La primera mentira trascendental la ostenta con pompa el conquistador Pizarro ejercitándola contra el inca Atahualpa, para realizar una obra de perfidia casi sin ejemplo en los anales del mundo.

Al avanzar Pizarro a la cabeza de sus 164 soldados aventureros, hasta hoy insuperados y quizá nunca insuperables en atrevimiento y heroicidad, por el territorio, jamás hollado por planta europea, del imperio del Tahuantinsuyo, dividido en ese memorable año de 1532 por la terrible y sangrienta guerra civil entre los hermanos Huáscar y Atahualpa, lo hace a favor del engaño y con la promesa de ofrecer a Atahualpa el concurso de su poder para darle la posesión del trono de Huayna Capac, disputado por su hermano Huáscar, el fuerte. El inca cree y sale a su encuentro llevando como escolta la flor de su raza representada en esos treinta mil guerreros casi desarmados y en esos cuatrocientos heraldos vestidos de gran gala, y esas comparsas inocentes de danzadores y bailarines que ostentan al sol el reflejo metálico de sus vestiduras de plumas y placas de oro. Frente a ellos se efectúa ese singular coloquio, singular por lo absurdo y acaso incoherente, del fraile que le habla de deberes a quien jamás creyó tener ninguno, y en un discurso «que tenía misterios incomprensibles y que hacía alusión a hechos desconocidos que cualquier humana elocuencia no podía dar en tan corto tiempo una idea siquiera aproximada a un americano» (128), y del hombre poderoso que le escucha atónito y consternado y que arroja con desdén el libro donde el fraile le asegura contener la sola verdad conocida, diálogo que luego concluye odiosamente con la masacre de cuatro mil señores que hacen muralla de carne en torno a su soberano. Este acto tremendo es la iniciación de una devastadora política de crueldad y de mentira, que al punto se sigue con la escena no menos odiosa de la promesa del rescate del inca

prisionero por una cantidad de oro y plata hasta entonces nunca visto en el mundo. Se recoge el tesoro fabuloso; pero se falta a la promesa y se asesina al inca. ¡Y la política se continúa después, implacablemente, en los trescientos ochenta y ocho años que de entonces a la fecha pasan...!

Del abrazo fecundante de estas dos razas de señores y esclavos nace la mestiza, trayendo por herencia los rasgos característicos de ambas, pero mezclados en una amalgama estúpida en veces porque determina contradicciones en ese carácter que de pronto no se sabe de qué manera explicar, pues trae del ibero su belicosidad, su ensimismamiento, su orgullo y vanidad, su acentuado individualismo, su rimbombancia oratoria, su invencible nepotismo, su fulanismo furioso, y del indio su sumisión a los poderosos y fuertes, su falta de iniciativa, su pasividad ante los males, su inclinación indomitable a la mentira, el engaño y la hipocresía, su vanidad exasperada por motivos de pura apariencia y sin base de ningún gran ideal, su gregarismo por último y, como remate de todo, su tremenda deslealtad.

Esta casta mestiza, en momentos de la constitución de la nacionalidad, carecía de verdadera importancia y su rol era muy secundario en los movimientos de opinión o en las actividades económicas del país. Su tipo representativo, el *cholo*, arranca su nombre, según datos de un cronista altoperuano, de la costumbre adoptada por un caballero español que había viajado algún tiempo por Italia, de *fanciullo*, *fanciulli* (fanchiullo, jovencitos), a los mestizos con expresión de «compasiva solicitud». «De allí vino, agrega, la palabra *cholo*, es decir, *pequeño*, *digno de protección*.»

Así, pequeño, insignificante, sobre todo en las clases bajas, vivió el cholo durante todo el coloniaje hasta la guerra de la emancipación. Es para sostener esa guerra que se le mima, llama, adula y promete toda suerte de beneficios, despertando en él la vaga noción de su valor

como unidad y el concepto confuso todavía de su fuerza. Entonces, elevado ya en su calidad de hombre, quiere hacer ostentación de sus dotes nativas y revela ya sin equívoco todas las singulares características de su temperamento.

Por lo pronto, y esto de manera general en las clases bajas de todos los países del Continente, es casi total su ausencia de grandes preocupaciones ideales y fuertes y fuera de toda relación su afición desmedida al brillo social, figuración política y a la ostentación de títulos o riquezas si los tiene, aprovechando únicamente la hora que pasa y el éxito del minuto, indiferente o extraño a los problemas morales relacionados con la finalidad de la vida y el angustioso misterio de la muerte.

El cholo político, militar, diplomático, legislador, abogado o cura, jamás, y en ningún momento, turba su conciencia preguntándose si un acto es o no moral, entendiéndose por moral «la armonía de actividades en vista del bienestar general» (139), porque únicamente piensa en sí y sólo para satisfacer sus anhelos de gloria, riqueza u honores a costa de cualesquiera principios, por sobre toda consideración, ferozmente egoísta e incomprensivo. Nadie como él tiene un concepto tan desolador de las relaciones humanas y el valor moral del hombre. Para él el hombre es bajo, egoísta, falso, interesado y despreciable. Y es que juzga según los dones de su criterio, sus propias observaciones o experiencia, según las fuerzas vivas que siente bullir dentro de él. Y obra, por consiguiente, como piensa, naturalmente, de una manera irreflexiva o refleja, como cuando una planta florece y germina si le son propicios los elementos que la rodean.

«Piensa mal y acertarás»; he ahí para el cholo el adagio que encierra la concepción exacta, mejor y más cabal de la experiencia humana sobre las relaciones del hombre con sus semejantes. En esta frase terrible y desolada cree hallar una defensa a su actitud, cuando, en suma, al adoptarla como divisa, no va haciendo sino mostrar la

íntima estructura de su alma y su propia concepción de la vida.

El cholo de las clases inferiores o desclasificadas es holgazán, perezoso y con inclinaciones al vicio de la bebida, hoy ya menos acentuado merced a las condiciones duras en que se desenvuelve la vida de todo el mundo y particularmente en aquellos centros de mayor desarrollo industrial y económico. Su lugar favorito es la *chichería*, tendezuela donde se vende un brebaje hecho de maíz, y el día de su predilección para expandirse, el primero de la semana, bautizado con el nombre apropiado de *San Lunes*, y al que se le rinde culto tanto más piadoso cuanto más atrasada es una localidad o más pobres son sus medios de subsistencia. Cuando sus raros afanes de cultura lo llevan a enterarse del periódico, del libro barato, o del mitin político, entonces, indefectiblemente, es arrastrado a la fácil concepción de un igualitarismo bárbaro difundido por todos los demagogos verbosos y sin disciplina, según la cual un albañil o un carretonero rústicos valen y representan idéntica fuerza que un inventor, un sabio o un estudioso. El rango por el mérito es para él contrario a los principios de la democracia; mas si surge, sube y se impone, es su preocupación dominante atajar el paso a los otros y mantener sin menoscabo sus gajes, negando a los demás el derecho de seguirle y menos de imitarle.

En el cholo leído y de sociedad, estas predisposiciones innatas se manifiestan por la inclinación a vivir de una ocupación rentada por el Estado y haciendo gala de las cualidades que se imagina poseer, distinguiéndose, sobre todo, en su afán por alardear la cuna de su nacimiento, como bien lo notaban los hermanos Ulloa hacia fines del siglo XVIII, y distinguiéndose en esto, como en muchas otras particularidades, los habitantes del interior del Continente o de la sierra, «por tener menos ocasión de tratar con gentes forasteras». (373).

La vanidad del rango, de la fortuna o de la función,

los empuja a buscar el acrecentamiento de las cualidades que más estiman; y en la tarea de conseguirlo ponen esa su invencible inclinación a la duplicidad y a la mentira, a la astucia y a la intriga, anotadas por quienes se han tomado la tarea de desentrañar la psicología de los criollos en nuestros países del Continente y que muchos escritores se placen reconocer particularmente en el cholo altoperuano, en el *colla*, a propósito del cual es costumbre en América contar lo que refiere Agustín Alvarez:

—«Alcance usted dos sillas para estos señores»—decía un obispo de Bolivia, cada vez que un individuo, más o menos *colla*, entraba en su despacho, y agregaba: —«Siéntense ustedes.» —«Señor—decía el visitante—, vengo yo solo, nadie me acompaña.» —«Ya lo sé; es solamente una precaución que tomo para no olvidar que en ustedes hay siempre dos personas: la que se ve y la que no se ve...» (300).

Y otro escritor, del mismo país, Sarmiento, decía recordando lo del obispo:

«A los bolivianos, es necesario saludarlos en plural, para que no se resientan el diablo y la mentira, que están detrás...» (301).

En cualquier género de actividad que despliegue el cholo muestra siempre la innata tendencia a mentir y engañar, porque se le figura que estas son condiciones indispensables para alcanzar el éxito en todo negocio. El cholo abogado, prefiere de las leyes aquellas que en su interpretación pueden torcer la justicia de una causa; el cholo político, es falso e inestable en sus principios doctrinarios, cuando los tiene; y el cholo legislador, apenas sabe copiar leyes y disposiciones exóticas, suponiendo ser labor fácil forzar el espíritu de las gentes para obligarles a proceder adaptándose a reglas contrarias a la íntima modalidad de su temperamento étnico.

Pero suponer y asegurar, como generalmente lo hacen ciertos escritores de ciertos países, que estas anormalidades psicológicas son exclusivas de los altoperuanos, es

desconocer con malicia las tendencias de la clase media de los demás países hispanoamericanos, donde igualmente se presenta como una casta manifiestamente inferior, desde el punto de vista moral, con relación al tipo medio de las razas europeas que las modernas disciplinas de enseñanza y educación van generalizando en todos los pueblos cultos del mundo.

El *cholo*, de Bolivia y el Perú; el *roto*, de Chile; el *gaucho*, de la Argentina, etc., etc., son una casta de gentes híbridas sometidas ya a un lento proceso de selección, pero que todavía no han alcanzado a eliminar de sí las taras de su estirpe, porque el problema de su modificación aún permanece latente en muchos países, siendo ese, por su magnitud, el primordial de sus deberes.

«Haced pasar el *roto*, el *gaucho*, el *cholo*, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción: en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume, vive digna y confortablemente», decía con desolación Alberdi; y esto se acentúa cuando se establece la necesaria comparación de cualquiera de estos tipos populares con el señalado como superior y acabado de la civilización occidental, bien sea el *hidalgo* español, el *gentilhomme* francés, y el *gentlemen* británico, sobre todo.

La bravura, la lealtad, y, particularmente, la sinceridad, son los rasgos característicos y predominantes del *gentlemen*. Para él sólo vale un hombre cuando es animoso, honesto y verídico. El talento no le importa, ni significa nada. Al contrario, siente profundo menosprecio por el hombre inteligente, pero falaz, vanidoso, intrigante y mentecato. Tampoco significa nada para él la riqueza, que bien puede ser, y es por lo común, sólo un accidente. Además, nunca se nace *gentlemen*; se *deviene*. Cualquier ser de cualesquiera jerarquía sociales puede llegar a ser *gentlemen* por su proceder y conducta, porque este privilegio se adquiere exclusivamente por las cualidades morales, más que por la cultura, la fortuna o

el linaje. Un hombre que miente, intriga, engaña y no es sincero ni animoso, puede acumular sobre sí los dones de la fortuna y del talento, poseer una muy brillante cultura, nacer en cuna dorada, ser atrayente por sus prendas personales, pero nunca jamás será un *gentleman*; es decir, un ser de selección, por sus cualidades morales, celoso de su honor y del ajeno, digno de su vida, gustos, acciones, palabras e ideas.

Juzgado este tipo en relación al predominante en los Estados de la América española, se ve que no hay un solo pueblo de estirpe ibera que pueda presentar uno que acuse iguales y parecidas singularidades, lo que explica, sin mayores comentarios, el estado de relativo retardo en que se hallan independientemente de su reciente formación y de la escasez de sus recursos. Por eso es que, predominando este elemento en la formación étnica de la nueva nacionalidad, su historia política y social es la del criollo mezclado en todas las manifestaciones activas de la nación, y ofrece un aspecto de incoherencia y de barbarie que la Historia ha de reproducir en cuadros que de pronto parecen trazados por la imaginación desenfrenada de un novelista, y son, no obstante, la reproducción cabal de un estado social plasmado en moldes imperfectos, y que por su flexibilidad promete reproducir ese tipo ideal señalado, aunque no con la genuina perfección de sus rasgos sobresalientes, que bien pueden ser el resultado de la raza y del medio antes que de la mera educación.

La historia de Bolivia es, pues, en síntesis, la del *cholo* en sus diferentes encarnaciones, bien sea como gobernante, legislador, magistrado, industrial y hombre de empresa.

Y el *cholo*—repetimos—, si logra llenar sus aspiraciones y consigue algún éxito, ofrece el espectáculo de un tipo dominador, generalmente arbitrario, pero esmeroso de que sus arbitrariedades no sean aparentes ni caigan dentro de la penalidad de los Códigos. Si está todavía

encerrado dentro de las estrecheces de su medio social, entonces presta oídos a los agitadores demagogos que, por conseguir un éxito electoral o hacerse populares, le hablan de sus derechos sin recordarle nunca sus deberes, y es partidario de todas las nivelaciones radicales porque se imagina que así se pueden borrar diferencias de cultura, moralidad, carácter y tenacidad.

Dominando estas castas y en la cumbre de la jerarquía social, se muestra, por último, la raza blanca, insignificante en número, reducida de recursos a veces, pero activa, capaz y sobresaliente, tal como se presenta en el medio de donde procede.

Ahora bien; según el censo levantado seis años después de la fundación de la República de Bolivia, en 1831, y al que de prudencia no debe prestarse entero crédito por la manera irregular y defectuosa con que entonces se realizaban las operaciones censísticas, contaba la nación con 1.083.540 habitantes, de los cuales más de la mitad eran indios y salvajes sin ninguna noción sobre nada y en estado pleno de barbarie éstos, una parte de cholos ignorantes y desidiosos y una ínfima proporción de blancos que componían la parte dirigente y activa de esa masa casi amorfa; y todas esas gentes de casta distinta y antagónica convivían pobremente, sin duda, en un territorio rico y extenso, inexplorado y desconocido en su mayor parte, lleno de grandes recursos, pero inmensamente alejado del mar.

Y la falta de caminos; las marcadas diferencias de educación, medio y aspiraciones; los prejuicios de rango y fortuna, hacían que unas castas viviesen subyugadas por las otras; la raza indígena a la mestiza, y la mestiza a la blanca, sin que en ninguna hubiese arraigado el vínculo de solidaridad ni despertado de manera precisa el sentimiento trascendente del nacionalismo basado en la Historia o en la continuidad étnica.

Ya se ha dicho que la queja constante de Sucre era su dificultad de encontrar hombres preparados para el des-

empeño de las altas funciones administrativas. Si se excluye a Chuquisaca, que, según René Moreno, contaba cuando la fundación de la República «no menos de 40 doctores, eclesiásticos no pocos y unos 50 en las provincias» (7), que era, en suma, casi todo el elemento pensante y apto de aquella renombrada circunscripción y superior, sin duda, también en número y en calidad al que contaban los otros países libertados por el genio y la espada de Bolívar y de San Martín, el resto de la población permanecía ajena a toda idea de cultura e ilustración, ignorante de las condiciones en que se desenvolvía el mundo a esa hora, casi sin cabales nociones de las corrientes de ideas y propósitos que circulaban por el Occidente civilizador.

Y falta de ideas propias en el elemento dirigente, ignorancia supina en la masa, barbarie y salvajismo en los indios, extensión desmesurada de territorio, carencia casi completa de grandes y fáciles vías de comunicación, suma pobreza económica y mil obstáculos, en fin, étnicos, sociales, geográficos, telúricos, se oponían desde un comienzo a poder constituir de pronto una nueva nacionalidad que ingresase de inmediato a la práctica regular de las instituciones republicanas ignoradas por la masa viva de la nación, a la gerencia acertada y metódica de los negocios públicos, a la percepción cabal de las rentas que le permitiesen llenar los deberes de la simple administración.

Al referirse al problema racial, magno en Bolivia, y a las condiciones con que fué constituida y fundada la República, decía uno de los más vigorosos pensadores bolivianos hacia el año 1860, don Nicomedes Antelo:

«Heterogeneidad de razas, de costumbres, de idiomas, de indole, hasta de ideas: he aquí el conjunto múltiple que ofrece aquella amalgama, digámoslo así, de muchas naciones reunidas bajo un mismo pacto social, o más bien bajo un régimen impuesto por la espada de los libertadores. En esa compleja fisonomía física, moral e

intelectual es relevante un rasgo de notable trascendencia en la vida política de esa República, a saber: la inmensa distancia que media entre la raza indígena y mestiza, no educadas, y pequeña clase instruída procedente de la aristocracia del régimen colonial.» (9).

Bien comprendieron todo esto los libertadores, y de ahí los incesantes trabajos de Bolívar en Lima y de Sucre en el Alto Perú por refundir la nacionalidad en cualquiera de los grandes núcleos del Continente, grandes no por su territorio y los recursos de su suelo, sino por su población más homogénea y su fácil vecindad con el mar; pero ambos se estrellaron contra la obstinación cerrada y enérgica del grupo de dirigentes altoperuanos, que predominaba absolutamente en medio de la indiferencia o de la incomprensión del pueblo, y al cual se debe, en último análisis, la conservación de la patria adoptiva del Libertador.

Y quedó Bolivia enclavada en el corazón frondoso de la América meridional, aislada de las corrientes civilizadoras del mundo por montañas casi inaccesibles, por grandes bosques inexplorados y malsanos, por desiertos inclementes, por ríos caudalosos e infranqueables, y esto hasta el punto de que cincuenta años más tarde podía decir el historiador chileno Sotomayor Valdés que la nación «parece colgada de los abismos del suelo» (18), concepto que en igual sentido repetía a poco otro escritor del mismo país, Wálker Martínez, al asegurar, en el año 1877, que Bolivia era «el Tibet de nuestro Continente».

CAPÍTULO XIII

El descontento cunde en Bolivia.—Temores fundados de Sucre. Campaña en el Perú y la Argentina contra el Libertador.—Ideas de Bolívar sobre la inoportunidad de los Gobiernos democráticos en América.—Superioridad cultural de Bolívar sobre los demás hombres de su época.—Sucre ve venir el período de disturbios.—Trabajos secretos de Santa Cruz.—Política desigual del Perú y la Argentina respecto de Bolivia.—El Perú se empeña en ahogar el nuevo Estado.—Disgustos de Sucre por permanecer en Bolivia.—Se acentúa su pesimismo político.—Crece el partido de oposición.—El Perú aglomera tropas en la frontera de Bolivia.—El 24 de diciembre de 1827 estalla la segunda rebelión de las tropas colombianas.—Desconfía por la suerte de Bolivia.—Se entrevista con Gamarra en el Desaguadero.

Entretanto en Bolivia comenzaron a manifestarse ciertos síntomas reveladores que el cansancio del Perú contra la larga permanencia y los abusos de las engreídas tropas colombianas iba contaminándose, por contagio a la nueva nacionalidad que hasta entonces muy poco sufriera de los soldados de Sucre, y estaba satisfecha de los servicios del gran mariscal de Ayacucho, quien se mostraba receloso de esos síntomas y nada dispuesto a soportar la más pequeña muestra de desvío o despego a su persona de parte de los bolivianos.

Es el 3 de septiembre de 1826 que el Libertador había dejado Lima, diciendo a los peruanos: «Colombia me llama, y obedezco.» «No me aparto de vosotros. Os queda mi amor en el presidente y Consejo de Gobierno, dignos depositarios de la autoridad suprema; mi confianza en los magistrados que os rigen; mis íntimos pensamientos políticos, en el proyecto de Constitución, etc.,

etcétera»; mas no bien desembarcara en las playas de su tierra ese presidente de su confianza, general Andrés Santa Cruz, que hacía tiempo venía conspirando oculta-mente contra la influencia del Libertador, ganado por los celos y envidias, se desembozó de todo escrúpulo y principió a sumarse a los que rechazaban la Constitución boliviana y querían evitar el vitalicismo de la presidencia de Bolívar. En esta intención entraban en mucho las ambiciones personales de quienes se creían llamados a gerentar los negocios públicos de su país, aunque no fuera extraño el sentimiento de la nacionalidad estimulado por la preponderancia que habían llegado a adquirir en la política interior del Perú los personajes colombianos llevados por el Libertador.

En consecuencia y aprovechando la revuelta de las tropas colombianas que, encabezadas por el jefe Bustamante, se alzaron el 26 de enero de 1827 contra la Constitución de Bolívar, Santa Cruz dió por abolida esa Constitución en una proclama «demasiado ridícula y risible», al pensar de Miller, lanzada dos días después, el 28 de enero, y en la que decía:

«El Gobierno del Perú no sería fiel a sus obligaciones si desatendiese un eco que llega a sus oídos desde los puntos más remotos de la República, y le dice: «La Constitución para Bolivia no fué recibida por una libre voluntad cual se requiere para los Códigos políticos..., etc., etc.»

Antes del mes, el 20 de febrero, supo Sucre estos acontecimientos del Perú, e inmediatamente se trasladó a La Paz, donde estaba ya la mayoría de las tropas colombianas para evitar en lo posible el contagio de la propaganda peruana, ya activa por los manejos del mismo Santa Cruz y de varios personajes argentinos, entre los que no era el menos indolente el mismo representante diplomático. Todos ellos deseaban provocar un movimiento parecido al del Perú, y él, Sucre, no sólo por los deberes de su cargo, sino, particularmente, por su afecto al Libertador, estaba decidido a reprimir por todos los medios

legales puestos a su alcance, o irse sin falta y «sin oír las instancias de nadie», si veía que los pueblos se solidarizaban con las corrientes venidas de la vecindad, lo que le parecía inevitable dados los síntomas que hubo de sorprender entre algunos políticos y el pueblo bajo, tan fácil en aceptar cualesquiera género de sugerencias.

«Yo temo mucho que el alboroto de Lima nos meta aquí un ruido»—le escribía al coronel Galindo, y le anunciaba que, en previsión de tener que ausentarse de un momento a otro, había saldado sus deudas y puesto en orden sus asuntos, que no eran ni muchos ni complicados, ya que su casa era apenas para él toldo de campaña puesto por azar y al capricho de otros en esas tierras de las minas fabulosas. A la vez no se cansaba de recomendar a los jefes de los cuerpos, y en particular a los de las tropas colombianas, que estuviesen muy sobre aviso para prevenir cualquier intento de revuelta: «Esté usted muy alerta, porque no faltará quien quiera revolverle esa guarnición. Un sargento o un diablo cualquiera se alienta en esta circunstancia a hacer un alboroto, aunque no sea más que por robarse los fondos del Banco y moneda. Cuidado, cuidado y cuidado.» «El punto más esencial es la tropa. Temo que algo ha cundido la desmoralización. Válgase usted de sargentos o soldados de mucha confianza para espiar cuanto pasa en ella.» (395).

La moral de las tropas era su constante preocupación, así como firme su confianza en el apoyo de las clases burguesas y distinguidas de cada localidad. El bajo pueblo, en cambio, no le merecía ni seguridad ni simpatía:

«Tenga usted—le repetía a Galindo—veinte ojos con la tropa; pues la menor defección que haya en ellas causará un trastorno general en todo Bolivia. No desprecie usted el aviso de que nuestros enemigos tratan de seducir a *Voltigeros*. Cuidado y cuidado, porque la menor distracción nos costará disgustos, sangre y desgracias.»

El gran mariscal sabía bien lo que se temía, y los hechos no habrían de tardar en justificar sus temores y recelos.

Pero lo que más le inquietaba era la actitud que iban tomando los jefes triunfantes de la revolución peruana. Pensaban éstos que en tanto que Sucre permaneciese en Bolivia, no tendría ninguna duración la obra de redención del Poder colombiano, emprendida con la complicidad del general Santa Cruz con tan buen éxito, y querían alejarlo del país. Sucre, por su parte, si bien tenía propósitos de oponerse y ahogar la sedición, que la veía venir con los preparativos belicosos del Perú, estaba también resuelto a convocar el Congreso y *largarse*, según su propia expresión, pues le decía al Libertador en sus cartas del 19 y 26 de marzo:

«Escriben de Lima que de allí han salido agentes para insurreccionar Bolivia; yo lo creo mucho. Dicen que el general Santa Cruz se ha metido de bruces en la revolución.»

«Por todas partes sé que hay incendio y, por tanto, será milagro que no arda Bolivia. Yo estoy resuelto a convocar el Congreso en cualquier novedad, y entregarle la Presidencia, para irme en el mismo día para Quito. Yo no me dejo embromar, ni presto sacrificios vanos. Estaré aquí si me sostiene la opinión pública, si no, llenaré mi anhelo de largarme en paz.» (374).

No eran infundados los recelos de Sucre.

Triunfante la revolución en Lima, se había operado un movimiento de reacción formidable contra el Libertador. Se estrellaban a la vez los periódicos del Perú y de la Argentina en unánime coro de injurias y recriminaciones que hería en lo vivo los sentimientos de Sucre, como nunca apegado a los planes políticos del Libertador y a sus vastos proyectos de crear confederaciones poderosas que pudieran oponerse con éxito a los ataques del exterior y reunir en el interior suficientes elementos para constituir Gobiernos estables y provistos de los medios económicos, pues en la forma que estaban constituidas las nuevas nacionalidades no creía encontrar las suficientes garantías de orden y estabilidad.

Son estas consideraciones que le habían empujado a oponerse con la tenacidad ya vista a la organización del nuevo Estado bautizado con su nombre, según lo manifestara en ese mismo año de 1825, en el mes de marzo, al contralmirante Rosamel, jefe de la escuadra francesa en el Pacífico, quien, al dar cuenta a su Gobierno de las entrevistas realizadas con el Libertador, decía que éste reconocía que «Gobiernos puramente democráticos no convienen a estos pueblos, acostumbrados desde hace largo tiempo a un régimen despótico y demasiado cercano todavía de la época en que eran españoles». (396).

Las declaraciones de Bolívar en este sentido eran frecuentes y reiteradas, y esto se ve por otra comunicación dirigida a su Gobierno por el cónsul de la Gran Bretaña en Lima:

«Bolívar considera que el Gobierno federal no es el sistema que más conviene a estos Estados infantiles, cuyo pueblo—dice—no tiene la preparación necesaria para intervenir en la administración de los asuntos públicos», si se les compara a la gran federación del Norte. «En Sur América—aseguró—las cosas han pasado de modo completamente distinto; sus habitantes acaban de salir de la esclavitud, y sería absurdo suponer que esclavos recién libertados puedan ofrecer elementos de buen juicio, orden y honradez.»

Y luego agrega el cónsul Ricketts:

«Este hombre sintetiza sus principios políticos así: que no hay mucho que esperar de un pueblo que desgraciadamente debe considerarse como muy poco superior a un país de esclavos; que no debe dársele más poder del que puede ejercer; que debe ponerse un buen freno a las personas que lo ejerzan. Dice que las leyes que se dicten deben redactarse con las fórmulas más ordinarias y simples, tomándose por guía al Código Napoleón, considerado por él como lo único hecho por Bonaparte con talento y sabiduría. Estos principios—me dijo—están mejor definidos en la Constitución que estaba preparando

para Bolivia, donde creía haber establecido las bases de la tranquilidad y felicidad de esos Estados, mientras la reflexión y la sabiduría les enseñaran algo superior.» (396).

Que el Libertador estaba suficientemente capacitado para vivir convencido de estas verdades, entonces no aceptadas por los pueblos, lo revela el hecho de que su cultura y preparación eran inmensamente superiores a la de los más capacitados dirigentes de esa época, según el retrato moral trazado por el cumplido funcionario inglés:

«He encontrado a Bolívar mucho más culto de lo que me había imaginado. Sus conocimientos literarios son muy extensos, y se refiere con facilidad a los principales pasajes de los mejores autores. Sabe mucho de historia, gustando detenerse particularmente en la consideración de la de Inglaterra; habla de nuestras épocas revolucionarias y de los progresos graduales alcanzados antes de recibir el beneficio de nuestra admirable cuanto firme y liberal Constitución; estima que a la influencia de los principios de esta carta debe Norte América el desenvolvimiento de su prosperidad...»

Sus viajes por el Continente civilizado, su cabal conocimiento del idioma francés, que le permitía ensanchar considerablemente el caudal de sus conquistas intelectuales, sus hábitos de estudioso y de observador, eran otros tantos elementos de superioridad que le capacitaban para establecer las inevitables comparaciones entre los pueblos de Europa, todos más o menos admirables por su pasado histórico y su aporte a la común causa de la civilización humana, y los que se iban formando a su vista y con su colaboración, para deducir honrada y lógicamente que ninguno, absolutamente ninguno, reunía el caudal suficiente de población, riqueza y experiencia política con que poder constituir nacionalidades completas y capaces de tomar el ritmo del movimiento contemporáneo, como había sucedido con las colonias inglesas del Norte del Continente, de hecho seleccionadas ya al establecerse en los dominios de los Pieles Rojas.

De ahí su afán justificado de querer agrupar esas nuevas naciones para alcanzar por la extensión y la riqueza lo que aisladas no podía conseguirse; pero sus tentativas hubieron de fracasar ante el empeño obstinado y acaso patriótico, si bien nada desinteresado, de los exaltados y prematuros nacionalismos de ciertas clases dirigentes directamente interesadas en constituir naciones aparte, donde bien pudieran jugar roles más o menos preponderantes y remunerativos, pues si bien se observa ese período de formación, llegará a verse que en ninguna de las secciones coloniales en que estaba dividido el Continente existía el sentimiento de nacionalismo muchas veces determinado por la diversidad de idioma, hábitos heredados distintos, legislación desigual y, sobre todo, costumbres antagónicas, o, por lo menos, desemejantes.

Nada de esto se presentaba con caracteres definidos en el mundo de Colón, y bien se podía, por tanto, en esos momentos de formación, constituir grandes confederaciones que con el transcurso de poco tiempo llegarían a formar organismos completos; pero esos proyectos concebidos por una mente madura y bien equilibrada y acariciados en otra forma, aunque por iguales motivos, por el genio poderoso de San Martín, no pudieron realizarse porque la ambición, el egoísmo y el cerrado sentimiento de campanario los obstaculizaron primero y destruyeron después.

Estos cerrados localismos no dejaban desenvolver a Sucre en Bolivia los proyectos del Libertador, no obstante sus reiterados esfuerzos, que en ocasiones hallaban colaboración en los más prestigiosos miembros de las principales localidades, como Chuquisaca y La Paz, aunque sin hallar una orientación fija y estable, pues en tanto que unas veces lograba obtener cierta inclinación por ligarse al Bajo Perú, pero con la condición de que la capital debía trasladarse al Cuzco o Arequipa, otras sorprendía una invencible aversión a amalgamarse con ese país y

más bien corrientes en favor de la Argentina, y esto, naturalmente, según el grado de intensidad en la propaganda de cualquiera de esos países, ya que ambos estaban empeñados en atraer a su radio de acción a la nueva nacionalidad, distinguiéndose el Perú por su actividad y sus medios empleados para conseguir su propósito, siempre irregulares, arbitrarios y hasta sin probidad.

Ahora sus trabajos ya se hacían francos y desembarazados en ese otoñal mes de abril de 1827, en el que la propaganda contra el Libertador en Lima tomaba mayores proporciones merced a la iniciativa sin ejemplo del patriota peruano Manuel Vidaurre, ayer amigo y partidario de Bolívar y hoy el más tenaz de sus impugnadores. Todos los periódicos limeños contenían acusaciones y reproches contra el Libertador, y esos papeles eran enviados secretamente a los personajes bolivianos que se sabía desafectos al gran mariscal, y quienes tomaban por su cuenta la misión de levantar recelos y desconfianzas contra la administración del general venezolano.

La celosa actividad de éste no permanecía quieta ni un solo momento, y aunque de pronto veía tranquilo y en orden al país, no creía que ese estado pudiera prolongarse por mucho tiempo. Y decía:

«Bolivia, enclavada entre tantos enemigos y rodeada de un fuego revolucionario, debe incendiarse en él. Lo contrario sería un milagro, y éste no es tiempo de milagros.»

Y, repitiendo sus quejas, añadía, ya francamente exasperado con su situación:

«En cuanto a mí, repito que busco con ansia un pretexto para reunir el Congreso, entregarle el país y largarme para Quito; ya no es deseo, sino desesperación la que tengo de regresar a mi país; mi situación es, por tanto, violenta.»

Añadidos a estos temores, turbaban la clara serenidad de su conciencia feos sentimientos de desprecio y repugnancia por la alevosía y el desplante con que muchos personajes altamente encumbrados por los favores del

Libertador se le habían puesto al frente olvidando las gracias recibidas y ocultando su deslealtad con el ropaje de un nacionalismo cerrado a una visión más inteligente del porvenir de esta parte del mundo. Y su conciencia, entristecida por los males que veía sin poderlos remediar, se acongojaba hasta el paroxismo considerando la esterilidad de sus esfuerzos aplicados en servicio de un país que no era el suyo y por el que, no obstante ser su hechura, apenas sentía el vago afecto de una paternidad forzada y que por servirlo tenía que contrariar otra clase de sentimientos idealizados por su juventud austera y su inexperiencia amorosa.

«Estoy fastidiado de esta carrera pública y convencido que si he de trabajar más, ha de ser todo y todo por Colombia. Dejemos a los otros países; que cada uno se gobierne como pueda con sus hijos» —le escribía al Libertador rogándole le llamara a su lado e hiciera retirar las tropas colombinas dejadas en el país, por las que hasta sus mismos jefes comenzaban a sentir desconfianzas. Y agregaba luego, con inteligente y traslucida perspicacia, esta amarga profecía:

«Usted me convida en su carta que continúe esta carrera pública, y diré que los desórdenes de Colombia, la confusión de América y la ingratitude que observo me han persuadido que si los que figuraron en la guerra de la Independencia no dejan el puesto, les costará la cabeza.»

En los primeros días de junio de 1827, el 4, se reunió el nuevo Congreso del Perú con objeto de dictar una Constitución diferente en ciertos puntos de la boliviana y elegir el presidente de la República que sustituyese a la Junta de Gobierno presidida por Santa Cruz.

Dos militares eran los candidatos: el general altope-ruano Andrés de Santa Cruz y el general Lamar. La nacionalidad del primero no fué tomada en cuenta para nada, porque los más exaltados nacionalistas, como don Manuel de Vidaurre, le consideraban «muy perua-

no (203) y le tenían como el mejor servidor de los intereses de este país, sobre todo después que había consentido en la revolución que echara por tierra al mismo de quien recibiera el encargo de hacer cumplir la Constitución adoptada por otro Congreso anterior.

Producida la votación, fué elegido el general Lamar por 58 votos contra 27 que obtuvo Santa Cruz, no obstante el ardimiento puesto por él personalmente y por sus amigos y decididos partidarios, que los tenía muchos y muy adictos en concepto de su peruanismo intransigente y exclusivista.

La derrota fué un rudo golpe a su ambición sin freno. Y pues se había acostumbrado a jugar los primeros roles en el escenario político, no quiso conformarse con su situación de subordinado, y entonces concibió el propósito de buscar otros horizontes a sus deseos y recién volvió los ojos a la tierra de su nacimiento, a la que fácilmente podía rendir fomentando en su provecho la prevención que contra el general venezolano hicieran nacer los agentes del Perú y la Argentina, coaligados en el común odio al Libertador.

Pero aun en esto no eran acordes ni se dirigían a los mismos fines las tendencias de los dos países respecto de Bolivia. Los argentinos sólo pensaban con obsesión en alejar de la vecindad de su suelo a los capitanes que habían librado de enemigos al Continente y en quienes se figuraba ver los decididos adversarios de su seguridad, pero no abrigaban propósitos francamente hostiles contra la nueva nación, no obstante el pleito de Tarija, que lastimara profundamente su amor propio colectivo. En cambio el Perú, más radical en sus propósitos, más ambicioso también, veía en la nueva nacionalidad una creación de momento consentida en homenaje a su libertador, pero que a la larga había de refundirse, de grado o por fuerza, a la nación de la que fuera desligada y en cuanto se alejasen de su suelo los que la habían fundado.

La revolución contra Bolívar fué el punto de arranque

de su política absorcionista francamente preconizada por sus caudillos y hombres de Gobierno, quienes tomaron como un pretexto para no reconocer la independencia de la nación boliviana el hecho de estar dirigida por un militar nacido fuera de su suelo y extraño a sus intereses, y el cual, penetrado de estos propósitos y con un espíritu de generosidad y abnegación ajenos a muchos bolivianos genuinos, se alistaba a defender ese suelo que no tardaría en ser entregado al invasor por esos bolivianos de pocos alcances mentales, o demasiado ambiciosos, o en extremo imprudentes.

«No puedo decir a usted a punto fijo—le escribía a Bolívar—cuál sea la política del Perú respecto a Bolivia; pero hasta ahora todo se presenta con la mira de quitar la existencia a este país y refundirlo en el Perú. Han adoptado unas medidas que tendrán algún efecto. Dice nuestro plenipotenciario allí que parece que el Congreso desaprobará el reconocimiento que hizo el Consejo de Gobierno, o que, por lo menos, dirá que nada resuelve en ello hasta que Bolivia esté desocupada de fuerzas extrañas y no esté mandada por un extraño. Por mí me alegraré, porque llenaré mi ansia de marcharme; pero en esto hay una mira siniestra. Se hace creer así a los bolivianos que no se les reconoce por mí; pero el objeto es que, calculando que a mi salida habrá trastornos, se quiere aprovechar una ocasión de echar mano a este pobre país. Yo no sé lo que sucederá; pero si digo a usted que los peruanos y porteños adelantan mucho en hacer que el país tome repugnancia a las tropas auxiliares.» (374).

Y ya hablando de Santa Cruz, para el que nunca fuera benévolo, le dice en su carta del 3 de julio:

«Me ha indignado de ver el modo con que Santa Cruz habla de Bolivia; la trata de las Provincias altas, después que ha hablado del Perú. Parece que este espúreo boliviano quiere lisonjear a los peruanos maltratando a su patria; pero falso en sus procedimientos, es también falso en sus cálculos.»

La mala voluntad de Sucre hacia Santa Cruz era evidente y manifiesta. El espíritu recto de este hombre no podía avenirse con el del mariscal de Zepita, que tenía extrañas sinuosidades y una innata y atávica inclinación a la intriga y a la doblez propia de sus ascendientes indios. Y Sucre, tan medido en sus afectos, tan prudente, le miraba con aversión y profunda antipatía, acrecentadas considerablemente desde que descubriera su velada participación en el éxito del motín militar limeño a principios del año.

Los afanes de prevenir cualquier movimiento subversivo y la idea de irse y dejar el mando, fueron las únicas absorbentes preocupaciones que torturaron la mente del gran mariscal en todo este año de 1827, como se ve a lo largo de su copiosa correspondancia con el Libertador. Y como la aseveración de este hombre probó puede ser aceptada casi en su totalidad como una fuente irrecusable de historia, preciso se hace seguir en esas cartas, paso a paso, las vicisitudes que entonces amenazaron de muerte la vida de Bolivia y también para hacer ver que el general venezolano, si supo cumplir totalmente con su deber de magistrado y de gobernante, en cambio no era en esos tiempos muy sólido su afecto por la obra de su creación.

Y así escribía en su carta de 20 de junio, ya de retorno en Chuquisaca:

«Bolivia permanece tranquila; no veo síntoma ninguno de desorden; pero creo imposible que deje de haberlos. Los papeles de Lima no cesan de invitarlos a la insurrección; los de Buenos Aires, aunque un poco más moderados ahora, también tratan de inquietar estas gentes. Sea lo que fuere, mi partido está tomado. Al menor rumor de alboroto llamo al Congreso y, entregándole el país, me voy. A decir verdad, ansío por un pretexto para convocar el Congreso, porque no tengo palabras para expresar a usted cuánto cada día me fastidio más y más de la carrera pública. Un hastío constante, una repug-

nancia invencible me separa de estos negocios. Me venzo a fuerza para llenar los deberes de mi puesto; pero si logro una ocasión de dejarlo antes de agosto del año 28, la aprovecharé, y nada, nada, nada me volverá a comprometer en destinos que están violentando tan fuertemente mis inclinaciones y mi corazón. Cada día me arrepiento de haber aceptado esta molesta Presidencia; y sólo me consuelo a veces con la idea de que sufro por haber querido servir a la amistad de usted.»

No es el primero ni concluye acá este velado reproche al Libertador, que, con sus amistosas exigencias, iba torturando de manera inconcebible los más caros e íntimos sentimientos del pundonoroso militar, a quien el deseo de irse para acudir a la amorosa llamada de su prometida le persigue con la tenacidad angustiosa de una obsesión.

Pero no olvida sus deberes de primer magistrado, ni se da un punto de reposo para fortificar en los bolivianos su deseo vehemente de independencia, en el que cree ver una garantía para su mismo país, y el cual se había vigorizado por efecto de la reacción contra los peligros de la hora que en su impaciencia no supieron ocultar prudentemente los enemigos del exterior. De ahí que pudiera decir Sucre con cabal conocimiento de las corrientes dominantes en el país:

«Ha de saber usted que por lo que hace a Bolivia, ella no perderá su independencia, pues ya los habitantes la defenderán a todo trance. El Perú nunca dominará este país.» «No puede usted figurarse cuánto se ha hecho de allí (*del Perú*) para trastornar el país. Por fortuna los bolivianos están persuadidos que el objeto es dividirlos para subyugarlos, y no hay un solo habitante que quiera ser peruano; mas se inclinan a ser argentinos, a pesar de la dislocación de aquel país; pero esto es sólo en el caso de morir, pues creo que a todo trance quieren defender su independencia.»

Esto no era del todo verdad, y Sucre se engañaba,

quizá a sabiendas, deseando, sin duda, no causar disgustos al Libertador, haciéndole ver la fragilidad del edificio cuyas bases había echado poniendo en la obra lo mejor de su cerebro. Por eso su amargo pesimismo de vidente acentuado ante el espectáculo de miserias que contemplaba:

«¡Pobre América...!, más o menos tarde han de desplomarse los edificios políticos construidos en terrenos falsos.»

«Nuestros edificios políticos—añadía poco después, el 19 de septiembre—están construidos sobre arena; por más solidez que pongamos en las paredes, por más adornos que se les hagan no salvamos el mal de sus bases. Es la mayor desgracia conocerlo y no poderlo remediar.» «Estoy persuadido—insistía más tarde con hondo acento de melancolía—que el terreno sobre que trabajamos es fango y arena, y que sobre tal base ningún edificio puede subsistir.»

Y acentuaba la nota de queja revelando por primera y única vez sus sentimientos respecto de Bolivia, el «pobre país»:

«Cansado de disgustos y de ingraticudes, me sepultaré en Quito, en una vida retirada y oscura. Por fortuna no me puedo quejar de Bolivia, pues hasta hoy creo que me estiman bien, con excepción de unos que otros, muy pocos, tunantes, a quienes no he consentido sus desórdenes, o que he despreciado por pícaros. La masa de este país es buena; yo los amo como colombianos.»

«No sé quién me suceda. Santa Cruz parece que, desengañado en Lima, escribe sus carticas para obtener aquí votos. Yo he procurado algún influjo a Urdinenea; pero creo que ni uno ni otro tienen bastante opinión para consolidar la República.»

En esto también se engañaba Sucre. Se engañaba en creer que sólo unos cuantos «tunantes», descontentos o resentidos, formaban parte del partido de oposición que ahora comenzaba a agitarse con la proximidad de las

elecciones legislativas, haciendo una propaganda activa contra la permanencia de las tropas colombianas en el territorio de la República y aun contra el mismo gran mariscal. Ese partido estaba encabezado por unos cuantos individuos de poca significación social en la apariencia, pero ocultamente lo fomentaban, Santa Cruz, desde fuera, y Olañeta, Blanco y otros, en el interior, aunque aparentando entera sumisión al gran mariscal y una amistad fina y constante.

Al fin pudieron conocerse, al concluir ese año de 1827, los planes del nuevo Gobierno del Perú, que hacia el mes de noviembre comenzó a aglomerar tropas en la frontera boliviana escalonándolas desde Tacna hasta Puno, con la manifiesta intención de intervenir en los negocios interiores del país, y, si la cosa se presentaba hacedera, acabar con su independencia política.

Las comunicaciones que le vinieran a Sucre a este respecto fueron precisas y exactas. Las tropas aglomeradas en la frontera pasaban de 5.000 hombres, y el presidente Lamar las había puesto bajo las órdenes del general Gamarra, de quien se sabía que era el más irreductible adversario de la independencia de Bolivia. El pretexto invocado era de que, siendo Sucre lugarteniente favorito del Libertador, su presencia en Bolivia constituía una amenaza directa contra el nuevo régimen peruano establecido con la revolución del 26 de enero de ese año. Ayudando estos propósitos, hasta cierto punto, pero sobre todo con la intención de servir a sus planes secretos, intrigaba de su parte el general Santa Cruz, manteniendo activa correspondencia con los ocultos adversarios del gran mariscal. Éste, creyendo contar con el apoyo decidido de las altas clases sociales, sólo se preocupaba de preparar un ejército de gente escogida, que en su caso pudiera rechazar la invasión que se anunciaba inminente.

«De las indagaciones hechas para saber a qué viene esa fuerza sobre nuestra frontera—le decía Sucre al Li-

bertador en su carta del 12 de noviembre—, resulta lo más cierto que pretende instigar a Bolivia a la insurrección y meterse de cuenta de pacificadores al menor alboroto.»

Y agregaba ocho días después:

«De mi parte no tengo cuidado ninguno; si vienen de mano armada, estoy cierto de rechazarlas; si los bolivianos me hacen revolución me iré más de prisa, y muy contento de salir de compromisos que me desesperan y que me hacen desear cada día más y más irme a la vida privada de Quito.» (374).

Y, siempre ingenuo y confiado, volvía a decir de su arraigo en la opinión:

«Los propietarios y hombres de juicio están todos adheridos al Gobierno, y la masa del pueblo también. Algunos descontentos son traposos u hombres de vicio.»

Ese partido de traposos y descontentos aún permanecía en la sombra ante la aguda perspicacidad de su mirada, y únicamente lograba él descubrir sus manifestaciones callejeras en el grito incoherente del cholo ebrio o en los siseos de corrillo plebeyo; pero bien pronto pudo ya saber quién o quiénes lo manejaban y señalar concretamente al que se distinguía por sus afanes, quizá patrióticos, pero de mala índole:

«Algunos traposos chisperos hacen gran bulla con las *Gacetas* de Lima; pero los propietarios y hombres de juicio los desprecian. En los compañeros traposos obtienen alguna ventaja, porque los deslumbran con palabrotas y cuentos. Olañeta es de los bochincheros...»

En esta corta frase pintaba ya el gran mariscal, sin quererlo ni pensar, los resortes que de allí en adelante sabrían empujar con fuerza incontenible a las masas bolivianas hasta el sacrificio de su sangre o de su vida, ciegamente; la palabrería de los demagogos, vistosa, hueca de sentido y de moralidad, rimbombante e incoherente a veces, y la calumnia secreta, la mentira propalada con misterio en el taller sin herramientas y miserable, en la

chichería innoble, en el mitin sin ideal, convocado por logreros y truhanes ambiciosos.

La masa, dirigida con tan ruines procedimientos y tan fácilmente sugestionable por su ignorancia, no le causaba ni simpatías ni confianza al gran mariscal, que se esforzaba en prevenir a sus subordinados viviesen alerta contra cualesquiera conatos de tentativa, que se anunciaban ya francamente mediante carteles que de un día para otro aparecían pegados en las paredes de las calles incitando al ejército a la revuelta.

Así las cosas, el 24 de diciembre de 1827 estalló en La Paz la segunda rebelión de las tropas colombianas, que, en medio de vítores al Perú y a los generales Santa Cruz y Gamarra, se alzaron encabezadas por el batallón *Voltígeros*, y dirigidas por un sargento ganado a la causa de los enemigos de Bolivia. Depusieron a las autoridades, comenzando por el prefecto Fernández, y las secuestraron, exigiéndoles en precio de su libertad una crecida suma de dinero. Este debía de ser entregado en el perentorio término de seis horas, transcurridas las cuales dieron a entender que quedarían libres de maniobrar a su capricho para obtener la suma demandada, y la que fué reunida por el vecindario merced a las gestiones del prefecto, que fué dejado en libertad para llenar la condición exigida. La enérgica actitud de algunos jefes y oficiales, entre los que se distinguieron el general Urdinenea, el coronel Braun y otros, pudo evitar el contagio a los demás cuerpos acantonados en distintas localidades de los alrededores de la ciudad, y con la ayuda de los cuales fueron batidos al día siguiente, en Ocomisto, los defeciosos sobre el altiplano. Y es así cómo las bisoñas e inexperimentadas tropas paceñas salvaron del desorden la ciudad y también la independencia de la República, seriamente comprometida en esa circunstancia por sus jurados enemigos.

Sucre conoció estas ocurrencias al amanecer del 30 de diciembre. Salió de Chuquisaca el 31, y el 5 de enero

de 1828 estuvo en La Paz, ya en orden y tranquila. Entonces lanzó una ardorosa proclama a las tropas constitucionales, que, en su concepto, habían salvado la vida misma de la nación, y les dijo: «Habéis vencido a los vencedores de catorce años», etc.

Si el primer movimiento subversivo de las tropas libertadoras había hecho vacilar su fe en los destinos de la nueva República, ahora arraigó en él la convicción de que su permanencia en Bolivia sería necesariamente fatal a la existencia de esa nación, porque ese habría de ser el pretexto invocado por sus enemigos para intervenir en los negocios interiores de la República y ahogar la nacionalidad, que, en su concepto, aún no tenía bien despierto el espíritu público ni contaba con los elementos indispensables a su seguridad.

«Mi calidad de extraño perjudica a Bolivia», decía. Y luego insistía en mostrar su pesimismo en política, y en la eficacia de su intervención en esos asuntos, que los daba por casi irremediabilmente comprometidos: «Estoy persuadido que a la larga debe Bolivia incendiarse como el resto de la América, y yo no quiero ser víctima cuando, conociendo las causas, veo que es imposible el remedio, puesto que todo el trabajo es en falso, y que todo esto es, politicamente, un montón de arena que el soplo de cualquier atrevido lo destruye.» (374).

Se acercaba entretanto el periodo de las elecciones legislativas, y había agitación en todas partes. El grupo de oposición alentado por Gamarra y Santa Cruz había tomado como programa de partido la desocupación del territorio por las tropas colombianas, y era el que más se agitaba en los afanes de su propaganda, y su éxito parecía contar con la masa popular, lo que hacía decir a Sucre: «La chusma se apoderó de las elecciones como yo lo temía, y no anda eso bien.»

Y era tan cabal su previsión de los acontecimientos y tan firme su propósito de dejar en este año el Gobierno e irse, que añadía en seguida:

«Tengo casi una entera confianza de que entregaré la República el 6 de agosto en orden y quietud. Después de ese día no respondo de la suerte del país. Pero, sea lo que fuere, ni un día más retendré el mando. Debo declararlo a usted, y del modo más definitivo, que ninguna consideración ni poder humano me retendrá después del 6 de agosto. Sobre este dato calcule usted sus cosas.»

Es la primera vez que Sucre usa ese lenguaje rotundamente categórico con su poderoso amigo, y eso basta para medir hasta dónde llegaba el hastío por los deberes del mando y acaso su despego por las cosas de esa tierra desligada de sus recuerdos y sin ningún atractivo para su corazón. Las fruiciones del mando, única preocupación de la mayoría de los gobernantes bolivianos, no existían para él. Servir al Libertador y llenar cumplida y honradamente sus obligaciones: he ahí la vida de este varón en el antiguo Alto Perú.

Estando en La Paz recibió Sucre en los primeros días de marzo una invitación del jefe de las tropas peruanas, Gamarra, citándole en el Desaguadero para tratar de arreglar diplomáticamente las dificultades surgidas entre los dos países. Sucre se apresuró a acudir a la cita. El encuentro se verificó el 5 de marzo, y fué amistoso y hasta cordial. Gamarra se limitó a manifestar los temores que existían en su país de un ataque combinado de las tropas de Colombia, y Bolívar y Sucre, confiados en la lealtad y la buena fe del militar peruano, le probaron que esos temores carecían de fundamento y hasta le hicieron conocer las órdenes del Libertador para que las tropas colombianas regresasen a su país y sus cartas privadas, en que le aconsejaba guardara él, Sucre, la más estricta neutralidad en los asuntos de los países limítrofes.

Del encuentro de estos dos hombres de diferente castadura moral, Sucre se llevó el convencimiento de que Gamarra dejaría de atentar contra la seguridad del nuevo Estado, y esto porque, obrando siempre con lealtad y buena fe, creía que los demás usaban de la misma con-

ducta; pero Gamarra ya tenía la certeza de que Bolivia quedaría en breve libre de la presencia de sus rivales, y en lugar de disponer que su ejército abandonase sus puntos estratégicos de concentración, quedó en las fronteras de Bolivia esperando que se sucediesen los acontecimientos que iba preparando con la complicidad de muchos bolivianos, como inteligentes y previsores.

CAPÍTULO XIV

Sucre regresa a Chuquisaca y encuentra cambiado el ambiente.— Motín militar del 18 de abril.—Sucre recibe el homenaje fervoroso de la alta sociedad chuquisaqueña.—Es conducido bajo disfraz al Seminario.—Papel desleal de Olañeta y su esposa.—Rol del agente diplomático argentino, Bustos.—Sucre es guardado como prisionero.—Se tranza con los revolucionarios.—El presidente recibe adhesiones.—Felonía del coronel Blanco. Sucre responde con severidad a Gamarra.—Mal concepto en que le tenía.—Vergonzosa defección de Blanco.—Gamarra invade Bolivia.—Protesta oculta de los congresales bolivianos. Ante la imposibilidad de repeler la invasión por las armas aconseja Sucre entrar en transacciones con el invasor.—Infamante Tratado de Piquiza.—El 2 de agosto Sucre se aleja de Bolivia.—El 3 se lee en el Congreso su último mensaje presidencial.—Sucre se va, llevándose el presentimiento de no volver más a Bolivia.—El país carecía de atractivos para él.

El gran mariscal volvió a Chuquisaca en los comienzos del mes de abril y encontró que el ambiente de la ciudad universitaria estaba agitado por los preparativos electorales y el ascendiente que habían logrado adquirir en todas partes los partidarios del nacionalismo excluyente, francamente entregados a las sugerencias venidas del Perú o profundamente descontentos por no haber conseguido una colocación del Gobierno. Su posición, por tanto, había cambiado también, y aunque siempre contase con el apoyo y el afecto de las clases distinguidas de la culta sociedad, la política de recelos y suspicacias había cundido en todos los grupos sociales, que en el gran mariscal comenzaron a ver el agente activo e influyente de los propósitos del Libertador, contrarios a la verdadera democracia pero urgentes en esa hora de la formación de las nuevas nacionalidades en que los apetitos de mando

y honores iban a borrar en las conciencias el sentimiento del verdadero patriotismo, limpio de egoísmos y de bajas ambiciones.

Estos descontentos de primera o última hora comenzaron a trabajar en el ánimo de las tropas, que se hallaban profundamente aburridas por la larga ausencia del país natal y la irregularidad con que recibían sus pagos diarios, debida a la carencia de dinero en las arcas fiscales. Era tan grande la pobreza, que en alguna oportunidad llegó Sucre hasta a malhayar la hora en que se hiciese cargo de ese país, pobre hasta la indigencia: «Maldita sea tanta pobreza y maldito yo, que me he encargado de un Gobierno en que las incomodidades aumentan cada día mi fastidio a la carrera pública.» (395).

En los trabajos de zapa, verificados especialmente por los agentes del Perú y la Argentina, estaban comprometidos algunos bolivianos de significación y profundamente ambiciosos, que en la permanencia de Sucre en Bolivia y sus ideas sobre política internacional creían ver un poderoso obstáculo al logro de sus aspiraciones políticas y sociales. Y fomentaban ocultamente los manejos de esos agentes, que al fin lograron manifestarse en el motín del cuartel que estalló la noche del 17 de abril bajo las sugerencias directas de un argentino apellidado Cainzo y con la complicidad de dos sargentos peruanos y a los vítores en honor de Gamarra, directo instigador de estos sucesos.

El gran mariscal los conoció a poco de que se efectuaron, es decir, al amanecer del 18, y al punto se levantó de la cama, y acompañado de uno de sus ministros, el caballero español don Facundo Infanta, y dos de sus ayudantes, marchó al cuartel, turbando con el galope de sus caballos el silencio impresionante de este luctuoso amanecer otoñal.

En el cuartel había 200 hombres y cerca del zaguán yacía el cadáver del oficial de guardia Contreras, que los amotinados habían asesinado por creer que en él encon-

trarian resistencia a sus planes siniestros. El gran mariscal se presentó armado de su espada desenvainada y luciendo encima las insignias del mando: sombrero de pico con pluma tricolor y banda al pecho. Al llegar al cuartel metióse de golpe al patio al tiempo que alguien le gritaba desde una de las ventanas abiertas a la calle:

«¡Retírese, mi general, o hacemos fuego...!»

Si oyó Sucre la amenaza no quiso hacer caso de ella y presentóse ante los soldados, algo aturcidos con la presencia del militar bondadoso y valiente que en muchas circunstancias les condujera a la victoria; y al querer dirigirles la palabra recibió una raleada descarga, a cuyo fragor encabritóse el bruto, no obstante su demasiada mansedumbre, y dando media vuelta echó a correr con dirección a palacio, donde tenía su querencia. El gran mariscal había echado mano instintivamente a la crin comprendiendo que la caída sería fatal, e iba sin espada y sin sombrero tratando de moderar la carrera del bruto, dueño de la brida y también herido en una oreja.

Así hizo su irrupción en la plaza principal, ahora ya tenuemente iluminada con los primeros fulgores de la aurora. Y entonces Sucre, casi al desfallecer, dolorido, lanzó un grito de angustia: «¡Chuquisaqueños!», acudiendo así, instintivamente al afecto de esa sociedad que tantas merecidas consideraciones le prodigara y a la que él colmó de halagos y deferencias; pero al llegar al palacio le abandonaron las fuerzas y se desplomó desmayado del bruto, cayendo en el zaguán, de donde fué recogido por sus servidores y llevado a su alcoba, siempre exánime. Recobró el conocimiento cuando lo desnudaban para ver dónde llevaba la herida, y fué en ese momento que lanzó su queja amarga y dolorida que por carta sabría reproducir después elevándola hasta su amigo protector:

«¡Ay, lo que no ha sucedido en toda la guerra de la Independencia...!»

Amaneció la ciudad con la dolorosa sorpresa del suceso. Cholos ebrios y soldados reunidos en pelotones re-

corrían las calles tratando de levantar la población, esparciendo las voces de que Sucre pretendía atacar las convicciones religiosas del pueblo; pero sus incitativas sólo hallaron eco en las masas inferiores, siempre obedientes a la voz de los agitadores sin escrúpulos y sin moralidad.

Ese mismo día, y en medio de la algazara de la plebe, se nombró prefecto de la ciudad a un sujeto de antecedentes desconocidos y se envió un comisionado especial ante el general peruano Gamarra para hacerle saber los sucesos acaecidos, y, al parecer, el éxito de la revolución.

Parecían los amotinados andar sin orientación y vacilantes por la falta de una voluntad dirigente, y así lo demostraron en la reunión que a eso de mediodía tuvieron en un salón de la Universidad y en la que nadie supo precisar el objeto ni los fines de la revolución, hasta el momento en que se presentó allí el doctor Olañeta para jugar el rol más indigno de su vida tormentosa y llena de siniestras sinuosidades.

Mas en tanto que la plebe se movía incitada por los agitadores, el palacio era invadido por las clases cultas de Chuquisaca, deseosas de exteriorizar su adhesión y simpatías al gobernante honrado y escrupuloso que había expuesto su vida por mantener el orden en la ciudad y no permitir que las Instituciones fuesen manejadas a su capricho por los revoltosos y descontentos.

Sucre estaba estrechamente vigilado por algunos soldados zambos y mulatos, puestos allí por los revoltosos, que sentían particular aversión por el vencedor de Pichincha. Éste, a pesar de los sufrimientos que le causaba su herida, se preocupaba de atender los asuntos de la Administración y en vigilar por que se mantuviese el orden para no tener que lamentar los excesos de la soldadesca que campeaba sin control, sabiendo que el herido no contaba en la ciudad con la fuerza suficiente para hacer cumplir sus determinaciones. Ese mismo día, y por decreto, delegó Sucre el mando al presidente del Consejo de ministros, general Urdinenea, y luego sólo se

ocupó de entregarse a los médicos que lo curaban y en atender a las muestras de estima que recibía de toda la alta sociedad, y particularmente de las matronas y señoritas, que acudieron en masa a Palacio.

La vista ingrata de los cancerberos malcarados y ceñudos hizo concebir en los visitantes la sospecha de que se tramaba algo siniestro contra la vida del gran mariscal, y surgió de ellos la idea de no apartarse para nada de su lado; pero en la tarde se presentaron algunos agentes de la revolución con orden de trasladar al herido a un sitio más apropiado para ejecutar sus planes, a lo que los visitantes, que ocupaban todas las piezas del Palacio, se opusieron en masa, haciendo ver la inhumanidad que entrañaba una orden de prisión para un hombre maltratado y agonizante.

En la mentira así fraguada sobre la gravedad de la salud del herido, no anduvieron cortas ni medidas las damas, que en esa ocasión mostraron un alto espíritu de generosidad bondadosa y de exquisita sensibilidad, debiéndose a su actitud francamente resuelta, corajuda y abnegada que el vencedor inmortal de Ayacucho acaso no pereciera en una innoble celada de gente oscura, agriada y pagada. Tuvieron que ceder, aunque de mala manera, y consentir en que, por lo menos ese día, se le permitiera quedar en Palacio bajo el ojo avizor de sus vigilantes. La condescendencia así acordada hizo también nacer en los amigos de Sucre el propósito de hacerlo fugar esa misma noche, por cualesquiera medios.

Hizose así, apenas cerrada la noche, y usando de mil ardides para burlar el celo vigilante de los zambos; y Sucre, con infinitas precauciones y bajo disfraz, fué conducido al colegio Seminario para ser alojado en las habitaciones del rector. El intempestivo trajín de la hora y el sitio de natural apacible despertó la curiosidad de los vecinos, excesivamente vigilante y hasta suspicaz en los pueblos muertos. Entre los vecinos del barrio, y como principal, se contaba al doctor Olañeta, alma, cerebro y

brazo de los acontecimientos de ese día de dolor y vergüenza.

La esposa, que no ignoraba el rol preponderante que su marido iba tomando en estos negocios, sorprendió el movimiento en la Casa rectoral, y bien que sospechase algo o fuese enviada por su consorte, es el hecho que se presentó de visita en la casa y a una hora desusada para esos tiempos en que las gentes comían a las cuatro de la tarde, rezaban el rosario a las seis, y a las ocho todos reposaban en sus alcobas.

«No fué posible ocultar de esta señora al disfrazado, mucho más cuando ella aparentó, por su parte, viva compasión y amistad al presidente», dice el testigo presencial de estos sucesos, don Nicanor Mallo; mas nadie tuvo confianza en la promesa que hizo de no revelar a nadie el paradero del fugitivo. En consecuencia, y por deseos del mismo Sucre, que pensó estar más libre de asechanzas en la misma morada presidencial, fué conducido otra vez a Palacio, donde se constituyó una guardia de caballeros, señoras y eclesiásticos para velar por la seguridad del ya prisionero presidente.

Los temores se realizaron, porque la señora de Olañeta comunicó a su esposo lo que había descubierto, y al día siguiente se presentó en Palacio el tribuno popular, a la hora en que era mayor la aglomeración de visitantes, antes de mediodía.

Fué introducido a la alcoba del herido, y allí se mostró pródigo «en reiterar el ofrecimiento de sus particulares servicios» (397), espontáneamente ofrecidos la noche anterior por su esposa. Sucre, que estaba en el lecho, repuso con aparente calma, pero con intención:

«Ellos podrán ser útiles a su patria, si la consecuencia y la lealtad viven todavía en el ánimo de usted. En cuanto a mi persona, le agradezco sin aceptarlos. Emplee usted su influjo sobre la tropa; evite usted que salga del cuartel y haga sufrir al pobre pueblo. Dicen que se habla algo acerca de la República Argentina; hable usted con

el señor Bustos, su representante... En fin, vaya usted y pregunte qué es lo que quieren... Si piden que yo muera, y esto pudiera salvar a Bolivia de los males que se la preparan, no excusaría el sacrificio. Si no solicitan esto, dígales usted que todo quedará perdonado, que olvidaré los balazos y sufriré en silencio mis dolores, con tal de que se restituya el orden y no se dé tal escándalo a la América.» (379).

El encargo a Olañeta de hablar con don Francisco Ignacio Bustos, ministro de la República Argentina, y obstinado adversario para reconocer la independencia de la nueva República, no obstante las instrucciones de su Gobierno, era intencionado, pues en Palacio había la profunda persuasión de que ese agente tenía una participación muy directa en los acontecimientos desgraciados del día anterior, y no era un misterio para nadie que de la Legación habían surgido las voces más eficaces de incitativa, y hasta los dineros con que se premiaron la felonía y la inconsecuencia de algunos sargentos.

El ministro Bustos era un sujeto muy pagado de su persona, rimbombante, embustero de natural, tonto y fatuo por temperamento, muy dado a usar de un estilo recargado de adornos en sus palabras y escritos, arrogante, fachendoso y fanfarrón. «Es fama que Sucre, a pesar de su buen natural, se reía a carcajadas del diplomático argentino» —asienta René Moreno— (201), y al desdén no oculto del gran mariscal, pagaba el ministro diplomático con un sordo aborrecimiento, que Bustos nunca trató tampoco de ocultar.

Acaecidos los sucesos del amanecer del 18 de abril, y vuelto Sucre a Palacio de la manera que ya se conoce, y no obstante la solicitud con que fué rodeado por los mejores elementos de la ciudad, no se creyó seguro de un nuevo atentado, y acaso por la primera vez de su vida sintió miedo.

Y es que las circunstancias para él eran excepcionales, porque, habiendo decidido ya contraer matrimonio con

doña Mariana Carvelén, marquesa de Solanda, había enviado meses antes un poder a uno de sus mejores amigos de Quito para representarlo en su matrimonio con la dicha marquesa, y en la hora de estos tristes sucesos él ya creía, y así era, ligados sus destinos a los de la mujer elegida y vehementemente deseada con toda la energía de su juventud casta. De modo que, como nunca, anhelaba ahora vivir para gozar de las delicias de la vida casera que la fuerza del amor le presentaba embellecida y sin ningún contacto con la impura realidad. Morir entonces, quizá cobardemente asesinado, cuando la vida se le presentaba radiosa y óptima en promesas de ventura sin igual, le llegó probablemente a aparecer absurdo y fuera de toda razón.

Y es entonces que, olvidando sus antipatías, sólo pensó en buscar el apoyo de quien podía salvarle por el momento hasta que llegasen a la ciudad los recursos de hombres que ya había pedido su ministro Infante en las primeras horas de esa mañana, e hizo llamar al ministro argentino para pedirle, para suplicarle más bien, se interpusiese entre él y sus asechadores.

«Las lágrimas materiales del vencedor de Ayacucho», más que el afecto al hombre, si se han de creer las palabras del propio Bustos, determinaron a éste a hacer las gestiones que se le encomendaba, logrando que la patrulla enviada para poner preso al gran mariscal se detuviese casi en las puertas de Palacio. «Debido a esta mediación—añade—no fué atacado el Palacio del Gobierno, mas quedando allí mismo destacada la partida como de observación, pero sin miras hostiles.» (164).

Esto acontecía a las once de la mañana. A eso de mediodía se presentó Bustos en el cuartel de los amotinados, siendo recibido por éstos con vivas a la Argentina y al ministro, lo que en concepto de muchos constituyó una prueba más de la participación del diplomático en los hechos de ese día, y que sirvió después para fundamentar una petición del vecindario de Chuquisaca, ele-

vada al Gobierno argentino para retirar del país a su representante diplomático.

Sucre estaba convencido como ninguno de los oscuros manejos de Bustos, y de ahí su recomendación a Olañeta para que hablase con el representante de la Argentina y, juntos, tratasen de evitar que continuasen los desórdenes, o, en términos más precisos, que atentasen contra su vida.

Olañeta «salió conmovido, después de asegurar al general, de la manera más sentida y persuasiva, en términos hasta tiernos y afectuosos, que descansase tranquilo; que el motín sería atajado y no tendría consecuencias, y por su parte, cumpliría fielmente los encargos que acababa de hacerle» cuenta Rey de Castro, secretario privado del gran mariscal. (379).

Pero Olañeta fué infiel y felón una vez más, pues al presentarse ante las turbas, congregadas en el salón del Congreso, «y alimentado por la convicción que acababa de adquirir sobre la impotencia física del presidente de la República, se pone del lado de los sublevados, apolo-giza la rebelión» y, haciéndose eco de los ambiciosos, sin grande ambición sostenidos por la chusma sin criterio, alza como pendón el nacionalismo excluyente y abomina de los extranjeros intrusos, soliviantando la ira popular contra el héroe que la había manumitido...

Esa misma noche Sucre fué trasladado «en calidad de prisionero a la casa de don Gaspar Frontaura, no lejos del cuartel de San Francisco» (L); pero sus amigos no le abandonaron ni un solo momento, y siempre hubo al lado de su lecho una media docena de personas, entre religiosas, damas de alto linaje y hasta señoritas adineradas y de rango. Una de las damas, doña Josefa de Linares, condesa de Lizarazu, «puso al mariscal debajo de la almohada una pistola por si éste acertaba, en caso necesario, a manejarla con el brazo izquierdo.» (L).

Y es que los rumores que hasta ellos llegaban eran todos alarmantes, y nadie contaba segura la vida del presi-

dente, entregado a gentuza de tal calaña. Esto determinó a sus amigos a practicar un forado a la casa vecina, trabajo que hubo de suspenderse el 21 de abril, porque ese día llegaron a la ciudad las diminutas tropas comandadas por el coronel Francisco López, prefecto de Potosí que, reuniendo a sus soldados y muchos amigos personales del gran mariscal, había salvado en día y medio los 145 kilómetros que separan ambas ciudades,

López y su gente intimaron la rendición a los amotinados, y ante la arrogante negativa de éstos atacaron al día siguiente el cuartel, donde fueron recibidos con bravura, no pudiendo decidirse por ningún lado la victoria, no obstante la efusión de sangre. En el ataque, y víctima de su celo y de su amor al orden legal, cayó el general José Miguel Lanza, irreductible caudillo de la independencia y hombre bueno y leal.

La indecisión del encuentro hizo temer seriamente por la vida del presidente y la salvación del orden institucional, hasta el punto que los miembros del Gobierno cayeron consintieron en recurrir, quizá por consejos del mismo gran mariscal, al soborno de uno de los principales amotinados que comandaba el escuadrón de caballería, un tal Berdeja, quien, por la paga, prometió desocupar la plaza sin combatir, como así lo hicieron dos días después, alejándose en dirección a la Argentina.

Y es de esta humillante manera como pudo reducirse ese movimiento vergonzoso y ante cuyo fracaso los instigadores hubieron también de huir por miedo al justo castigo, siendo de los primeros Olañeta, que fué a ocultarse en Potosí.

Restablecido ya el orden, Sucre se negó a ocupar el Palacio de Gobierno, y aceptó el hospedaje que en su suntuosa casa le ofreciera el riquísimo caballero don Manuel Antonio Tardío, célebre entonces por el boato sin par que en ella se gastaba. Tampoco quiso reasumir la presidencia. Había llegado, por fin, para él la hora, ansiosamente esperada, de buscar un motivo de alejarse de ese

suelo donde casi nada le retenía, pero ahora ya simpático a su corazón de enamorado, y debía de irse.

Entretanto había cundido por el país la noticia de la rebelión, y el presidente recibía de todas partes rendidas muestras de adhesión incondicional y de sentida condolencia por su desgracia. Uno de los primeros en mostrar estos sentimientos fué el coronel Pedro Blanco, quien al saber la noticia del motín se apresuró en enviar con fecha 25 de abril una comunicación oficial al Ministerio de la Guerra y una carta privada a Sucre, ambas rebosantes de indignación contra los amotinados y sólido apego al gobernante.

«En este momento—le decía al ministro Infante desde Potosí—, que son las dos de la tarde, ha llegado a esta ciudad el regimiento de mi mando, por parte que tuve de esta prefectura en el cantón de Cofagaita, del desgraciado suceso en esa capital; y al saber que la persona de S. E. había sido hollada y aun herida, electrizados de valor y de venganza, los señores oficiales y los cazadores no veían la hora de hacer escarmentar a los pérfidos perturbadores del orden y las leyes, esgrimiendo la espada en defensa de los sagrados derechos, por cuyo motivo rápidamente, a marchas redobladas, me puse sobre ese punto; pero habiendo recibido a las cinco leguas antes de esta ciudad otro parte favorable, supe que la tercera compañía de mi regimiento, al mando del bravo coronel López, había destrozado la turba de esos pérfidos, que, aun asesinados todos ellos, no borrarían la denigrativa mancha que se les ha impreso por acción tan vil con que a S. E. han ultrajado. Yo, mis oficiales y tropas sentimos por no haber podido dar testimonio de amor a S. E. y de patriotismo y de obediencia a las leyes, dando muerte a todo el que a ellas contraviniera.»

Era todavía más expresivo y vehemente con el presidente, pues le decía:

«No es capaz ni mi corazón mismo dar a entender a usted cuánta es la pena que me acongoja al ver que cua-

tro facciosos desnaturalizados hayan ajado su siempre respetada persona. Jamás felonía de tan enorme fealdad hará ver sin odio este funesto acontecimiento...» «Esta mancha de los bolivianos no es capaz de lavarse ni con la sangre de todos los hijos de Bolivia, por virtuosos que sean. Tiempo ha que a usted le tengo dicho que sabré sacrificarme para hacer respetar las leyes de la República», etc., etc. (L).

Sucre, aunque halagado por estos testimonios, no creía que los acontecimientos iban a detenerse en su desgraciada aventura, pues la propaganda de sus enemigos se había infiltrado hondamente en las masas del pueblo, y, según ciertos síntomas, hasta en el ejército mismo, y toda su preocupación se dirigía a prevenir los males que la indisciplina pudiera acarrear al país. Por eso una de sus primeras medidas fué dirigirse a Gamarra, que amagaba por el Norte el territorio nacional, comunicándole los acontecimientos realizados y la dejación del mando que había hecho en la persona del general Urdinenea para quitar todo pretexto de intervención en las tropas peruanas; pero sus medidas fueron ineficaces, porque a los pocos días recibía una comunicación oficial del jefe peruano en que le comunicaba las razones que había tenido para atravesar la línea de separación de los dos Estados, y que era asegurar el orden en la República, conteniendo a los facciosos, proteger la vida del gran mariscal de Ayacucho y responder al reclamo de los bolivianos, que pedían su intervención para arreglar sus propios asuntos.

La respuesta de Sucre fué cortante, y aunque en los detalles se mostraba acaso demasiado explicativo, el conjunto de su nota era altivo y amenazante:

«He recibido una herida, pero también he recibido los testimonios del más cordial afecto de los pueblos. Usted supondrá cuánto me lisonjea que mi salvación sea obra de ellos.»

«Dice usted en su nota que viene a mediar entre los

partidos. Puedo asegurar que con la sola excepción de muy pequeño número de genios turbulentos o de gente hambrienta y traposa, los bolivianos aman sus instituciones y están contentos de su situación. Ellos gozan de independencia, de paz, libertad y todas las garantías sociales. Si hay quien diga lo contrario, que cite ejemplos y que acuse con hechos la infracción de las leyes. Dice usted que ha sido llamado por algunos bolivianos; pero el hecho de llamar extranjeros no muestra patriotismo, sino una alma envilecida por bajas pasiones. Desde ahora aseguro que si usted muestra las cartas de los llamadores, son todos de los que acabo de describir. Aun cuando no fueran de estos malvados, no sé dónde encuentra usted el derecho para oirlas...»

«Dice usted que respetando la independencia de Bolivia, también lo hará a la voluntad nacional. Es inconcebible este respeto a la independencia con la irrupción que usted ha hecho y que es inaudita en los anales de los países cultos...»

«En fin, mi estimado general, agradeciendo a usted la señal de gratitud a mis servicios al Perú, viniendo a interponerse con su ejército entre los asesinos a mi persona, espero que, para cumplimiento de este testimonio de aprecio, regrese usted al Perú. Preferiría mil muertes antes de que por mí se introdujese en América el ominoso derecho del más fuerte. Que ningún pueblo americano dé el abominable ejemplo de intervención, y mucho menos de hacer irrupciones tártaras...» «Medite usted cuán fatal es la lección que usted ha dado. Habría querido no recibir el favor que usted me ofrece; habría querido ser víctima de disensiones en Bolivia, antes de haber visto hollar los derechos y la independencia de un pueblo americano...»

«Escribo esta carta con tantas explicaciones porque, no estando encargado del Gobierno [y habiendo cesado mis compromisos con este país el 18 de abril, puedo tener la franqueza de la amistad. El general Urdinenea, encargado

del Gobierno, pedirá a usted las correspondientes explicaciones y vengará en todo caso los insultos hechos a su patria. Sabe usted que jamás se ultraja impunemente a una nación.» (L).

Los conceptos de esta carta sólo se comprenden cuando se sabe que, así como consideraba el gran mariscal a Santa Cruz «traidor por carácter y por inclinación», de Gamarra decía que era «tan inepto como cobarde», además de «aleve por inclinación, bajo y vil», y sus actos y gestos los miraba con profundo desdén; pero en esta circunstancia hubo de convencerse que su acción sería profundamente perturbadora en la nueva nacionalidad, cuya existencia la vió seriamente amenazada con la presencia de ese hombre que, por mandato de su Gobierno y por deseo propio personal, venía invocando pretextos vanos para atentar contra la existencia de un pueblo considerado por el Perú inhábil para vivir.

De ahí los afanes de Sucre por mantener cohesionados los espíritus, aun con generoso olvido de sus propios agravios, frente a la invasión del disfrazado enemigo, que, atravesando el 1 de mayo la línea de separación de los dos Estados, ocupó primero La Paz y después Oruro y Cochabamba, en actitud pacífica al parecer, pero firmemente decidido a la anexión de Bolivia, si la obra de zapa que había emprendido desde antes daba los resultados que se proponía su capitán.

Alarmanes debieran ser los avisos que recibiera Sucre en esa hora de grave peligro sobre la conducta de muchos militares y hombres de alguna significación política, porque todos sus trabajos se redujeron a hacer escuchar a los bolivianos egoístas o ambiciosos y nada inteligentes la voz imperiosa del deber, que aconsejaba expulsar al enemigo extranjero y ponerse de parte de quien ostentaba los signos de la soberanía. Y le escribía al coronel Pedro Blanco, a ese mismo que tan adicto se le mostrara algunos días antes, y de quien se decía que había en-

trado en convenios con el invasor bajo ciertas condiciones poco decorosas.

«Ninguna persona de juicio pensará jamás que estando usted llamado a figurar en la alta escala militar de Bolivia, y viéndola subir por las escalas naturalmente y por su mérito; ninguna persona, digo, creerá que usted pretende treparse por los balcones a riesgo de precipitarse. Todos conocen que usted es un hombre honrado y buen patriota, y todos saben que usted marcha por el orden a los puestos a que lo llaman sus servicios.» (L).

La respuesta del militar llenó de confusión y vergüenza al gran mariscal, porque Blanco, que comandaba el mejor cuerpo del ejército boliviano, se defeccionó con su batallón, declarándose partidario de la política preconizada por el invasor y sin que tuviera ningún motivo de queja o resentimiento contra Sucre, siempre deferente con él.

El ejemplo de Blanco fué desastroso para la moral de las tropas, porque viendo que uno de los mayores jefes abrazaba la causa del invasor creyeron que en la política del vencedor de Ayacucho había siempre algo de obscuro o inconfesable, y que bien podía encarnar una política de exclusivismo odioso en favor del Libertador, ya repudiado por casi todos los pueblos libertados con el poder de su espada y de su genio. En consecuencia, comenzaron a producirse en el ejército penosas defecciones, y Urdinenea, que carecía de iniciativas de jefe y era laxo para la acción, apenas pudo contener ese movimiento de desbande haciendo fusilar a unos cuantos oficiales y soldados comprometidos con el invasor. Además, y dando excesiva importancia a la defección de Blanco, ordenó que la mayor parte de las tropas se pusiesen en persecución del fugitivo «debilitando de este modo el ejército y fomentando la guerra civil», en el justo decir de Santibáñez (131), medida desacertada a todas luces y que el gran mariscal, desde su retiro de Nuccho, donde había ido a convalecer, criticaba muy acerbamente y con toda deso-

fación en cartas dirigidas a los jefes colombianos, en ese entonces infinitamente más patriotas y previsores que los mismos bolivianos, y a los que pedía le hablasen con entera franqueza sobre la marcha de las operaciones de guerra y el espíritu de los pueblos, para él su obsedante preocupación.

Entretanto, el ejército invasor, que veía con harta complacencia las medidas dictadas por el general Urdinenea y su ruidoso desbarajuste en un intento de sorpresa propuesto por el valiente Brawn, levantó el 20 de junio sus tiendas de Oruro y Sorasora y emprendió una marcha de avance al interior del país, convencido de que la desmoralización había ganado a la población civil y militar del nuevo Estado y que le era ya fácil llenar los propósitos que traía. El 25 estuvo en Morochata, y el 29 descansaba en el pueblecillo de Macha, distante apenas media jornada de Chuquisaca.

Es entonces que, ante la inminencia del peligro a la timidez general que se notaba frente a esa marcha triunfal del invasor, algunos diputados que ya estaban reunidos en Chuquisaca lanzaron el 28 de junio una altiva protesta contra los ocultos propósitos de Gamarra y la ocupación indebida del territorio nacional.

«Declaran—decían entre otras cosas—que detestan toda intervención extraña, mucho más la armada en sus negocios domésticos; que, por tanto, la fuerza, y sólo la fuerza, será la que altere sus leyes e instituciones; que, por viciosas y malas que se supongan, ninguna nación tiene el formidable derecho de intervenir en ellas; que semejante intervención choca con la independencia, ésta es conocida por el derecho internacional y reprobada clamorosamente por la razón; declaran, por último, y en consecuencia de estos principios protestan una, mil y cuantas veces puedan, que el señor general Gamarra ocupando el territorio boliviano, atacando sus instituciones, hollando sus más preciosos y sagrados derechos, obra contra la voluntad del pueblo boliviano, abusa de

su fuerza, que hará cuanto pueda contra el voto nacional que clama por su independencia, y nada menos quiere que intervenciones extrañas en ninguno, ni el más ridículo de sus asuntos interiores...»

Esta protesta estaba suscrita por los principales diputados, como José de Miguel Velasco, Mariano Guzmán, José Mariano Serrano, el general López, José María Calvimontes, Mariano Enrique Calvo y otros que después llegaron a figurar en gran escala en la política boliviana; pero sea que obrasen por compromisos con el gran mariscal o, lo que parece más probable, por los términos respetuosos de la redacción, sintiesen miedo de producir a la faz del público un documento de esa categoría contra la fuerza armada, el hecho es que quedó oculta la protesta, y sólo se la conoció años después, cuando ya había desaparecido todo el peligro de la República.

De todos modos, lo positivo es que el gran mariscal, al ver la defección de las tropas, enteramente ganadas a la causa del invasor, el miedo de sus amigos, la ineptitud de los jefes y la complacencia con que el bajo pueblo y los políticos interesados acogían al enemigo, desistió de sus propósitos de seguir aconsejando la resistencia a todo trance, y amargado y entristecido, ya sólo se preocupó de hacer sus preparativos para emprender el anhelado viaje de retorno a su país; pero Gamarra, que no creía en el desinterés presidencial de Sucre y estaba empeñado en hacer que desocupase ese territorio, fingió otro pretexto semejante al invocado para invadir el país, y simulando ponerse siempre entre Sucre y sus enemigos, envió de Macha a Chuquisaca un fuerte destacamento de tropas, y puso a prueba la sumisión de sus aliados bolivianos dando a Blanco la misión de ir a Nuccho para apoderarse de la persona del gran mariscal de Ayacucho...

Sucre, al conocer el motivo que lo conducía a su presencia al fementido soldado, no pudo guardar su proverbial circunspección hasta en los momentos de mayor

excitación, y con palabra dura y hasta descomedida le reprochó su actitud desleal y el haberse puesto al servicio del enemigo de su patria, sin escatimar sus improperios «contra el ejército peruano y contra su general en jefe» (L), a lo que Blanco, montando en cólera también, ordenó que el herido fuese trasladado a lomo de bestia hasta el campamento de su jefe...

Ante la imposibilidad de repeler por la fuerza la avasalladora actitud del invasor, hubo de aconsejar Sucre que se diese término a esa situación en extremo humillante para la dignidad de un país soberano, y en consecuencia firmóse en el pueblecillo de Piquiza, el 6 de julio de 1828, el Tratado conocido con el nombre de este pueblo, Tratado único en los anales del Derecho público internacional y por el que el Perú imponía a Bolivia la obligación de cambiar autoridades a su capricho, seguir su política internacional, someterse a una vigilancia constante para que se cumplan los pactos estipulados, determinar la reunión de un Congreso nacional con fines exclusivos y otras medidas por el tenor, todas lesivas a la dignidad de un pueblo en ejercicio de su soberanía.

Dos días después y en cumplimiento de una de las cláusulas de este Tratado, convocó el presidente del Consejo de ministros y encargado del Poder Ejecutivo, general José María Pérez de Urdinenea, al Congreso, que debía llenar esas estipulaciones y recibir la renuncia del gran mariscal de Ayacucho, según lo acordado por otro de los artículos, y luego, sabiendo que iba a abrirse un juicio por la dirección de la campaña contra el invasor, declinó el mandato alegando causas de orden personal y privado.

Sucre asumió sus funciones de gobernante con el exclusivo objeto de dar lectura al Mensaje que había escrito en su retiro de Nuccho; pero como el Congreso no se reuniese el 1 de agosto, día señalado para su instalación, el 2 puso en manos de sus amigos tres pliegos cerrados, el uno con su Mensaje presidencial, el otro con el decre-

to de la Constitución provisional del Gobierno y el último con la candidatura que señalaba para la vicepresidencia de la República. Este último decía lacónicamente:

«En virtud de las atribuciones constitucionales del presidente del Estado, propongo a la representación nacional para vicepresidente de la República como a primer candidato al general Andrés Santa Cruz.»

La última entrevista entre el inmortal fundador de Bolivia y sus amigos Serrano, general López, Velasco, Calvo y otros pocos y muy contados, fué grave y melancólica. El gran mariscal se mostraba triste, decepcionado e inquieto. La suerte del país le preocupaba, entregado ahora al enemigo irreductible, y todo lo veía cubierto de sombras o preñado de amenazas. Su misma vida no estaba segura; pero de sus preocupaciones era ésta la menor, porque a pesar del rumbo nuevo que había tomado su destino casándose con una interesante mujer a la que no tuvo tiempo de estudiar suficientemente, sentía temores vagos del porvenir que se ignora. Estuvo atento y solícito con todos y tuvo un recuerdo cariñoso para cada uno de sus amigos ausentes. En la tarde dejó la casa de su hospedaje, y al salir a la calle «acompañado de unos pocos amigos» (397) tropezó con unos cuantos curiosos del pueblo que espían su partida. «¡Afuera mulatos!», gritó un ruín, oculto entre la plebe. Y Sucre, como Cristo, apenas lanzó una furtiva mirada de desdeñosa conmisericordia.

El 3 se reunió el Congreso; y ese día, en la sala custodiada por la sombra de bayonetas extranjeras, se alzó el acento entristecido, pero viril, del soldado más puro y más valiente producido por el mundo de Colón y que nunca será superado en virtudes ni en dones privilegiados.

En el documento magno de su postrera voluntad y que es sillar sobre el que se yergue la patria de Bolívar, ya se señalan, desde entonces, cuáles eran y serían los propósitos de la política peruana con respecto a la nueva

nación y los procedimientos puestos en juego para sojuzgarla; pero lo que en él predomina es la nota personal y melancólica del hombre herido por las decepciones, desesperanzado casi de todo, triste por las incertidumbres angustiosas de esa hora particularmente grave para la patria de su creación; y su vaticinio es el del político honrado y lleno de nobles intenciones, el del estadista de lejana mirada y de segura previsión, el del genio, en suma, organizador, vidente y lleno de magníficas intuiciones, a veces el del moralista austero o del filósofo perspicaz y sereno, intangible por su desapego de las cosas perennes, e invulnerable por la suprema dignidad de su vida.

«Desde mucho tiempo el Perú ha concebido miras de usurpación y de refundir a Bolivia en aquella República. Vosotros mismos estáis enterados de que estos eran los objetos de una misión diplomática que vino a esta capital el año 26, y que, obteniendo una absoluta negativa, fué el origen de nuestras diferencias con aquel Estado. Sabéis que por resultado se celebró un Tratado de federación que vosotros aprobasteis con algunas restricciones, y que, sin embargo, nunca recibió la ratificación del Ejecutivo, por considerarlo perjudicial a los intereses de la nación. Creyó el Gobierno peruano que la negativa de la fusión era sólo mía; y manteniendo esperanzas de realizarlo, puso en ejercicio la seducción, la intriga y últimamente se ha aventurado a probar la fuerza.» (229).

Fué La Paz «el adorno de la República»; fueron los otros departamentos, por distintos motivos, que apoyaron al Gobierno de Urdinenea, el cual, en lugar de dedicarse a la defensa de la República contra el enemigo exterior, se puso a perseguir, con la mayor parte de sus tropas, a un jefe disidente «y cuya fatal y sospechosa medida si por una parte abandonó la mayor porción del territorio al enemigo, por otra consumaba la guerra civil».

«El general peruano, que por primera vez ve sus armas obtener ventajas, ha apurado el uso de la fuerza; se

ha atropellado a cometer violencias. Por el Tratado de 6 de julio ha impuesto a Bolivia condiciones más fuertes y ofensivas que un conquistador...» «Con escándalo de todos los hombres que siquiera han soñado con la libertad, obliga a la Representación nacional a abrir sus sesiones y a deliberar bajo de sus bayonetas, que han hecho esta tártara irrupción del norte de Bolivia, del mismo modo que los bárbaros del norte de la Europa la hicieron en aquellos tiempos salvajes, y que por lo mismo han manifestado que su profesión es la alevosía, y los derechos que reconocen la fuerza. El otro pretexto de la invasión, de salvar mi persona, es tan ridículo que no merece mencionarse en este papel, y mucho menos cuando su comportamiento conmigo, después de tantas protestas de respeto y de consideraciones, es digno de sus principios, de su educación y de su carrera, y menos decente del que debía esperar de un cosaco. Él bien sabía que nunca estaba mi persona más segura y respetada que entre los pueblos de Bolivia.»

Y luego, ya yendo a su obra personal, decía:

«Vosotros sabéis que después de haber puesto las bases de la República por mi decreto de 9 de febrero de 1825 y conducídola hasta reunir el Congreso Constituyente, rechacé las muestras de gratitud que quisisteis darme, nombrándome presidente de ella y repitiendo este sentimiento unánime de la Asamblea general. Pretendisteis comprometerme a aceptar este puesto, pidiendo los votos a los pueblos para justificar que vuestros intentos estaban con sus deseos. Los sufragios casi uniformes de los colegios electorales me elevaron a la Presidencia constitucional; mas mi ansia por la vida privada me hizo rehusarla, y la renuncié segunda vez. Vosotros dictasteis entonces la ley de 3 de noviembre de 1826 declarándoos sin facultades para admitir la renuncia de un destino dado por la nación entera, y reservando exclusivamente al Congreso Constituyente el aceptarla o no. Os protesté por tercera vez que sólo ejercería la presidencia hasta

entregarla, conforme a esta ley, al Congreso Constitucional en su primera sesión. Las circunstancias han impedido reunirse las Cámaras; mi presencia en Bolivia es azarosa al Perú, que querría con este pretexto mantener aquí sus tropas, cierto de que en cualquiera clase que yo permaneciera, los pueblos y el ejército se unirían cada vez más a mí, para lavar muy pronto la afrenta de las armas nacionales. Debo, pues, ausentarme de la República...»

Por lo mismo hace renuncia irrevocable y definitiva de la Presidencia en manos de la autoridad constitucional, y esa renuncia, necesaria a su honor «y al honor e independencia de Bolivia», la hace no porque se hallen en el país fuerzas enemigas, sino por satisfacer su propio deseo; mas si esas tropas, abusando de su poder y de su fuerza, quisiesen imponer cosas contrarias a la seguridad e integridad de la nación, entonces, desde ese instante presenta su protesta airada e invoca y apela a los demás Estados del Continente para barrer y anular ese derecho de intervención introducido por el Perú en los negocios interiores de otro pueblo.

Por lo demás, debe cuidarse mucho la nación de no prestar oídos a las seducciones que le vienen del otro lado del Desaguadero, porque «hay fundados motivos para creer que se acecha la buena fe de los bolivianos». «En cualquier negociación, en cualquier convenio, echad la vista sobre la misión diplomática que nos vino de aquel país el año 26, y allí encontraréis las verdaderas pretensiones...»

Ahora el tono de su discurso adquiere la nota grave del que se aleja para nunca más tornar y dice sus palabras, que llevan sello de una postrera voluntad:

«Me despido, señores, de vosotros, y no dudo que sea para siempre...» «Al separarme, haré una confesión ingenua que servirá de ejemplo a mis sucesores. Desde que estoy encargado del Gobierno de Bolivia, mis sentimientos todos los he sometido a mis compromisos con ella. Aun en las cuestiones que han ocurrido con los li-

mitrofes, no he conocido otro lenguaje que el que exigía mi puesto público, y por él han callado mis inclinaciones particulares. Siguiendo los principios de un hombre recto, he observado el de que en política no hay ni amistad ni odio, ni otros deberes que llenar sino la dicha del pueblo que se gobierna, la conservación de sus leyes, su independencia y su libertad...»

«No concluiré mi Mensaje sin pedir a la Representación Nacional un premio a mis servicios, que, pequeños o grandes, han dado existencia a Bolivia, y que los merecerán, por tanto. La Constitución me hace inviolable; ninguna responsabilidad me cabe por los actos de mi gobierno. Ruego que se me destituya de esta prerrogativa, y que se examine escrupulosamente toda mi conducta. Si hasta el 18 de abril se me justifica una sola infracción de la ley, si las Cámaras Constitucionales juzgan que hay lugar de formación de causa al Ministerio, volveré de Colombia a someterme al fallo de las leyes. Exijo este premio con tanta más razón, cuanto que declaro solemnemente que en mi administración yo he gobernado: el bien o el mal yo lo he hecho; pues, por fortuna, la Naturaleza me ha excluído de entre esos miserables seres que la casualidad eleva a la magistratura, y que, entregados a sus ministros, renuncian hasta a la obligación de pensar en los pueblos que dirigen...» «Al despedirme pido esta recompensa a los representantes de la nación; y si por respeto a la ley la rehusan al Presidente de Bolivia, que no la nieguen a su gran ciudadano, que con tanta consagración la ha servido, y que la implora como la garantía, que la pongo a cubierto de las acusaciones con que la maledicencia y la envidia querían calumniarme.»

Y luego, volviendo los ojos enternecidos a la obra de su creación, que él la dejaba en aquellos instantes rodeada de mil peligrosas asechanzas, lleno de temores e inquietudes, anheloso de que perdurara aquello que era el don de amistad del Libertador a su afecto de abnegado

amigo e ideal servidor, estampa estas palabras, que constituyen para los bolivianos el evangelio de su nacionalidad, ya olvidadas en horas de vergüenza o de dolor, rotas por el tiempo y las circunstancias:

«Aun pediré otro premio a la nación entera y a sus administradores: el de no destruir la obra de mi creación; de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia, y de preferir todas las desgracias y la muerte misma de sus hijos, antes que perder la soberanía de la República que proclamaron los pueblos, y que obtuvieron en recompensa de sus generosos sacrificios en la revolución.»

«De resto, señores, es suficiente remuneración de mis servicios regresar a la tierra patria después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria a los amigos de Colombia; y aunque por resultado de instigaciones extrañas llevo roto este brazo que en Ayacucho terminó la guerra de la independencia americana, que destrozó las cadenas del Perú y dió ser a Bolivia, me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias tengo mi conciencia libre de todo crimen. Al pasar el Desaguadero encontré una porción de hombres divididos entre asesinos y víctimas; entre esclavos y tiranos; devorados por los enconos y sedientos de venganza. Concilié los ánimos; he formado un pueblo que tiene leyes propias, que va cambiando su educación y sus hábitos coloniales, que está reconocido de sus vecinos, que está exento de deudas exteriores, que sólo tiene una interior pequeña y en su propio provecho, y que dirigida por un Gobierno prudente será feliz...»

Es lanzado este testamento político que el soldado de Ayacucho salió de Bolivia llevándose el presentimiento de no verla más en su vida.

Se iba entristecido por la ingratitud humana, receloso por la suerte futura del país que había fundado, lleno de zozobras por la suerte común del Continente; pero Bolivia queda sin mácula por los sufrimientos experimenta-

dos por ese hombre bueno y justo, aunque en el crimen hayan participado algunos de sus hijos egoístas y ambiciosos.

«Vuelvo a Colombia—le escribía de Guayaquil al Libertador el 18 de septiembre de 1828—con el brazo derecho roto, por consecuencia de estos alborotos revolucionarios, y por instigaciones del Perú, a quien he hecho tantos servicios, y de algunos bolivianos que tienen patria por mí...»

Pero, aunque herido y agriado, se iba feliz, después de todo.

Y es que nada le retenía en Bolivia.

Ni el paisaje ni la peculiaridad de las costumbres evocan ninguna remembranza en sus recuerdos juveniles ni hieren su sensibilidad afectiva. Se siente extraño a las cosas y a las gentes, y toma su rol como un sacrificio consentido al afecto de su jefe. Pero como es hombre de honor, ante todo, y luego una de sus preocupaciones dominantes es el cumplimiento del deber por el prestigio mismo de su patria que venera, se contrae con decisión a cumplir el mandato que se le ha conferido, y entonces administra con perfecta regularidad, se preocupa de la cosa común, vigila, manda y ordena con la puntualidad y circunspección de un *gentlemen* sin buscar nunca ventajas para sí, con un desprendimiento hasta hoy jamás superado, austero, altivo y generoso.

Así pasa por Bolivia, y por eso su ejemplo constituirá siempre en el país el tipo ideal del gobernante.

FIN

AUTORES CONSULTADOS

2	Moreno René	Bolivia y Perú. Nuevas notas, etcétera	Santiago 1907
7	Moreno René	Bolivia y Perú. Más notas, etc.	Santiago 1905
9	Moreno René	Notas biográficas	Santiago 1901
10	Moreno René	Ultimos días coloniales	Santiago 1896
14	O'Leary	Memorias, etc.	Caracas 1879
15	Larrazábal	Vida del Libertador, etc.	New York 1865
16	Ordóñez-Crespo	Historia de Bolivia	La Paz 1912
18	Sotomayor Valdés	Estudio histórico, etc.	Santiago 1874
28	Moscoso Limiñana	Geografía de Bolivia	La Paz 1907
34	Mallo	La administración del general Sucre	Sucre 1871
36	Muñoz Cabrera	La guerra de los quince años	Santiago 1867
37	Urcullu	Apuntes para la Historia, etc.	Sucre 1855
40	Ramallo	Batallas de la guerra de la independencia	La Paz 1913
43	Villanueva C.	Bolívar y el general San Martín	Paris 1911
49	Villanueva L.	Vida de Antonio José de Sucre	Paris 1912
63	Blanco	Compendio de la historia de Bolivia	Cochabamba 1888
85	Markham	Historia del Perú	Lima 1895
120	Paz	Estudios históricos de Mons. Taborga	Sucre 1908
131	Santivañez	Vida del general José Ballivián	New York 1891
140	Anónimo	Memorias históricas de la revolución política, etc.	La Paz 1840
160	Aranzaes	Diccionario histórico del Departamento de La Paz	La Paz 1915
164	Bustos	Exposición que hace el ministro argentino, etc.	La Paz 1829
166	Moreno René	Matanzas de Yáñez, etc.	Santiago 1886
177	Rojas	Historia financiera de Bolivia	La Paz 1916
180		Boletín oficial, etc.	La Paz
182	Lozano	El maestro del Libertador, etc.	Paris 1916
189	Camba	Memorias, etc.	Madrid 1916
199	Bolívar	Discursos y proclamas	Paris 1914
201	Moreno René	Biblioteca boliviana	Santiago 1879
203	Vidaurre	Cartas americanas	Filadelfia 1882
205	Viscarra	Biografía del general Esteban Arce	Cochabamba 1910

206	<i>Mitre</i>	Historia de Belgrano	Buenos Aires	1902
207	<i>Mitre</i>	Historia de San Martín	Buenos Aires	1903
214		Album del 16 de julio	La Paz	1885
254	<i>Pinilla</i>	La creación de Bolivia	Madrid	1917
255	<i>Paz S. M.</i>	Memorias póstumas	Madrid	1917
273	<i>Martalleri</i>	El colegio franciscano de Potosí	Potosí	1890
285	<i>Cochrane</i>	Memorias, etc.	Madrid	1917
229	<i>Sucre</i>	Mensaje del presidente de Bolivia	Sucre	1895
300	<i>Alvarez</i>	Manual de patología política	Buenos Aires	1916
301	<i>Alvarez</i>	¿Dónde vamos?	Buenos Aires	1915
327	<i>Miller</i>	Memorias, etc.	Madrid	1918
373	<i>Ulloa</i>	Noticias secretas de América	Madrid	1918
374	<i>O'Leary</i>	Cartas de Sucre al Libertador	Madrid	1919
375	<i>O'Leary</i>	La emancipación del Perú	Madrid	1919
377		Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre	Sucre	
383	<i>Paz</i>	Historia del Alto Perú, etc.	Sucre	1919
395	<i>Sucre</i>	Cartas del general José Antonio de Sucre	La Paz	1918
397	<i>Iturricha</i>	Historia de Bolivia bajo la administración de Santa Cruz	Sucre	1920
1826		Diario de sesiones o redactor de este año	La Paz	1918
	<i>A</i>	Colección de documentos periodísticos del autor		
	<i>B</i>	Idem de id.	id.	del id.
	<i>L</i>	Idem de id.	id.	del id.

A. G.

